

Mateo Ovando Arias

SALUD MENTAL Y NEURODESARROLLO DEL ADOLESCENTE

Una crítica a los desafíos socioculturales en México



**FONDO
EDITORIAL
UNF**

SALUD MENTAL Y NEURODESARROLLO DEL ADOLESCENTE

Una crítica a los desafíos socioculturales en México.

Mateo Ovando Arias

SALUD MENTAL Y NEURODESARROLLO DEL ADOLESCENTE

Una crítica a los desafíos socioculturales en México.

Autor:

Mateo Ovando Arias

Editado por:

Universidad Nacional de Frontera

Fondo Editorial

Av. San Hilarión N° 101 Otr. Urb. POP. Villa Perú Canadá

(Zona Expansión Urbana, Margen Izquierda)

Piura – Perú

1a. edición digital – Febrero 2026

Depósito Legal N° 2026-01859

ISBN: 978-612-49570-3-1

Libro digital disponible en:

<https://editorial.unf.edu.pe/fonedi>

Corrección de estilo y diagramación:

Luz Delia López Sarango

SALUD MENTAL Y NEURODESARROLLO DEL ADOLESCENTE

Una crítica a los desafíos socioculturales en México.

Primera Edición: febrero 2026

© Copyright 2026, Fondo Editorial de la
Universidad Nacional de Frontera

Av. San Hilarión N° 101 / Sullana, Piura, Perú

Teléfono: (073) 215861

Correo electrónico: fondoeditorial@unf.edu.pe

www.unf.edu.pe

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional
del Perú N° 2026-01859

ISBN versión digital (ebook) N° 978-612-49570-3-1

DOI: doi.org/10.57063/FONEDI-UNF-978-612-49570-3-1

Libro revisado por Pares Evaluadores

Citar como:

Ovando Arias, M. (2026). Salud mental y neurodesarrollo del adolescente. Fondo Editorial de la Universidad Nacional de Frontera. <https://doi.org/10.57063/FONEDI-UNF-978-612-49570-3-1>



La presente obra ha sido evaluada mediante el sistema de revisión por pares bajo la modalidad de doble ciego, garantizando la imparcialidad y el rigor académico del proceso editorial. Para cualquier información adicional relacionada con el procedimiento de evaluación, los interesados podrán comunicarse directamente con la editorial.

Todos los derechos se encuentran reservados conforme al Decreto Legislativo N.º 822 – Ley sobre el Derecho de Autor y a los tratados internacionales suscritos por el Perú. Se prohíbe la reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de la obra por cualquier medio, sin autorización previa y escrita del titular de los derechos, bajo responsabilidad conforme a ley. Se permite la cita con fines académicos, siempre que se indique la fuente.

Las opiniones, interpretaciones y conclusiones expresadas en el trabajo son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no reflejan necesariamente la posición institucional ni comprometen la responsabilidad de la editorial.



Sobre el autor



Mateo Ovando Arias es Psicólogo Clínico, Maestro y Doctor en Métodos de Solución de Conflictos y Derechos Humanos. Su trayectoria profesional se distingue por una integración armónica entre la práctica clínica, la docencia universitaria y la investigación aplicada, con un enfoque prioritario en la salud mental de adolescentes y la cultura de paz.

Acreditado por el Sistema Estatal de Investigadores de Tabasco (2023–2025), el Dr. Ovando ha consolidado una línea de trabajo que articula la dignidad humana con la justicia sanitaria. Su rigor académico le ha valido reconocimientos como el premio a la "Mejor Tesis" y mención honorífica en sus estudios de posgrado, además de realizar una estancia de investigación internacional en la Universidad Miguel Hernández (España).

En el ámbito profesional, su experiencia es vasta y diversa: desde la dirección de servicios psicológicos y la gestión académica en la UJAT, hasta la consultoría especializada en proyectos del DIF Tabasco para la protección de niñas, niños y adolescentes. También es docente y formador de investigadores en instituciones como el Centro Universitario Colegio México, imparte cátedras sobre Psicología del Desarrollo, Seminario de Tesis y Metodología.

Su productividad académica es de alcance internacional, habiendo participado como ponente en congresos en México y Colombia sobre temas de vanguardia como la neuroeducación, la etnicidad digital y la cultura de paz. Es un activo colaborador editorial, desempeñándose como revisor por pares para publicaciones de alto impacto como el *Journal of Adolescent Health*, *Ciencia & Salud* y *Horizonte Sanitario*.

Como autor, ha publicado en diversas revistas científicas y capítulos de libros (incluyendo *Ecos Sociales* y *Lex Mercatoria*), y es autor de una obra fundamental (2025) sobre el constitucionalismo del derecho a la salud. Actualmente, cuenta con múltiples trabajos en proceso editorial en México, Perú y Uruguay.

Comité Científico de la Obra

El Comité Científico dictaminó la obra denominada Salud mental y neurodesarrollo del adolescente. Una crítica a los desafíos socioculturales en México está integrada por profesores e investigadores de las diferentes instituciones de educación superior de México [Universidad Juárez Autónoma de Tabasco [División Académica de Ciencias de la Salud], RIMS [Red Iberoamericana de Mercadotecnia en Salud], con reconocimientos de investigación por parte del SECIHTI-SNI1. Niveles 1, 2, 3, y reconocimiento internacional.

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
INTRODUCCIÓN	17
CAPÍTULO I	27
PSICOPATOLOGÍA Y SALUD MENTAL DEL ADOLESCENTE	27
HISTORIA Y DEFINICIÓN DE LA PSICOPATOLOGÍA	34
PSICOPATOLOGÍAS EN LA ADOLESCENCIA	40
DIFERENCIA ENTRE NORMALIDAD Y ANORMALIDAD	47
VARIABLES MULTIFACTORIALES DE VULNERABILIDAD	60
CAPÍTULO II	79
TEORÍAS DEL DESARROLLO ADOLESCENTE	79
PERSPECTIVA HISTÓRICA	85
PSICOLOGÍA DE LA ADOLESCENCIA	92
MODELOS CONTEMPORÁNEOS SOBRE LA ADOLESCENCIA	108
DESARROLLO PSICOLÓGICO EN LA ADOLESCENCIA	120
DESARROLLO SOCIOCULTURAL DEL ADOLESCENTE	130
CAPÍTULO III	135
HABILIDADES COGNITIVAS Y FUNCIONES EJECUTIVAS	135
ANATOMÍA CEREBRAL: CORTEZA PREFRONTAL Y CONEXIONES ASOCIATIVAS	140
TOM	151
MEMORIA Y LENGUAJE EN LA ETAPA DE DESARROLLO DEL ADOLESCENTE	158
COMPETENCIA INTELECTUAL	160
CAPÍTULO IV	163

CONCIENCIA.....	163
DESARROLLO DE LA PERSONALIDAD.....	165
DOGMA DE LA IDENTIDAD.....	169
CONCIENCIA DEL “YO”.....	177
ACTIVACIÓN DE LA MORALIDAD.....	179
CAPÍTULO V	183
AFECTIVIDAD.....	183
DISCRIMINACIÓN DE LA SENSOPERCEPCIÓN.....	185
EFECTOS DE LOS SENTIMIENTOS.....	188
DOMINIO DE LAS EMOCIONES.....	189
DISTORSIÓN DE LA AFECTIVIDAD.....	194
CAPÍTULO VI	197
SEXUALIDAD CAUTIVA.....	197
EDUCACIÓN DE LA SEXUALIDAD.....	199
CAMBIOS NEUROANATÓMICOS EN LA SEXUALIDAD.....	202
IDENTIDAD SEXUAL Y DE GÉNERO.....	204
IMAGEN CORPORAL.....	206
CAPÍTULO VII	211
DESAFÍOS Y PROBLEMÁTICAS DEL ADOLESCENTE ACTUAL EN MÉXICO	211
MEDIOS DE COMUNICACIÓN.....	212
LA TECNOLOGÍA EN LA FRONTERA DEL PROCESO CULTURAL.....	214
SALUD AMBIENTAL.....	216
DESIGUALDAD SOCIAL.....	219
PROBLEMAS DE IDENTIDAD Y PRESIÓN SOCIAL.....	222
BIBLIOGRAFÍA.....	231

PRÓLOGO

La adolescencia no es un estado de vacío ni una simple transición cronológica; es, en rigor, un territorio de profunda reconfiguración ontológica donde la dignidad humana se manifiesta en su máxima fragilidad y potencial. Al ser un periodo de cambios en la arquitectura física, cognitiva y socioperceptual, el adolescente se sitúa en un umbral de vulnerabilidad que exige una protección reforzada por parte del Estado y la sociedad.

Se caracteriza por cambios masivos en el ser físico de la persona, en las emociones, en la cognición, en lo social y, lo más importante, la eventual transición al *estatus* adulto. También es una de las etapas más complicadas, particularmente en un contexto sociocultural como el mexicano, donde los adolescentes enfrentan una multitud de desafíos que, en última instancia, influyen en su salud mental y desarrollo neuropsicológico.

En el contexto mexicano actual, los desafíos de los cambios socioculturales sobre el neurodesarrollo y la salud mental de los adolescentes son profundos. El libro *Salud Mental y Neurodesarrollo del Adolescente. Una crítica a los desafíos socioculturales en México* es una respuesta a la necesidad de estudiar, interpretar y comprender, desde un enfoque crítico e interdisciplinario, los diferentes componentes que afectan la salud mental de los adolescentes en un contexto caracterizado por la desigualdad, la globalización y los rápidos avances tecnológicos.

En este libro, el autor fomenta el pensamiento crítico en torno al contexto sociocultural, la familia, el sistema educativo, los medios de comunicación masivos, la presión social y cómo estos factores influyen en la salud mental de los adolescentes.

Vale la pena mencionar que el autor comienza con una revisión histórica, a razón de centrar los inicios argumentativos desde la psicopatología y la psicología clínica y en cómo han, de manera predominantemente académica, enmarcado la adolescencia como una etapa psicopática, a pesar de que muchas de las condiciones eventualmente desaparecen a medida que el cerebro y las emociones maduran. También se refirió a algunos valores que pueden estar asociados con los llamados comportamientos patológicos. En este sentido, enfatizó la necesidad de analizar tales comportamientos en su contexto sociocultural e histórico, lo que puede parecer desviar el enfoque central del libro.

Desarrollo de las funciones ejecutivas del cerebro, búsqueda de identidad y presión de pares son algunos de los retos que las y los adolescentes enfrentan. Que posteriormente se encuentran en constante interacción ante la distinción entre lo normal y lo patológico; lejos de ser absoluta, los parámetros dependerán de normatividades estadísticas, individuales y culturales. Advirtiéndolo desde la visión de pensadores como Michel Foucault y Georges Canguilhem el uso de la categoría de lo normal y lo patológico. Sostienen que las construcciones sociales, en esencia, sirven para nutrir o para desafiar ciertas estructuras de poder, pero el uso indiscriminado genera un riesgo de estigmatización.

Quizás uno de los aportes más importantes de este texto sea el análisis de lo que la pandemia de COVID-19 significó para la salud mental de adolescentes. La situación de encierro, la alteración de las rutinas, el miedo y la incertidumbre se tradujeron, entre otras cosas, en

acumulación de altos niveles de estrés, ansiedad y frustración. Impactando el desempeño escolar y las relaciones en la familia; la situación de encierro conmocionó la socialización y la autonomía, elementos que son claves para la construcción de la identidad, competencias, habilidades sociales y emocionales de las niñas, niños y adolescentes.

El uso de tecnologías de la información y de la comunicación (TIC) durante la pandemia tuvo efectos ambivalentes. Por un lado, posibilitaron la continuidad de la comunicación social y el acceso a escenarios educativos. Por otro lado, el uso desmedido de estas herramientas sometió a los adolescentes a problemas como ciberacoso, información errónea y la exposición a contenido dañino. El impacto de las TIC depende del tipo, contexto, frecuencia, y la supervisión de un adulto. Esto resulta en una falta de apoyo crítico en la digitalización y en la protección completa de los adolescentes al usar espacios virtuales.

El texto examina las funciones del cerebro durante la adolescencia, centrándose en su capacidad de cambio y el desarrollo desigual de la corteza prefrontal, la región del cerebro responsable de la planificación, el control de impulsos y la regulación emocional. También se discuten los efectos del estrés crónico, el uso de sustancias psicoactivas y la violencia doméstica, que interfieren con el desarrollo óptimo del cerebro y aumentan el riesgo de trastornos mentales. Se presta especial atención al análisis de los neurotransmisores — dopamina, oxitocina y serotonina— y las hormonas sexuales que modulan el comportamiento, la motivación y el afecto.

A continuación, presento una guía de lectura crítica sobre los ejes que vertebran este libro:

1. De la Estigmatización a la Comprensión (Introducción y Capítulo 1)

El texto inicia con una necesaria revisión histórica y epistemológica. Desafía la inercia de la psiquiatría clásica que, desde una visión adultocéntrica, ha tendido a patologizar las crisis normativas de la adolescencia. Se aborda la delgada línea entre lo "normal" y lo "anormal", advirtiendo —con ecos de Foucault y Canguilhem— que estas categorías a menudo sirven como herramientas de control social más que como diagnósticos clínicos objetivos. Aquí, se establece la premisa fundamental: conductas que parecen disruptivas pueden ser, en realidad, ensayos adaptativos de un cerebro en búsqueda de autonomía.

2. Los Cimientos del Desarrollo (Capítulo 2)

Para entender al sujeto, debemos entender su historia y su contexto. La obra recupera las teorías clásicas (Freud, Erikson, Piaget) pero las revitaliza al integrarlas con modelos ecológicos contemporáneos como el de Bronfenbrenner. Se critica el determinismo que aísla al individuo, subrayando que el desarrollo adolescente es una interacción dinámica entre la biología y los sistemas sociales (familia, escuela, cultura). Se destaca la importancia de la perspectiva de género y diversidad, reconociendo que la experiencia adolescente no es homogénea.

3. El Sustrato Neurobiológico: La Máquina en Construcción (Capítulo 3)

En este apartado, la obra se adentra en la "caja negra" del neurodesarrollo. Se detalla la maduración asincrónica del cerebro, donde la corteza prefrontal —sede de las funciones ejecutivas, el juicio y el control de impulsos— termina de "cablearse" mucho después que las áreas emocionales. Sin embargo, el texto evita caer en el

reduccionismo neurobiológico; presenta la plasticidad cerebral como una espada de doble filo: una ventana de oportunidad para el aprendizaje masivo, pero también de extrema sensibilidad al daño por estrés o tóxicos.

Se ilustra la interacción de factores genéticos, ambientales y sociales en la formación de la trayectoria del neurodesarrollo y cómo la intervención oportuna puede mejorar la resiliencia y la salud mental en general de los adolescentes. Los adolescentes experimentan vulnerabilidad emocional y cognitiva, y esto se ve agravado por una remodelación importante del cerebro, que impacta la corteza prefrontal, el asiento de funciones ejecutivas como el autocontrol, la toma de decisiones y la planificación.

4. La Construcción del Ser: Conciencia y Afectividad (Capítulos 4 y 5)

La identidad y la emoción son los campos de batalla internos del adolescente. Se explora el "Dogma de la Identidad" y la consolidación del "Yo", procesos que requieren la integración de la memoria, la moralidad y la autoconciencia. Simultáneamente, se analiza la **afectividad** desde una perspectiva neuroquímica (el papel de la dopamina, oxitocina y serotonina) y psicológica, explicando por qué la regulación emocional es el gran desafío de esta etapa. La obra advierte cómo la falta de alfabetización emocional y la presión social pueden derivar en distorsiones afectivas severas.

5. El Cuerpo y el Deseo (Capítulo 6)

La sexualidad se aborda aquí no como un tabú, sino como un componente vital de la salud y la identidad. Se examinan los cambios neuroanatómicos que despiertan el impulso sexual y cómo estos interactúan con la construcción de la imagen corporal y la identidad de género. El texto es enfático en la necesidad de una educación sexual

integral que prevenga riesgos (como el embarazo adolescente) sin anular el derecho al placer y al autoconocimiento, protegiendo al menor de la distorsión de la imagen corporal exacerbada por los ideales culturales inalcanzables.

Se subraya la importancia del entorno familiar, escolar y comunitario, así como el papel de las redes de apoyo y la participación de los adolescentes en la toma de decisiones que afectan su vida. La obra aboga por un enfoque inclusivo y de derechos humanos, que reconozca la diversidad y promueva la equidad en el acceso a servicios de salud mental y oportunidades de desarrollo.

6. El Escenario Hostil: Desafíos Socioculturales en México (Capítulo 7)

Finalmente, la obra aterriza en la realidad material. Se ofrece una crítica contundente a las determinantes sociales que condicionan la salud mental: la desigualdad estructural, la violencia, y el impacto ambivalente de la tecnología y las redes sociales. Se analiza cómo la pandemia de COVID-19 actuó como un catalizador de estrés y aislamiento, vulnerando derechos fundamentales de socialización y educación. Este capítulo es un recordatorio de que no podemos hablar de salud mental sin hablar de justicia social.

Salud Mental y Neurodesarrollo del Adolescente no solo describe los retos, sino que propone estrategias para abordar la salud mental desde una perspectiva preventiva, educativa y comunitaria. Se enfatiza la necesidad de capacitar a los jóvenes en el reconocimiento y gestión de sus emociones, fomentar la autoaceptación y el autoconcepto positivo, y fortalecer la empatía y la regulación emocional como habilidades clave para la vida. Resaltando la importancia de la formación educativa y el entorno familiar en el desarrollo de los adolescentes. La falta de modelos adecuados (educativos y familiares) expone las vulnerabilidades propias de la adolescencia. Las expectativas sociales

y las presiones externas influyen en la manera como construyen la identidad y el desarrollo de habilidades resilientes que les permitan enfrentar los desafíos emocionales y psicológicos.

A través de un enfoque integral, el Dr. Mateo Ovando Arias subraya la necesidad de políticas públicas y programas de salud mental que aborden de manera específica las problemáticas que afectan a los adolescentes en el contexto mexicano. Su lectura es indispensable para profesionales de la salud, la educación, las ciencias sociales, responsables de políticas públicas y, en general, para toda persona interesada en el bienestar de las nuevas generaciones. En un momento histórico en que la salud mental se ha convertido en un tema prioritario a nivel global, esta obra ofrece herramientas conceptuales y prácticas para comprender y acompañar a los adolescentes en su proceso de crecimiento y transformación.

Heberto R. Priego Álvarez, Ph.D.
Profesor-Investigador SNI-I
Universidad Juárez Autónoma de Tabasco

INTRODUCCIÓN

La adolescencia representa, quizá, el periodo más fascinante y a la vez más incomprendido de la existencia humana. Históricamente, ha sido reducida a una mera estación de paso, un “limbo” entre la inocencia de la infancia y la racionalidad de la adultez. Sin embargo, bajo la luz de la ciencia contemporánea y la doctrina de los Derechos Humanos, debemos redefinirla radicalmente: la adolescencia es un territorio ontológico propio, caracterizado por una metamorfosis masiva que reconfigura no solo el cuerpo, sino la esencia misma de la identidad, la cognición y la percepción social.

En el análisis neuropsicológico y bioético, se parte de una premisa innegociable: el estudio de la adolescencia es el estudio de la dignidad humana en su estado de mayor vulnerabilidad y potencialidad. No nos enfrentamos a un adulto en miniatura ni a un niño grande; nos enfrentamos a un sujeto en plena ebullición neurobiológica que exige una protección reforzada. Esta protección no debe entenderse como una tutela que anula su voluntad, sino como el andamiaje necesario para garantizar el ejercicio progresivo de su autonomía que, biológicamente, aún está “en obra negra”.

El presente libro, *Salud Mental y Neurodesarrollo del Adolescente*, nace de la urgencia de tender puentes. Durante mucho tiempo, la psicología, la medicina y el derecho han operado en silos

estancos: los jueces dictan sentencias sobre la capacidad de los jóvenes ignorando la maduración de su corteza prefrontal; los médicos prescriben fármacos sin considerar la violencia estructural del entorno; y las familias navegan la crianza sin herramientas para distinguir entre una crisis normativa de crecimiento y una patología real. Esta obra busca derribar esos muros, ofreciendo una crítica interdisciplinaria a los desafíos socioculturales que enfrentan los jóvenes en el México del siglo XXI.

La pandemia ha supuesto un impacto significativo en la vida de los adolescentes, que han visto alteradas sus rutinas, sus planes y sus proyectos. Durante los meses y, en algunos países, años de confinamiento, muchos de ellos han experimentado un alto nivel de estrés, ansiedad y frustración, que ha repercutido negativamente en su salud mental, su rendimiento académico y su relación con sus padres (Yera-Rodríguez et al., 2023). El aislamiento limitó las oportunidades de socialización, exploración y autonomía que son esenciales para el desarrollo de la identidad, los valores y las habilidades del adolescente. Esto ha generado un sentimiento de aburrimiento y falta de motivación, que afectó directamente a su autoconcepto, su autoeficacia y su bienestar emocional (Osimo & Stahl, 2024).

Para comprender al adolescente, debemos mirar bajo el capó de su comportamiento. La neurociencia nos ha regalado en las últimas décadas una revelación fundamental: el cerebro adolescente no está “roto” ni es “inmaduro” en un sentido peyorativo; es un órgano altamente especializado en la adaptación y el aprendizaje, caracterizado por una plasticidad excepcional.

Esta plasticidad es un arma de doble filo. Por un lado, permite al joven adquirir habilidades, idiomas y competencias sociales a una velocidad que jamás volverá a tener en la vida adulta. Por otro, lo hace exquisitamente sensible a las influencias del entorno (López et al., 2024). Un cerebro plástico es un cerebro que aprende, pero también es un cerebro que se marca profundamente ante el trauma, el estrés o la negligencia. Es decir, la capacidad de modificar sus conexiones neuronales según las experiencias y los estímulos del entorno (Afifi & Bergman, 2020).

El sistema límbico —esa estructura profunda y antigua encargada de las emociones, la motivación y la búsqueda de recompensas— madura tempranamente. Es el motor que impulsa al adolescente a buscar sensaciones intensas, a enamorarse perdidamente, a sentir la música en las vísceras y a buscar la validación de sus pares con desesperación. Este sistema está inundado de dopamina, el neurotransmisor del deseo y la recompensa (Casey et al., 2025). En contraparte, la corteza prefrontal —el director de orquesta, encargado del juicio, la planificación, el freno de los impulsos y la evaluación de riesgos— es la última zona en madurar, completando su desarrollo bien entrada la segunda década de vida (Goodpaster et al., 2025).

El aspecto más importante del desarrollo neuropsicológico en los adolescentes es la maduración de la corteza prefrontal, parte del cerebro encargada de las funciones ejecutivas, que incluyen la planificación, el razonamiento, la toma de decisiones, el control de impulsos, la flexibilidad mental y la regulación de las emociones (Díaz et al., 2022). La madurez de la corteza prefrontal no es igual para todas las áreas ni ocurre al mismo tiempo. En cambio, sigue un patrón de desarrollo asincrónico, donde las partes más posteriores

y laterales maduran antes que las más anteriores y del centro (Flores Lázaro & Ostrosky, 2012; Sánchez Teoyotl, 2023). Es decir, algunas funciones ejecutivas, como la inhibición o la memoria de trabajo, se desarrollan antes que otras, como la evaluación de riesgos o la metacognición.

Para el lector adolescente: Esto explica por qué a veces sientes tanto y piensas después. No es un defecto de fábrica; es un diseño evolutivo. Tu cerebro te empuja a salir al mundo, a explorar y a tomar riesgos necesarios para independizarte, pero lo hace antes de tener instalados todos los frenos de seguridad. Para el profesional del derecho y la salud, esto tiene una implicación ética colosal: no podemos juzgar ni tratar al adolescente con la misma vara que al adulto, pues su biología le impone una carga de impulsividad que no siempre puede gestionar por sí solo.

No obstante, caeríamos en un grave error científico —la falacia del determinismo neurobiológico— si redujéramos la experiencia adolescente a sus neuronas. El cerebro no madura en el vacío; madura en una comunidad, en una familia, en una escuela y en una cultura específica. La biología pone las cartas, pero el entorno juega la partida.

Este libro adopta una postura crítica: los factores socioculturales no son mero “contexto”, son agentes activos que modulan la expresión genética y la arquitectura cerebral. En México, estos desafíos son profundos. La desigualdad social, la pobreza y la falta de oportunidades no son solo problemas económicos; son agresiones directas al neurodesarrollo.

Sabemos que el estrés crónico derivado de la carencia o la violencia familiar eleva los niveles de cortisol en el cerebro. Esta

hormona, en exceso, es tóxica para las neuronas, especialmente en el hipocampo (memoria) y la corteza prefrontal. Es decir, un entorno hostil puede literalmente “atrofiar” las capacidades ejecutivas que el joven necesita para construir su futuro (Cortés Macías et al., 2021; Abadías Selma, 2022; Rosa, 2024; Farooqi, 2024).

Esta hormona del estrés daña las neuronas y reduce el volumen de la corteza prefrontal, lo que dificulta el control de impulsos, la planificación y la regulación emocional. También como el consumo de sustancias psicoactivas, como el alcohol, el tabaco, el cannabis o las drogas sintéticas, altera el equilibrio químico y estructural del cerebro, afectando al sistema de recompensa, la memoria, el aprendizaje y el juicio moral (Carrascoza Venegas, 2022) (Smith Ewan & Lingford-Hughes, 2024).

Por ello, cuando hablamos de “conductas de riesgo” o “fracaso escolar”, debemos ampliar la lente. ¿Estamos ante un cerebro “problemático” o ante un cerebro sano reaccionando lógicamente a un entorno patológico? La hermenéutica de la realidad nos obliga a ver que, muchas veces, lo que etiquetamos como trastorno es una estrategia de supervivencia ante la adversidad.

Ningún análisis del adolescente actual puede obviar el cataclismo que supuso la pandemia de COVID-19. Para un cerebro programado biológicamente para la socialización y la salida al mundo exterior, el confinamiento fue una medida contra-natura. La alteración de rutinas, el encierro y la incertidumbre generaron una acumulación tóxica de estrés, ansiedad y frustración (Hernández et al., 2025).

El aislamiento cercenó procesos vitales: la autonomía, la exploración de la identidad y la interacción con los pares, elementos insustituibles para la maduración psíquica. Al regresar a las aulas, nos encontramos con una generación que no solo debe recuperar contenidos académicos, sino reaprender a convivir, a leer rostros y a gestionar emociones en vivo, tras años de mediación por pantallas (Albornoz et al., 2024).

Y es aquí donde entra el otro gran protagonista: la tecnología. Las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC) han jugado un papel ambivalente. Fueron el salvavidas que permitió la continuidad educativa y social, pero también se han convertido en un laberinto de espejos distorsionados. El uso desmedido de redes sociales expone a una psique en formación a riesgos severos: el ciberacoso, la comparación constante con ideales inalcanzables, la desinformación y la exposición a contenidos violentos (De la Hoz, 2017).

La tecnología no es neutra. Los algoritmos están diseñados para secuestrar el sistema de recompensa (dopamina) del cerebro, el mismo que en la adolescencia es hipersensible. Esto genera ciclos de dependencia y validación externa que fragilizan la autoestima y el autoconcepto (Aziz et al., 2024). El reto actual no es demonizar la tecnología, sino desarrollar un "acompañamiento crítico" que permita al adolescente navegar el mundo digital sin naufragar en él (Nieto et al., 2023).

Uno de los ejes centrales de esta obra es el cuestionamiento de las categorías diagnósticas. Vivimos tiempos de inflación diagnóstica, donde cualquier malestar, tristeza o rebeldía corre el riesgo de ser etiquetado como un trastorno mental. El libro

recupera el pensamiento de autores como Michel Foucault y Georges Canguilhem para recordarnos que la distinción entre lo "normal" y lo "patológico" es, a menudo, una construcción social utilizada para mantener el orden y las estructuras de poder. En la adolescencia, esta línea es especialmente borrosa. La inestabilidad emocional, la búsqueda de identidad y el cuestionamiento a la autoridad son características inherentes a la etapa, no síntomas de una enfermedad.

Sin embargo, el riesgo de la medicalización es real. Al patologizar conductas que son procesos adaptativos, corremos el riesgo de estigmatizar al joven y anular su agencia. La etiqueta de "enfermo" puede convertirse en una profecía autocumplida que limita su desarrollo. Esto no niega la existencia de trastornos mentales graves que debutan en esta etapa y que requieren atención clínica rigurosa. La esquizofrenia, el trastorno bipolar o la depresión mayor son realidades dolorosas que deben ser atendidas. El desafío para el clínico y el educador es desarrollar una mirada fina, capaz de distinguir entre el "ruido" normal del crecimiento y la señal de alarma de una psicopatología real, siempre considerando los parámetros estadísticos, individuales y culturales de cada caso (Sandín, 2020; Ropper et al., 2021).

En el corazón de la tormenta adolescente yace la pregunta fundamental: ¿Quién soy? La construcción de la identidad es el trabajo psíquico más arduo de esta etapa. El joven debe integrar su historia, su cuerpo cambiante y sus nuevas capacidades cognitivas en un "Yo" coherente.

Este proceso pasa ineludiblemente por el cuerpo y la sexualidad. La obra aborda la sexualidad no desde el miedo o la

prohibición, sino como una dimensión vital de la salud. Los cambios neuroanatómicos y hormonales (testosterona, estrógenos) despiertan un nuevo universo de sensaciones y deseos. La educación sexual, por tanto, no puede limitarse a la biología; debe abarcar la afectividad, el consentimiento y la construcción de una imagen corporal sana, protegiendo al adolescente de los estereotipos dañinos y la violencia de género.

Asimismo, se subraya la importancia de los neurotransmisores como la oxitocina y la serotonina en la regulación del afecto y la vinculación social. La capacidad de amar, de confiar y de pertenecer se construye sobre este sustrato neuroquímico, que a su vez es moldeado por la calidad de las relaciones humanas que rodean al joven.

Finalmente, esta introducción sirve como preámbulo a una exigencia ética y política. La salud mental del adolescente no es un lujo, es un Derecho Humano. Garantizarla implica mucho más que ofrecer terapia; implica construir una sociedad que no enferme a sus jóvenes. Abogamos por un enfoque preventivo, educativo y comunitario. Necesitamos políticas públicas que reconozcan la especificidad del neurodesarrollo adolescente y que inviertan en factores de protección: familias con herramientas de crianza, escuelas inclusivas que fomenten la inteligencia emocional, espacios públicos seguros y acceso a la cultura y el deporte. El reconocimiento de la autonomía progresiva es vital. El adolescente debe ser partícipe de las decisiones que afectan su vida, en la medida en que su capacidad evoluciona. Ignorar su voz es atentar contra su dignidad.

Este libro es, pues, una brújula para navegar la complejidad. Está dirigido a psicólogos, médicos, juristas, educadores y padres, pero también —y quizás, sobre todo— a los propios adolescentes que buscan entenderse a sí mismos. En las páginas que siguen, desglosaré la historia de la psicopatología, las teorías del desarrollo, la anatomía de las funciones ejecutivas, la emergencia de la conciencia moral y los desafíos de la desigualdad.

Todo ello con un único fin: ofrecer herramientas conceptuales y prácticas para acompañar, comprender y potenciar a una generación que no es el futuro, sino el vibrante y desafiante presente. La adolescencia es un umbral sagrado. Cruzarlo requiere coraje por parte del joven, pero requiere sabiduría, paciencia y amor incondicional por parte de quienes lo esperan al otro lado. Bienvenidos a este recorrido por la mente en construcción.

CAPÍTULO I

PSICOPATOLOGÍA Y SALUD MENTAL DEL ADOLESCENTE

La adolescencia es un umbral y un territorio en disputa. Es un periodo de profundas transformaciones biológicas, psicológicas y sociales que desafía los límites de la normalidad y la patología. En este periodo, la salud mental se convierte en un campo de tensiones, riesgos y potencialidades. El capítulo inaugura el análisis de la psicopatología y la salud mental del adolescente, no solo como una revisión de cuadros clínicos o síntomas, sino como una invitación a repensar el significado mismo de la adolescencia en el siglo XXI y a trascender las fronteras del conocimiento tradicional para situar al joven en el centro de una comprensión integral, crítica y propositiva.

Desde la óptica de la neuropsicología del desarrollo, la adolescencia deberá concebirse únicamente como una reestructuración cualitativa y profunda de la psique, evitando caer en reduccionismos del tránsito cronológico caracterizado por la maduración de la corteza prefrontal y la emergencia de funciones ejecutivas superiores. La adquisición del pensamiento abstracto, el razonamiento hipotético-deductivo y la metacognición facultan al

adolescente para operar en el plano de lo posible, la posibilidad de ejercer la libertad y la responsabilidad.

El salto cognitivo constituye la esencia para la construcción de la moral y la identidad, permitiendo al adolescente someter a juicio crítico las normatividades hegemónicas, deconstruir los dogmas heredados y explorar alternativas en su búsqueda de sentido del *self*. Así, la capacidad del pensamiento abstracto en la comprensión sofisticada del “yo”, lo lleva a un encuentro relacional con el mundo social. Constituyendo la base ontológica para el ejercicio pleno de la dignidad y la toma de decisiones autónomas, transitando evolutivamente de una moral heterónoma a una ética personal en constante perfeccionamiento.

En la esfera socio-relacional, este periodo implica una compleja renegociación dialéctica de los vínculos primarios; es decir, creación de nuevos significados entre la necesidad de protección e independencia, creando tensión en la tradicional dinámica de figuras parentales y de autoridad. Bajo el principio jurídico y bioético de autonomía progresiva, el adolescente busca emancipar su juicio y conducta, desplazando el eje de validación desde la verticalidad de la estructura familiar (autoridad parental) hacia la horizontalidad de los pares (respeto por la independencia de la personalidad).

El grupo de iguales deja de ser un espacio meramente lúdico para convertirse en un laboratorio de identidad y un sistema de soporte emocional crítico; es en esta interacción intersubjetiva donde se ensayan roles, se legitiman experiencias y se consolidan las competencias sociales necesarias para la vida adulta. Esta transición, lejos de ser una ruptura, es una expansión del mundo

vital donde la vulnerabilidad intrínseca y la búsqueda de pertenencia coexisten con el deseo de autoafirmación, exigiendo un acompañamiento que reconozca al adolescente como titular de derechos y no solo como objeto de tutela.

La demarcación entre las crisis normativas inherentes al neurodesarrollo adolescente y las manifestaciones psicopatológicas constituye uno de los desafíos clínicos y bioéticos más apremiantes de la psiquiatría contemporánea. Existe una preocupación legítima, fundamentada en la filosofía de la ciencia, sobre la tendencia a la medicalización de conductas adaptativas y la consecuente estigmatización que vulnera la identidad en construcción, patologizando procesos de individuación que son naturales.

No obstante, la salud mental no es un fenómeno aislado, sino que se encuentra inexorablemente vinculada por determinantes socioculturales de vulnerabilidad, tales como la violencia estructural, la precariedad económica y las disfuncionalidades sistémicas en los núcleos familiar y escolar, factores que erosionan la dignidad y la capacidad resiliencia del sujeto, condicionando su bienestar psicosocial mucho antes de que aparezcan los síntomas clínicos.

Este panorama se ha tornado complejo por la irrupción de fenómenos disruptivos como la crisis sindémica derivada del COVID-19, que exacerbó las desigualdades preexistentes, y la inmersión apresurada al ecosistema digital; si bien ofrece conectividad global, introduce riesgos inéditos para la integridad psíquica del adolescente, causados por el ciberacoso y la dependencia tecnológica.

Frente a esta realidad, la garantía del derecho a la salud mental en México enfrenta barreras estructurales críticas, que van desde la insuficiencia de infraestructura sanitaria especializada hasta resistencias culturales arraigadas que inhiben la búsqueda oportuna de ayuda. Estas carencias no solo representan fallas administrativas, sino una violación al principio de justicia distributiva, perpetuando una brecha de atención que el Estado debe subsanar urgentemente para cumplir con sus obligaciones internacionales en materia de derechos humanos y protección integral de niñas, niños y adolescentes.

Ahora bien, desde la invisibilidad a la centralidad, es importante revisar la historia de lo que significa ser adolescente y buscar una redefinición de lo que es psicopatología adolescente desde una visión interdisciplinaria. Durante siglos, la psiquiatría y la psicología clínica relegaron a la infancia y la adolescencia a un segundo plano, privilegiando el estudio del adulto como paradigma de la salud y la enfermedad mental.

Esta marginación, promovida por la visión adultocéntrica y la influencia de la moral religiosa, postergó el análisis detallado de las particularidades del desarrollo psicológico de los individuos. Sin embargo, en los últimos años, la psicopatología del adolescente ha surgido como un campo de la ciencia médica, impulsada por la necesidad de entender los trastornos que ocurren en esta etapa, sus múltiples causas y sus características únicas.

El presente capítulo examina la evolución de la psicopatología y la psicología clínica, evidenciando que la construcción de las categorías diagnósticas y la interpretación de la sintomatología no son procesos estáticos ni neutrales, sino que

están conjugados por los contextos históricos, culturales y sociales que definen la normalidad subjetiva de una sociedad.

Bajo esta perspectiva, la distinción entre lo normal y lo patológico en la adolescencia se revela como una dialéctica compleja y no como una dicotomía absoluta; lo que a menudo se etiqueta precipitadamente como patología puede ser, en realidad, la manifestación fenomenológica de una crisis vital propia de la edad. Dado que la adolescencia constituye *per se* un periodo de desequilibrio neuropsicológico y reconfiguración identitaria, la experimentación y la inestabilidad emocional son parte del desarrollo, por lo que su lectura requiere una sensibilidad clínica y bioética que evite la psiquiatrización de la vulnerabilidad, reconociendo la naturaleza dinámica situada en la salud mental en este grupo etario.

Se propone una mirada crítica, que advierte sobre el riesgo de la medicalización y etiquetas sociales. Se analiza cómo el control social y el poder influyen en la definición de la normalidad, y cómo la estigmatización puede convertirse en un obstáculo para el desarrollo saludable y para la integración social del adolescente. Así, se aboga por una evaluación contextualizada y flexible, capaz de distinguir entre los procesos adaptativos propios de la adolescencia y los verdaderos signos de trastorno mental.

Se profundiza en la descripción de los principales cuadros psicopatológicos que afectan a los adolescentes: trastornos del ánimo, trastornos de la conducta, problemas de identidad y sexualidad, y manifestaciones de ansiedad, entre otros. Describiendo la complejidad de los términos para identificar los

límites entre el desarrollo normal y anormal en esta etapa de desarrollo.

También se exploran las alteraciones de la conciencia, las problemáticas afectivas y las conductas de riesgo, como el consumo de sustancias, la sexualidad precoz y la violencia. Se destaca la importancia de comprender estos fenómenos en su entramado biopsicosocial activando la información genética con la evolución neurobiológica con lo ambiental. Sin embargo, resalta la importancia de los entornos familiares, escolares y comunitarios en el origen y desarrollo de los trastornos.

Por ejemplo, se examina cómo la vulnerabilidad genética, la historia de vida, la calidad de las relaciones familiares, la pertenencia a grupos de pares y el contexto sociocultural configuran el riesgo o la protección frente a los trastornos mentales. Se destaca el papel de la autoestima, el autoconcepto, la regulación emocional y la empatía como habilidades clave para la resiliencia. Asimismo, se analiza el impacto de las tecnologías de la información, la globalización, la desigualdad social y los cambios en los modelos familiares que pueden tanto potenciar como amenazar el bienestar psíquico de los jóvenes.

En este apartado no se limita a describir los desafíos, sino que propone un cambio de paradigma en la comprensión y atención de la salud mental del adolescente. Se aboga por una perspectiva integral, preventiva y promotora, que trascienda la mera intervención clínica para situar la salud mental como un derecho humano y un eje fundamental del desarrollo social.

Una de las propuestas está en la necesidad de fortalecer la formación y sensibilización de profesionales de la salud, núcleo

familiar e interacción comunitaria para detectar algún padecimiento psicológico de manera oportuna y proporcionar un respetuoso acompañamiento. También se propone impulsar políticas públicas que garanticen el acceso equitativo a servicios de salud mental con enfoque de derechos, género y diversidad. En busca de promover entornos escolares y comunitarios inclusivos que favorezcan la participación, la creatividad y el sentido de pertenencia.

Figura 1

Dimensiones de la psicoterapia contemporánea



Nota: Elaboración propia.

Se invita a ir más allá del conocimiento común y a ver la salud mental de los adolescentes como un fenómeno dinámico adaptando la intervención según las necesidades o contexto

personal. Esto necesitará un enfoque transversal con diferentes disciplinas, que prioricen la diversidad y a la transformación social. Para transformar el estigma adolescente, lejos de ser solo un periodo de riesgo, es una etapa donde se descubren las potencialidades, la creatividad y de construcción de sentido social. Merecedores de acompañamiento respetuoso, empático que pone la esperanza en el futuro; solo así será posible construir nuevas rutas para el bienestar psíquico de las y los adolescentes, y contribuir a una sociedad más justa, equitativa y saludable para las generaciones contemporáneas.

Historia y definición de la psicopatología

En términos generales, la psicopatología puede definirse como el campo que estudia las formas de sufrimiento psíquico, sus manifestaciones clínicas, sus modelos explicativos y la manera en que, histórica y culturalmente, se han construido las categorías de trastorno mental (Augsburger, 2004; Pereira-Perdomo y Zúñiga-Iturra, 2022). A diferencia de la psicología clínica, que se centra en la comprensión cualitativa del sufrimiento individual y en la intervención, la psicopatología incorpora una dimensión histórica-epistemológica: analiza cómo cambian las definiciones de enfermedad, normalidad o desviación a lo largo del tiempo y en distintos contextos sociales (Álvarez López, 2025).

Parte de los siglos XIX y XX, la psiquiatría clásica se centró en el adulto como modelo de referencia. La infancia y la adolescencia fueron tratadas, en el mejor de los casos, como una antesala de la verdadera enfermedad mental adulta. Ello condujo a una doble invisibilización: por un lado, se ignoraban problemáticas genuinas que debutan en la adolescencia (como muchos trastornos

afectivos, de ansiedad, de conducta o de uso de sustancias); por otro, se interpretaban crisis normativas como signos de enfermedad, justificando intervenciones coercitivas o estigmatizantes (Mrs et al., 2025; Albuquerque & Disability, 2025).

Durante muchos siglos, la psiquiatría dirigida a la población adulta ha mantenido una posición de supremacía, relegando así la psiquiatría enfocada en la infancia y la adolescencia a un rol secundario y menos relevante. Este enfoque particular se puede atribuir al profundo entusiasmo por la concepción del hombre adulto en la época clásica. Esta concepción estaba influenciada por la visión cristiana, resaltaba su divinidad y desvalorizaba el mundo profano, mundano o *ser hoc*, lo que tuvo consecuencias perjudiciales a lo largo de los siglos. Esta postura ha tenido un impacto significativo en la marginación del análisis detallado y exhaustivo de la infancia y la adolescencia (Casey & Kelly, 2024).

A partir de la segunda mitad del siglo XX, con el desarrollo de la psiquiatría infanto-juvenil y de la psicopatología del desarrollo, se consolidó un giro: se comenzó a reconocer que los trastornos mentales no son simples versiones pequeñas de las patologías adultas, sino que presentan formas, trayectorias y factores de riesgo específicos cuando emergen en la adolescencia. En México, un hito importante fue la *Mexican Adolescent Mental Health Survey*, que ofreció por primera vez estimaciones poblacionales de la prevalencia y severidad de trastornos psiquiátricos en adolescentes de 12 a 17 años en la Ciudad de México (Benjet et al., 2008; Afzali et al., 2017).

Se intentó interpretar de manera más exhaustiva y detallada la causalidad del trastorno, enfocándose en una perspectiva

psicológica más amplia y multidimensional. En las últimas décadas, a raíz de la creciente tendencia inflacionista hacia la medicalización de los trastornos mentales en la población infantil y juvenil, la psiquiatría dedicada a este grupo ha comenzado a cuestionarse y reflexionar sobre sus prácticas y enfoques. Y, en un acto de reivindicación contundente, ha comenzado a desarrollarse de manera notable, tanto en calidad como en cantidad, los estudios específicos en las niñas, niños y adolescentes (Zachar et al., 2023).

La psicopatología, entendida como una disciplina en constante reconfiguración epistemológica, trasciende la mera descripción sintomática para adentrarse en el análisis histórico-crítico de la génesis y legitimación de los conceptos de enfermedad mental. Este enfoque hermenéutico permite desentrañar cómo las taxonomías nosográficas, las descripciones clínicas y las teorías psicopatológicas no constituyen entidades ontológicamente estables, sino construcciones dinámicas moldeadas por las tensiones dialécticas entre la práctica clínica y sus diversos contextos socioculturales (De la Cruz Hernández et al., 2025).

Al examinar la evolución de las categorías diagnósticas, se hace evidente que el discurso sobre la salud y la desviación está íntimamente ligado a estructuras de poder y regímenes de verdad que varían según la época y la latitud geográfica. En consecuencia, el estudio de la psicopatología contemporánea exige una mirada reflexiva que reconozca la influencia de variables económicas y políticas en la delimitación de lo patológico, garantizando que el acto clínico sea un ejercicio de comprensión humana y no un mero dispositivo de control social (Heshmati et al., 2024).

El estado actual de la psicopatología comprende y se aleja de definiciones unidimensionales e incorpora una vasta gama de dimensiones y variables que representan la gran complejidad: la heterogeneidad de los cuadros clínicos de los trastornos de salud mental. Esa psicopatología integra estudios de fenómenos psicológicos, de comportamientos sociales y de la psicología que, de modo disfuncional y anómico, se generan, producen y se expresan en la disfuncionalidad, la angustia y el deterioro clínicamente significativos en la vida del sujeto (Rajapakse, 2024).

Esa psicopatología se ha construido en el tiempo, producto de un proceso histórico y científico, el resultado de la integración de los avances en neurobiología, psicometría, y otras ramas de la ciencia social, sobrepasando las explicaciones arcaicas que contaban la enfermedad mental como irracional, sugiriendo que eran definiciones supra normativas, a definiciones que incorporaban criterios diagnósticos y clasificaciones (construcción nosográfica de la salud mental) (Carrizo, 2022).

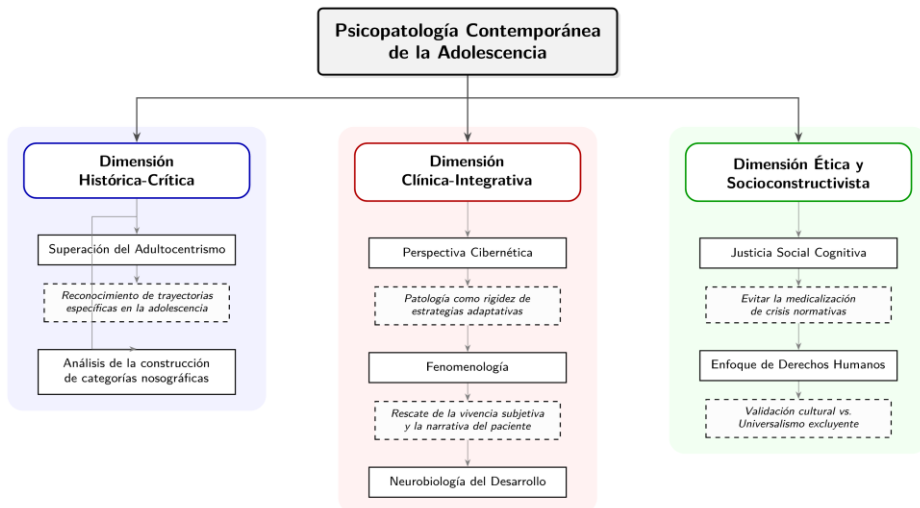
La fenomenología de las enfermedades mentales ha sido obviada con la llegada de la genética y la farmacología. La práctica del diagnóstico ha estado anclada más en la selección de la descripción fenomenológica contenida en manuales de diagnóstico tales como el DSM 5 y la CIE 11. Esto pone de manifiesto el anhelo de transitar a modelos que no solo clasifiquen, sino que se ocupen del componente explicativo de la etiología y la vivencia del padecimiento psicopatológico (Vacca et al., 2025).

Un enfoque general, integrador e individual de la psicopatología moderna aboga por la recepción de diferentes disciplinas para estudiar la razón subyacente del sufrimiento

psicológico, sin caer en el reduccionismo biológico o estadístico. En este sentido, se enfatiza la relevancia de la perspectiva cibernética, ya que nos permite ver la patología como un repetido fracaso en alcanzar objetivos existenciales debido a estrategias de adaptación rígidas o ineficaces, en lugar de ser una mera enfermedad del cerebro (Lam & Hsu, 2024).

Figura 2

Dimensiones de la psicoterapia contemporánea



Nota: Elaboración propia.

Las teorías emergentes restauran y redirigen la psicología clínica a la experiencia subjetiva del paciente con sus anomalías conductuales, requiriendo que el enfoque clínico vaya más allá de la observación externa para involucrarse con el razonamiento interno del paciente. La evolución del campo ha apuntado hacia la medicina de precisión en salud mental, donde la objetividad científica se encuentra con la historia de la persona, ofreciendo

opciones terapéuticas que preserven la dignidad de la persona en el proceso de sanación.

En el marco del enfoque socioconstructivista (ver figura 2), es necesario precisar que la psicopatología no es una disciplina que opere en el vacío, sino que recibe intervenciones culturales, de género, de raza y de clase social que definen la construcción de lo normal y anormal. Las categorías diagnósticas se mueven en el ámbito de lo social y, por lo mismo, con frecuencia desnudan la construcción que tengan de las crisis naturales de la edad o de lo patológico.

El abordaje de los sistemas de diagnóstico que buscan universalizar el lenguaje en psicopatología desde el marco de la técnica puede resultar en contradicción con el enfoque de la psicopatología del derecho humano. Tomando en cuenta lo anterior, se debe evitar que la universalización de los sistemas de diagnóstico se convierta en un mecanismo de exclusión y que, por el contrario, la psicopatología del derecho humano (comprometida a nivel ético) deba hacerse cargo de las inequidades que afectan la salud mental y la culturalidad de la psicología clínica del sujeto que consulta.

En el desafío por el futuro, la disciplina continuará esforzándose por detener el deterioro de la fenomenología psiquiátrica por el uso de modelos más fluidos, reestructurando la semántica de lo sistémico y lo complejo, hacia teorizaciones más equilibradas desde lo psicosocial hacia la humanización de los cuadros clínicos que afectan a los adolescentes. Y conjugar la lógica del enfoque neuropsicológico del desarrollo con el más puro tratamiento de la psique, para que los avances a los conocimientos

adquiridos puedan ser salvaguardados y respetados con relación a la protección del derecho a la salud y la calidad de vida.

Psicopatologías en la Adolescencia

La detección clínica de la patología del pensamiento en la población adolescente constituye un desafío de primer orden, dado que las alteraciones cognitivas suelen presentarse con una simplicidad fenoménica que el sujeto integra como parte de su funcionamiento natural o egosintónico (Meneveau & Tandonnet, 2022). Esta normalización subjetiva, sumada a la turbulencia neuropsicológica inherente a la pubertad —a menudo descrita como una anarquía mental—, genera una zona de penumbra diagnóstica donde resulta arduo disociar las crisis de maduración recurrentes con procesos mórbidos concomitantes (Silva et al., 2025).

El clínico se enfrenta, por tanto, a la responsabilidad ética y técnica de ejercer una hermenéutica diferencial rigurosa, evitando la patologización de la crisis vital, pero sin desatender las señales incipientes de una desestructuración psíquica real. Este dilema subraya la vulnerabilidad filosófica del adolescente, cuyo derecho a la salud mental depende de una evaluación que comprenda la plasticidad y la reorganización cerebral propias de esta etapa evolutiva.

En este contexto de indeterminación, la fenomenología *borderline* o fronteriza desafía las categorías clásicas de salud y enfermedad durante la transición puberal, situándose en un umbral de difícil demarcación. Desde la perspectiva de la psicología del desarrollo y la psicopatología evolutiva, se observa que rasgos

típicamente asociados al Trastorno Límite de la Personalidad — tales como la labilidad afectiva, la impulsividad conductual y la inestabilidad cognitiva— constituyen, paradójicamente, manifestaciones arquetípicas y hasta esperables del proceso de individuación adolescente (Carter, 2022).

En consecuencia, lo que en la adultez se codificaría inequívocamente como una anomalía estructural, en la adolescencia puede interpretarse como una expresión transitoria de la búsqueda de identidad y la regulación emocional, lo cual exige una cautela diagnóstica extrema para no estigmatizar jurídica ni clínicamente una etapa caracterizada por la fluidez y la transformación constante.

Respecto de la conciencia estructurada del adolescente, aseverando que en la esquizofrenia no existe la conciencia estructurada, sino que el usuario vive en un mundo de ensoñación. Más que una simple sensación de extrañeza o una anomalía ante lo inesperado, lo que impera es una certeza apodíctica: el adolescente habita un mundo vivencial que, aunque escindido del consenso intersubjetivo, se le impone con una autenticidad opresora y una validez fenomenológica absoluta.

Esta inmersión en una “otra realidad” no se vive como una alucinación distante, sino como una verdad hermenéutica que envuelve la totalidad de su existencia, desafiando la distinción natural entre lo real y lo imaginario y obligando al clínico a comprender la lógica interna de esa convicción inquebrantable que estructura su nueva forma de estar en el mundo.

Desde una praxis clínica fundamentada en la experiencia, resulta imperativo rechazar las visiones reduccionistas que

catalogan estos estados como simples procesos de involución o regresión, entendidos erróneamente como la anulación de las competencias cognitivas previamente adquiridas. La activación de la fantasía no implica un desmantelamiento de los logros del desarrollo, ni el delirio debe simplificarse como una mera interpretación falaz de la percepción sensorial carente de alucinación, tal como dictan las definiciones nosológicas tradicionales.

Siguiendo la línea de Wolfgang Blankenburg, tampoco deberíamos limitar la comprensión de la psicomotricidad o la monitorización psíquica a una persistencia descontextualizada de vivencias autorreferenciales; más bien, estamos ante escenarios complejos donde la desconexión del "sentido común" o la evidencia natural no es un déficit vacío, sino una reorganización de la subjetividad que responde a dinámicas internas coherentes, aunque inaccesibles desde la lógica convencional (Del Giudice & Haltigan, 2021).

La maduración neurobiológica del adolescente constituye un proceso ontogenético extendido que se prolonga hasta la tercera década de vida, caracterizado por una profunda reorganización de la arquitectura cerebral. Este periodo crítico se puede explicar desde la asincronía funcional entre la maduración temprana del sistema límbico —orientado a la gratificación inmediata y la intensidad emocional— y el desarrollo tardío de la corteza prefrontal, sustrato de las funciones ejecutivas y el control cognitivo (Peters & Naneix, 2022; Quiñones-Beltrán, et al., 2025).

Esta brecha temporal genera una "ventana de vulnerabilidad" neuropsicológica donde la capacidad de

autorregulación se ve frecuentemente desbordada por la búsqueda de novedad y la sensibilidad a la recompensa, predisponiendo al adolescente a conductas de riesgo. Desde una óptica, esta inmadurez anatómica no debe interpretarse meramente como una deficiencia, sino como una etapa evolutiva donde la plasticidad cerebral expone al joven a una permeabilidad ambiental que puede tanto potenciar su desarrollo cognitivo como exacerbar su fragilidad ante entornos adversos.

En este escenario de plasticidad cerebral, la consolidación de las funciones ejecutivas emerge como eje rector para el bienestar psicológico en la autonomía progresiva y la dignidad del adolescente. Capacidades como la memoria de trabajo, que permite la manipulación temporal de la información, y la flexibilidad cognitiva, esencial para alternar entre paradigmas mentales. Asimismo, la regulación emocional y la planificación estratégica no solo facilitan el funcionamiento académico o social, sino que constituyen los pilares del empoderamiento personal (Santander y Flórez, 2025).

La interdependencia de estos procesos cognitivos es fundamental para el funcionamiento adaptativo; su desarrollo óptimo es prerequisite para que el adolescente transite de la heteronomía a una autodeterminación responsable. Por tanto, cualquier interrupción en esta trayectoria, ya sea por factores biológicos o privación psicosocial, compromete no solo la salud mental del individuo, sino su capacidad jurídica y moral para actuar como un sujeto de derechos pleno en su comunidad.

Simultáneamente, la construcción de la identidad se erige como la tarea nuclear del desarrollo psicosocial, donde la tensión

dialéctica entre la "identidad y la confusión de roles" postulada por Erikson cobra vigencia en múltiples dimensiones existenciales. Este proceso de síntesis personal abarca la exploración vocacional, la definición ideológica y la integración de la sexualidad, operando bajo la mirada del grupo de pares que funciona como un espejo social de validación y pertenencia (Crocetti et al., 2024; Dreibelbis et al., 2025).

En el escenario sociocultural mexicano, la configuración de la identidad adolescente no ocurre en un vacío abstracto, sino que se despliega dentro de una arquitectura tensional donde convergen dialécticas de herencias normativas y las exigencias de la modernidad globalizada. El sujeto en desarrollo se ve compelido por dos fronteras existenciales: la lealtad a los valores familiares tradicionales —profundamente arraigados en estructuras de género y jerarquía— que colisionan de manera constante con los paradigmas de una globalización que promueve la autonomía individual y la fluidez de roles. Esta fricción no es meramente anecdótica, sino que representa parte de una lucha de la psique del adolescente, obligándolo a realizar un trabajo hermenéutico constante para integrar mandatos contradictorios en un autoconcepto coherente.

Bajo esta óptica, la presión del grupo de pares y el peso de la tradición cultural dejan de ser variables exógenas o simples influencias ambientales para revelarse como ingredientes ontológicos de la subjetividad. El adolescente mexicano no solo recibe cultura, sino que es el resultado dinámico de esta negociación entre la pertenencia comunitaria y la individuación personal. En consecuencia, la búsqueda de coherencia identitaria se transforma en un acto de resistencia y creatividad, donde la

salud mental depende de la capacidad del sujeto —y del soporte de su entorno— para armonizar estas fuerzas antagónicas sin sacrificar su dignidad ni su derecho al libre desarrollo de la personalidad en medio de una sociedad en acelerada transformación estructural (Priego Álvarez et al., 2025).

En cuanto a los problemas emocionales, hay una amplia variedad de trastornos que van desde la indiferencia y la tristeza hasta la euforia y un gran sentido de libertad, como en el trastorno afectivo bipolar y la depresión. El DSM-5 establece criterios para diagnosticar el trastorno bipolar. Estos incluyen identificar un periodo específico en el que el estado de ánimo de la persona es notablemente elevado, expansivo o irritable, junto con síntomas adicionales característicos del trastorno. Antes de salir del marasmo anormal, casi siempre es importante considerar el trastorno depresivo unipolar como una primera clasificación. Es importante considerar diferentes aspectos y evaluar el trastorno de la afectividad natural, que se ha clasificado dentro del trastorno adecuado o la aparición de señales o diagnósticos. La disforia se incluye en uno o más de las otras categorías de trastorno bipolar, tal como sucede en este caso (American, 2014; Annual Meeting Session To Offer Overview Of DSM-5-TR, 2022).

Otro factor decisivo en el bienestar psicológico reside en los trastornos que vienen siendo de los más característicos en el adolescente. En primer lugar, señalaremos la masturbación, ya que su objetivo terapéutico no está en suprimirla (como han sostenido algunas corrientes psicoterapéuticas), sino en aprender prudentemente a utilizarla. Los hitos biológicos de su desarrollo son: incorporar esta conducta, sin excesos, antes de la maduración genital; presente pero no exagerada en el primer período; máxima

permitida en el segundo período y disminuyendo después como una forma válida de autoerotismo y precaución lúcida antes de la activación sexual coital. En segundo lugar, el *coitocentrismo*, con frecuencia, los adolescentes tienen una idea mágica del coito como panacea de la vida erótica, suponiendo un riesgo muy importante la desmitificación de este hecho (Voicu, 2024).

Resulta importante deconstruir y rechazar categóricamente la narrativa reduccionista que posiciona al acto coital como la única finalidad legítima y la cúspide exclusiva de la satisfacción en la intimidad de la pareja. Desde una perspectiva de la salud integral y la dignidad humana, la plenitud sexual no debe entenderse como un mero rendimiento mecánico genital, sino como el suceso de una sinergia biopsicosocial compleja donde convergen la afectividad, la cognición y la fisiología (Peña, 2024).

La verdadera satisfacción relacional trasciende la ejecución del acto para situarse en una ecología del encuentro, donde el equilibrio dinámico entre el deseo biológico, la conexión emocional y la madurez psicológica permite que la experiencia erótica se despliegue de manera armónica. Este enfoque respeta la totalidad ontológica de los sujetos involucrados, evitando la fragmentación del cuerpo como objeto y promoviendo una vivencia de la sexualidad que es, ante todo, una expresión de la libertad y la comunicación humana profunda.

En el contexto sociocultural contemporáneo, se observa un progresivo desmantelamiento de los tabúes que históricamente han estigmatizado la diversidad de las expresiones sexuales, transitando hacia un paradigma que reconoce estas variaciones como manifestaciones legítimas dentro del espectro de la

normalidad, validadas tanto por la historia como por la antropología comparada. Si bien persisten ciertos “eslóganes” proteccionistas —fundamentales para salvaguardar el interés superior del niño frente a asimetrías de poder abusivas o depredadoras—, la tendencia científica actual avanza hacia la despatologización de conductas que en otros tiempos fueron censuradas bajo criterios morales rígidos (Pleguezuelos, 2021).

Al analizar la sexualidad del adolescente, resulta ineludible admitir, en concordancia con Sarmiento (2018), que bajo la sofisticación psicológica subyace un sustrato biológico y evolutivo compartido con el reino animal. Esto nos recuerda que la pulsión y los cambios fisiológicos de la pubertad son fuerzas primarias que deben ser integradas en la comprensión del desarrollo humano, evitando una visión aséptica que niegue nuestra naturaleza orgánica.

Diferencia entre normalidad y anormalidad

La característica singular de la salud mental durante la adolescencia aporta una complejidad conceptual adicional que dificulta la definición exacta de la casuística clínica, ya que nos encontramos en una fase del desarrollo marcada por la entropía y el desbalance estructural. Para abordar esta fase con rigor, resulta imprescindible establecer un criterio epistemológico diferenciado que no se limite a extrapolar los estándares de la infancia o la adultez, sino que reconozca la fenomenología propia de este periodo transicional.

La aproximación a la salud mental desde la normatividad estadística reduce la complejidad del comportamiento humano a

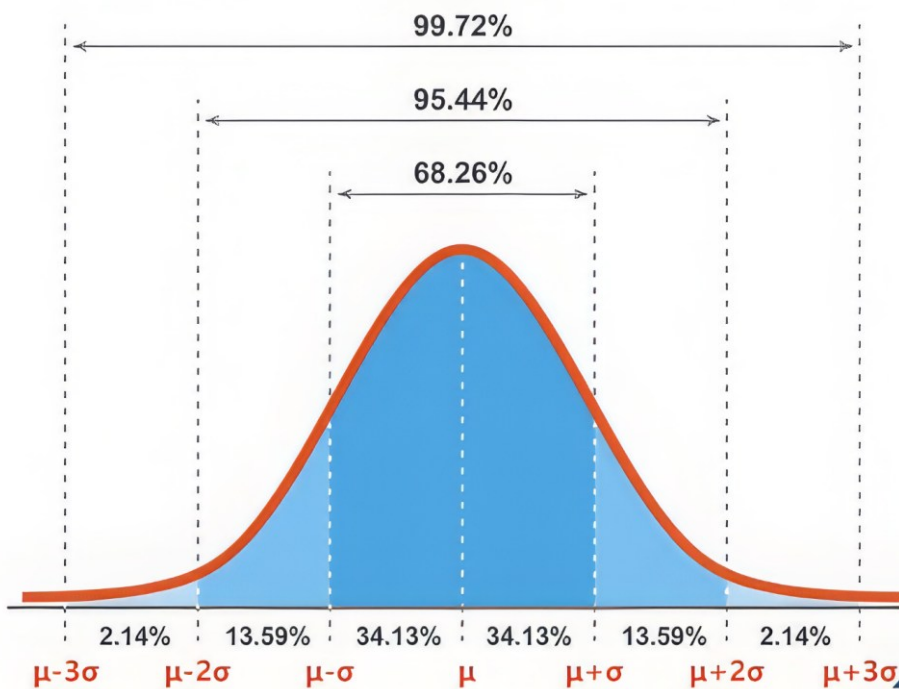
una función de frecuencia distributiva, donde la “normalidad” se equipará aritméticamente con lo habitual y la patología con la desviación cuantitativa. Si bien este criterio ofrece un marco de referencia poblacional, su aplicación clínica resulta insuficiente y epistémicamente riesgosa, pues ignora que la rareza fenoménica no implica necesariamente morbilidad —como se evidencia en las altas capacidades cognitivas—, ni la prevalencia conductual garantiza la adaptación, observable en el consumo normativo de sustancias en la adolescencia.

La visualización de la figura 3, representa una curva en forma de campana, también conocida como distribución gaussiana o distribución normal, un concepto fundamental en la teoría de la probabilidad y la estadística. El gráfico muestra cómo se distribuyen los puntos de datos de un conjunto dado, con la mayoría de ellos agrupándose alrededor de la media. El eje horizontal representa los valores de los datos, mientras que el eje vertical indica la frecuencia de cada valor (Habibzadeh, 2024).

En el centro de la distribución se encuentra la media, representada por la letra griega « μ ». Este punto representa el promedio de todos los puntos de datos del conjunto. Debido a la simetría de la curva de campana, la media es también el valor más frecuente (la moda) y el valor central (la mediana) de la distribución.

Figura 3

Curva de Gauss



Nota: A partir de la media se encuentran las desviaciones estándar, representadas por « $\mu \pm n\sigma$ ». La desviación estándar, denotada por « σ », mide la dispersión de los datos con respecto a la media. Cuanto mayor sea la desviación estándar, más ancha y plana será la curva de campana, lo que indica una mayor variabilidad en los datos (Cohen, Swerdlik y Sturman, 2018).

La visualización ilustra la regla empírica, también conocida como regla 68-95-99.7, una propiedad clave de las distribuciones normales. Esta regla establece que aproximadamente el 68 % de los datos se encuentra dentro de una desviación estándar de la media. Este porcentaje aumenta a aproximadamente el 95 % dentro de dos desviaciones estándar y al 99.7 % dentro de tres desviaciones estándar (Fraza et al., 2025).

La sección central, resaltada en azul oscuro, representa los datos que se encuentran dentro de una desviación estándar de la media (de $\mu-\sigma$ a $\mu+\sigma$). Esta área se compone de dos segmentos, cada uno con el 34,13 % de los datos, lo que suma aproximadamente el 68,26 %. Esto indica que la mayoría de los puntos de datos se agrupan estrechamente alrededor del valor promedio.

Al expandirse hasta dos desviaciones estándar de la media (de $\mu-2\sigma$ a $\mu+2\sigma$), el gráfico muestra que abarca aproximadamente el 95,44 % de los datos. Esta área incluye el 68 % central más las dos secciones adyacentes, cada una de las cuales representa el 13,59 % de los datos. Esto refuerza la idea de que los valores alejados de la media son menos comunes.

Finalmente, la extensión a tres desviaciones estándar de la media (de $\mu-3\sigma$ a $\mu+3\sigma$) captura un abrumador 99,72 % de todos los puntos de datos. Las secciones más externas, que representan los datos entre dos y tres desviaciones estándar de la media, contienen cada una el 2,14 % de la distribución. Esto demuestra que es extremadamente raro que un punto de datos se aleje más de tres desviaciones estándar de la media en una distribución normal (Franco y Sánchez, 2023; Fernandes & Gomes, 2024). Por tanto, basar el diagnóstico exclusivamente en la posición del sujeto dentro de la curva de Gauss constituye un reduccionismo que puede invisibilizar procesos mórbidos socialmente aceptados o, inversamente, patologizar la excepcionalidad benigna.

Si bien este criterio ofrece un marco de referencia poblacional, su aplicación clínica resulta insuficiente y objetivamente riesgosa, pues ignora que la rareza no implica necesariamente morbilidad —como se evidencia en las altas

capacidades cognitivas—, ni la prevalencia conductual garantiza la adaptación, observable en el consumo normativo de sustancias en la adolescencia. Por tanto, basar el diagnóstico exclusivamente en la posición del sujeto dentro de la curva de Gauss constituye un reduccionismo que puede invisibilizar procesos mórbidos socialmente aceptados o, inversamente, patologizar la excepcionalidad benigna.

En contraposición, la normatividad individual adopta una perspectiva idiográfica que evalúa el funcionamiento psíquico no mediante la comparación con un promedio externo, sino en función de la coherencia interna y la historia longitudinal del propio sujeto. Bajo este criterio, la disfuncionalidad se define como una ruptura significativa respecto al nivel basal o la trayectoria teleológica del individuo, independientemente de su frecuencia estadística en el grupo de referencia. Esta aproximación honra la singularidad ontológica del adolescente, permitiendo detectar alteraciones sutiles que, aunque podrían pasar desapercibidas en un tamizaje poblacional, representan un quiebre en la continuidad del desarrollo, una amenaza para la integridad del proyecto vital y la autopoiesis del paciente.

La problemática reside en que la adolescencia despliega una constelación de rasgos distintivos y conductas disruptivas que, lejos de ser meros síntomas de desajuste, operan como mecanismos de defensa adaptativos del sistema psíquico. Estas manifestaciones funcionan como un blindaje homeostático necesario frente a una crisis resolutive que impone un costo energético y tensional elevado, protegiendo la integridad del sujeto mientras reorganiza su identidad y su diseño neurocognitiva en un entorno de alta demanda adaptativa. (Kent et al., 2023). Por

ejemplo, si el adolescente se aísla y establece distancia en sus relaciones sociales, esto generalmente será considerado "normal" si tomamos en cuenta que esta actitud es apropiada para resolver ciertas cuestiones que surgen como conflictivas en el individuo.

El concepto considera normal en la etapa de la adolescencia está, por lo tanto, fuertemente influenciado por la gran flexibilidad de esta fase del desarrollo, lo cual complica en gran medida la tarea de establecer un único y rígido patrón de salud mental. Las reacciones exageradas o la parálisis frente a conflictos pueden señalar la presencia de trastornos psicológicos cuando la conducta se torna persistentemente, incontrolable y extremadamente agresiva (Brand y Gelvez-García, 2023).

En este contexto particular, diferenciar entre lo que se considera normal y lo que se percibe como anormal puede ser ambiguo, ya que está intrínsecamente ligado a la habilidad del adolescente para abordar y resolver efectivamente las diversas situaciones problemáticas de su entorno. El diagnóstico preciso debe tener en cuenta la amplia gama de posibilidades y la notable capacidad de armonía del desarrollo adolescente, dado que lo que se considera "normal" en determinado instante puede evolucionar hacia lo "anormal" dependiendo del contexto específico en el que se encuentre (Dominguez et al., 2024).

Las características de la adolescencia, incluyendo la crisis que están viviendo, pueden llevar a comportamientos que, vistos desde el punto de vista de un adulto, podrían parecer problemáticos. Sin embargo, estos comportamientos son parte de un desarrollo normal (Fernandes & Gomes, 2024). Como se ha dicho, el análisis detallado del comportamiento adolescente deberá tener

en cuenta su entorno sociohistórico y las dinámicas familiares que lo rodean: comprender las influencias tanto del contexto social e histórico en el que se desenvuelve el joven, como de las interacciones familiares que moldean su conducta.

Las diversas interacciones con el entorno, como la presión académica de múltiples fuentes, las relaciones familiares disfuncionales que generan tensiones constantes o los conflictos con pares en diferentes contextos, pueden influir significativamente en la manifestación de comportamientos considerados normales. También afectan aquellos que se alejan de estos estándares, es decir cuando se considera un comportamiento anormal (Rodermel & Nemtsev, 2023).

Tabla 1

Criterios orientadores para diferenciar crisis adolescente

Dimensión	Crisis normativa de la adolescencia	Trastorno psicopatológico
<i>Duración</i>	Fluctuante, vinculada a eventos específicos, tiende a remitir.	Persistente (semanas/meses) o recurrente.
<i>Intensidad</i>	Malestar manejable; el adolescente conserva cierto control.	Malestar intenso, sensación de desborde o pérdida de control.
<i>Impacto funcional</i>	Interferencia leve o moderada en escuela, familia o pares.	Deterioro significativo en uno o varios ámbitos (abandono escolar, aislamiento extremo, riesgo grave).
<i>Flexibilidad de respuesta</i>	Capacidad de ajustar conductas frente a límites y apoyos.	Rigidez de patrones; el joven no logra modificar conductas pese a consecuencias negativas.
<i>Contexto sociocultural</i>	Conductas comprensibles a la luz de cambios normativos y presiones del entorno.	Síntomas desproporcionados al contexto o que aparecen sin detonantes claros.
<i>Síntomas nucleares</i>	Sin síntomas psicóticos, sin ideación suicida persistente, sin autolesiones graves.	Presencia de síntomas psicóticos, autolesiones repetidas, ideación/planes suicidas, conductas gravemente desadaptativas.

Nota: Elaboración propia.

Como se observa en la Tabla 1, para estar seguros en el ejercicio del diagnóstico diferencial en la clínica adolescente, se presenta una distinción entre las turbulencias propias de la crisis normativa del desarrollo y la emergencia de una entidad psicopatológica estructurada. En la primera dimensión de análisis, referida a la temporalidad y la intensidad, se establece una distinción cualitativa crítica: mientras que la crisis normativa se caracteriza por su naturaleza fluctuante y episódica, vinculada a estresores específicos y con tendencia a la remisión espontánea.

El trastorno psicopatológico se manifiesta a través de una cronificación de la sintomatología que persiste durante semanas o meses, independientemente de la variabilidad ambiental. Asimismo, la intensidad del malestar en la crisis normativa, aunque significativa, permanece dentro de los márgenes de maniobra del yo, permitiendo al adolescente conservar cierto control volitivo; por el contrario, la patología se revela mediante una experiencia de desbordamiento emocional y una pérdida de intervención personal, generando una ruptura en la homeostasis psíquica que el sujeto no logra restaurar por sus propios medios.

En lo concerniente al impacto funcional y la flexibilidad cognitiva, con la información de la tabla se puede interpretar que la demarcación entre salud y enfermedad no reside únicamente en la presencia del síntoma, sino en su repercusión ecológica y en la rigidez de los mecanismos de respuesta. Es decir, la crisis normativa puede conllevar una interferencia leve o moderada en las esferas académica o social, pero el adolescente mantiene la capacidad plástica de ajustar su conducta ante la imposición de límites externos o la provisión de andamiaje emocional.

Pero cuando existe la presencia de trastorno psicopatológico, el punto de inflexión la marca el deterioro funcional severo —como el abandono escolar o el aislamiento social extremo— acompañada por una rigidez en los patrones de conducta; el joven queda atrapado en círculos de repetición mal adaptativas, incapaz de modificar sus estrategias de afrontamiento a pesar de la evidencia de sus consecuencias negativas. Esta falta de flexibilidad adaptativa es, tal como sugerimos desde la perspectiva de sistemas, el marcador más claro de que el proceso de autopoiesis del desarrollo se ha visto comprometido por una dinámica mórbida.

Finalmente, el análisis del contexto sociocultural y los síntomas nucleares ofrece los criterios de gravedad y adecuación ambiental necesarios para evitar la psiquiatrización de la respuesta adaptativa. Las conductas de la crisis normativa son hermenéuticamente comprensibles cuando se leen a la luz de los cambios biológicos y las presiones exógenas del entorno; no obstante, la patología se caracteriza por reacciones desproporcionadas o carentes de detonantes claros, rompiendo con la lógica contextual.

En el nivel más crítico, la distinción se vuelve categórica en la dimensión de los síntomas nucleares: la crisis normativa excluye, por definición, la presencia de psicosis, ideación suicida estructurada o autolesiones graves. La aparición de estos fenómenos —alucinaciones, planes suicidas o conductas gravemente desadaptativas— no debe interpretarse como "cosas de la edad", sino como indicadores de una desestructuración psíquica que amenaza la integridad del sujeto y exige una intervención clínica inmediata para salvaguardar el derecho a la

vida. Con estos parámetros, será más fácil distinguir los comportamientos de los adolescentes en estado de crisis, aun así, se pueden presentar algunas variaciones a las que el especialista en la salud deberá estar atento, como se muestra en los casos siguientes.

Por ejemplo, el comportamiento antisocial, la falta de empatía o los síntomas de ansiedad y depresión pueden estar profundamente ligados a dinámicas familiares o sociales disfuncionales que han sido perpetuadas a lo largo del tiempo. Es importante abordar estas cuestiones de manera integral y buscar ayuda profesional si es necesario para poder romper con estos patrones negativos y mejorar la calidad de vida. Estos comportamientos, aunque a veces pueden parecer parte de la crisis típica de la adolescencia, también son señales de un entorno en el que el adolescente no tiene los recursos necesarios para enfrentar las circunstancias que provocan crisis emocional.

Otro ejemplo claro es el trastorno por déficit de atención e hiperactividad (TDAH): una revisión sistemática que abarcó 334 estudios concluyó que existe evidencia convincente de sobrediagnóstico de TDAH en niños y adolescentes, particularmente en casos leves, donde los perjuicios de etiquetar y tratar a un joven podrían superar los beneficios (Kazda et al., 2021). Esta revisión identificó factores como la inflación diagnóstica, es decir, la ampliación de las definiciones clínicas para incluir síntomas ambiguos o leves, lo que equivale a medicalizar patrones de conducta antes considerados normales (por ejemplo, alta energía o distracción en menores relativamente inmaduros para su grado escolar). También se halló que las tasas de diagnóstico de

TDAH y otras condiciones han aumentado en años recientes (45 estudios mostraron incrementos en diagnósticos de TDAH).

Un estudio en EE. UU. sobre datos de seguros de salud observó un aumento del 34.6% en la prevalencia de diagnósticos de enfermedad mental infantil de 2012 a 2018, con incrementos particularmente marcados en ansiedad (+95%) y depresión (+73%). Si bien parte de este aumento puede deberse a mayor conciencia y detección, también refleja una posible tendencia a etiquetar como “trastorno” manifestaciones conductuales que podrían entrar dentro de la variación normal del desarrollo adolescente (Tkacz & Brady, 2021). Si lo llevamos al extremo con algún caso de medicalización excesiva, conlleva riesgos: por un lado, la exposición innecesaria a psicofármacos y sus efectos adversos, y por otro, impactos psicosociales negativos debido a la estigmatización.

El estudio realizado por Elizalde-Resano et al. (2025) indica que ser etiquetado con un diagnóstico psiquiátrico durante la adolescencia puede afectar la autoimagen y cómo el joven es tratado por sus pares, familia y escuela. Esta revisión sistemática de 51 estudios sobre ignominia en adolescentes conceptualizó el estigma de salud mental como un constructo multidimensional (cognitivo, emocional y conductual) que incluye estigma público, autoestigma, estigma estructural y estigma asociado (hacia familiares/amigos del afectado). Al contrario, Crockett et al. (2025), al realizar un metaanálisis de 97 ensayos clínicos, encontró que intervenciones anti-estigma en adolescentes reducen actitudes negativas a corto plazo, señalando que la estigmatización es modificable.

Figura 4

Riesgos de Estigmatización



Nota: Se tiene que priorizar la prevención primaria y un marco de salud mental que proteja la trayectoria del desarrollo, evitando que el diagnóstico se convierta en una sentencia jurídica de incapacidad.

Como se muestra en la figura 4, entender lo que significa la salud mental en la etapa de la adolescencia implica un constante proceso de evaluación, reflexión y reajuste. El tumulto psicológico, que es una característica clave de esta etapa del desarrollo, se caracteriza por cambios emocionales y de pensamiento. Esto puede ayudar a entender mejor lo que se considera normal o lo que es patológico. Es muy importante que las terapias tengan en cuenta las habilidades de adaptación o flexibilidad en la interpretación. Esto asegura un enfoque muy personalizado que ayuda a identificar tanto la creación de normas como las señales que pueden indicar trastornos psicológicos más serios.

Variables multifactoriales de vulnerabilidad

La metamorfosis neurocognitiva consolida la identidad, se posiciona como eje rector del desarrollo psicosocial, operando bajo la lógica dialéctica propuesta por Erikson entre la síntesis *yoica* y la difusión de roles. Este proceso de individuación trasciende la mera introspección para manifestarse como una praxis exploratoria activa en esferas vocacionales, ideológicas, sexuales y étnicas, con el objetivo teleológico de integrar estas dimensiones en un autoconcepto unificado y coherente (Maehler & Hernández-Torrano, 2025).

En este escenario, el grupo de pares cumple una función de crítica al actuar como un "espejo social" que provee el andamiaje intersubjetivo necesario para la validación externa y el sentido de pertenencia. No obstante, esta dinámica relacional encierra una ambivalencia estructural: la presión hacia la conformidad puede detonar una tensión entre la autenticidad del sujeto y la normatividad familiar. Este conflicto se erige como una fuente potencial de estrés psíquico cuando la pulsión de afiliación socava la singularidad emergente del adolescente, o cuando las conductas de riesgo se normalizan como mecanismos de socialización.

Existe un amplio consenso en la comunidad científica en torno a que el bienestar psicológico y emocional de los adolescentes es influenciado por un complejo conjunto de factores biológicos, psicológicos, sociales y ambientales. Se tiene que considerar la interacción entre estos diversos elementos para comprender de manera integral la salud mental de esta etapa de la vida. Uno de los aspectos más importantes a mencionar en este contexto es la gran influencia de los genes que se pasan de padres

a hijos, así como los cambios en los niveles de hormonas que podrían afectar el desarrollo de la persona.

Por otra parte, se deben considerar los factores que operan en la esfera de la cognición social y la regulación emocional, los cuales son decisivos para la salud mental. Se alude a los procesos de mentalización mediante los cuales el sujeto construye una narrativa sobre sí mismo, a menudo vulnerada por la presencia de ideación negativa o rumiación cognitiva que erosiona el bienestar interno (Ver figura 5). De manera dialéctica, estos procesos internos se entrelazan con la esfera relacional, donde la calidad del tejido social y los vínculos de apego ejercen una influencia bidireccional sobre la estabilidad psíquica. En este entramado, cobran relevancia crítica las competencias adaptativas y los atributos del carácter, específicamente la solidez de la autoestima, la capacidad de resiliencia ante estresores y la estructura de la personalidad; variables que no solo definen la vulnerabilidad o fortaleza del individuo, sino que modulan sus estrategias de afrontamiento ante las crisis normativas y no normativas de la vida.

Figura 5

Esquema biopsicosocial del adolescente



Nota: La evaluación de la autonomía progresiva requiere examinar cómo los factores de estrés ambientales (familia, escuela y comunidad) impactan la estructura cerebral de desarrollo, moldeando funciones críticas como la mentalización y la regulación emocional.

Dentro de los factores sociales tendríamos, además de las influencias de los sujetos del entorno inmediato (familia, amigos), la influencia de factores de tipo cultural, relativos a los valores o normas sociales e históricas de una determinada comunidad o sociedad. La consideración de los aspectos socioculturales resulta importante, además por su capacidad explicativa en una serie de problemas específicos relacionados con la salud mental del adolescente.

Por ejemplo, los trastornos de la conducta alimentaria parecen influenciarse por aspectos culturales, lo que explicaría por qué son más comunes en algunas culturas. Además, hay factores de riesgo específicos relacionados con el rápido cambio social que trae la globalización. La diversidad cultural también afecta la cantidad de trastornos de ansiedad y depresión. Estos trastornos son más comunes en sociedades que buscan lograr metas, mientras que son menos comunes en sociedades que se centran en la integración social (Kim & Shin, 2022).

La autoestima es la autovaloración del propio ser, en la que predomina un sentimiento de dignidad que persuade favorablemente sobre las condiciones específicas del propio individuo. El autoconcepto es el conjunto de percepciones, ideas, evaluaciones y juicios que el individuo tiene sobre sí mismo, que incluye tanto las percepciones de competencia y los aspectos dignos de valor como las percepciones de defectos y la autovaloración negativa.

La autoestima es una dimensión del autoconcepto que hace referencia directa a las valoraciones afectivas que el individuo hace de los juicios más generales del autoconcepto (Ver figura 6). Así, si el individuo se percibe competente, sus juicios en este campo estarán acompañados de estados emocionales positivos, ello conduciría a experimentar autoestima a lo largo de los diferentes ámbitos en que especifica su autoconcepto (Galán-Arroyo et al., 2024).

Figura 6

Relación entre autoconcepto y autoestima



Nota: El diagrama evidencia que el bienestar y la dignidad no son estados pasivos, sino el resultado de una dinámica compleja donde las experiencias del entorno moldean cómo el adolescente percibe sus competencias y atributos. El ambiente adverso refuerza "percepciones negativas" (enfocadas en defectos o fracasos) que consolidan una estructura de personalidad vulnerable, afectando la capacidad del NNyA para ejercer derechos de manera resiliente.

En la adolescencia se producen a nivel cognitivo dos procesos importantes que van a condicionar el concepto y la autonomía: el desarrollo de la capacidad de razonamiento abstracto o formal y la autoconciencia. Ambos operarían en sentido conjunto, la cognición abstracta permitiría al adolescente la reflexión sobre sí mismo, pudiendo reconstruir su imagen e

integrando otra serie de representaciones conceptuales en la autoimagen.

La autoconciencia alude a la atención volcada sobre sí mismo. Surge la opción de compararse consigo mismo u otras posibles formas de pensar, y se debe contrastar el conocimiento sobre sí mismo previamente recabado. A su vez, la autoconciencia trae consigo una doble sensación de yo, una como sujeto que actúa y otra como objeto que es objeto de atención (López-Ruiz & Bernal-Caballero, 2023).

Conceptos determinados por el entorno familiar, siempre que se provean algunas de las necesidades básicas, tanto a nivel material como afectivo. Asimismo, la familia actúa como marco regulador mediante normas y pautas que pueden favorecer o influir negativamente en el desarrollo del subsistema del adolescente. Desde el punto de vista afectivo, proporciona sentimientos de pertenencia, amor y compañía. Cuando esto no se da, puede llevar a un estado de estrés y malestar emocional. En la misma línea, encuentran que una relación familiar considerada como abierta y afectiva es un elemento protector frente al desarrollo de emociones como la ira, miedo o depresión en el adolescente.

Sea cual sea el tipo de familia, su composición y características internas, lo fundamental va a ser el clima de relaciones familiares que se viva en ella. Los problemas familiares más frecuentes, como conflicto con los padres, falta de comunicación con ellos, están vinculados a un mayor malestar emocional en el adolescente. Una relación familiar con altos niveles de cohesión, claros y ordenados, con buenas comunicaciones y con

una resolución adecuada de los conflictos, está vinculada con una óptima salud mental del menor (Roman et al., 2025).

Por el contrario, las relaciones familiares muy distanciadas, sobreprotectoras o inmaduras generan en el adolescente una sensación de aislamiento o abandono. Además, las pautas educativas inadecuadas, ya sean excesivamente rígidas y autoritarias o permisivas, provocan que el adolescente experimente inseguridad, inestabilidad y bajos niveles de autonomía (Aguilar et al., 2025; Vallejo-Correa et al., 2025).

Es más que indudable la importancia que juegan las amistades y las relaciones con los compañeros. Es por ello que la comunicación y el apoyo entre amigos van a ser una fuente esencial de apoyo social para el adolescente. Tener amistades, tener una pareja, practicar deportes o asistir a alguna organización donde se relacione con otros adolescentes (inserto en el tiempo de ocio) influye en el joven tanto de manera positiva como negativa.

Existe suficiente evidencia que demuestra que el apoyo social tiene un efecto protector ante las situaciones negativas. El apoyo social ayuda a encajar y enfrentarse a las presiones y situaciones que cada uno va a encontrar en su círculo próximo más amplio. El apoyo de amigos y de aquellos a quienes se les brinda les hace más fuertes y resistentes frente a las situaciones estresantes (Quezada et al., 2023).

Cada amigo es a su vez una oportunidad para el aprendizaje social: saber cómo le ven, apreciar los puntos fuertes sin fomentar las potenciales rivalidades, saber discutir, resolver problemas, aprender habilidades para conocer, entablar y mantener amistades, es decir, aprender a relacionarse y significarse con otros.

Los investigadores han intentado analizar la influencia de los amigos en la conducta de los adolescentes y se puede afirmar sin lugar a duda que los amigos juegan un papel clave en la vida del adolescente grupal (Basuki et al., 2024).

No obstante, es una etapa en la que pueden surgir serias dudas. Uno de los momentos más complicados que se pueden producir en la infancia es que un niño obtenga sin merecerlo (actúe bien y no tenga las consecuencias merecidas) o que otro siembre la discordia entre sus padres. En la adolescencia, todo esto tiende a multiplicarse en la medida en que no siempre resulta fácil para los adultos mantener ciertas normas, tomar partido o ver más allá (Zarytska & Kozachenko, 2024).

Con este pequeño comentario sale a la luz el término de experiencias adversas en la infancia (ACEs, por sus siglas en inglés), que representan uno de los factores de riesgo más potentes para problemas de salud mental en la adolescencia. Un estudio con 7,325 adolescentes mexicanos en edad escolar encontró que 87% reportó al menos una ACE, 13% mostró síntomas de al menos un problema de salud mental y 10% reportó conducta suicida (Casas-Muñoz et al., 2023).

Los predictores ACE significativos de conducta suicida incluyeron violencia sexual vivida (OR = 2.53) y violencia física (OR = 2.21). El abuso sexual fue identificado como un factor de riesgo particularmente fuerte en múltiples estudios. Los datos de la Ensanut 2018-19 mostraron que el abuso sexual estaba asociado con probabilidades muy elevadas tanto de ideación suicida (OR=6.67) como de intentos de suicidio (OR=6.86) (Rivera-Rivera et al., 2020).

Un análisis transversal de datos de la Ensanut 2018-2019 con 8,758 pares padre-adolescente encontró que el abuso sexual infantil era un factor de riesgo fuerte, significativamente vinculado a consumo excesivo de alcohol (AOR = 1.89), consumo de tabaco (AOR = 2.97), síntomas depresivos (AOR = 5.15) y conducta suicida (AOR = 6.71) en adolescentes (Reynales-Shigematsu et al., 2024).

Un estudio comparativo entre 87 adolescentes indígenas y 174 no indígenas (emparejados por edad, sexo y estado de residencia) encontró que las ACEs fueron experimentadas de manera similar por ambos grupos, sin diferencias estadísticamente significativas en las frecuencias reportadas (Muñoz et al., 2023). Las puntuaciones de ACEs se asociaron con ocho síntomas de problemas de salud mental en todos los participantes. Sin embargo, las correlaciones entre puntuaciones de ACEs y síntomas de problemas de salud mental fueron más altas en adolescentes no indígenas, sugiriendo posibles diferencias culturales en cómo las adversidades impactan la salud mental o en cómo se expresan y miden los síntomas.

Un factor de vulnerabilidad latente en los adolescentes es la exposición a violencia interpersonal, es alarmante saber que entre los adolescentes mexicanos y está fuertemente asociada con problemas de salud mental. El estudio en Jalisco con 3,046 adolescentes durante la pandemia de COVID-19 encontró prevalencias muy altas de diferentes formas de violencia en los 12 meses previos: física 46.9%, psicológica 42.7%, negligencia 34.9%, digital 12.3% y sexual 5.2% (Andrade et al., 2024).

Este mismo estudio encontró que las probabilidades de depresión eran significativamente más altas con violencia

psicológica (aOR = 4.1), violencia digital (aOR = 2.0), violencia física (aOR = 1.3) y negligencia (aOR = 1.6). La violencia psicológica mostró la asociación más fuerte con síntomas depresivos, con probabilidades cuatro veces mayores.

Las niñas y los adolescentes mayores (15-19 años) tuvieron mayores probabilidades de experimentar violencia sexual, digital y psicológica. El empleo estaba vinculado a mayores probabilidades de violencia física (aOR = 1.5) y negligencia (aOR = 1.3). El mayor uso de redes sociales y videojuegos se correlacionó con mayor violencia.

Si detallamos la calidad de las relaciones familiares y el apego con investigaciones científicas, se comprueba que son factores críticos e influyen en la salud mental adolescente. El estudio en Aguascalientes durante el confinamiento por COVID-19 identificó que tener que depender de uno mismo como un problema de apego estaba asociado con mayores probabilidades de conducta suicida (Hermosillo-De-La-Torre et al., 2021). Por el contrario, la seguridad del apego fue identificada como un factor protector asociado con menores probabilidades de conducta suicida.

En un estudio correlacional transversal con 511 adolescentes mexicanos de preparatoria encontró que entre 27.3% y 31.5% de los adolescentes pueden presentar síntomas de depresión (Bravo-Andrade, 2021). Para los hombres jóvenes, la expresión intrafamiliar, las dificultades y la resolución de problemas fueron variables predictoras ($R^2a = .34$). Para las mujeres jóvenes, la unión y el apoyo, las dificultades y la empatía fueron variables predictoras ($R^2a = .25$). Estos hallazgos indican aspectos

específicos de las relaciones intrafamiliares y la resiliencia que pueden informar intervenciones sensibles al género para prevenir la depresión en estudiantes de preparatoria.

El estudio longitudinal que identificó perfiles diagnósticos encontró que factores familiares como la educación de los padres y los ingresos influían en el desarrollo de perfiles clínicos en la adultez (De la Torre-Luque et al., 2022). El estudio en Tijuana encontró que no vivir en una familia nuclear aumentó significativamente las probabilidades de presentar comportamientos internalizantes (OR 2.17, IC 95% 1.30-3.61, $p=0.003$) (González-Rubio et al., 2023).

El consumo de sustancias es tanto un factor de riesgo como un resultado de problemas de salud mental en adolescentes. Los datos de la Ensanut 2018-19 mostraron que el consumo de tabaco y alcohol estaba asociado con mayores probabilidades de ideación suicida e intentos de suicidio. El estudio prospectivo en el Estado de México encontró que el consumo de drogas era un predictor significativo de ideación suicida (OR = 3.44) (Secundino-Guadarrama et al., 2021).

El modelamiento parental juega un papel importante en el consumo de sustancias adolescente. El análisis de datos de la Ensanut 2018-2019 encontró que el consumo de alcohol o tabaco parental, los síntomas depresivos y la conducta suicida estaban asociados con comportamientos similares en los adolescentes mexicanos (Reynales-Shigematsu et al., 2024). Los AORs específicos incluyeron: consumo de alcohol parental (AOR = 1.47), consumo de tabaco (AOR = 2.26), síntomas depresivos (AOR = 2.61) y conducta suicida (AOR = 1.74) correlacionando con comportamientos adolescentes.

Uno de los hallazgos más importantes de la investigación sobre factores de riesgo es el efecto acumulativo de múltiples adversidades. El estudio con 7,325 adolescentes mexicanos encontró que el efecto acumulativo de ACEs y problemas de salud mental aumentó significativamente el riesgo de conducta suicida en 78 veces (OR = 78.08), con 5 ACEs y 4 problemas de salud mental asociados con este riesgo elevado (Casas-Muñoz et al., 2023).

Los predictores de problemas de salud mental clave de conducta suicida incluyeron problemas de conducta (OR = 5.67) y síntomas de depresión (OR = 3.27). Este efecto de dosis-respuesta subraya la importancia de intervenciones integrales que aborden múltiples factores de riesgo simultáneamente, en lugar de enfocarse en factores individuales de manera aislada.

Figura 7

Factores de Riesgo para la Salud Mental Adolescente



Nota: La disfunción familiar y el apego inseguro actúan como predictores potentes de problemas internalizantes, socavando la base de seguridad emocional necesaria para el ejercicio saludable de la autonomía progresiva.

Tras los diversos factores que se han señalado anteriormente en relación con la salud y el bienestar, es importante considerar otros elementos ambientales o situaciones específicas relacionadas con el entorno laboral que pueden tener un impacto significativo en la salud mental y emocional de los adolescentes (Figura 7). El desempleo en los jóvenes es una fuente significativa de ansiedad, estrés, pérdida del autocontrol y depresión, lo cual puede desencadenar incluso trastornos emocionales graves y afectar de manera considerable su bienestar psicológico y

emocional. Estar desempleado puede convertirse en una vivencia condenada al estancamiento social y con profundas repercusiones en el bienestar psicológico y emocional de la persona afectada (Guerrero-Barona et al., 2019).

Si nos acercamos al factor de la vulnerabilidad en los adolescentes, se pueden tener estadísticas que dejan ver la problemática de cualquier indicio de violencia. En realidad, aproximadamente una tercera parte de los adolescentes afirma haber experimentado situaciones en las que han sido objeto de agresiones, ya sea de tipo verbal, físico o sexual, a lo largo de su existencia. Esto tiene un impacto significativo en cómo la sociedad percibe y aborda los problemas de comportamiento, las conductas de riesgo y los trastornos de salud mental.

La aplicación de los conocimientos psicológicos para contribuir a la mejora significativa de la calidad de vida y al bienestar integral de los adolescentes ha propiciado que la figura del psicólogo especializado en la etapa adolescente sea cada vez más reconocida y demandada en la sociedad actual. Este fenómeno ha dado lugar a la creación y consolidación de un considerable número de asociaciones, centros de investigación y organismos especializados que se dedican al análisis del impacto de los diversos factores sociales y emocionales de los jóvenes en esta etapa decisiva de su desarrollo (Pendlebury et al., 2023).

Por otro lado, el impacto de los hechos violentos o traumáticos vividos, tanto en la población general, como especialmente en la infanto-juvenil, ha provocado un considerable avance de la crisis y salud mental infanto-juvenil, desarrollo teórico y la práctica clínica y aplicada con relación a diferentes trastornos o

problemas asociados en dicho colectivo a este tipo de factores (estrés postraumático, TEPT) (Paradis et al., 2024).

Según varios autores, la cantidad de adolescentes que recibe servicios de salud mental es significativamente menor que la prevalencia de los problemas de salud mental en esta etapa de la vida, lo cual indica una brecha importante entre la demanda y la oferta de atención especializada. Las barreras para acceder a la asistencia son diversas y están condicionadas por factores personales y contextuales, así como por el sistema de atención y tratamiento. Dentro de los factores individuales, se considera que las actitudes y las creencias hacia la información son de suma importancia (Asieieva et al., 2024).

La génesis de los problemas de salud mental durante la adolescencia se explica por una interacción dinámica y multifactorial entre factores biológicos, psicológicos y ambientales. La falta de conocimiento por parte de la familia o el entorno acerca de la existencia y detección de un problema de salud mental puede repercutir en un retraso en la intervención, incrementar la frecuencia del síntoma o facilitar la instauración de estrategias inadecuadas por parte de los progenitores para manejar las conductas desadaptativas del adolescente (Ghosh & Kumar, 2024).

Tener información sobre problemas de salud mental y acceso a servicios de salud mental es básico, en primer lugar, para que los adolescentes identifiquen sus problemas. Ellos deben conocer los síntomas y estar capacitados para identificarlos o por lo menos para autorreferirse. Es decir, debemos capacitar a los jóvenes para reconocer, interpretar y gestionar sus propios síntomas.

La prevención en la adolescencia parece depender en gran medida de la competencia e integración social del joven en el ámbito de su grupo de iguales y de la satisfacción de sus necesidades. La pérdida de control de la situación y la incapacidad para prever sus consecuencias es una de las principales fuentes de estrés. En este sentido, el profesorado puede resultar una figura tranquilizadora para el alumnado. La función de apoyo y de supervisión escolar debería desarrollarse desde la perspectiva de apoyo terapéutico en la que el profesorado actúe como figura tranquilizadora (Syakarofath et al., 2024).

El papel de ayudar al joven a manejar situaciones difíciles, previamente interpretadas en la escuela, y cómo se siente dentro de ellas y de sí mismo. Proporciona dos evidencias que orientan la selección de estrategias: la gravedad de los problemas y las dificultades cardinales que presentan algunos de los jóvenes con problemas.

Desde una perspectiva terapéutica diferencial, la evidencia clínica sugiere que los adolescentes que manifiestan patrones conductuales de evitación severa frente a las demandas de la realidad, frecuentemente comórbidos con desregulación afectiva y consumo problemático de sustancias, responden de manera más favorable a intervenciones individualizadas basadas en la exposición gradual.

Por el contrario, en aquellos jóvenes que presentan rasgos de personalidad negativista o esquizotípica, particularmente cuando el cuadro clínico se enreda con ideación delirante o distorsiones cognitivas severas, el abordaje debe reorientarse hacia modelos pragmáticos y estructurados. En estos casos, la

implementación de entrenamientos en resolución de problemas y el desarrollo de competencias sociales específicas resulta más eficaz, dado que estas estrategias proporcionan herramientas cognitivas concretas para gestionar la conflictividad interpersonal y reducir la carga alostática derivada de su interpretación idiosincrásica del entorno social (Arafa et al., 2024).

Hay cuatro dimensiones que deben sostener la educación inclusiva, son: el marco filosófico (que orienta y define el proceso pidiendo para la escuela ser responsable), el marco pedagógico (define el papel de los estudiantes y docentes en el proceso de enseñanza y aprendizaje), el marco de la cultura escolar (en este nivel se vincula a estructuras y rutinas que orientan todo el funcionamiento de cada escuela a través de sus regímenes de pautas disciplinarias, constructivas, de los regímenes de expectativas respecto a los desempeños de los estudiantes, de cuestiones relativas a la participación de las familias, de divisiones y divisiones entre los diferentes servicios educativos entre otras características) y el marco de las políticas educativas (Del Moral y Villavicencio, 2022).

Tabla 2

Principales factores de riesgo y protección para la salud mental del adolescente

Nivel ecológico	Factores de riesgo típicos	Factores de protección relevantes
<i>Individual</i>	Impulsividad extrema, historia de trauma, neurodesarrollo vulnerable.	Buenas habilidades socioemocionales, autoestima realista, resiliencia.
<i>Familiar</i>	Violencia intrafamiliar, negligencia, consumo de sustancias en casa.	Apego seguro, comunicación abierta, normas claras y no violentas.
<i>Escolar</i>	<i>Bullying</i> , clima escolar autoritario o indiferente, fracaso escolar.	Programas socioemocionales, docentes significativos, apoyo académico.
<i>Pares</i>	Grupos con consumo de sustancias, conductas delictivas, violencia.	Grupos prosociales, redes de amistad basadas en apoyo y cooperación.
<i>Comunitario/estructural Individual</i>	Pobreza, inseguridad, falta de servicios, discriminación.	Espacios públicos seguros, servicios comunitarios, políticas inclusivas.

Nota: Elaboración propia.

Mateo Ovando Arias

CAPÍTULO II

TEORÍAS DEL DESARROLLO ADOLESCENTE

El término adolescencia hace referencia a una fase específica de la existencia humana como construcción social y cultural que se remonta a principios del siglo XX y ha mantenido sus rasgos principales a lo largo de un siglo, a pesar de los vertiginosos cambios en la vida social y cultural actual. Es importante preguntar cómo las sociedades tradicionales y los cambios desde la segunda mitad del siglo han afectado el desarrollo y la formación de la identidad en Latinoamérica. Una muestra de ello, son los cambios sufridos en la vida de la adolescencia, caracterizada por importantes mutabilidades físicas, psicológicas y etnoculturales influenciadas por factores como la tecnología, la globalización y la diversidad cultural (Laurent & Chaine, 2017).

El proceso de subjetivación del adolescente ha transitado de un concepto arcaico, forjado en el capitalismo industrial avanzado, hacia una construcción propia de la era posmoderna y globalizada (Blankenstein et al., 2021; Kaygorodova et al., 2023). Esta transición, que impacta tanto a naciones desarrolladas como a sociedades en desarrollo, exige un nuevo marco conceptual que reconozca cómo los cambios en la estructura social redefinen el escenario actual del sujeto adolescente y su capacidad de respuesta ante el entorno (Goossens et al., 2022).

Esta nueva configuración de la subjetividad se despliega en un ecosistema posindustrial que desafía los moldes tradicionales. Ya sea en centros de innovación global o en sociedades que transitan hacia el desarrollo —buscando esa anhelada prosperidad—, la psique del menor se moldea hoy bajo el influjo de corrientes posmodernas que han reconfigurado el tejido social. (Bastidas Acevedo et al., 2016).

La adolescencia es un período ambiguo y de transición que conecta la niñez con la adultez. Según la Real Academia Española (RAE), se define como "Condiciones de la edad del ser humano que está en la adolescencia: juventud". El periodo no debe entenderse como un simple tránsito biológico, sino como una metamorfosis de la subjetividad donde la modulación de las funciones ejecutivas y la vulnerabilidad estructural convergen.

Esta etapa, que la psiquiatría extiende desde la latencia infantil hasta la juventud plena, dilata la lógica de transición y demanda un análisis profundo sobre la autonomía de voluntad, pues la plasticidad cerebral propia de estas latitudes —tanto biológicas como socioculturales en nuestro México contemporáneo— redefine constantemente el ejercicio del neuroderecho y la validez del consentimiento informado en poblaciones que aún navegan la incertidumbre del desarrollo (Davidow et al., 2018; Ciranka & Van Den Bos, 2021).

La capacidad de desarrollo neurobiológico y perfección motriz en los adolescentes influye directamente en su evolución física, la cual está relacionada con su grado de maduración mental y con su habilidad para llevar a cabo operaciones mentales ejecutivas. El desarrollo del adolescente dependerá de la interacción adecuada

con el entorno externo y de las capacidades personales adquiridas durante la infancia. Sin embargo, los estímulos excesivos del entorno durante la niñez pueden dificultar una respuesta adecuada. La situación en la que se encuentra lo coloca en una posición desfavorable, ya que le impide ser autosuficiente durante la transición hacia la edad adulta. Dependerá en gran medida de las circunstancias del entorno en el que se desarrolle para lograr una transición exitosa hacia la vida adulta (Laurent & Chaine, 2017).

En la teoría del ciclo vital de desarrollo, se ha demostrado que los adolescentes experimentan mayor desarrollo en todas las áreas de su vida: cambios en su maduración corporal, emocional, neuronal y social. Este proceso se caracteriza por aprender a pensar de manera abstracta, así como por cambios psicosexuales que ayudan a formar la identidad personal, incluida la identidad sexual, y por alteraciones en el área psicosocial. Los adolescentes experimentan cambios que los llevan a desarrollar relaciones emocionales maduras y a modificar sus vínculos con la familia y las figuras parentales. Durante esta etapa, se produce la transición de la dependencia a la responsabilidad, lo que implica la construcción de la autonomía. Además, se establece la relación del individuo con su entorno y consigo mismo a través de la formulación de un proyecto de vida independiente, lo que se conoce como identidad ocupacional (Defoe et al., 2019).

Este enfoque trascendente nos impulsa a reflexionar sobre la adolescencia como un puente fundamental y significativo entre dos etapas cruciales del desarrollo humano. No se refiere únicamente a un espacio vacío, sino más bien a un período de transformaciones fisiológicas y psicológicas de gran relevancia y complejidad. No solo se considera esta etapa de la vida como un período relevante en el

que se desarrollan rasgos sexuales secundarios, sino también como un momento valioso en el que el individuo experimenta profundos cambios en su organismo, en su entorno social y emocional, los cuales pueden tener un impacto duradero en su desarrollo personal y en su bienestar general (Rudolph et al., 2023).

Es importante tener en cuenta que estos cambios no se producen de manera aislada, sino que están imbuidos en un contexto biológico, social y cultural que influye en la adolescencia como una etapa de transición, como ya ha dicho. En este sentido, la adolescencia se podría entender como el puente hacia la adultez y tiene un papel determinante en la vida de un individuo. Es durante la adolescencia que el individuo comienza a experimentar una mayor autonomía, al tiempo que sufre influencias externas que pueden moldear su identidad y su desarrollo. Desde una perspectiva integral, la persona recibe influencia de factores biológicos, culturales y sociales en el proceso de formación de la personalidad en el adolescente (Carapeto, 2019).

Concerniente a la dilatación del periodo adolescente, entendida desde la construcción del neurodesarrollo, impone un desafío epistemológico de primer orden para la determinación de la imputabilidad penal en el sistema de justicia para adolescentes. Esta transición prolongada revela un hiato madurativo —a menudo denominado la "brecha de los sistemas duales"— donde el desarrollo temprano de los centros de recompensa límbicos no es sincronizado con la maduración tardía de la corteza prefrontal.

En el contexto de la praxis forense, esta asincronía biológica cuestiona la premisa del derecho tradicional que asume una capacidad volitiva plena basada únicamente en un dintel

cronológico; por el contrario, la neuropsicología contemporánea sugiere que la vulnerabilidad ante la presión de pares y la búsqueda de sensaciones son imperativos biológicos que condicionan la autonomía de voluntad, exigiendo una traducción exegética de estos hallazgos hacia una jurisprudencia que reconozca la inmadurez estructural como un factor atenuante de la culpabilidad.

Desde la perspectiva, la evaluación de la imputabilidad no puede limitarse a la verificación de la ausencia de un trastorno mental evidente, sino que debe integrar un análisis fenomenológico de la capacidad de autodeterminación del sujeto en desarrollo. Esta visión, profundamente arraigada en el pensamiento del derecho humano, nos obliga a considerar que el adolescente navega en una suerte de "limbo jurídico-biológico" donde su arquitectura cerebral aún está en proceso de mielinización y poda sináptica, procesos esenciales para la prospectiva y la valoración del riesgo (Figura 8).

En el sureste mexicano, donde los determinantes sociales de la salud suelen exacerbar las condiciones de vulnerabilidad estructural, la interpretación de la ley debe ser sensible a estas trayectorias de desarrollo; de lo contrario, el sistema judicial corre el riesgo de criminalizar procesos neurobiológicos normativos, ignorando la exigencia ontológica de protección de la salud mental integral de niñas, niños y adolescentes en conflicto con la ley.

Figura 8

Teoría del Desarrollo Adolescente



Nota: El tránsito de la niñez a la adultez, representado como un puente, es un periodo crítico de desarrollo neurobiológico y cognitivo. La capacidad para ejercer la autonomía y la responsabilidad no aparece de golpe, sino que se construye progresivamente a medida que maduran las funciones ejecutivas y la regulación emocional, procesos que son altamente sensibles a la calidad de los vínculos sociales y familiares.

Cada vez es más evidente proponer cambios profundos en la atención de la salud mental, ya que es el camino para el bienestar de los adolescentes, no solo a nivel individual, sino también para toda la sociedad (Figura 8). Conocer a los jóvenes es la mejor premisa y condición indispensable para otorgarles el derecho a la atención integral de la salud, por lo que es urgente comprenderlos adecuadamente. En este momento histórico en el que nos encontramos, urge comprender las complejas estructuras y procesos de las nuevas sociedades relacionadas con la globalización. Los modelos familiares actuales presentan

dificultades en los procesos de transición a la vida adulta, lo que prolonga y complica la adolescencia.

Es necesario que los servicios sanitarios, busquen los medios para conocer y comprender a la población adolescente para poder ofrecer una atención personalizada. Por lo tanto, comprender su proceso de desarrollo y las problemáticas que enfrentan es fundamental para identificar las necesidades y desafíos de los jóvenes, lo que a su vez facilita la implementación de políticas para la generación de programas para su apoyo y desarrollo integral (Norris et al., 2021).

Perspectiva histórica

Desde la representación de los derechos humanos, la adolescencia conlleva un grado de vulnerabilidad debido a la fragilidad de su dignidad y la integración de la persona, que abarca la transición de la niñez a la adultez, aproximadamente entre los 10 y 19 años. Durante esta etapa, los adolescentes son reconocidos como individuos con derechos y responsabilidades, y se les otorga una mayor autonomía de acuerdo con los estándares internacionales del derecho. Sin embargo, esta autonomía y responsabilidad deben ser asumidas de manera adecuada y responsable por parte del adolescente. Dado que en este periodo se enfrentan a diferentes cambios psicoemocionales, es primordial proteger su dignidad y derechos fundamentales, incluido el respeto a su integridad física y mental (Mier & Marcos, 2021).

La importancia de considerar la salud mental desde la óptica de los derechos humanos radica en garantizar la protección integral de la dignidad de aquellos individuos que enfrentan desafíos

psicopatológicos, restituyendo así su capacidad de autogestión y promoviendo la equidad en su proceso de recuperación y desarrollo personal. La salud mental infantil se distingue por la magnitud del bienestar personal y la armonía en el desarrollo integral de las áreas: familiar-social, cognitivo-emocional y orgánico-funcional, lo que implica un crecimiento consciente y perceptivo. Siempre se debe priorizar la búsqueda del bienestar emocional y neuropsicológico, para asegurar una vida sin problemas que puedan limitar el desarrollo completo de las capacidades únicas de la adolescencia (García Villegas y Díaz, 2022).

El reconocimiento del adolescente como un individuo con necesidades específicas, logra que las instituciones de salud consideren y planifiquen de manera especializada tratamientos, acciones y programas que sean relevantes para ellos. De esta forma, la adolescencia ya no se ve simplemente como una etapa de la vida, sino como un área de estudios científicos que permitirá dar solución a los problemas sociales en la actualidad.

El concepto de adolescencia es un constructo histórico y cultural sumamente complejo. A lo largo de los siglos ha experimentado una amplia gama de variaciones en sintonía con el contexto histórico y las múltiples percepciones que han sido adoptadas por los diversos sectores de la sociedad. Estos incluyen la cultura, la religión, la filosofía, la educación, la ciencia y las propias familias, entre otros. Por lo tanto, se puede observar que el concepto de adolescencia ha experimentado un avance significativo en consonancia con la evolución histórica de los paradigmas sociales en los cuales ha tenido lugar su desarrollo.

En la antigua Grecia, especialmente a través de la obra platónica "La República" (380 a. C.), se originaron los primeros escritos que abordaban el desarrollo de la infancia y la adolescencia (Zizek, 2024). Los griegos realizaron una clara distinción entre la niñez y la adolescencia. Platón clasificó al ser humano desde una perspectiva educativa en tres etapas: la infancia, desde el nacimiento hasta los 7 años; la niñez, de los 7 a los 14 años; y la adolescencia, de los 14 a los 21 años (Gómez-Arias, 2018).

En general, todas las pedagogías antiguas coinciden en delimitar un periodo de transición entre la infancia y la adolescencia que se caracteriza por un carácter irracional del ser humano, producto de las incontables energías acumuladas en los últimos eventos de crecimiento. La sociedad se preocupa de manera profunda por educar adecuadamente a estos jóvenes y establece etapas muy concretas y detalladas de lo que debe ser la enseñanza en dicha etapa, con el fin de tener un control estratégico y evitar todo tipo de mal en todos los aspectos posibles que puedan afectar el desarrollo de estos individuos en pleno proceso de transformación tanto física como mental.

En la antigüedad, la definición acerca de qué entendemos por "menor de edad" no resulta excesivamente clara, pero sí conocemos que conceptos relacionados con la adolescencia (retraso de la juventud) pueden especularse al tratar de establecer comparaciones con el concepto de niñez. Ya los griegos celebraban la adolescencia masculina entre los 18 y los 20 años, con el proceso denominado *epebeia*, consistente en actividades político-militares, durante el cual se le enseñaba al joven a cabalgar, a nadar, a luchar corporalmente y a ser apto y valiente. Del mismo modo, también entre los romanos, se celebraba el *conceptus iuvenis*

mayor (hasta los 25 años), lo que constituía un período de preparación y aprendizaje, tanto para organizarse socialmente en el ámbito de la familia, de las relaciones establecidas o de la defensa militar de las guerras que ellos desarrollaban, como para acceder a niveles superiores de instrucción. Todas estas actuaciones completaban la adolescencia menor (Diachenko-Bohun et al., 2019; Wadende, 2024).

En el mundo musulmán, el rápido desarrollo físico y emocional del cuerpo *bur'i* se asemejaba extraordinariamente al proceso infantil *ishb*, creando una única y sorprendente etapa llamada *ishbu alán kulli híin*, que se traduce como "completamente jóvenes". Esta fase, que representaba la transición de la infancia a la adultez, era considerada crucial en la vida de los individuos (Zomeño, 2004; Gaete, 2015). Aunque en la Edad Media en Occidente la edad legal para considerar a un hombre como adulto se fijaba en 14 años (con mayoría de edad a los 21), había discrepancias respecto a este aspecto entre la Iglesia y el Estado. Por un lado, la iglesia estableció que la plena libertad de los hombres llegaba a los 20 años, con algunas excepciones que otorgaban ciertos privilegios antes de alcanzar esa edad. Por ejemplo, a los 18 años los jóvenes tenían libertad para tomar decisiones sobre sus bienes, a los 14 años los monjes podían ser promovidos a superiores de sus órdenes, y a los 25 años los diáconos volvían a encontrarse en una etapa avanzada de su desarrollo personal y espiritual (Palacios, 2019; Martí y Morte, 2021).

Por otro lado, cabe mencionar que, doce años después que los otros reinos de Occidente, los reinos de León, Navarra y Castilla, así como el reino eclesiástico de Aragón, reconocieron la minoría de edad del monarca doce años más tarde que el resto de los reinos de

Occidente. Esto implicaba que los habitantes de estas áreas tenían que aguardar hasta alcanzar los 26 años para ser reconocidos como adultos y disfrutar de todas las prerrogativas y obligaciones que ello conllevaba. La discrepancia en las edades legalmente establecidas reflejaba la intrincada complejidad de las normativas sociales y jurídicas vigentes en cada región, así como la notable influencia de la Iglesia en su interacción con el Estado (Bassett & Brundage, 1988; Harding, 2002; Bilbao, 2014).

Los siglos XVIII y XIX fueron testigos de un proceso de redefinición de la niñez y la juventud. La juventud misma comenzó a adquirir una forma y una actitud ética coherentes, lo que llevó a la construcción cultural del grupo de edad conocido como adolescencia. En lugar de ver la adolescencia como un término intermedio entre la niñez y la adultez, se consideró como una "edición" de la naturaleza de ambos polos. Es decir, como un estado de la persona que no solo responde a necesidades biológicas y sociales, sino que también actúa como un puente entre ellos. Se emplearon conceptos que dieron forma a modelos distintos, como los de juventud y adolescencia, para referirse a diferentes estados de la persona, algunos intermedios y otros claramente intermedios, en lugar de considerarlos como formas superiores o inferiores de la naturaleza (Gowland & Newman, 2019; Shapovalov et al., 2019).

La idea de juventud y adolescencia, la identificación de las responsabilidades propias de estas etapas, el examen de los procesos educativos y las referencias a los valores que deben ser transmitidos en estas edades presentan elementos comunes de estudio con la aparición de la sociología y la pedagogía. Como disciplinas relacionadas con el sistema educativo y las ciencias de

la educación, la psicología en un estrecho contexto espaciotemporal, los distintos agentes histórico-sociológicos: sociedad civil, religión, cultura, etc., se encuentran presentes las relaciones de poder que se han formado en las corrientes científicas y metafísicas generales de Europa. Las pasiones del cuerpo (hormonas sexuales) de los varones son más intensas y tempranas, y hasta cierto punto incontrolables por este sexo, predominan sobre las del alma, las cuales los educadores seculares nunca serán capaces de controlar, ya sea por medios naturales o de otra índole, la vehemencia de dichas pasiones (Estévez, 2022).

El proceso medieval del adolescente, se concibe como un periodo de desarrollo en el cual se producen modificaciones tanto estructurales como funcionales que conducen al completo desarrollo del individuo. Los jóvenes aristócratas se integraban en el servicio del rey o en un convento, en un proceso denominado como transición de la autoridad del hogar a la sociedad, manteniendo un rol protector que facilitaba la participación en diversas actividades. Se observa que, de hecho, la edad mínima requerida para acceder y consumir varios bienes era de veintiún años (Presta, 2021; Troncoso y Verde-Diego, 2022). La minoría de edad de Isabel II consistía en asumir el trono a una edad temprana y mantenerse en él hasta los treinta años. Se pueden incorporar diversas leyes vascas, como los fueros de Vizcaya, dentro de un mismo marco cronológico (Garai-Olaun y Zufiaurre, 2005; Monge Juárez, 2021). Incluso, se puede establecer una comparación con la legislación actual en Estados Unidos, donde varios estados, en busca de la autonomía del sistema de justicia juvenil, distinguen entre individuos menores y mayores de edad.

Al final, se deben mencionar las diversas discrepancias en las edades consideradas como mayoría a lo largo de la extensa historia y las regiones geográficas, por ejemplo, el caso de Isabel II en España y las leyes locales. Ambos reinos cristianos y dinastías mundiales musulmanas tuvieron muchas variaciones notables en la mayoría de edad en lo que respecta a la determinación de la mayoría legal y la responsabilidad consecuente de tales acciones para las personas. En Grecia y Roma, las sociedades tenían sus propias ceremonias de transición y consideraban ciertos años la juventud con la *ephebeia* y el *conceptus iuvenis* mayor. Estas eran cuestiones fundamentales del desarrollo de adolescentes y la infancia.

La antigua pedagogía tradicional se basaba en el enfoque de la transición gradual e inevitable entre la etapa de la infancia y la adolescencia. De acuerdo con los análisis y valoraciones contemporáneas, ponían énfasis en la enseñanza personalizada y adaptada a las particularidades y requerimientos individuales de cada estudiante. La obra filosófica monumental de Platón, conocida como "La República", nos brinda una minuciosa y exhaustiva clasificación de las diversas etapas del crecimiento humano: la temprana infancia, la etapa intermedia de la niñez y la compleja adolescencia, cada una de estas fases con sus características únicas y singulares. El concepto de adolescencia, considerada como la fase de desarrollo que marca la transición entre la infancia y la edad adulta, ha experimentado cambios significativos a lo largo de los años, ajustándose a las variadas realidades socioculturales y a las múltiples perspectivas que la sociedad ha mantenido en relación con esta etapa crucial del ciclo vital.

Psicología de la Adolescencia

Según Rutter, las teorías de la adolescencia pueden clasificarse en cuatro distintos grupos. En primer lugar, dentro del modelo de disturbo, algo interfiere en el proceso del desarrollo normal y esa interferencia suele ser genética (biológica o constitucional) o ambiental (familiar, escolar). En segundo lugar, el modelo de la discrepancia entre el nivel de competencias que se espera que se alcancen en la edad adulta, según la cultura en la que se está creciendo, y el nivel de competencias alcanzado. El tercer modelo sobre la adolescencia se basa en los cambios internos que se producen durante el crecimiento; para los desviacionistas, estos son los que convierten a la adolescencia en un período especial. Finalmente, el modelo de la adolescencia en el que se compara el desarrollo adolescente con el desarrollo en otras formas civilizadas (modelo antropológico de evolución) (Rutter, 1996; Bhugra, 2023).

El paradigma utilizado para describir la adolescencia hasta finales del siglo XIX se basaba principalmente en el modelo de la desviación. Los estudios biológicos sobre la pubertad y el crecimiento conducían a los jóvenes adolescentes a despachos y gabinetes privados. Después de esta etapa, que abarcaba desde los 12 años hasta los 14, 16 o 18, los hombres "regresaban a la ciudad y al hogar", mientras que las mujeres se convertían en madres y esposas (Golombok, 2022). La difusión de este modelo cultural está detalladamente plasmada en los textos literarios de la época: El Matadero de Estebanez Calderón describe de manera magistral el paso de los adolescentes por las garitas de reclutamiento, el saqueo de sus bienes por parte de estafadores, la formación de bandas y el abandono por parte de sus padres. Estos jóvenes, errantes y delincuentes, que no encajaban en el rígido paradigma ético y

ordenado anglosajón, parecían ser amparados por la sociedad de los siglos XVIII y XIX.

En 1905, Sigmund Freud, un reconocido psicoanalista, elaboró una serie de teorías revolucionarias sobre la adolescencia. A través del análisis exhaustivo de varios aspectos de las pulsiones humanas, Freud hizo hincapié en el conflicto que surge debido a la necesaria represión de ciertas pulsiones sexuales durante el período edípico. Para abordar este difícil dilema, el genio del inconsciente habría concebido un recurso "ingenioso" que merece ser ampliamente discutido. Propuso un mecanismo sorprendente y revelador: cada pulsión libidinal experimenta un proceso de "desplazamiento" debido a su baja "utilidad", lo que implica que es sustituida por otra pulsión diferente. Este intercambio no tiene como objetivo encontrar un nuevo objeto de deseo, sino más bien mantener activo el órgano o fuente de excitación relevante. Lo más sorprendente es que, según la teoría freudiana, este vínculo teóricamente perdura más allá de la etapa de la adolescencia (Fancher, 2020).

Freud argumentaba que, durante esta etapa de la vida, las personas experimentan un complejo proceso de desarrollo psicosexual al enfrentarse a los retos propios de la transición de la infancia a la edad adulta. Estos desafíos se manifiestan en forma de conflictos internos, que se basan en la búsqueda de una identidad propia y la liberación de las pulsiones reprimidas. Asimismo, Freud resaltó la importancia de los sueños y los deseos inconscientes en el proceso de la adolescencia. Según su teoría, a través de los sueños, los adolescentes expresan sus deseos más profundos y ocultos, lo que les permite explorar de forma simbólica sus pulsiones y conflictos internos. El conjunto de ideas de Freud sobre la represión, el complejo de Edipo o la sexualidad infantil se estructura en una

construcción lógica de Loevinger, donde lo nuevo se edifica sobre presupuestos anteriores en lugar de etapas sucesivas. Se observa una constante interacción entre los diferentes elementos recién integrados, donde el joven adulto no solo emerge como una persona en una fase diferenciada pero no perceptible, sino también como una extensión de su niñez anterior (Michaelson, 2021; Telhalia, 2023).

Estas hipótesis poseen un atractivo irresistible y, a la vez, algunos riesgos inherentes, requieren que se ahonde en su significado y en las implicaciones que conllevan. La idea de que el desarrollo de la adolescencia se ve afectado por el cambio constante de pulsiones libidinales plantea cuestiones esenciales sobre la condición humana y la forma en que el sujeto se relaciona con su propia sexualidad, e invita a explorar el complejo universo de la teoría freudiana y sus exposiciones sobre el desarrollo de la adolescencia desde una perspectiva psicoanalítica. Sin embargo, estas aseveraciones, que pueden generar discusiones acaloradas y controversias, demandan un análisis profundo y riguroso. Por ello, es imprescindible que se continúe indagando y reflexionando sobre estos asuntos con el propósito de comprender mejor el desarrollo humano en todas sus dimensiones desde una óptica clínica.

En la teoría del desarrollo psicosocial propuesta por Erikson, se analizan detalladamente las diferentes etapas de crisis psicosociales que abarcan aspectos personales, interindividuales y socioculturales. Durante la adolescencia, los individuos se sitúan en la fase de crisis identitaria e identidad de "rol", tal como lo plantea este autor, se entrelaza estrechamente con el proceso de desarrollo psicosexual (Okunev, 2023). Esta teorización detallada compromete a los individuos a buscar activamente el vínculo y la conexión

profunda entre el desarrollo biológico propuesto por Piaget y la fórmula revolucionaria del desarrollo psicosexual freudiano, con el objetivo de comprender de manera integral la complejidad de la naturaleza de su personalidad. Según la teoría posfreudiana, una vez alcanzada la cúspide del desarrollo biológico, la única preocupación del preadolescente es la maduración genital correcta, es decir, el proceso de maduración de sus órganos genitales de manera adecuada y saludable para su desarrollo integral (Liu, 2024).

La crisis identitaria es crucial para los adolescentes, ya que enfrentan situaciones que desafían su identidad y su rol en la sociedad, tanto a nivel personal como interindividual. Además, estas crisis pueden estar influenciadas por aspectos socioculturales, ya que las expectativas y normas de la sociedad pueden impactar su formación de identidad. Durante esta etapa, los adolescentes buscan su rol en el mundo y un sentido de pertenencia. Experimentan cambios en su sexualidad y en su percepción de sí mismos en relación con los demás. Al mismo tiempo, intentan equilibrar las expectativas sociales y culturales con su individualidad. Según la teoría posfreudiana, una vez alcanzada la capacidad reproductiva, los adolescentes se centran en comprender y aceptar los cambios en su cuerpo y sexualidad, así como en desarrollar una relación saludable con su género e identidad sexual (Jones & Waite-Stupiansky, 2022).

Así, en la etapa antes de la adolescencia, el niño solo conoce sus genitales más allá de las prácticas exploratorias inocentes o permitidas ocasionalmente por los adultos. Pero al llegar a la pubertad, el joven experimenta una crisis de identidad que se presume se resolverá al pasar de un narcisismo infantil a una evaluación crítica de su propio "yo" (Espinoza et al., 2022). La

amenaza al dominio sexual se percibiría con tal intensidad que, de no superarse, llevaría a un retraimiento hacia el interior. Es decir, se produciría una crisis de identidad en la que el individuo no sabría quién es ni cuál, y buscaría desesperadamente encajar en algún grupo social que le brinde aceptación y pertenencia, sin importar si este es positivo o negativo. El desarrollo de la personalidad dependerá de la resolución de los conflictos anteriores para llegar a una etapa de intimidad y no caer en sentimientos negativos que se reflejen en aislamiento social. Nuevamente se justifica la importancia de la etapa de la adolescencia en el desarrollo psicosocial de las personas, ya que de la resolución exitosa de la crisis de identidad dependerá su bienestar emocional en la adultez.

La resolución de estos conflictos daría lugar a una consolidación del "rol" de las conductas personales en el "superyó" y permitiría compromisos morales futuros con personas e ideales. Elementos claves para la formación de la identidad, amortiguando las tensiones internas y externas que caracterizan este momento de transición. Efectivamente, la teoría de Erikson denota la importancia de la búsqueda de la identidad en la adolescencia, destacando la crisis como una oportunidad de crecimiento personal para adquirir los elementos necesarios para afrontar los desafíos futuros. De manera dinámica, se manifiesta a través de la exploración de diferentes roles y la consolidación del concepto de sí mismos, facilitando actuar de acuerdo con el entorno social y cultural en el que se desenvuelven (Ramírez Jasso, 2024).

Según la teoría del desarrollo cognitivo de Piaget, la adolescencia se define como el período biológico que abarca desde los 12 años hasta aproximadamente los 18 años. Esta fase se divide en dos subestadios: el estadio de las operaciones concretas (10-12

años), donde el adolescente es capaz de aplicar razonamientos concretos a situaciones reales y busca una respuesta única basada en reglas lógicas sucesivas; y el estadio de las operaciones formales, que comienza alrededor de los 12 años y se caracteriza por el desarrollo del pensamiento hipotético-deductivo, aunque aún incierto (Serulnikov & Suárez, 1999; Piaget & Inhelder, 2015). La adolescencia implica una crisis interna que, por un lado, requiere la separación del entorno familiar en busca de nuevos modelos y reglas adultas para el futuro y, por otro lado, la consolidación social y el sentido de la realidad que comparte ciertos intereses del niño, al mismo tiempo que toma conciencia progresiva del yo individual y necesita modelar actitudes y aptitudes para el dominio social (Kazi & Galanaki, 2020).

Durante la adolescencia, Freud describe un nuevo período denominado "intelectual de ocio", un lapso intermedio condicionado por la mayor duración del tiempo que requiere un organismo para alcanzar la madurez. La mente comienza su viaje por nuevos caminos que se abren en el conocimiento de nuevas materias y con facilidad y vigor, pero conduciendo hacia diferentes destinos a los prometidos en el transcurso de la niñez (Ibañez, 2020). Piaget examina la infancia y la primera adolescencia, considerando las tendencias centrales que apoyan sus cambios en formas de organismo a reestructurarse. Interactúa con el seno familiar y con el ambiente social. Por otro lado, Freud postula la existencia de determinados impulsos sexuales que abren brechas en las sigilosas actitudes de la personalidad, cuyos conflictos hicieron surgir su propia imagen (Delgado, 2024).

Mientras tanto, al profundizar en las ideas de Berger y Luckman, se puede apreciar que el conocimiento distorsionado, una vez

internalizado y validado, adquiere un rol determinante adicional en la configuración de la realidad percibida. El adolescente, por ende, tiende a desvincularse de la relación filial que "no puede sobrellevar", aproximándose más al "frágil sueño" del relato infantil o al desenlace idealizado del "cuento del adolescente emancipado" que a un "análisis detallado del proceso real" en el tránsito a la adultez (Mazariegos, 2022). La transición de la adolescencia a la adultez implica una serie de etapas interconectadas y una diversidad de desafíos que contribuyen significativamente a la formación de la identidad y al crecimiento psicológico de cada individuo. Es un momento de transición en el que emergen nuevas responsabilidades, expectativas y tensiones emocionales que requieren ser gestionadas de manera adecuada (Abels & König, 2016; Abels, 2020).

Si reflexionamos detenidamente sobre la importancia del entorno social y cultural que envuelve al joven durante su etapa adolescente, resulta primordial analizar el desarrollo y reestructuración de su bagaje de saberes. La teoría de la construcción social o colaborativa del conocimiento, desarrollada por el psicólogo ruso Lev Vygotsky, sostiene que adquirir conocimiento implica una construcción activa del individuo. Esta construcción está influenciada por la interacción entre factores internos y externos.

Esta concepción completamente sociocultural del ser humano y del conocimiento nos lleva a la conclusión de que el desarrollo cognitivo del niño no es directamente comparable al proceso de maduración de una célula, sino que implica un complejo proceso de apropiación de los instrumentos, conocimientos e información que le son proporcionados por un contexto externo determinado. En

este sentido, Vygotsky destaca enfáticamente la trascendencia de la interacción social en el progreso cognitivo de los individuos, dado que postula que el proceso de adquisición de saberes se lleva a cabo mediante la cooperación con otros seres humanos y la asimilación de información (Beaumont, 2020; Bredikyte & Hakkarainen, 2023).

El enfoque constructivista en psicología no se limita al individuo, sino que abarca también su relación social y cultural. La interacción con otros individuos y la sociedad juegan un papel fundamental en la formación de las características individuales del ser humano. Al seguir una conexión ascendente entre humanidad, biología y psiquismo, creamos del entorno aquello que defiende la existencia en su totalidad (Vigotski, 2022). Según el enfoque vigotskiano, el funcionalismo supera la visión de James y adopta más bien el punto de vista de Rousseau y Platón, enmarcándose en una base materialista. Como dijo Teilhard de Chardin, "no hay verdad sobre los significados a menos que signifique algo para un ser pensante". En el contexto de la teoría del desarrollo cognitivo de Vygotsky, se puede observar cómo los procesos de pensamiento son influenciados por la interacción social y el entorno cultural en el que se desarrolla el individuo (Vygotsky, 1995; Vygotsky, 2004).

Vygotsky postuló que el proceso de aprendizaje y desarrollo cognitivo de los adolescentes se lleva a cabo a través de la interacción con sus compañeros y adultos, lo que facilita la internalización de conocimientos y la adquisición de nuevos aprendizajes. Durante esta etapa, los adolescentes empiezan a desarrollar la capacidad de pensar de manera más abstracta y lógica, lo que les permite comprender conceptos de mayor complejidad. Asimismo, en esta etapa los adolescentes también adquieren la habilidad de razonamiento hipotético-deductivo, lo

que les capacita para resolver problemas concretos de forma más eficiente y tomar decisiones más fundamentadas. En esta línea, Vygotsky sostiene que el desarrollo cognitivo de los adolescentes se ve influenciado por la interacción social y el aprendizaje colaborativo (Manriquez, 2020).

La Teoría del Desarrollo Moral de Kohlberg, en consonancia con el pensamiento interaccionista, plantea que el crecimiento del individuo se produce a través de interacciones planificadas entre características biológicas, personales y del entorno social. Sostiene que no existe una progresión lineal y directa relacionada con la edad. Kohlberg, quien realizó estudios con niños de ambos sexos a finales de la década de 1960, se enfrentó a dificultades al tratar de adecuar los hallazgos actuales a su marco teórico o al intentar derivar implicaciones para nuestro entorno actual. Sin embargo, sus teorías siguen siendo relevantes en la actualidad y han sido fundamentales para comprender el desarrollo moral en la adolescencia (Mathes, 2019; Rinupriya & C., 2024).

En el marco de su "estudio longitudinal del desarrollo moral" con cien niños de Boston, Kohlberg estableció una estructura de seis niveles divididos en tres etapas, de las cuales solo tres son aplicables al desarrollo adolescente. Los niveles se dividen en tres etapas claves: Infancia (Negociación Moral I), Preadolescencia (Interclaves Morales) y Adolescencia. Cada etapa implica una reorganización cognitiva y una expansión en la comprensión correcta de las respuestas del nivel anterior, así como un período de transición. A lo largo de estas etapas, las motivaciones detrás del comportamiento moral varían.

Hasta los 9 años, la mayoría de los niños completan el Estadio 4, y algunos avanzan al 5 sin haber pasado por el 4, desafiando así la idea de un enfoque trascendental y espiritual de la moralidad; algunos niños muestran directamente altruismo, pasando por alto deberes doctrinales. Mientras que el Estadio 4 se centra en la identificación con el orden social, los Estadios 5 y 6 se centran en la justicia y el bienestar común, con la aparición de cualidades superiores como el reconocimiento de valores y derechos que van más allá del orden establecido inmediato y la asunción personal frente a estos, así como la aplicación de principios o verdades universales aceptadas por todos los sectores (Zhu, 2023).

Asimismo, durante su análisis de los niveles de desarrollo moral, Kohlberg examinó la influencia de factores socioeconómicos y culturales en la formación de la moralidad en los adolescentes, encontrando que desempeñaban un papel importante en la adquisición de los diferentes estadios morales. Además, observó que el desarrollo moral no se detiene en la adolescencia, sino que continúa evolucionando durante la vida adulta. Esto sugiere que el estudio del desarrollo moral es relevante no solo para comprender la formación de la moralidad en los adolescentes, sino también para entender cómo las experiencias y situaciones de vida pueden influir en nuestras decisiones éticas a lo largo de toda nuestra existencia. En resumen, el estudio de Kohlberg sobre el desarrollo moral proporciona una base sólida para comprender cómo las personas desarrollan y evolucionan su sentido de la moralidad a lo largo de la vida (Malti et al., 2021; Bidaki et al., 2022).

A diferencia de Kohlberg, Gilligan, quien comentó sobre el trabajo de Kohlberg, sugiere que el "principio de justicia" facilita que los adolescentes tomen decisiones difíciles y necesarias para su

desarrollo. Gilligan considera la perspectiva de Kohlberg como predominantemente masculina, la cual subestima la moralidad femenina y también puede afectar a hombres enfrentados a circunstancias atípicas que requieren adoptar enfoques no tradicionales. Kimberg y Mayer (1972), que coescribieron un artículo en la *Harvard Educational Review* bajo el patrocinio de Kohlberg, tejen cuidadosamente las ideas que Kohlberg desarrollaría en su obra "El Desarrollo de la Independencia Moral" (Kohlberg & Mayer, 1972).

Desde la teoría de Gilligan en 1982, se sugiere que, durante la adolescencia, tanto chicos como chicas exhiben distinciones psicológicas claras, enfrentando diferentes dilemas morales y presentando primero identidades internas opuestas; además, postula que el desarrollo moral de ambos géneros no solo difiere, sino que también responde a patrones específicos de género. Gilligan lleva a cabo tres estudios transculturales (Estados Unidos, Nicaragua, Santo Domingo) y dos longitudinales, apoyando su tesis principal: durante la adolescencia y a veces en la juventud temprana, los jóvenes adoptan códigos morales masculinos que difieren notablemente de los femeninos (Carvalho, 2022; Skoe, 2022).

Al igual que Kohlberg, Gilligan sostiene que ambos sexos pueden alcanzar altos niveles éticos. Sin embargo, Kohlberg sitúa los principios morales asociados a cada sexo en un enfoque arcaico donde el razonamiento debe ser uniforme. Gilligan selecciona sus relatos y elementos empíricos concentrados en demostrar que el pensamiento femenino puede ser ligeramente superior en áreas de confianza y atención, y también depende de la preocupación por otras mujeres. Al final, el planteamiento de Kohlberg, incluso en las

narrativas de Gilligan, opta por la justicia. Al igual que las historias presentes en sus investigaciones, concluye que el nivel moral de la mayoría de las mujeres, aunque no en todos los casos, tiende a ser más bajo que el de muchas de sus contrapartes masculinas (Journet, 2018; Moheghi et al., 2020).

Tabla 3

Análisis Comparativo de las Teorías del Desarrollo Adolescente

Autor (nombre)	Teoría / núcleo explicativo	¿Qué explica mejor? (comparación)	¿Qué tiende a subestimar?	Aportes a destacar	Ejemplo concreto de aplicación en México	Indicadores observables (evaluación)
Michael Rutter	Clasificación de teorías de adolescencia: (1) disturbio (interferencia bio/ambiental), (2) discrepancia (brecha de competencias culturales), (3) desviacionista (cambios internos), (4) antropológica-evolutiva (comparación cultural).	Permite ordenar explicaciones y evitar reduccionismos (por ejemplo, solo “biología” o solo “cultura”).	No es una teoría mecanicista: requiere operacionalizar variables y modelos causales.	Es el marco (no un submodelo).	Diagnóstico escolar municipal: clasificar problemas (abandono, violencia, rezago) como “disturbio” (riesgo), “discrepancia” (brecha de habilidades), etc., para decidir estrategias diferenciadas.	Matriz de problemas-causas; rutas de derivación; indicadores de riesgo/brecha/cambio.
Sigmund Freud	Psicoanálisis del desarrollo: conflicto intrapsíquico, reorganización pulsional, defensas. Desplazamiento de pulsiones libidinales y resolución del conflicto edípico.	Profundiza en conflicto interno, ambivalencia, ansiedad y significado subjetivo en transición a la adultez.	Evidencia empírica desigual; limitada especificación predictiva para políticas públicas.	Desviacionista (cambios internos) y, en clínica, disturbio (cuando hay interferencias severas).	En unidades de orientación escolar (secundaria/bachillerato): intervención psicodinámica breve o derivación clínica para adolescentes con malestar persistente y conflictos relacionales, usando protocolos con respaldo empírico para psicoterapia psicodinámica infanto-juvenil.	Asistencia y permanencia escolar; indicadores de malestar; funcionamiento interpersonal; adherencia a intervención.

<p>Erik H. Erikson</p>	<p>Desarrollo psicosocial: identidad vs. confusión de roles; exploración y compromisos (rol, pertenencia, proyecto de vida).</p>	<p>Explica bien la construcción identitaria en tensión con expectativas sociales (familia, escuela, género, clase).</p>	<p>Puede subestimar condicionantes estructurales (pobreza, violencia) si se aplica sin enfoque contextual.</p>	<p>Discrepancia (expectativas de rol) + desviacionista (reorganización del yo).</p>	<p>En bachillerato público: “Proyecto de vida” con mentoría (docente–tutor), exploración vocacional y participación estudiantil; se articula con convivencia escolar orientada a ciudadanía/derechos para sostener pertenencia e identidad prosocial.</p>	<p>Claridad de metas; sentido de pertenencia; participación; reportes de clima de aula y convivencia.</p>
<p>Jean Piaget</p>	<p>Desarrollo cognitivo: transición al pensamiento formal (hipotético–deductivo), metacognición emergente.</p>	<p>Explica bien el salto hacia abstracción, argumentación, pensamiento científico.</p>	<p>Tiende a subestimar mediación cultural/lingüística y desigualdades de oportunidad para practicar pensamiento formal.</p>	<p>Principalmente desviacionista (cambios internos cognitivos) y discrepancia (si el currículo exige razonamiento no consolidado).</p>	<p>En secundaria: secuencias didácticas con debates, modelación científica y resolución de problemas contextualizados (p. ej., agua, transporte, seguridad vial), graduando complejidad para reducir “brecha” entre exigencias curriculares y habilidades reales.</p>	<p>Rúbricas de argumentación; desempeño en problemas; transferencia; metacognición (explicar “cómo pensé”).</p>
<p>Lev S. Vygotsky</p>	<p>Teoría sociocultural: aprendizaje mediado, lenguaje, zona de desarrollo próximo, andamiaje y colaboración.</p>	<p>Explica cómo escuela/familia/pares producen desarrollo (no solo lo reflejan).</p>	<p>Puede subestimar dinámicas intrapsíquicas si se aplica como “solo contexto”.</p>	<p>Disturbio (cuando falla el andamiaje institucional) + antropológica (mediaciones culturales distintas).</p>	<p>En telesecundarias y secundarias urbanas: tutoría entre pares y aprendizaje colaborativo con roles (coordinación, evidencias, retroalimentación), más círculos de diálogo para manejo de conflicto, alineado con convivencia como ciudadanía y derechos.</p>	<p>Interacciones de aula (calidad del diálogo); progreso con andamiaje; asistencia; resolución colaborativa de tareas.</p>

Mateo Ovando Arias

<p>Lawrence Kohlberg</p>	<p>Desarrollo moral (orientación a justicia): razonamiento por estadios; dilemas y justificación normativa.</p>	<p>Explica bien la estructura del razonamiento moral (por qué una decisión es “justa”).</p>	<p>Menor sensibilidad a cuidado/relaciones y a contextos de desigualdad si se usa de forma rígida.</p>	<p>Discrepancia (normas adultas vs juicio adolescente) + desviacionista (reorganización moral-cognitiva).</p>	<p>En “Formación Cívica y Ética”: discusión guiada de dilemas (corrupción cotidiana, violencia escolar, discriminación), evaluando cambios en justificaciones y promoviendo responsabilidad cívica.</p>	<p>Calidad de justificaciones; coherencia entre juicio-acción; participación cívica escolar.</p>
<p>Carol Gilligan</p>	<p>Ética del cuidado: moralidad situada en relaciones, responsabilidad y cuidado/empatía.</p>	<p>Explica bien decisiones morales en clave de vínculos, cuidado y prevención de daño relacional (muy pertinente a convivencia).</p>	<p>Puede subestimar deliberación normativa abstracta si se opone dicotómicamente a “justicia”.</p>	<p>Antropológica (normas de cuidado varían culturalmente) + discrepancia (expectativas sociales de género/cuidado).</p>	<p>Programas anti acoso en secundaria: fortalecer clima escolar y compasión como mediador, combinando reglas claras (justicia) con prácticas restaurativas (cuidado). Evidencia local muestra el papel del clima social y la compasión en <i>bullying</i> adolescente.</p>	<p>Clima escolar, <i>bullying</i>, compasión/empatía; reportes de convivencia y seguridad.</p>

Nota: Elaboración propia.

Al contrastar las diversas perspectivas teóricas, se observa una tensión dialéctica entre el desarrollo cognitivo estructural y la construcción sociocultural del conocimiento. Mientras Piaget enfatiza el tránsito hacia el pensamiento formal y la capacidad hipotético-deductiva como un hito de maduración interna, Vygotsky sitúa el motor del crecimiento en la interacción social y la apropiación de herramientas culturales. Dicha complementariedad se manifiesta cuando la búsqueda de la justicia universal propuesta por Kohlberg se enfrenta a la ética del cuidado y la responsabilidad interpersonal defendida por Gilligan. De igual manera, Erikson y Freud coinciden en que la resolución de conflictos previos —sean psicosexuales o de crisis identitarias— es el cimiento sobre el cual se edifica la estabilidad emocional de la adultez. La integración de estos enfoques revela que la adolescencia es un periodo de reestructuración psíquica profunda, donde la vulnerabilidad se manifiesta en la fragilidad de los roles asumidos frente a un entorno que demanda una definición de la identidad clara y real (Tabla 3).

En la praxis del entorno nacional, la aplicación de estas teorías demanda un reconocimiento de los determinantes sociales de la salud que moldean la experiencia adolescente, especialmente en regiones marcadas por la desigualdad estructural. El modelo de la discrepancia de Rutter cobra una relevancia dolorosa cuando se observa la brecha entre las competencias que el mercado laboral exige y las oportunidades educativas reales en zonas marginadas del sureste mexicano.

En este mismo orden de ideas, la crisis de identidad descrita por Erikson se ve exacerbada por fenómenos como la narcocultura, donde el joven busca desesperadamente pertenencia en grupos que ofrecen una estructura de rol que la sociedad civil les ha

negado. La ética del cuidado de Gilligan es visible en la cohesión y el papel de la mujer en comunidades rurales, donde la moralidad trasciende la justicia abstracta para centrarse en la preservación del tejido social. Reconocer estas realidades situadas permite que el análisis neuropsicológico y legal no sea una mera abstracción técnica, sino un discurso humanizado que responda a la dignidad del adolescente.

Modelos Contemporáneos sobre la Adolescencia

En la actualidad, el análisis y la investigación en torno al desarrollo adolescente se abordan desde diversas disciplinas académicas, cada una de ellas con sus propios enfoques teóricos y metodológicos, lo que permite obtener una amplia gama de perspectivas sobre la complejidad de la etapa de la adolescencia. Principalmente, este apartado se adentra en el análisis detallado de transformaciones en el comportamiento y en los diversos elementos psicosociales que afectan al individuo, reconociendo influencias que se caracterizan por ser simultáneamente interactivas y multidimensionales. Se exponen detalladamente las perspectivas y enfoques desde diversas disciplinas claves en el estudio exhaustivo del desarrollo adolescente. De esta manera, tanto la educación como la psicología han desarrollado modelos descriptivos sobre las diversas características con las que el sistema educativo aborda los desafíos propios de la adolescencia.

Otras perspectivas para considerar son el enfoque socioemocional y el enfoque psicológico-cognitivo, así como el enfoque ético-moral y el enfoque crítico-reflexivo. También se pueden mencionar el enfoque interdisciplinario y el enfoque holístico-integrador. La psicopedagogía, por otro lado, se

caracteriza por integrar una amplia gama de conocimientos provenientes de disciplinas como la antropología, la psicología, la sociología, la psicología biológica y la epistemología, además de otras disciplinas emergentes en el campo educativo. Estas visiones pedagógicas se enriquecen y amplían a través de la diversidad de corrientes educativas y psicológicas, sus respectivos enfoques temáticos, debates internos y las transformaciones socioculturales surgidas a lo largo de la evolución histórica de la psicopedagogía.

El enfoque del Modelo Ecológico del Desarrollo Humano propuesto por Urie Bronfenbrenner (1979; 1987) es esencialmente útil, ya que postula que el desarrollo humano es el resultado de la interacción entre múltiples factores distribuidos en lo que él denomina "sistemas". Estos sistemas varían en cercanía al sujeto y se pueden describir como "subsistemas" en relación con otros más globales o "macrosociales". Dentro de este enfoque ecológico, Bronfenbrenner identifica varios niveles o sistemas que influyen en el desarrollo del individuo. Cada uno de estos niveles tiene un impacto significativo en el desarrollo y comportamiento del adolescente. El enfoque ecológico de Bronfenbrenner considera que el entorno inmediato del adolescente, como la familia y la escuela, tiene una influencia directa en su desarrollo (Renn & Smith, 2023).

En el paradigma de Bronfenbrenner, se destaca la participación del individuo en cuatro subsistemas: el microsistema, el mesosistema, el exosistema y finalmente, el macrosistema. Es importante resaltar las definiciones de cada uno de estos subsistemas. El microsistema es el más cercano al niño o adolescente, conformado por patrones de actividades, roles y relaciones interpersonales en el contexto específico en el que el individuo participa activamente. Este incluye todos los entornos

inmediatos del niño, adolescente o adulto, principalmente la familia y secundariamente los compañeros. El mesosistema, formado por los distintos microsistemas en relación activa, ofrece diversas opciones de participación, seleccionables según las disposiciones internas del individuo, instituciones como la escuela, la iglesia o el barrio se consideran mesosistemas (Kaushik et al., 2023).

En términos del exosistema, el niño no tiene participación directa, sino que implica a una tercera persona y establece relaciones a través de mediadores, integrando el entorno circundante del niño o adolescente. Por último, el macrosistema, el más amplio y abstracto del modelo, engloba los patrones e ideologías estructurales de una cultura, incluyendo las corrientes psicológicas predominantes, el orden social, la ciencia y la subcultura, organizando todos estos elementos en una coherencia interna. Estos forman parte de las transformaciones, luchas y negociaciones emergentes en el desarrollo de la sociedad, y hacen referencia a la misma en su totalidad, incluyendo cultura, sistema político, economía y estructura sociodemográfica. Por lo tanto, el enfoque ecológico de Bronfenbrenner permite entender la adolescencia desde una perspectiva amplia y multidimensional, considerando la influencia de diversos factores en el desarrollo de los jóvenes.

La visión sociocultural, dentro del marco de la psicología del desarrollo sociomental, concibe la adolescencia como una etapa en la cual el individuo trasciende las relaciones dependientes primarias para establecer sus propios esquemas de responsabilidades. Se pone énfasis en el cambio en la calidad de los procesos mediados psicológicamente; esta transformación cualitativa, en contraposición a una cuantitativa, aborda los procesos de

internalización y la dependencia del individuo en contextos de inequidad funcional objetiva. Tal internalización genera posicionamientos psicológicos independientes de las condiciones reales de interacción entre los individuos. Es decir, se construyen representaciones mentales que influyen en la percepción de la adolescencia y su significado en la sociedad. Uno de los autores más representativos de este enfoque es Mihaly Csikszentmihalyi, quien ha estudiado la importancia de los contextos culturales en el desarrollo de la adolescencia (Vasquez-Salgado & Greenfield, 2022; Zittoun, 2022).

La teoría del desarrollo textual, considerada como una teoría cultural de textualidad, implica transformaciones cualitativas en los entornos de los textos que impactan los significados internos. Un texto en un contexto específico se manifiesta a través de un texto interno, cuyos significados se articulan en un nivel supraindividual, gestionados completamente en otros contextos y momentos distintos (Ver tabla 4). Este espacio intermedio semiótico social es el centro de la internalización sociocultural, al igual que sucede con las relaciones sociales y las manifestaciones conductuales más concretas y directas (Moss et al., 2017; Jacob & Reddy, 2024).

En este sentido, la adolescencia se ve influenciada por las normas, valores y prácticas culturales que predominan en la sociedad. Por ejemplo, en algunas culturas se espera que los adolescentes asuman responsabilidades familiares a temprana edad. Mientras que en otras culturas se valora más la independencia y la exploración personal durante la adolescencia.

Los procesos microsociales y familiares influyen en la construcción de la identidad adolescente, sobre la cual se

fundamentan las transformaciones macrohumanas en general, y las modificaciones cualitativas en la atención al logro y desarrollo cultural individual en particular, que pertenecen al ámbito simbólico. Estos fenómenos se desenvuelven en la interacción entre el plano externo o microsistémico y el contexto significativo del individuo (o plano interno), refiriéndose a las formaciones de significado y estructuras personales en contextos formales de conocimiento (Grunin, 2021).

Sería esencial relacionar las observaciones sobre el carácter local-dialéctico con la evolución progresiva de las discusiones teóricas contemporáneas. Aplicado a un ejemplo donde el adolescente interviene en un entorno escolar influenciado por la globalización y los medios de comunicación en la construcción de su identidad. Podemos observar cómo estos factores socioculturales impactan en la percepción que el adolescente tiene de sí mismo y de los demás (Salinas, 1994; Aguilar et al., 2016).

La teoría resiliente desde la perspectiva de Grotberg, es una de las orientaciones explicativas que adoptan una perspectiva ecléctica debido a su propósito final. Destaca tres características o dimensiones del fenómeno: su carácter constructivo, que se asocia intrínsecamente a procesos evolutivos de adaptación positiva y a agentes de naturaleza variada (físicos, cognitivos, sociales, emocionales y psicológicos); y sus expresiones y manifestaciones desde una perspectiva subjetiva, que demandan soluciones de medición a través de la etnografía y conexiones con otras categorías científicas para comprender dichas expresiones. En este sentido, la resiliencia se enfoca en la capacidad de los adolescentes para superar adversidades y desarrollar estrategias de afrontamiento frente a situaciones estresantes. Esto implica promover la

autonomía, la autoestima y la competencia social de los jóvenes, fomentando su capacidad de adaptación y crecimiento frente a las dificultades (Voss, 2019).

Los elementos resilientes según Rittenour, señala que los seis elementos de la resiliencia son específicos y no un conjunto de características estables o patrones permanentes, sino comportamientos complejos que dependen del temperamento y personalidad del individuo, de su historia de vida, de las interacciones sociales y de los eventos tanto de la sociedad como del contexto socioeconómico. Su enfoque desmitifica el carácter redentor de la resiliencia y subraya la importancia de la historia de vida y, consecuentemente, de una historia de vulnerabilidad superada. La resiliencia no son características estables o patrones permanentes, sino más bien comportamientos complejos y dinámicos. Estos comportamientos varían en función del temperamento y personalidad de cada individuo, así como de su historia de vida y las interacciones sociales que ha experimentado (Zambrano et al., 2024).

Es relevante destacar que el enfoque, desmitifica la idea de que la resiliencia es un concepto redentor por sí solo. Más bien, enfatiza la importancia de la historia de vida de cada individuo y cómo esta se relaciona con la superación de la vulnerabilidad. La resiliencia se construye a lo largo del tiempo, a través de experiencias y aprendizajes que permiten transformar las dificultades en oportunidades de crecimiento y desarrollo personal. En este sentido, la resiliencia se considera como una herramienta fundamental para enfrentar los desafíos propios de la adolescencia, permitiendo superar las adversidades, fortaleciendo su autoestima y confianza en sí mismos. La resiliencia les brinda la capacidad de

adaptarse positivamente a las situaciones difíciles, promoviendo su bienestar emocional y social (Cakir et al., 2024).

Como se ha mencionado anteriormente, este enfoque explica el papel que juega la resiliencia en el desarrollo vital de los jóvenes. Se constituye como un concepto que abarca múltiples facetas y dimensiones, lo que le otorga una complejidad inherente. Desde una perspectiva más amplia, se puede apreciar cómo la resiliencia no solo implica la capacidad de adaptación ante situaciones adversas, sino que también se vincula con los procesos evolutivos y los agentes que intervienen en ellos. Es importante resaltar que la resiliencia es un fenómeno en constante construcción, donde diversos factores influyen en su manifestación. Aspectos físicos, cognitivos, sociales, emocionales y psicológicos se entrelazan en este complejo entramado, generando una red de interacciones que moldean la resiliencia como un todo.

En lo que respecta al enfoque de género y diversidad, en las últimas décadas, ha persistido una mayor atención a las diferencias de género y a la diversidad. Pero, sobre todo, una distinción clara y significativa en el enfoque de género dentro del estudio psicosocial de la adolescencia (Ramírez et al., 2023). Supera ampliamente el enfoque unisex de investigaciones previas y la visión de los adolescentes como un conjunto homogéneo. Ahora se ha reformulado y redefinido la noción de adolescencia y la toma de decisiones, vinculándolas estrechamente a las diferencias de género y, al mismo tiempo, abordando las inequidades de clase y etnia.

Por lo tanto, trasciende el interés por analizar cómo las construcciones sociales de género influyen en las experiencias de los adolescentes; por ejemplo, las expectativas de género pueden

limitar las opciones y oportunidades de los jóvenes en cuanto a su desarrollo personal, educativo y laboral (Gao, 2022). Además, es necesario considerar la interseccionalidad con otros aspectos de diversidad, como la orientación sexual y la etnicidad, para comprender plenamente las experiencias de los adolescentes.

Como señaló Frigerio, durante la niñez, emergen innumerables indicativos de lo que serán pulsiones eróticas en el futuro, las cuales se intensifican y definen durante la adolescencia, convirtiéndose en el foco principal de atracción (Cisneros, 2019). Desde las décadas de 1960 y 1970, ciertos expertos ya subrayaban y advertían sobre la importancia de diferenciar las categorías de clase y etnia, viéndolas como aspectos ligados a la diversidad. En este sentido, el enfoque de género también ha cobrado relevancia en el estudio de la adolescencia en el contexto contemporáneo. Además, otros indicaban que las condiciones particulares de cada adolescente podrían variar ampliamente, dependiendo no solo del género, sino también de la cultura de origen. Por lo tanto, es crucial considerar la interseccionalidad de factores como el género, la etnia y la orientación sexual en el estudio de la adolescencia.

Otros pensadores que apoyan el enfoque de la diversidad teorizaron que la adolescencia es un evento generacional confinado al *luctus*, enfatizando y resaltando la función imprescindible de la autogestión ante la desafiante tarea y responsabilidad de tener limitaciones de tiempo para la adquisición de conocimientos valiosos y necesarios. Incluso hay un grupo adicional que sostiene con firmeza que la adolescencia es un proceso evolutivo en perfecta concordancia con las normas culturales imperantes, y que, a pesar de la coexistencia de diversas culturas desde la pubertad hasta la adultez, continúa siendo un periodo de transición significativo,

facilitando al individuo el paso de una etapa vital a otra con la mínima hesitación y resistencia.

Los estudiosos han coincidido en la idea de que, durante la etapa de la adolescencia, los individuos comienzan a tomar decisiones de manera más autónoma, motivados por el progreso tanto intelectual como emocional que experimentan en ese periodo de sus vidas. Sin embargo, es importante considerar que los jóvenes no cuentan con la total madurez de un individuo adulto, lo cual puede resultar en una falta de comprensión completa de las implicaciones de sus decisiones y comportamientos. Durante la etapa de la adolescencia, los jóvenes se enfrentan a la compleja tarea de asumir dos grandes conglomerados de responsabilidad: en primer lugar, la necesidad de tomar decisiones que tengan un impacto significativo en su propio desarrollo y bienestar; en segundo lugar, la influencia que ejercen los padres en las decisiones y acciones futuras de sus hijos (Michaud et al., 2023).

En el primer caso, la legislación reconoce que los adolescentes podrán tomar decisiones con máximas garantías de imparcialidad (Ravindranath et al., 2024); porque podrá actuar sin insignificantes comprensiones o interferencias, ajeno a influencias presididas por la autoridad de los padres, y sin verse forzado a actuar por coacciones del grupo; además, habrá podido prever los resultados de sus decisiones y, en consecuencia, los riesgos que conllevan; igualmente, el adolescente habrá valorado juiciosamente todas las alternativas y ha optado conscientemente por una resolución, por lo que es evidente que ha llegado a tener un pensamiento interno precedente a su actuación, por lo que el acto es fruto de un proceso interno autónomo según sus recursos y circunstancias.

En el segundo caso, el adolescente responde de los daños causados como consecuencia de ese deliberado acto propio; no únicamente en el ámbito penal, también en el civil, puesto que en el momento en que el menor deja de ser imputable, se le atribuyen responsabilidades legales por sus acciones y omisiones de acuerdo con la ley civil vigente. Por lo tanto, es importante que los adolescentes comprendan sus derechos y responsabilidades legales para evitar consecuencias negativas en su vida futura. A medida que los adolescentes sean conscientes de sus derechos y responsabilidades, responderán a su propia voluntad y no a las voluntades que estuviesen viciadas debido a una incorrecta praxis formativa por parte de los padres. Se justifica la importancia de brindarles a los adolescentes un espacio para expresarse y participar activamente en la sociedad, promoviendo así su desarrollo integral y que sean educados en el conocimiento de sus derechos y deberes, para que puedan tomar decisiones informadas y responsables (Khakwani et al., 2022).

Tabla 4

Enfoques Contemporáneos del Desarrollo Adolescente

Autor	Tesis Central y Sistemas	Contraste Epistemológico	Aplicación Crítica en México
Urie Bronfenbrenner (Modelo Ecológico)	El desarrollo resulta de la interacción en sistemas: Micro, Meso, Exo y Macrosistema.	Supera el enfoque individualista al situar al sujeto en capas de influencia concéntricas.	Análisis del impacto de las inundaciones en Tabasco (Exosistema) sobre el rendimiento escolar (Microsistema).
M. Csikszentmihalyi (Visión Sociocultural)	Trascendencia de relaciones dependientes a esquemas de responsabilidad autónoma.	Enfoca la transformación cualitativa de la internalización sobre el crecimiento cuantitativo.	Construcción de identidad en jóvenes indígenas que navegan entre la tradición y la globalización digital.
Edith Grotberg (Teoría Resiliente)	La resiliencia como proceso constructivo y adaptativo frente a la adversidad.	Define la resiliencia no como rasgo, sino como capacidad dinámica de afrontamiento.	Estrategias de superación en adolescentes de zonas con alta incidencia delictiva o precariedad económica.
Rittenour (Elementos Resilientes)	Comportamientos complejos que dependen de la historia de vida y el contexto socioeconómico.	Desmitifica el carácter "redentor" de la resiliencia, vinculándola a la vulnerabilidad superada.	Programas de reinserción social que consideran la historia de violencia familiar en el sureste mexicano.
Enfoque de Género y Diversidad	Interseccionalidad entre género, etnia y clase; superación del modelo "unisex".	Cuestiona las expectativas de género que limitan el desarrollo personal y laboral.	Retos de las adolescentes rurales frente a roles domésticos tradicionales vs. autonomía educativa.
Autonomía y Neuroderecho	Capacidad progresiva para tomar decisiones autónomas con implicaciones legales.	Equilibra la maduración intelectual/emocional con la responsabilidad civil y penal.	Aplicación de la justicia restaurativa en el sistema penal adolescente mexicano (LNSIJPA).

Nota: Elaboración propia.

El Modelo Ecológico de Bronfenbrenner nos permite desglosar la realidad del adolescente mexicano no como un ente aislado, sino como el epicentro de fuerzas interconectadas. El microsistema, que tradicionalmente se centra en la familia, en nuestro contexto a menudo se expande hacia la familia extensa, un pilar fundamental en la identidad del sur de México. Sin embargo, es en el macrosistema donde las ideologías estructurales y el orden social dictan las reglas del juego: las políticas públicas de salud mental y los discursos sobre la seguridad influyen directamente en la percepción de libertad del joven.

Cuando un adolescente en Villahermosa interactúa con su mesosistema (la relación entre su hogar y su escuela), está mediando entre los valores tradicionales de su núcleo y las demandas de un mundo globalizado. Esta interacción es la que define la "coherencia interna" que menciona el autor, permitiendo que la transición a la adultez no sea un choque traumático, sino una evolución dialéctica entre sus raíces y sus aspiraciones.

Resulta significativo rescatar la visión de Rittenour al desmitificar la resiliencia como un talismán mágico de invulnerabilidad. En Estados con profundas desigualdades en el sureste mexicano, la resiliencia se manifiesta como un comportamiento complejo que emerge de una "historia de vulnerabilidad superada". No es simplemente "aguantar" la adversidad, sino la capacidad de reestructurar el proyecto de vida cuando los determinantes sociales —pobreza, falta de acceso a salud mental, o violencia— amenazan la integridad. Esta perspectiva cualitativa nos obliga a mirar más allá de las métricas de éxito académico y enfocarnos en la subjetividad del adolescente: cómo construye significados internos a partir de sus crisis. En este

sentido, la labor psicopedagógica en México debe orientarse a fortalecer esos "elementos resilientes" no de forma abstracta, sino vinculándolos a la identidad regional y a la recuperación de la dignidad humana en espacios donde el tejido social se encuentra fragmentado.

Finalmente, la convergencia entre la psicología del desarrollo y el neuroderecho plantea un debate necesario sobre la capacidad de toma de decisiones en la adolescencia. Como bien se señala, la legislación reconoce que el joven puede actuar con autonomía cuando existen garantías de imparcialidad y ausencia de coacciones viciadas. En México, el tránsito hacia un sistema de justicia que reconozca la inmadurez neurobiológica de la corteza prefrontal, pero que a la vez fomente la responsabilidad civil y penal, es fundamental para garantizar el interés superior de la niñez. El adolescente no es un adulto en miniatura ni un niño grande; es un sujeto con derechos específicos que requiere un espacio para la autogestión de su identidad. Educar en el conocimiento de estos derechos y deberes no solo previene consecuencias legales negativas, sino que empodera al joven para que su voluntad sea el fruto de un proceso interno genuino, libre de las interferencias de una praxis formativa adulta que a veces intenta anular su incipiente autonomía.

Desarrollo psicológico en la adolescencia

En esta etapa del desarrollo, los individuos mejoran la capacidad de gestionar una gran variedad de complejidades científico-filosóficas y, simultáneamente, enfrentan dilemas morales, políticos y estéticos propios de su entorno. Este enfrentamiento requiere una labor crucial para gestionar y

balancear las fuerzas en conflicto con el fin de lograr una síntesis de tensiones. Asimismo, muestran la habilidad para relacionarse con elementos innovadores, lo cual implica actuar desde bases inéditas. Este camino hacia el descubrimiento se divide en dos enfoques: el objetivo y el subjetivo. El aspecto objetivo se caracteriza por la capacidad humana de utilizar la inteligencia para comprender el entorno en el que se encuentra, mientras que el subjetivo se moldea por una inteligencia llena de valores personales (Hill & Edmonds, 2017). Los seres humanos suelen desplegar su potencial operativo máximo en la realidad, con el apoyo de abstracciones científicas que potencian la imaginación, o a través de abstracciones filosóficas en favor de la realidad tangible.

La conducta humana da lugar a una serie de costumbres que tienden a personalizarse, clasificadas según el objeto afectado por la actividad, ya sea modificándolo y perteneciendo a un ámbito vital (destrezas, ciencias) o a un nivel relacional (costumbres de convivencia). Estos patrones emergentes subrayan dos conexiones clave en el entendimiento humano: la necesidad frente a lo potencial o contingente, donde el individuo asigna valores; lo último que posiciona lo demás como medios hacia un fin con existencia propia que se consuma plenamente; o lo intermedio o interno que guía hacia fines, o lo externo que apunta hacia los medios. A lo largo de la adolescencia, estos patrones emergentes subrayan la necesidad de comprender el desarrollo psicológico desde una perspectiva integral que tenga en cuenta tanto lo interno como lo externo (Bando, 2018).

Debatiendo la identidad, se aborda inexorablemente el concepto del autoconcepto. La identidad se compone de un conjunto de particularidades que diferencian a un individuo de otro

en un instante específico, definiendo atributos que sugieren una continuidad a través del tiempo. Se asocia con todos aquellos elementos constantes dentro de un contexto histórico particular, integrando solo aquellos atributos cambiantes que evidencian cierta permanencia. Por consiguiente, la identidad se enlaza con los aspectos del ser que se mantienen relativamente estables. La naturaleza de estos elementos será determinada por el enfoque que cada teoría explicativa sugiera. Como se anticipó, la diferenciación de los demás es uno de los rasgos vinculados con el autoconcepto. Antes de abordar otros conceptos afines a la identidad, como la autoestima o la coherencia interna, surgirá la oportunidad de indagar en estas conexiones.

En la autoaceptación adoptamos ciertos rasgos y comportamientos dignos de pertenencia; encontrar la brújula que nos guíe hacia nuestro verdadero yo, para que paso a paso se acepten y se reconozcan nuestras virtudes y defectos, construyendo así una identidad sólida y auténtica (Nuccitelli et al., 2017). Experimentar y ser fiel a uno mismo es vital para el crecimiento personal y la realización plena. Cuando se deforma el autoconcepto y la autoimagen, se podría enfrentar el fracaso y la destrucción personal, ya que la falta de seguridad en uno mismo genera sentimientos de incapacidad para tomar decisiones responsables y asumir riesgos sin considerar las consecuencias (Schäfer et al., 2019). Pero no solo por ser hijos de la contradicción, sino porque aquellos que carecen de una imagen concreta de sí mismos, que desconocen su propia identidad, se ven obligados a buscar desesperadamente en el mundo exterior y en otras personas representaciones que nunca hallarán (Uka et al., 2022).

Aquellos que ostentan una imagen descriptiva, pero no se ajustan a una realidad objetiva, generalmente asumen responsabilidades sobre actos no cometidos (sentimiento de culpa), generando una carga emocional innecesaria. La autoaceptación es un eslabón para el encuentro personal y el desarrollo de una identidad robusta para la salud mental en la adolescencia. Reconociendo nuestras propias fortalezas y debilidades, y aprendiendo a vivir en plena armonía con quienes somos realmente, sin pretender ser alguien que no somos. De esta manera, nos damos la oportunidad de crecer y evolucionar, aceptando nuestras imperfecciones y valorando nuestras virtudes. La autenticidad se convierte en un motor poderoso, permitiéndonos explorar nuestras pasiones y alcanzar nuestras metas (Raitman & Danielson, 2022).

A medida que nos aceptamos a nosotros mismos, también nos abrimos a una conexión más profunda y significativa con los demás, fomentando relaciones genuinas y enriquecedoras. La autoaceptación nos libera del juicio constante y nos permite vivir una vida plena y auténtica, en la que podemos abrazar nuestras imperfecciones con compasión y amor propio. En lugar de añorar ser alguien más, nos esforzamos por ser la mejor versión de nosotros mismos, reconociendo que somos seres únicos y valiosos, merecedores de amor y aceptación incondicional. A través de la autoaceptación, encontramos la paz interior y la serenidad, permitiéndonos vivir una vida significativa y llena de propósito. Es claro que el autoconcepto positivo es primordial para el desarrollo saludable de la identidad de los adolescentes.

Los adolescentes experimentan la emoción desde una óptica intrapersonal, resaltando cómo tal percepción impulsa su

crecimiento hacia la adultez. Así, las relaciones interpersonales aún no maduras, o simplemente descartadas, muestran una habilidad emocional en desarrollo en el adolescente, lo que podría derivar en la represión o, en el mejor de los casos, en la ocultación de tales experiencias personales, restringiendo las oportunidades de evolución y madurez emocional. Conforme a Vigotsky, el impacto de las experiencias interpersonales es recurrente para el desarrollo del ciclo vital. Desde este ángulo particular, las interacciones durante la preadolescencia pueden iniciar la transformación de patrones de comportamiento por medio de la comprensión. Las emociones, al ser vividas en un contexto interpersonal, resultan esenciales para el desarrollo individual. La observación y absorción de nuevas posibles respuestas ayudan a superar obstáculos emocionales, ya sea a través del aislamiento o la reacción, permitiendo el aprendizaje al identificar y entender los distintos niveles que, a modo de un triángulo de fuerzas mental o motivacional, conforman la conducta grupal.

Desde una perspectiva, siguiendo en la etapa preadolescente, el niño inicia un proceso de separación e individuación, marcado por la búsqueda de identidad; se transforma en el origen del ciclo a través de la comprensión de las emociones experimentadas mediante la interacción interpersonal (L. Liu et al., 2022). Donde se ponen en práctica las incipientes interiorizaciones del yo en contacto directo con otras personas que también se encuentran en la búsqueda o en la construcción de su propia percepción personal. Observar y captar nuevas posibles respuestas con el fin de poder superar la matanza de todas las emociones internas, vividas ya sea a través del aislamiento o la reacción dentro del núcleo familiar. Mediante el aprendizaje a partir de la identificación y comprensión de los distintos niveles,

sensaciones y la gestión adecuada de las mismas, los jóvenes pueden lograr una mayor estabilidad emocional y personal (Messina et al., 2021).

En términos generales, las relaciones interpersonales son conexiones que se establecen entre dos o más individuos, presentes todo el tiempo en la comunicación, el afecto y la colaboración. Las cuales tienen un impacto en el desarrollo de la personalidad, la autoestima, la identidad y el bienestar de los adolescentes, permaneciendo y controlando las patologías en la madurez. El desarrollo de las relaciones interpersonales durante la adolescencia implica la transición de una dependencia emocional de la familia hacia una mayor conexión con los amigos y las parejas (D. Y. Liu et al., 2021). Se amplía el ámbito social y se experimentan diversas formas de interacción con los demás, lo que les brinda la oportunidad de adquirir habilidades sociales, valores, normas y roles.

Las relaciones interpersonales en la adolescencia se clasifican en: familiares, amistosas y amorosas. Las relaciones familiares son aquellas que se mantienen con los progenitores, hermanos y otros parientes cercanos. Estas relaciones son fundamentales para el desarrollo del adolescente, ya que le ofrecen seguridad, protección, orientación y modelos de referencia (Moreno et al., 2024). No obstante, también pueden ser fuente de conflicto, tensión y negociación debido a las divergencias generacionales, expectativas, límites y normas. Los adolescentes necesitan equilibrar su necesidad de autonomía con su necesidad de pertenencia, y establecer una comunicación efectiva y respetuosa con sus familiares. Algunos de los factores que influyen en la calidad de las relaciones familiares son el estilo educativo, el

clima familiar, la comunicación, el afecto y el respaldo mutuo (Campioni - Barr et al., 2024).

Las relaciones amistosas son aquellas que se establecen con los compañeros de estudio, de ocio, de deporte, etc. Estas conexiones son valiosas para el desarrollo social y emocional del adolescente, puesto que les permiten compartir conocimientos, aficiones, experiencias y sentimientos con individuos de su misma edad y circunstancia. Los amigos proporcionan a la adolescente diversión, compañía, confianza, apoyo y consejo, y le ayudan a desarrollar su autoestima, su identidad y su sentido de pertenencia. Los jóvenes suelen establecer grupos de amigos con los que se identifican y se sienten aceptados, y que les brindan identidad y valores. Algunos de los elementos que influyen en la calidad de las relaciones amistosas son la similitud, la reciprocidad, la fidelidad, la confianza y la colaboración (Zietz et al., 2022).

Las relaciones amorosas son aquellas que se inician con personas del sexo opuesto o del mismo sexo, con las que se establece un vínculo afectivo y erótico. Estas relaciones son esenciales para el desarrollo sexual y afectivo del adolescente, ya que le permiten expresar sus sentimientos, deseos y necesidades, y experimentar el placer, la intimidad y el compromiso. Las parejas brindan a la joven satisfacción, ilusión, comprensión y fidelidad, y contribuyen a fomentar su sexualidad, identidad y proyecto de vida. Los adolescentes suelen comenzar sus relaciones amorosas en el contexto de los grupos de amigos y las viven con intensidad, idealización e inestabilidad. Por último, algunos de los factores que influyen en la calidad de las relaciones amorosas son la atracción, la compatibilidad, la comunicación, el respeto y el afecto (Białecka - Pikul et al., 2021).

También en esta etapa, aumenta la capacidad perspectiva para juzgar los estados mentales de los demás, la llamada teoría de la mente. De ahí que la empatía y el rendimiento en la tarea de falsas creencias sean habilidades que aparecen relacionadas en diversas investigaciones. De 12 a 17 años, el incremento de la empatía se considera casi tan sustancial como el que ocurre entre los 7 y 12 años (Gabriel et al., 2019). La investigación sobre el desarrollo de la empatía en adolescentes revela varios hallazgos clave. Es crucial para el comportamiento prosocial y la prevención de la conducta. Aunque algunos estudios no encontraron diferencias significativas en los niveles de empatía entre géneros o etapas educativas (Cruz-Linares & Mendoza-González, 2023).

Estudios indican que existe una tendencia hacia una mayor manifestación de empatía en las niñas en contraste con los niños. La participación en actividades físicas y artísticas se ha relacionado con un incremento significativo en los niveles de empatía entre los jóvenes durante la etapa de la adolescencia: la capacidad de ponerse en el lugar del otro, comprender sus emociones y perspectivas se relaciona de manera directa con la disposición a ayudar y colaborar con los demás. Así como con el establecimiento de vínculos afectivos sólidos, tanto en el ámbito familiar como en las interacciones con compañeros y compañeras (De Dios Benítez-Sillero et al., 2022). Estos interesantes hallazgos resaltan la relevancia de la empatía en el proceso de crecimiento y maduración de los jóvenes adolescentes, y proponen una variedad de estrategias y métodos para promover su desarrollo integral y su capacidad de relacionarse de manera positiva con los demás (Giret, 2020).

La empatía es la capacidad de comprender los estados mentales de los demás y sentir lo que ellos sienten. Durante la adolescencia, se observa un aumento en la empatía, y está estrechamente ligada a la teoría de la mente, que consiste en la habilidad de inferir las creencias, deseos e intenciones de otras personas. Se manifiesta en dos dimensiones: la preocupación empática, que se refiere al sentimiento de simpatía y compasión por los demás, y la malevolencia empática, que se relaciona con el deseo de herir o molestar a los demás. Por lo general, se observa que las chicas tienden a tener más preocupación empática, mientras que los chicos muestran una mayor malevolencia empática (Lebedeva, 2023).

Es importante resaltar que la empatía se va desarrollando a lo largo de toda la existencia y puede ser influenciada por una variedad de factores, tales como el entorno familiar, la educación recibida, las vivencias personales y la diversidad cultural presente en la sociedad. Cultivar la empatía y la comprensión desde una edad muy temprana puede contribuir significativamente a establecer relaciones interpersonales saludables y fomentar la tolerancia, el respeto mutuo y la aceptación de la diversidad en la sociedad. Esta habilidad nos proporciona la oportunidad de establecer una conexión significativa con las personas que nos rodean, comprendiendo sus necesidades y fomentando la creación de un entorno más comprensivo, solidario y empático.

Camina de la mano con la regulación emocional de forma adaptativa, juega un papel importante en el desarrollo sano y positivo durante la adolescencia, y esta habilidad es afectada considerablemente por el contexto social. Puede ser definida como cualquier acción o intención realizada con el objetivo de influir en

el tipo, intensidad, duración y expresión de una emoción (Hollenstein & Faulkner, 2024).

Dentro de la literatura no hay un consenso claro sobre la función de las diferentes estrategias de regulación emocional en adolescentes. Por ejemplo, algunos autores han encontrado que el uso de estrategias evitativas como el rechazo o los comportamientos impulsivos están asociados con problemas de ajuste emocional y pobre bienestar. En cambio, otras estrategias de tipo evitativas como la distracción o el humor han mostrado resultados benéficos para el bienestar de los adolescentes, por lo que no todas son negativas per se. En el estudio se destaca que la expresión apropiada de las emociones mejora la relación social, autoconciencia y regulación de la conducta de los adolescentes (Yerdenova, 2023).

Tabla 5

Factores del Desarrollo Adolescente

Nivel ecológico	Factores de riesgo típicos	Factores de protección relevantes
Individual	Impulsividad extrema, historia de trauma, neurodesarrollo vulnerable.	Buenas habilidades socioemocionales, autoestima realista, resiliencia.
Familiar	Violencia intrafamiliar, negligencia, consumo de sustancias en casa.	Apego seguro, comunicación abierta, normas claras y no violentas.
Escolar	<i>Bullying</i> , clima escolar autoritario o indiferente, fracaso escolar.	Programas socioemocionales, docentes significativos, apoyo académico.
Pares	Grupos con consumo de sustancias, conductas delictivas, violencia.	Grupos prosociales, redes de amistad basadas en apoyo y cooperación.
Comunitario/ estructural Individual	Pobreza, inseguridad, falta de servicios, discriminación.	Espacios públicos seguros, servicios comunitarios, políticas inclusivas.

El desarrollo de la regulación emocional está estrechamente vinculado con diversas circunstancias socioculturales y con la satisfacción de múltiples necesidades básicas (Ver tabla 5). La relación con la habilidad de identificar con claridad las situaciones que demandan regulación emocional y comprender las fuentes de las emociones. Implica la capacidad de emplear una amplia gama de estrategias que no solo reflejen la comprensión de las emociones, sino que también contribuyan a la resolución de conflictos de manera respetuosa, tanto hacia uno mismo como hacia los demás. Todo ello está estrechamente vinculado con el autoconcepto individual, la autoeficacia percibida, el pensamiento creativo y la motivación intrínseca para alcanzar metas y objetivos personales.

Desarrollo Sociocultural del Adolescente

El ser humano es un ser activo que altera o modifica aquello que le rodea, lo mismo ocurre en el desarrollo adolescente, en tres niveles del ecosistema en el que actúa sobre el mismo para asegurar su adaptación: el microentorno (instituciones y personas que mantienen un contacto más directo con el adolescente, principalmente su familia); el mesoentorno (mundo inmediato que rodea al adolescente); y el *exoentorno* (escenario social circundante). En el contexto actual, existen tres factores de influencia que estarán presentes en el desarrollo adolescente: la presencia de crisis (activadoras y potenciadoras del vigor personal), la sociedad del riesgo (avances tecnológicos, científicos, medioambientales, ideológicos y sociales) y la criminalidad de base (proliferando nuevas formas delictivas en torno a sectores de población joven) (Blanco y Martínez-González, 2016; Fragoso, 2023).

Llegado el siglo XXI, nos encontramos con una serie de hechos concretos que demuestran que la presión por el endeudamiento está ocasionando cambios ostensibles en la morfología externa de los riesgos que los individuos tienen que afrontar.

Diversos autores han caracterizado a la sociedad contemporánea como una sociedad del riesgo, concepto desarrollado de manera sistemática por Ulrich Beck. Según este autor, la modernidad industrial definió a comienzos del siglo XX una sociedad estructurada en torno al trabajo y la producción. Más adelante, hacia finales del mismo siglo, comenzó a perfilarse una sociedad orientada al consumo y al ocio. Sin embargo, en la fase avanzada de la modernidad —entre finales del siglo XX y comienzos del XXI— emerge una nueva configuración social centrada en la producción, distribución y gestión de riesgos.

En este contexto, el riesgo se convierte en una categoría estructurante de la vida social. Las instituciones colectivas que en la modernidad industrial ofrecían seguridades compartidas (como el empleo estable o los sistemas de protección social) se transforman progresivamente en dispositivos de gestión de incertidumbre. La responsabilidad frente a amenazas que se perciben como estructurales e inevitables ya no recae principalmente en lo colectivo, sino que se individualiza. Así, las antiguas garantías sociales son sustituidas por exigencias de adaptación y afrontamiento individual ante riesgos considerados ineliminables o inherentes al propio desarrollo de la modernidad.

Los padres de adolescentes deberíamos reflexionar sobre qué modelo ejercitamos para educar a nuestros hijos. Los hijos

necesitan límites y modelos claros de comportamiento. A menudo, son o provienen de situaciones agradables en familia, de compartir aficiones, tanto si son estímulos agradables como si son tóxicos e inconscientes. Los hijos quieren afecto, sentirse útiles, pertenecer al grupo social y que sus padres sientan un saludable orgullo de sus logros. Los padres con desajustes emocionales también resultan dañinos y agotadores para el menor al ejercer un papel de padres solícitos y cariñosos con alegría efusiva y, en el momento siguiente, dejarse arrastrar por otros subyugantes y distintos sentimientos. Estos cambios manifestados en la familia suelen ser angustiosos y desestabilizadores para los hijos e impiden una maduración y crecimiento sano.

Los diferentes roles y expectativas que la sociedad impone tienen un impacto significativo en la forma en que se define la etapa de la adolescencia desde una perspectiva afirmativa y constructiva. Conforme al informe detallado sobre la Adolescencia en Iberoamérica, a pesar de que los hitos que marcan la transición a la adultez presentan variaciones significativas de una comunidad a otra, cada individuo joven atraviesa un proceso ritual que, al definir una identidad renovada, inicia el proceso de asignación de responsabilidades en aumento (Ji, 2023).

Es el tiempo designado para adquirir completamente, preparándose de esta manera para asumir todas las responsabilidades propias de la edad adulta. La señal más significativa y reveladora para demostrar su profundo agradecimiento y reconocimiento hacia sus padres es la decisión de establecer un nuevo hogar propio, donde puedan construir recuerdos y compartir momentos inolvidables en familia. Dependiendo de la ubicación geográfica específica, suelen

establecerse vínculos muy estrechos que le comprometen con las responsabilidades adquiridas en su puesto de trabajo, con el fin de colaborar en el mantenimiento y desarrollo de la organización (Loeb et al., 2016).

Sin embargo, este proceso varía significativamente dependiendo del contexto socioeconómico y cultural en el que el joven se desarrolla. Por su lado, los factores socioeconómicos tienen un rol relevante en la definición de la adolescencia. Por lo general, el nacimiento de la adolescencia como etapa del ciclo vital de una persona depende de la forma que toma en cada etapa el principio específico de maduración propia del desarrollo: a mayor edad de arranque, mayores necesidades de la satisfacción sexual total, mejor debe ser el escenario sociosexual.

CAPÍTULO III

HABILIDADES COGNITIVAS Y FUNCIONES EJECUTIVAS

Las habilidades cognitivas son las funciones mentales que nos permiten procesar, almacenar, recuperar y utilizar la información que recibimos del entorno. Estas habilidades abarcan desde el razonamiento, la atención, la concentración, la percepción, que nos ayudan a comprender la realidad, hasta la memoria, el lenguaje, el aprendizaje, la resolución de problemas, el pensamiento crítico, la toma de decisiones y la creatividad, que nos permiten interactuar con ella. El desarrollo de estas habilidades es un aspecto esencial del crecimiento humano, porque determina nuestra capacidad de adaptarnos, comunicarnos y desempeñarnos en diferentes ámbitos de la vida. La adolescencia es una etapa de la vida que se caracteriza por importantes cambios en el desarrollo de las habilidades cognitivas, que reflejan la maduración del cerebro y la influencia de los factores ambientales. Estos cambios se pueden observar en tres niveles: neurociencias cognitivas, anatomía y fisiología del cerebro, memoria y lenguaje.

La neurociencia es la disciplina que explora los mecanismos neuronales que sustentan las habilidades cognitivas. Esta disciplina utiliza diversas técnicas de neuroimagen, como la resonancia

magnética funcional (fMRI), tomografía axial computarizada (TAC), la electroencefalografía (EEG) o la magnetoencefalografía (MEG), para medir la actividad cerebral durante la realización de diferentes tareas cognitivas (Ver figura 9).

Estas técnicas han permitido descubrir que el cerebro adolescente se distingue por una mayor plasticidad, es decir, una mayor capacidad de modificar sus conexiones y su estructura en función de la experiencia (Villuendas González y Gudayol Ferré, 2017). Fenómeno que facilita el aprendizaje y la adquisición de nuevas habilidades, pero también implica una mayor vulnerabilidad ante los estímulos negativos o dañinos, como el estrés, el consumo de drogas o la exposición a la violencia.

Figura 9

Técnicas de neuroimagen



Otro aspecto fascinante de las neurociencias es el estudio de las diferencias individuales en el desarrollo cognitivo, que dependen de factores genéticos, epigenéticos, hormonales,

nutricionales, socioeconómicos y culturales. Estos factores pueden afectar al ritmo, la secuencia y el grado de maduración de las distintas regiones y redes cerebrales, así como a la eficiencia y la integración de los procesos cognitivos. Por ejemplo, se ha observado que algunas personas muestran una mayor preferencia por el pensamiento intuitivo, basado en las emociones y las sensaciones, mientras que otras prefieren el pensamiento racional, basado en la lógica y la evidencia. Estas diferencias pueden tener implicaciones para el rendimiento académico, la orientación vocacional y la personalidad del adolescente.

La anatomía y la fisiología del cerebro se refieren a la forma, el tamaño, la composición y el funcionamiento de las distintas partes del órgano que controla nuestro sistema nervioso. El cerebro se divide en dos hemisferios, el izquierdo y el derecho, que se comunican a través de un haz de fibras llamado cuerpo caloso (Ver figura 10). Cada hemisferio se compone de cuatro lóbulos: frontal, parietal, temporal y occipital, que se encargan de diferentes funciones cognitivas. El cerebro también incluye otras estructuras, como el cerebelo, el tronco encefálico, el tálamo, el hipotálamo, la amígdala y el hipocampo, que regulan aspectos como el equilibrio, la respiración, el sueño, las emociones o la memoria (Dumard, 2016).

Figura 10

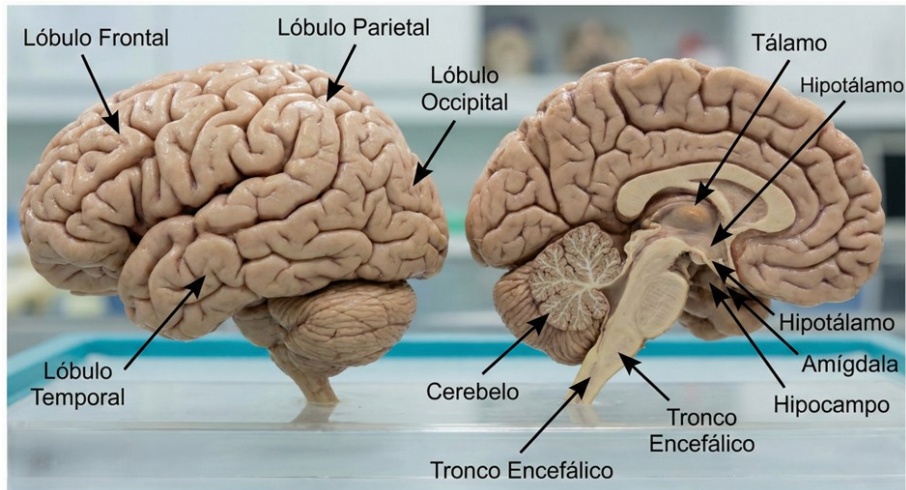
Descripción gráfica de los hemisferios cerebrales.



Durante la adolescencia, el cerebro experimenta un proceso de reorganización y refinamiento, que implica cambios tanto estructurales y funcionales. Entre los cambios estructurales, destacan el aumento del volumen de la materia gris, que contiene los cuerpos de las neuronas y sus dendritas, y la disminución del volumen de la materia blanca, que contiene las fibras nerviosas o axones que conectan las neuronas. Estos cambios se deben a la poda sináptica, que consiste en la eliminación selectiva de las conexiones neuronales que son menos utilizadas o redundantes, y a la mielinización, que consiste en el recubrimiento de los axones con una capa de grasa que mejora la velocidad y la eficacia de la transmisión de los impulsos nerviosos. Estos procesos permiten optimizar el funcionamiento del cerebro, aumentando su capacidad de procesamiento y su flexibilidad (Elgarresta, 2017).

Figura 11

Lóbulos cerebrales



Entre los cambios funcionales, destaca el incremento de la actividad cerebral en las regiones prefrontales, que están relacionadas con el control ejecutivo, es decir, la capacidad de planificar, organizar, inhibir, monitorizar y evaluar el propio comportamiento. Estas regiones se desarrollan más lentamente que otras partes del cerebro, lo que explica por qué los adolescentes pueden tener dificultades para regular sus impulsos, anticipar las consecuencias de sus acciones o asumir responsabilidades. Sin embargo, el desarrollo de las regiones prefrontales también implica una mayor capacidad de razonamiento abstracto, de pensamiento crítico, de creatividad y de metacognición, es decir, de reflexionar sobre el propio proceso de aprendizaje.

Anatomía cerebral: corteza prefrontal y conexiones asociativas

El cerebro en la etapa de desarrollo del adolescente es un proceso dinámico que involucra cambios estructurales, funcionales y neuroquímicos en las distintas regiones y circuitos cerebrales. Estos cambios se producen de manera gradual y secuencial, siguiendo un patrón general desde las áreas más posteriores a las más anteriores del cerebro, y desde las más simples a las más complejas.

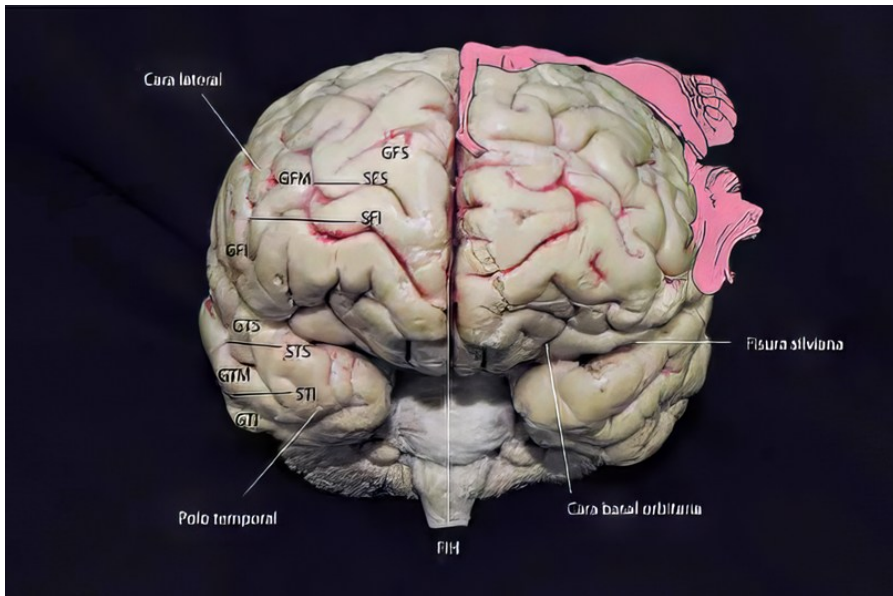
La maduración tiene como objetivo optimizar el funcionamiento del cerebro, aumentar su eficiencia y adaptabilidad, y permitir el desarrollo de habilidades cognitivas, emocionales y sociales propias de la adolescencia. Sin embargo, estos cambios también conllevan una mayor vulnerabilidad a los factores ambientales, como el estrés, las drogas o los estilos de vida, que pueden afectar al equilibrio y la maduración del cerebro. Por lo tanto, el desarrollo del cerebro del adolescente es un período crítico y sensible para el aprendizaje, la salud y el bienestar de los individuos.

La configuración superficial del cerebro se puede observar al examinar las distintas caras o superficies que presenta el órgano. El cerebro tiene dos hemisferios, derecho e izquierdo, que están separados por una profunda fisura longitudinal llamada cisura interhemisférica. En los hemisferios, cada lóbulo tiene una función específica relacionada con la cognición, la emoción, la sensación o el movimiento. En la conexión de los lóbulos hay áreas más pequeñas llamadas circunvoluciones o giros, que son las elevaciones del tejido cerebral, y entre ellas hay surcos o hendiduras, que son los pliegues o depresiones del tejido (Figura

12). Los surcos y las circunvoluciones aumentan la superficie del cerebro, lo que permite alojar más neuronas y conexiones sinápticas (Baldoncini, 2019).

Figura 12

Conexiones lobulares



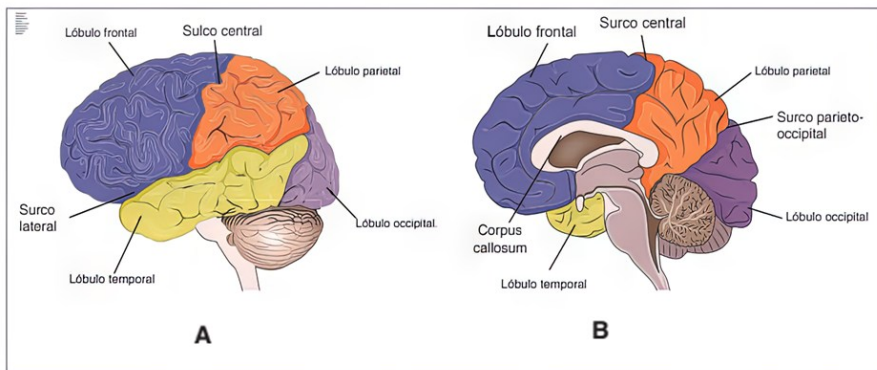
Nota: Imagen frontal donde se observan los polos temporales y frontales, la porción esferoidal de la fisura silviana, la fisura interhemisférica (Fih); los giros frontales superior, medio e inferior (GFS-GTM-GFI); los surcos frontales superior e inferior (SFS-SFI); los giros temporales superior, medio e inferior (GTS-GTM-GTI) y los surcos temporales superior e inferior (STS-STI). En el hemisferio izquierdo, se observa una representación gráfica de: homúnculo motor (Campero & Ajler, 2019).

En ella se aprecian las estructuras que forman el sistema límbico, que está implicado en la memoria, el aprendizaje, la emoción y la motivación (figura 13). Algunas de estas estructuras son el cuerpo caloso, que es un haz de fibras nerviosas que conecta

los dos hemisferios, el hipocampo, que participa en la formación de la memoria a largo plazo, la amígdala, que regula las respuestas emocionales, el tálamo, que actúa como un centro de retransmisión de la información sensorial, y el hipotálamo, que controla el sistema endocrino y el sistema nervioso autónomo. También se puede observar el tronco encefálico, que conecta el cerebro con la médula espinal y regula funciones vitales como la respiración, el latido cardíaco o el sueño, y el cerebelo, que coordina el equilibrio, la postura y el movimiento. La cara lateral o externa del cerebro es la que se ve al mirar el cerebro desde el lado. En ella se pueden distinguir los cuatro lóbulos y algunos de los surcos y circunvoluciones más importantes.

Figura 13

Lóbulos cerebrales

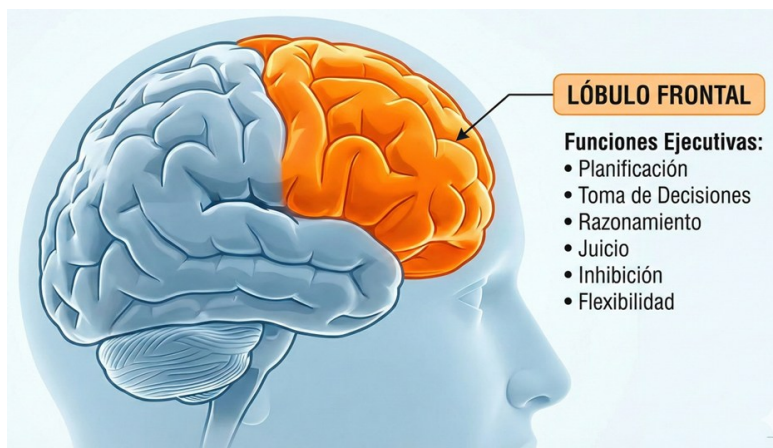


Nota: (A) Vista lateral y (B) cara medial del cerebro, con los cuatro lóbulos principales resaltados. Se muestran surcos importantes, incluyendo el surco central que separa los lóbulos frontal y parietal; el surco lateral que separa los lóbulos temporal y frontal/parietal; y el surco parieto-occipital que separa los lóbulos parietal y occipital (Laith, 2024).

El lóbulo frontal se encuentra en la parte anterior del cerebro y se encarga de las funciones ejecutivas, como la planificación, la toma de decisiones, el razonamiento, el juicio, la inhibición o la flexibilidad (Ver figura 14). Esta región cerebral juega un papel fundamental en el desarrollo cognitivo y emocional de los adolescentes, ya que es la última región del cerebro en madurar. Durante esta etapa, el lóbulo frontal experimenta cambios estructurales y funcionales que afectan a su capacidad para regular el comportamiento, la atención, el razonamiento, la solución de problemas y el autocontrol. Estas habilidades forman parte de lo que se denomina función ejecutiva, que permite al individuo adaptarse a las demandas del entorno, planificar el futuro, establecer metas y evaluar las consecuencias de sus acciones. La función ejecutiva del lóbulo frontal es especialmente importante para los adolescentes, ya que les ayuda a enfrentarse a los retos académicos, sociales y personales que se presentan en esta etapa de la vida (García Molina, 2018).

Figura 14

Lóbulos frontal



Desempeña un papel importante en el desarrollo emocional de los adolescentes porque ayuda a regular las emociones, entender las suyas propias y las de los demás. También está involucrado en la empatía y la capacidad para tomar perspectiva. Durante la adolescencia, el lóbulo frontal se encuentra en un momento crítico de desarrollo, lo que puede hacer que los adolescentes sean más propensos a tomar decisiones arriesgadas o actuar de manera impulsiva, propiciando eventos traumáticos como traumatismos craneoencefálicos, tumores cerebrales, accidentes cerebrovasculares, infecciones, enfermedades degenerativas o anomalías congénitas. Si alguna de estas condiciones interfiere con el desarrollo normal del lóbulo frontal, provocaría una alteración en el aprendizaje, la memoria, la emoción o la personalidad (Dziedzic et al., 2022).

Estas lesiones pueden afectar a diferentes regiones del lóbulo frontal, con distintas consecuencias según la función que desempeñen. Algunas de las posibles consecuencias de las lesiones del lóbulo frontal son:

- Alteraciones de la función ejecutiva: Las personas con lesiones frontales pueden tener dificultades para planificar, organizar, priorizar, secuenciar, monitorizar o evaluar sus acciones, lo que les impide alcanzar sus objetivos de forma eficaz. También pueden presentar déficits de atención, concentración, memoria de trabajo o flexibilidad cognitiva, lo que les dificulta adaptarse a los cambios o resolver problemas novedosos (Barnes, 2023).

- Cambios en la personalidad y el comportamiento: Las lesiones frontales pueden provocar una pérdida de la inhibición, el autocontrol, la empatía, el juicio o la responsabilidad, lo que se

traduce en conductas impulsivas, agresivas, desinhibidas, egocéntricas o socialmente inapropiadas. Estas conductas pueden generar conflictos con los demás o dificultar el cumplimiento de las normas sociales o legales. Por otro lado, las lesiones frontales también pueden causar una apatía, una falta de iniciativa, una disminución de la motivación, un aburrimiento o una indiferencia emocional, lo que afecta negativamente al rendimiento académico, laboral o personal (Jones & Graff-Radford, 2021).

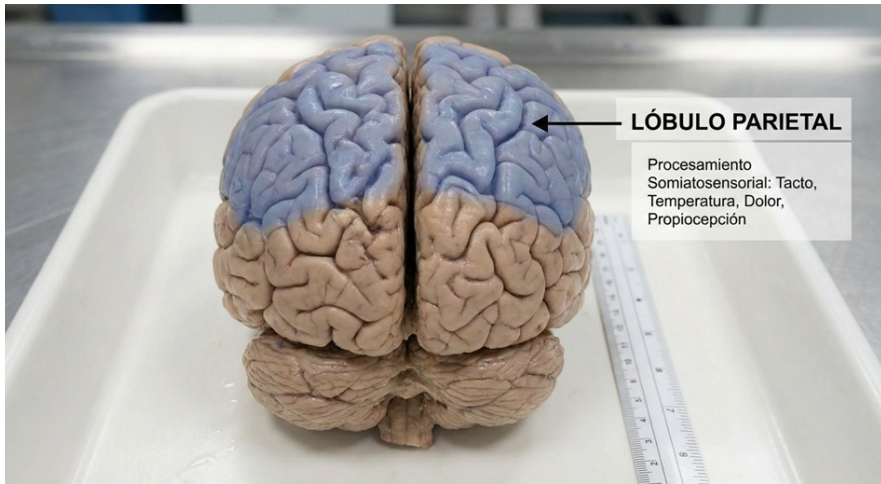
- Trastornos del lenguaje: Las lesiones frontales pueden afectar al lenguaje expresivo, es decir, a la capacidad de producir un discurso fluido, coherente y gramaticalmente correcto. Algunos de los trastornos del lenguaje asociados al lóbulo frontal son la afasia motora o de Broca, que se caracteriza por un habla lenta, entrecortada, con dificultad para articular las palabras y con errores de sintaxis o de fonología; y la afasia transcortical motora, que se manifiesta por una reducción del habla espontánea, con pobreza de contenido, pero con buena repetición y comprensión (Boller & Caputi, 2018).

El lóbulo parietal se localiza en la parte superior y posterior del cerebro y se ocupa de procesar la información somatosensorial, es decir, la que proviene de los sentidos del tacto, la temperatura, el dolor o la propiocepción (Ver figura 15). El lóbulo parietal es una región cerebral que desempeña un papel esencial en el procesamiento sensorial y la integración de la información proveniente de los sentidos. En los adolescentes, el lóbulo parietal es clave en la percepción espacial, la coordinación motora y la orientación espacial. Esta región se encarga de la interpretación de los estímulos visuales, táctiles y auditivos, permitiendo al adolescente reconocer el mundo que lo rodea y responder de

manera adecuada a su entorno. Además, también está involucrado en el procesamiento de la información relacionada con el lenguaje y las matemáticas, habilidades fundamentales en el ámbito académico (Balsters et al., 2013).

Figura 15

Lóbulos parietal



La importancia del lóbulo parietal en el desarrollo del adolescente radica en su contribución a la adquisición de habilidades cognitivas complejas por imitación, como la atención sostenida, la memoria de trabajo y la capacidad de concentración. Estas funciones cognitivas son especialmente relevantes durante el periodo adolescente, ya que deben enfrentarse a un aumento en las demandas académicas y sociales (Caspers et al., 2010) (Peters et al., 2016).

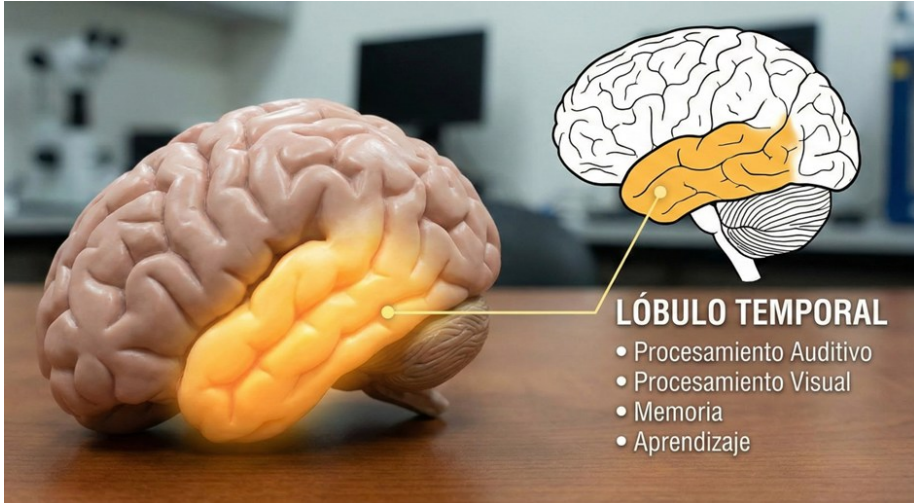
Pero cuando se presenta una lesión o un daño en esta zona del cerebro, provoca diversos trastornos neuropsicológicos, como la agnosia, que es la incapacidad de reconocer objetos, personas,

lugares o estímulos sensoriales; la apraxia, que es la dificultad para realizar movimientos voluntarios complejos o secuenciales; la acalculia, que es la alteración del cálculo aritmético; la dislexia, que es el trastorno de la lectura; la disgrafía, que es el trastorno de la escritura; o el síndrome de negligencia espacial, que es la falta de atención y de respuesta a los estímulos situados en el lado opuesto al de la lesión. Estos trastornos pueden afectar negativamente al rendimiento académico, a la autoestima, a la autonomía y a las relaciones sociales de los adolescentes (Miskin & Fox, 2017).

El lóbulo temporal se sitúa en la parte inferior y lateral del cerebro, se trata de una zona del cerebro que desempeña un papel fundamental en la recopilación de información auditiva y visual, además de la memoria y el aprendizaje (Ver figura 16). En el caso de los adolescentes, esta región cerebral desempeña un papel fundamental en la adquisición de aptitudes cognitivas y emociones. El ámbito temporal posibilita a los adolescentes procesar y almacenar información, así como supervisar las respuestas emocionales en situaciones diversas. Asimismo, es responsable de la capacidad para interpretar el lenguaje y las señales sociales, lo cual resulta esencial en el proceso de socialización y en la construcción de relaciones interpersonales durante la adolescencia. El lóbulo temporal es relevante en los adolescentes debido a su influencia en la toma de decisiones, la regulación emocional y la capacidad para procesar información compleja. Durante esta etapa de la vida, el desarrollo del lóbulo temporal está relacionado con la maduración cognitiva y emocional de las personas (Crossman & Neary, 2019).

Figura 16

Lóbulos temporal



Un ámbito temporal saludable y funcional favorece la habilidad de los jóvenes para enfrentar desafíos, resolver problemas y gestionar situaciones estresantes de manera eficiente. Es esencial comprender la relevancia de esta área cerebral en la infancia con el fin de mejorar la capacidad de pensar y sentir en este momento crucial de la vida. Aun así, se pueden presentar algunos trastornos que pueden provocar una lesión temporal, por ejemplo: La afasia, que es la pérdida o alteración de la capacidad de expresarse o comprender el lenguaje, tanto oral como escrito; La amusia, que es la incapacidad de reconocer o reproducir melodías o ritmos musicales; La agnosia auditiva, que es la dificultad para identificar o diferenciar los sonidos del entorno; La agnosia visual, que es la dificultad para reconocer o interpretar los estímulos visuales, como las caras, los colores o las letras; La prosopagnosia, que es la incapacidad de reconocer los rostros de las personas conocidas; La amnesia anterógrada, que es la pérdida de la

memoria para los hechos que ocurren después de la lesión; El síndrome de Klüver-Bucy, que se caracteriza por una disminución de la conducta emocional, una falta de inhibición sexual, una tendencia a explorar los objetos con la boca y una ausencia de miedo (Suarez Monsalve y Cruz Pérez, 2023) (Enríquez Álvarez, 2024).

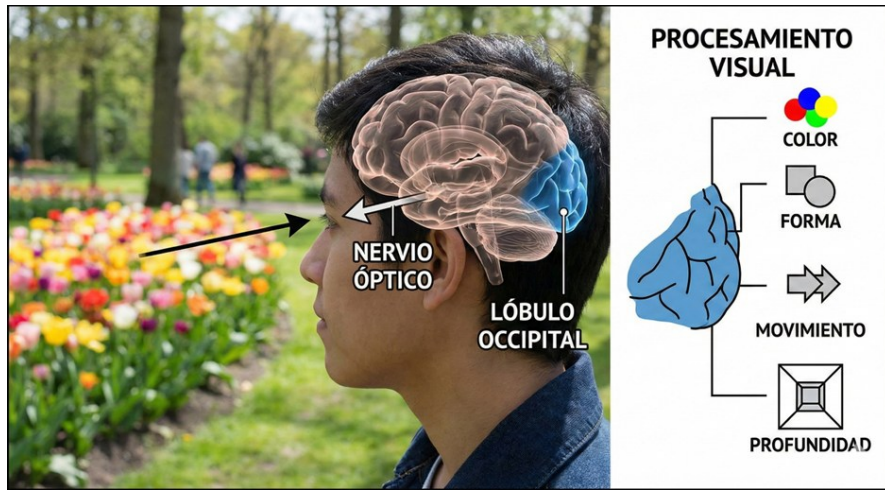
El lóbulo occipital se ubica en la parte posterior del cerebro y se responsabiliza de procesar la información visual, como el color, la forma, el movimiento o la profundidad. Se encarga de procesar la información visual que llega desde los ojos a través del nervio óptico (Ver figura 17). Esta información se analiza en diferentes áreas especializadas, como la corteza estriada, que se encarga de detectar el movimiento y la orientación de los objetos, la corteza prestriada, que se ocupa de reconocer las formas y los colores, y la corteza inferotemporal, que se dedica a identificar los rostros y las escenas. También participa en otras funciones visuales más complejas, como la percepción espacial, la atención visual, la integración multisensorial y la imaginación visual (Osuna Suárez, 2017).

Gracias al lóbulo occipital, los adolescentes pueden aprender de forma visual, memorizar imágenes, leer textos, apreciar el arte, expresarse creativamente, comunicarse con gestos y disfrutar de la belleza. Además, el lóbulo occipital les ayuda a regular sus emociones, ya que está conectado con otras regiones cerebrales que intervienen en el procesamiento afectivo, como la amígdala, el hipocampo o la corteza prefrontal, por el hecho de que la visión juega un papel fundamental en la interacción con el entorno y en la adquisición de aprendizajes. A medida que los adolescentes adquieren nuevas habilidades y conocimientos, el

lóbulo occipital les permite percibir y procesar la información visual de manera más eficiente y precisa (Cinti & Giordano, 2020).

Figura 17

Lóbulos occipital



Las lesiones en el lóbulo occipital pueden tener varias consecuencias significativas en la función visual y en otros aspectos de la cognición. Una de las lesiones más comunes en el lóbulo occipital es la lesión traumática, causada por un trauma directo en la cabeza. Esta lesión puede resultar en una pérdida parcial o total de la visión, lo que se conoce como ceguera cortical. En casos graves, la persona afectada puede perder la capacidad de reconocer objetos, caras y colores. Además, también puede experimentar dificultades para percibir el movimiento e interpretar la información visual espacial (Rouse, 2020). Algunas de las consecuencias comunes de las lesiones en el lóbulo occipital son:

- Escotomas: Zonas de pérdida de visión parciales o completas.

- Alucinaciones visuales: Ver objetos o patrones que en realidad no están presentes.
- Ceguera cortical: Pérdida total o parcial de la capacidad para interpretar la información visual de manera consciente.
- Prosopagnosia: Dificultad para reconocer caras.
- Pérdida de la percepción del color: Incapacidad para percibir colores correctamente.
- Dificultad para percibir profundidad: Problemas para juzgar distancias y profundidades espaciales (Waxman, 2020).

ToM

La Teoría de la Mente (ToM) se define como la representación cognitiva de nuestros propios estados mentales y los de los demás, la cual posibilita la predicción del comportamiento en contextos sociales. Se considera que la mente de una persona es una especie de "caja negra" que contiene sus pensamientos, creencias, deseos y emociones. Cada individuo tiene una perspectiva única y personal, lo que implica que sus estados mentales pueden diferir de los demás. A través de la teoría de la mente, las personas pueden ponerse en el lugar de los demás y comprender sus motivaciones y comportamientos (Kanske, 2018). Esto comprende las percepciones de otras personas respecto a una situación o realidad determinada, sus intenciones en ese contexto o sus motivaciones para actuar de manera particular. Esta habilidad nos permite inferir lo que otros están pensando, comprendiendo, sintiendo e interpretando cada día.

La teoría de la mente (ToM) en la adolescencia implica varios aspectos confusos del crecimiento cognitivo y social. A lo largo de su vida, los jóvenes desarrollan habilidades complejas debido a la maduración del sistema cerebral que facilitan la capacidad de

mentalizar, es decir, comprender el estado mental de otras personas. Esto permite a los adolescentes logren una interpretación más sofisticada de las personalidades y estados psicológicos de los demás.

También desarrollan una mejor comprensión de las creencias gracias a las intenciones con otras personas, conociendo las diferencias a los suyos. Esta capacidad les ayuda a interpretar los sentimientos y motivos de los demás incluso cuando no están directamente observables. La mejora en la cognición social durante la adolescencia también se refleja en una mayor habilidad para mentir y formular argumentos en términos entendibles por otros con diferentes opiniones.

Durante esta etapa de vida, la Teoría de la Mente se caracteriza por fomentar relaciones interpersonales saludables y disminuir el peligro de enfermedades psicológicas adversas, ya que nos brinda la oportunidad de identificar las habilidades cognoscitivas para desarrollar las aptitudes sociales y la aceptación de la diversidad individual. Ampliando la explicación, esta nueva corriente teórica ha permitido entender que los adolescentes mejoran en la toma de perspectiva desde el punto de vista de otros, especialmente de aquellos de su misma edad, lo cual afecta la comunicación y la dinámica en sus relaciones. Esto puede llevar a interacciones mejoradas con padres y figuras de autoridad, ya que los adolescentes son capaces de entender mejor y desafiar, si desean, las perspectivas adultas (Wade et al., 2018).

Se desarrollan habilidades que le permite ponerse en el lugar de los demás, imaginando lo que piensan, sienten, quieren o pretenden, y anticipando cómo se comportarán en función de su

estado mental. Predisponiendo el desarrollo de las funciones ejecutivas, la capacidad de inhibir impulsos, cambiar de estrategia o planificar acciones, desarrollar su identidad y la autoconciencia. Los adolescentes pueden atribuir estados mentales tanto de forma explícita, como de forma implícita, cuando los infieren de forma automática o intuitiva. También pueden representar estados mentales de mayor complejidad, como los de segundo orden, cuando genera pensamientos hipotéticos de las personas suponiendo los pensamientos que una tercera persona piensa en contexto afirmativo o de manera contradictorio o falso correspondiente con la verdad o con la realidad (Tse, 2025).

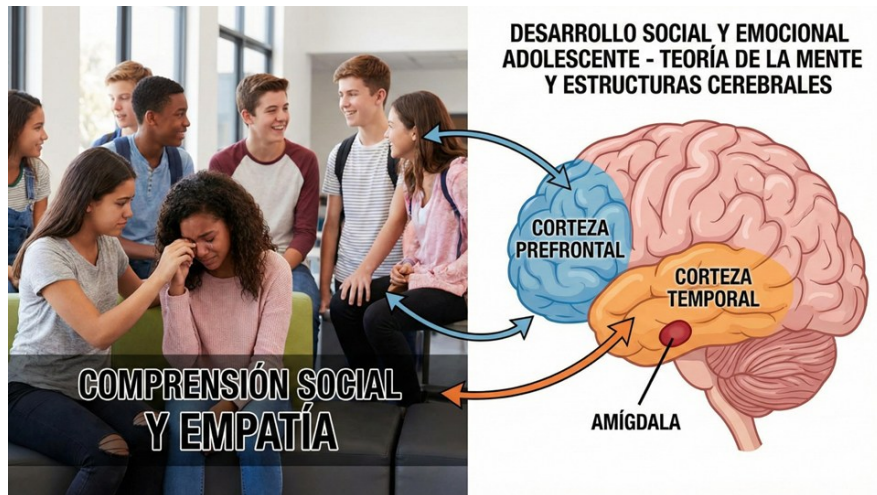
La ToM se vuelve más sofisticada y refinada, lo que posibilita a los adolescentes interactuar de forma más efectiva y satisfactoria con los demás. Porque son capaces de atribuir estados mentales más complejos y sutiles, como las creencias erróneas, las intenciones encubiertas, las emociones ambivalentes o los dobles sentidos. También son capaces de adoptar múltiples perspectivas, considerando la diversidad de opiniones, valores o intereses de los demás.

Asimismo, desarrollan una mayor comprensión de las normas sociales, las convenciones culturales o las expectativas grupales, que influyen en el comportamiento y la comunicación de las personas (Figura 18). Finalmente, incrementan su capacidad de empatizar con otras personas, expresando y regulando sus propias emociones, reconociendo y respondiendo a las emociones ajenas. Estos progresos se deben al desarrollo de las estructuras cerebrales que intervienen en la teoría de la mente, como la corteza prefrontal, la corteza temporal o la amígdala. Además, la experiencia social los expone a situaciones variadas y desafiantes que requieren

habilidades de razonamiento e interacción mental (Singh et al., 2021).

Figura 18

Teoría de la mente



Los procesos cognitivos relacionados con la teoría de la mente (Figura 19) son:

- La comprensión: consiste en el proceso de entender los estados mentales de los demás y sus implicaciones para el comportamiento, las emociones o las relaciones. Por ejemplo, si conocemos que alguien tiene fobia a las alturas, podemos comprender por qué rehúye subir a una montaña rusa.
- La atribución: es el proceso de inferir los estados mentales de los demás a partir de sus acciones, expresiones, gestos o situaciones. Por ejemplo, si vemos a alguien sonreír, podemos atribuirle que está contento o satisfecho.

- La perspectiva: es el proceso de adoptar el punto de vista de los demás, considerando su conocimiento, sus creencias, sus deseos o sus intenciones. Por ejemplo, si sabemos que alguien no ha visto una película, podemos evitar contarle el final para no estropearle la sorpresa.
- Creencia falsa: se refiere a la capacidad de comprender que las personas pueden tener creencias erróneas basadas en información incorrecta o incompleta. La comprensión de las creencias falsas es un hito importante en el desarrollo cognitivo de los niños.
- Intencionalidad: implica reconocer que los individuos tienen intenciones y que sus acciones están motivadas por esas intenciones. Esto incluye comprender que las personas actúan con un propósito y que su comportamiento puede ser influenciado por sus deseos y creencias.
- La predicción: es el proceso de anticipar el comportamiento de los demás en función de sus estados mentales y de las posibles consecuencias de sus acciones. Por ejemplo, si pensamos que alguien tiene miedo de las alturas, podemos predecir que no querrá subir a una montaña rusa.
- La explicación: es el proceso de dar cuenta de las acciones de los demás en base a sus estados mentales y a las causas o motivos que los generan. Por ejemplo, si alguien nos dice que no quiere ir al cine, podemos explicar su decisión por su falta de interés, su cansancio o su preferencia por otra actividad.
- Conocimiento mental: se refiere a la capacidad de comprender que las personas tienen diferentes conocimientos y estados mentales, como opiniones, deseos, emociones y pensamientos.

Esto implica reconocer que las personas pueden tener información personal que no es accesible para los demás.

- La empatía: la capacidad de comprender y compartir las emociones de los demás; consiste en el proceso de compartir y responder a los estados mentales de los demás, experimentando lo que ellos sienten o mostrando apoyo, afecto o consuelo. Por ejemplo, si observamos que alguien está apenado, podemos sentir pesar o intentar alentarle o confortarle (Pérez-Zapata et al., 2019; Schurz et al., 2020).

Figura 19

Procesos Cognitivos en la ToM



En la actualidad, las habilidades teóricas de la mente se han considerado principalmente como la relación de las creencias y deseos personales en interacción. Se explica la dinámica de la cognición social, proceso de comunicación, empatía y cooperación con los demás (Sodian et al., 2020). Esta capacidad de atribuir

pensamientos, emociones, intenciones de comprender a la otra persona y entidades que pueden ser distintas a las propias dando paso a la metacognición, regulando nuestro aprendizaje, nuestro razonamiento y nuestra resolución de problemas, así como la evolución de nuestras fortalezas y debilidades (López-Pérez et al., 2021). También se desarrollan una mayor comprensión de la diversidad y la variabilidad de los estados mentales, lo que les permite reconocer y aceptar las diferencias individuales y culturales (Urquijo et al., 2017).

La ToM aplicada al desarrollo de habilidades cognitivas del adolescente no es uniforme ni fija, sino que depende de las circunstancias, las demandas, el ámbito y el interlocutor. Además, hay diferencias individuales en el grado de desarrollo y el desempeño de la teoría de la mente, que pueden estar determinadas por factores biológicos, como el sexo, la edad o la genética, y por factores ambientales, como la educación, la familia o las relaciones sociales. Estas diferencias individuales pueden tener consecuencias para el bienestar psicológico, el rendimiento académico y la competencia social de los adolescentes. No obstante, los descubrimientos indican que puede haber una forma de ToM que surja antes de que los niños puedan describir las representaciones que impulsan los comportamientos de los demás. Los infantes pueden anticipar las conductas de los individuos con los que interactúan en función de sus intenciones, antes de que puedan expresarlas, empleando alguna forma de ToM implícita (Rivero-Contreras, 2023).

Memoria y lenguaje en la etapa de desarrollo del adolescente

La memoria y el lenguaje son dos aptitudes cognitivas primordiales para el aprendizaje y la comunicación, que se desarrollan de manera notable durante la adolescencia. La memoria es la capacidad de codificar, almacenar y recuperar la información que hemos adquirido a través de la experiencia. La clasifica en diferentes tipos, según el contenido, duración y proceso que intervienen (Seok & Cheong, 2020; Asseconi et al., 2021). Por ejemplo, la memoria sensorial es la que registra brevemente los estímulos que percibimos por los sentidos, la memoria a corto plazo es la que mantiene temporalmente la información que necesitamos para realizar una tarea; la memoria a largo plazo es la que conserva de forma permanente la información relevante o significativa; la memoria de trabajo es la que manipula activamente la información que tenemos en la memoria a corto plazo, integrándola con la que tenemos en la memoria a largo plazo.

Durante la adolescencia, la memoria mejora tanto en cantidad como en calidad, es decir, los adolescentes son capaces de recordar más información y de hacerlo de forma más eficiente. Esto se debe al desarrollo de las estructuras cerebrales que participan en la memoria, como el hipocampo, el tálamo o la corteza prefrontal. También influye el uso de estrategias mnemotécnicas, como la repetición, la organización, la elaboración, la asociación, la visualización y la recuperación, que facilitan el recuerdo de la información (Alpini, 2019, p. 72). Estas estrategias permiten codificar la información de forma más profunda, más coherente y personalizada, lo que aumenta las posibilidades de acceder a ella cuando sea necesario mediante el lenguaje (Sullivan et al., 2022).

El lenguaje es la capacidad de producir y comprender signos verbales o no verbales, que representan conceptos, ideas, emociones o acciones. Y se puede expresar de forma oral, escrita, gestual o pictórica, siguiendo las reglas sintácticas, semánticas y pragmáticas, que determinan la forma, el significado y el uso adecuado de los signos (Osintseva, 2019). Ampliando su vocabulario, gramática y su ortografía, lo que les permite producir y comprender textos más elaborados, precisos y variados. Y por medio de la práctica del entorno educativo, se logra un mayor dominio de los aspectos semánticos y pragmáticos del lenguaje, lo que les permite comprender e interpretar textos más abstractos, ambiguos o irónicos, así como adaptar su discurso al contexto y al interlocutor (De Vega, 2021). En el nivel de la forma, los adolescentes amplían su vocabulario, su gramática y su ortografía, lo que les permite producir y comprender textos más elaborados, precisos y variados.

En el nivel del contenido, los adolescentes adquieren un mayor dominio de los aspectos semánticos y pragmáticos del lenguaje, lo que les permite comprender e interpretar textos más abstractos, ambiguos o irónicos, así como adaptar su discurso al contexto y al interlocutor. Estos avances se deben al desarrollo de las estructuras cerebrales que participan en el lenguaje, como el área de Broca, el área de Wernicke o el cuerpo calloso. También influyen la exposición a fuentes diversas y ricas de lenguaje, como la lectura, la escritura, el cine, la música o la conversación (De Dios, 2022).

Competencia intelectual

Las habilidades que se van adquiriendo durante nuestro crecimiento personal nos permiten procesar, aplicar y crear conocimientos para resolver problemas de diversa índole a lo largo de la vida, pero es especial la evolución en la etapa de la adolescencia. Esto se debe al desarrollo neuropsicológico que ocurre en este período, el cual implica cambios estructurales y funcionales en el cerebro. Como se ha mencionado, la maduración de la corteza prefrontal posibilita un progreso significativo en las capacidades intelectuales. Además, aumenta la velocidad de procesamiento cognitivo, lo que permite a los adolescentes realizar tareas con mayor rapidez y eficiencia. Esta mejora en la velocidad de procesamiento está ligada a cambios en la mielinización de las vías neuronales, que ayudan a transmitir la información de forma más eficiente en el cerebro para pensar de manera abstracta y resolver problemas más complejos (Braams & Krabbendam, 2022).

Entre los 15 y los 18 años, el cerebro del adolescente continúa madurando, especialmente en las regiones frontales, parietales y temporales, que están relacionadas con funciones ejecutivas, memoria, lenguaje y razonamiento (Tervo-Clemmens et al., 2023). Estas regiones se encargan de integrar y coordinar la información proveniente de otras áreas cerebrales, lo que permite un funcionamiento cognitivo más complejo y flexible. Asimismo, el cerebro del adolescente sufre un proceso de poda sináptica, que consiste en la eliminación selectiva de las conexiones neuronales que son menos usadas o redundantes, y el fortalecimiento de las que son más relevantes o eficaces. Otro aspecto fundamental en el desarrollo de las capacidades intelectuales en los adolescentes es la expansión de la memoria de trabajo, que se refiere a la capacidad

para mantener y manipular información en la mente a corto plazo (J. Zhu et al., 2024).

Estos cambios tienen un impacto positivo en el desarrollo de las capacidades intelectuales de los adolescentes, que se manifiesta en diferentes aspectos. Por ejemplo, mejoran su atención, que es la capacidad de seleccionar y mantener el foco en la información relevante, e ignorar la irrelevante o distractora. También mejoran su memoria, amplían su capacidad de memoria a corto plazo y su capacidad de memoria a largo plazo. Se mejora su memoria episódica, que es la que permite recordar eventos personales vividos en un contexto espaciotemporal determinado, y su memoria semántica, que es la que permite recordar conceptos, hechos o significados generales. Los adolescentes también mejoran su capacidad de memoria de trabajo, que es la que permite manipular y transformar la información en línea, y que es fundamental para el razonamiento en la solución de problemas (Benda et al., 2024).

El progreso de las funciones ejecutivas, que son aptitudes que le permiten al adolescente planificar, organizar, controlar, regular y evaluar su propia conducta, de acuerdo con los objetivos y las normas sociales (Ahmed, 2023). Las funciones intelectuales incluyen aspectos como la inhibición, que es la capacidad de suprimir impulsos o respuestas automáticas inadecuadas; la flexibilidad, que es la capacidad de cambiar de estrategia o de perspectiva ante situaciones nuevas o cambiantes; la actualización, que es la capacidad de incorporar y descartar información relevante en la memoria de trabajo; el razonamiento, que es la capacidad de deducir o inferir conclusiones a partir de premisas o evidencias: la resolución de problemas, que es la capacidad de generar y aplicar soluciones eficaces ante situaciones desafiantes; y la toma de

decisiones, que es la capacidad de elegir la mejor opción entre varias alternativas, considerando las consecuencias a corto y largo plazo.

Todas estas habilidades activadas en la adolescencia se traducen en la actividad práctica medible como es el pensamiento, capacidad de manipular mentalmente la información, siguiendo reglas lógicas o creativas. Se desarrollan los pensamientos formales, que es el que les permite razonar de forma abstracta, hipotética y sistemática, sin depender de la experiencia concreta. Se desarrollan los pensamientos creativos, que son los que les permiten generar ideas originales, novedosas y útiles, rompiendo con los esquemas convencionales. Y finalmente se desarrollan los pensamientos críticos, que es el que les permite analizar, evaluar y juzgar la información de forma objetiva, rigurosa y fundamentada, evitando prejuicios o distorsiones.

De esta manera, el despliegue de las funciones ejecutivas y la consolidación del pensamiento crítico no deben interpretarse únicamente como la adquisición de herramientas para la resolución de problemas en la vida cotidiana. Al disponer de una maquinaria intelectual capaz de abstraer, juzgar y proyectar escenarios hipotéticos, el sujeto inevitablemente redirige esa potencia analítica hacia su propia interioridad, transformando la cognición fría en una experiencia vivencial de autodescubrimiento. Es en este preciso punto de inflexión donde las habilidades cognitivas dejan de ser meros instrumentos de adaptación al medio externo para convertirse en los cimientos de una estructura superior.

CAPÍTULO IV

CONCIENCIA

La capacidad de reflexionar sobre el propio pensamiento permite al adolescente no solo resolver problemas externos, sino cuestionar su mundo interno, integrando emociones, intenciones y perspectivas ajenas en una narrativa coherente del yo. Así, las redes neuronales refinadas por la poda sináptica y la mielinización prefrontal evolucionan de herramientas instrumentales a catalizadores de autoconocimiento, preparando el terreno para explorar cómo esta maduración cognitiva da paso a la conciencia plena —ese proceso de percibirse a sí mismo y al entorno con profundidad ontológica.

La toma de conciencia emerge precisamente en esta encrucijada neurocognitiva, donde las habilidades cognitivas y funciones ejecutivas (Capítulo 3) dejan de ser mera eficiencia operativa para convertirse en el núcleo de la identidad adolescente. Como proceso dinámico, la conciencia integra la plasticidad cerebral —destacada en la maduración prefrontal y la ToM— con cambios psicosociales, permitiendo al joven reconocerse como agente autónomo: percibiendo sus rasgos, valores y motivaciones en diálogo con el mundo sociocultural. En la adolescencia, esta toma de conciencia no es pasiva, sino activa y transformadora,

impulsada por la reestructuración de la personalidad que cuestiona roles heredados y forja un "yo" integrado, explorando subsecciones como el desarrollo de la personalidad, el dogma de la identidad y la conciencia.

De manera inicial, se puede decir que el concepto de toma de conciencia es el proceso que le permite a una persona percibirse a sí misma y al mundo que le rodea, reconociendo sus propias características, sentimientos, pensamientos, motivaciones y valores. Es un aspecto clave del desarrollo humano, que se va construyendo a lo largo de la vida, pero que tiene una especial importancia en la etapa de la adolescencia. Enfatizando el período de transición entre la infancia y la edad adulta, se producen significativos cambios físicos, psicológicos y sociales en el adolescente. Se producen importantes cambios en el cerebro que influyen en el desarrollo de las capacidades intelectuales. Desde el punto de vista neuropsicológico, este período se caracteriza por la plasticidad cerebral, lo que significa que el cerebro sigue siendo maleable y está en constante desarrollo.

Estos cambios implican una reestructuración de la personalidad, que supone la necesidad de definir quién es uno mismo, qué desea y qué espera de la vida. La toma de conciencia es un factor fundamental para facilitar este proceso de autoconocimiento y autodefinición. El adolescente reconoce su propia identidad, es decir, el conjunto de rasgos, valores, creencias, actitudes, intereses y preferencias que lo diferencian de las demás personas.

La identidad se va conformando a través de la interacción con el entorno, especialmente con los grupos de referencia, como la

familia, los amigos, la escuela o la cultura. Y con frecuencia, en esa exploración y experimentación, el adolescente cuestiona o prueba diferentes roles e identidades, buscando aquellas que se ajusten mejor al sentido de sí mismo. Es en este momento cuando inicia la identificación el yo, es decir, la representación mental que tiene de sí mismo, y que incluye aspectos como la autoimagen, la autoestima, el autoconcepto y la autoeficacia (Lippi et al., 2024).

La toma de conciencia es un proceso esencial para el desarrollo de la personalidad, la identidad, el yo y la moral en los adolescentes. Porque implica un mayor conocimiento, comprensión, aceptación y valoración de uno mismo, así como una mayor capacidad para tomar decisiones, asumir responsabilidades y actuar de forma ética. El desarrollo moral del adolescente implica la capacidad de distinguir entre lo correcto y lo incorrecto, basándose en principios éticos, ya que le permite reflexionar sobre sus propios valores, juicios y acciones, así como sobre las consecuencias de estos para sí mismo y para los demás. Aunque en definitiva es un desafío para el adolescente, es también una oportunidad, para el crecimiento personal y social, favoreciendo al desarrollo de la empatía, la solidaridad, la justicia y el respeto, que son virtudes fundamentales para la convivencia social (Baquedano Jer, 2025).

Desarrollo de la personalidad

La personalidad es el conjunto de rasgos psicológicos y conductuales que caracterizan a una persona y la hacen única e irrepetible. Durante la adolescencia, la personalidad sufre importantes cambios, debido a la influencia de factores biológicos, psicológicos y sociales. La exploración de la personalidad se integra a través de diversos procesos y factores que influyen en su desarrollo

como el temperamento, carácter, rasgos, tipos de conductas y actitudes.

En esta etapa implica la búsqueda de su propia individualidad, intereses, valores, habilidades y metas en la vida en la configuración de su identidad y a descubrir quiénes son a pesar de la influencia del entorno social y cultural que pueden recibir por medio de sus familias, amigos, escuelas y medios de comunicación. Es a través de la interacción con otros, que los adolescentes pueden explorar y experimentar diferencias, logrando una mayor comprensión de sí mismos (Zeine et al., 2024).

Es importante destacar que esta exploración de la personalidad en los adolescentes puede ser un proceso difícil. Es común que se produzcan conflictos internos entre las expectativas de los demás y las propias. Estos conflictos pueden surgir debido a las presiones sociales, culturales y familiares que se imponen sobre los adolescentes y la necesidad de estos de definir y expresar su identidad propia. Estas expectativas pueden incluir aspectos como el desempeño académico, las metas profesionales, las elecciones de carrera, las normas y valores culturales, las relaciones interpersonales, entre otros. Sin embargo, estas no siempre pueden estar alineadas con los intereses, valores y aspiraciones personales del adolescente (Avivar-Cáceres et al., 2021).

De manera concreta, el concepto de personalidad aplicada en la etapa de la adolescencia se deberá revisar en diferentes perspectivas psicológicas (Ver figura 20):

- Patrones Sistemáticos, singulares de pensamiento, emoción y conducta: La personalidad se refiere a los patrones únicos y consistentes que caracterizan la manera de pensar, sentir y actuar

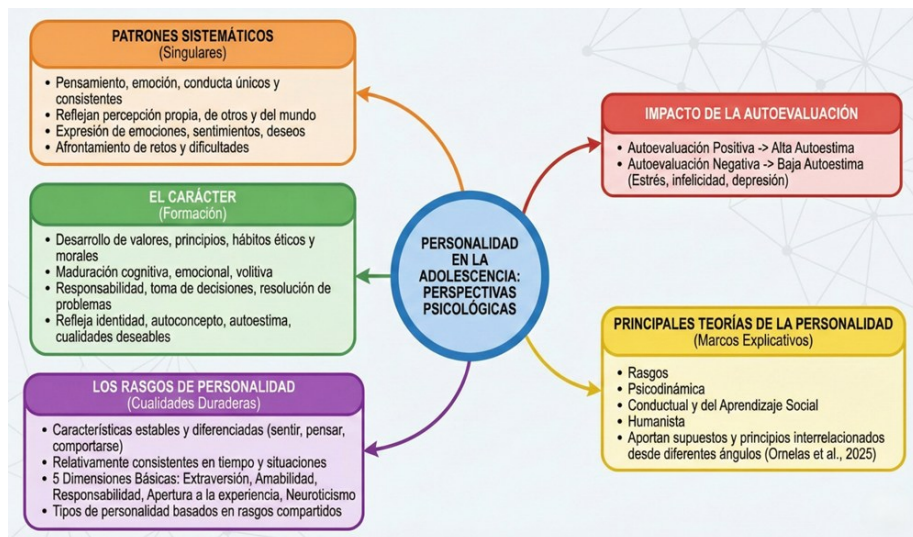
de un individuo. Estos patrones reflejan la forma en que el adolescente se percibe a sí mismo, a los demás y al mundo que le rodea, así como la manera en que expresa sus emociones, sentimientos y deseos, y cómo afronta los retos y dificultades que se le presentan.

- **El Carácter:** La formación del carácter en la definición de la personalidad del adolescente implica el desarrollo de valores, principios y hábitos que orientan su conducta ética y moral. El carácter también depende de la maduración cognitiva, emocional y volitiva del adolescente, así como de su capacidad para asumir responsabilidades, tomar decisiones y resolver problemas. El carácter es una dimensión fundamental de la personalidad, ya que refleja la identidad, el autoconcepto, la autoestima del individuo y la representación de la posesión de cualidades deseables por parte de una persona.
- **Los Rasgos de Personalidad:** son las cualidades personales duraderas que se infieren a través de la conducta del individuo, y que permiten agrupar a las personas en tipos de personalidad con base en los rasgos compartidos. La teoría de los rasgos de personalidad sostiene que la personalidad del adolescente se conforma por un conjunto de características estables y diferenciadas que determinan su forma de sentir, pensar y comportarse. Estos rasgos son relativamente duraderos y consistentes a lo largo del tiempo y las situaciones. Las teorías de los rasgos proponen que existen cinco dimensiones básicas de la personalidad: extraversión, amabilidad, responsabilidad, apertura a la experiencia y neuroticismo. Cada dimensión abarca una serie de rasgos específicos que describen el perfil de personalidad del individuo. La combinación de estos rasgos genera una amplia variedad de tipos de personalidad, con diferentes grados de adaptación y bienestar psicológico.

- El Impacto de la Autoevaluación: Una autoevaluación positiva se asocia con una alta autoestima. Por otro lado, una baja autoestima está relacionada con el estrés, la infelicidad y la depresión, lo que influye en la personalidad de una persona.
- Principales Teorías de la Personalidad: Existen cuatro teorías principales de rasgos, psicodinámica, conductual y del aprendizaje social, y humanista, cada una aportando supuestos, ideas y principios interrelacionados para explicar la personalidad desde diferentes ángulos (Ornelas et al., 2025).

Figura 20

Desarrollo de la personalidad en Adolescentes



Estos pilares muestran la complejidad de la personalidad de una persona, resaltando que es un concepto que tiene muchas facetas. Está influenciada tanto por rasgos que son propios y estables, como por la forma en que uno se ve a sí mismo y sus relaciones con el entorno.

Dogma de la identidad

El reconocimiento de la identidad es el proceso por el cual las personas adquieren una conciencia y una comprensión de su propio rasgo individual, social y cultural. Definiendo la identidad como el conjunto de características, valores, creencias, actitudes, roles y comportamientos que conforman la individualidad de cada persona y la distinguen de los demás (Sawatsky & Monrouxe, 2023). Constructo dinámico y multidimensional que se desarrolla a lo largo de la vida y se ve influenciado por diversos factores, como la biología, la genética, la familia, los amigos, la cultura, la educación, la religión, la profesión y las experiencias vitales.

El conflicto interno se produce en el momento en que el adolescente experimenta presiones para adaptarse y cumplir con las expectativas de los demás, no obstante, también tiene la obligación de descubrir y expresar su propia identidad y objetivos individuales. Esta tensión puede provocar confusiones, inseguridades y dudas en cuanto a la identidad personal y el sentido de pertenencia. El enfrentamiento entre las expectativas de los demás y las propias puede impulsar al adolescente a cuestionar su autenticidad y a experimentar una falta de control sobre su propia existencia. Experimentando emociones de frustración, estrés y ansiedad, debido a que se ven obligados a tomar decisiones bajo una influencia externa que puede no estar en concordancia con sus verdaderos deseos y necesidades (Bush et al., 2004; Baumel & Constantino, 2020).

Superar estos conflictos internos requiere un proceso de reflexión, autoconocimiento y autoaceptación. Los adolescentes necesitan aprender a reconocer y valorar sus propios intereses,

habilidades, metas y valores. Aprender a establecer límites sanos y comunicar sus necesidades y deseos de manera constructiva es fundamental en la construcción de una identidad sólida y auténtica (Rivera-Ochoa et al., 2021).

La identidad constituye uno de los conceptos más relevantes y complejos en la psicología, dado que implica el estudio de la naturaleza humana, la personalidad, la cultura y la sociedad. Diferentes teorías intentan explicar cómo se desarrolla y se modifica la identidad a lo largo de la vida, especialmente en la etapa de la adolescencia, que es considerada un período crítico para la consolidación de la identidad. A continuación, se analizan los enfoques teóricos sobre la identidad:

El enfoque psicodinámico de la identidad del adolescente se basa en las ideas de Freud, pero también incorpora las contribuciones de otros autores como Anna Freud, Melanie Klein o Jacques Lacan. El adolescente pasa por la fase de la identificación con los padres y la resolución del complejo de Edipo/Electra. Esta visión dice que la identidad se crea a partir de los conflictos entre los deseos y necesidades inconscientes del ello, las reglas y exigencias morales del superyó, y las demandas y realidades del mundo exterior que representa el yo. Durante esta etapa, el adolescente busca su identidad explorando diferentes roles y adoptando características de sus modelos de identificación. El adolescente experimenta sentimientos ambivalentes hacia sus padres, que oscilan entre el amor y el odio, el deseo y la rivalidad, la admiración y el rechazo. El conflicto entre su identidad y las demandas sociales es común, pero debe resolver estas tensiones para lograr una identidad equilibrada y madura (Kufferath-Lin et al., 2020).

Este enfoque tiene algunas ventajas y limitaciones. Entre las ventajas, se puede mencionar que ofrece una visión profunda y dinámica de la identidad, que considera los aspectos inconscientes, emocionales y relacionales que intervienen en su formación. También explica los conflictos, las dudas y las crisis que atraviesa el adolescente en su búsqueda de identidad, así como los mecanismos de defensa que utiliza para protegerse. Entre las limitaciones, se puede mencionar que se apoya en ideas abstractas y difíciles de comprobar, que se enfoca en los aspectos negativos y problemáticos de la adolescencia, y que no considera la diversidad cultural y social que afecta la identidad de los adolescentes.

El enfoque sociocognitivo de Henri Tajfel, que se fundamenta en la teoría del aprendizaje social de Bandura¹, pero le da mayor énfasis al papel de los procesos cognitivos y motivacionales que intervienen en la formación de la identidad. Tajfel sostiene que la identidad se basa en la pertenencia a grupos sociales que comparten ciertas características, valores y normas. La identidad social se forma mediante tres procesos: la categorización, que clasifica a las personas en grupos según sus similitudes y diferencias; la identificación, que implica adoptar las características, valores y normas del grupo al que se pertenece; y la comparación, que evalúa el propio grupo en relación con otros grupos para buscar autoestima y prestigio social (Zafar, 2024).

¹ Teoría del Aprendizaje Social de Albert Bandura. La identidad se desarrolla a través de la observación y el aprendizaje de modelos de comportamiento. Los adolescentes adoptan comportamientos e identidades basados en las experiencias y modelos de su entorno social. Y busca la aprobación o aceptación de su grupo de pares, y puede experimentar cambios en su identidad.

Las ventajas del enfoque sociocognitivo de Henri Tajfel es que reconoce la importancia de los factores sociales y culturales en la formación de la identidad, ya que considera que el individuo no es un ente aislado, sino que forma parte de grupos que le proporcionan sentido de pertenencia, reconocimiento y valoración. Se explica cómo el individuo puede tener múltiples identidades según los distintos grupos a los que pertenece, y cómo estas identidades pueden variar según el contexto y la situación, lo que refleja la complejidad y la dinámica de la identidad humana. Y cómo la identidad social puede motivar el cambio y la acción colectiva, ya que el individuo busca mejorar la posición de su grupo frente a otros grupos, y defender sus intereses y derechos (Brown, 2019).

Las posibles limitaciones previstas en el enfoque sociocognitivo de Henri Tajfel simplifican la complejidad y la diversidad de los grupos sociales, ya que los clasifican según criterios arbitrarios y superficiales, y los tratan como entidades homogéneas y estables, ignorando las diferencias y los conflictos internos que pueden existir dentro de cada grupo. Este enfoque que ignora las influencias individuales y biológicas en la identidad, ya que reduce el papel del individuo a un mero portador de las características, los valores y las normas del grupo al que pertenece, y no tiene en cuenta las preferencias, las motivaciones y las capacidades personales que pueden influir en la elección y la identificación con los grupos.

El enfoque humanista, se inspira en la filosofía existencialista de Sartre, pero le aporta una visión más optimista y positiva sobre la naturaleza humana y el potencial de crecimiento personal. Cars Rogers afirma que la identidad se deriva de la percepción y la evaluación que el individuo tiene de sí mismo. El

autoconcepto se compone de tres componentes: el yo real, que es la imagen objetiva y verificable de uno mismo; el yo ideal, que es la imagen deseada y aspiracional de uno mismo; y el yo percibido, que es la imagen subjetiva e interpretativa de uno mismo. La congruencia entre estos tres componentes genera una identidad coherente y positiva, mientras que la incongruencia produce una identidad confusa y negativa. En la actualidad, la psicología humanista promueve el respeto a la individualidad y la singularidad de cada persona, reconociendo que la identidad es un fenómeno subjetivo y autoconstruido, que depende de las experiencias, los valores y las creencias de cada individuo (Guida et al., 2024).

Mediante este enfoque se promueve el desarrollo de una identidad positiva y auténtica, basada en la aceptación y el respeto de uno mismo, y en la congruencia entre el yo real, el yo ideal y el yo percibido. Fomenta la autonomía y la responsabilidad del individuo, alentándolo a tomar sus propias decisiones y a asumir las consecuencias de sus acciones, sin depender de la aprobación o la imposición de los demás. Y estimula el potencial de crecimiento personal y social del individuo, animándolo a explorar sus capacidades, intereses y aspiraciones, y a buscar su realización y su felicidad. Algunas limitaciones que podemos encontrar en este enfoque es que se ignora la influencia de los factores sociales y culturales en la formación de la identidad, ya que se centra en el individuo como un ser aislado y autónomo, que puede crear su propia identidad sin tener en cuenta el contexto, las normas y las expectativas de la sociedad en la que vive (Ver figura 21).

Figura 21

Teorías de la Personalidad



Idealiza a la naturaleza humana y la posibilidad de lograr una identidad completa y en paz, sin tener en cuenta los problemas, conflictos y contradicciones que pueden complicar el proceso de conocerse a uno mismo, aceptarse y alcanzar su potencial. No explica cómo se produce el cambio y la evolución de la identidad a lo largo del ciclo vital, ni cómo se resuelven las crisis o los desafíos que pueden surgir en las distintas etapas del desarrollo psicosocial. Y no proporciona herramientas ni estrategias concretas para ayudar al individuo a construir su identidad, sino que se limita a ofrecer unos principios generales y abstractos que pueden resultar ambiguos o insuficientes para orientar la acción (Vignale, 2025).

El enfoque del desarrollo psicosocial, Erik Erikson (Ver figura 22), propone que la identidad se construye a través de una serie de etapas o crisis que el individuo debe resolver para alcanzar un

equilibrio entre su yo y su entorno (Corradi, 2024). Según Erikson, la adolescencia es la etapa crítica para el desarrollo de la identidad, ya que es el momento en que el individuo debe definir quién es y qué quiere ser, integrando sus diferentes roles e identificaciones. En esta etapa, el conflicto principal se relaciona con la búsqueda de identidad frente a la confusión de roles: experimentando con diferentes roles, creencias y valores, se presentan sentimientos de confusión y ambivalencia mientras se exploran diferentes opciones para imitar. Una de las ventajas del enfoque de desarrollo psicosocial radica en la presentación de una perspectiva dinámica y evolutiva de la identidad, reconociendo su carácter multidimensional y contextual (Khanal & Timilsena, 2024).

Este enfoque considera los diversos aspectos de la personalidad, tales como la autoestima, la autoimagen, el autoconcepto y los ideales, y su relación con el entorno. Este enfoque explica cómo la identidad cambia y se adapta en función de las demandas y los desafíos que plantea cada etapa del desarrollo. El enfoque de desarrollo psicosocial ayuda a entender la complejidad y diversidad de las personas, valorar su potencial para crecer y cambiar. Una de las limitaciones del enfoque de desarrollo psicosocial radica en su rigidez y determinismo al establecer etapas fijas y universales para el desarrollo de la identidad, a pesar de las divergencias individuales y culturales. Este enfoque puede reducir la identidad a roles o categorías que no reflejan la variedad de experiencias y expresiones de las personas. Por otra parte, este enfoque puede resultar poco práctico o aplicable debido a que no ofrece herramientas ni estrategias específicas para asistir a los individuos en la resolución de crisis o conflictos de identidad que puedan surgir en cada fase, sino que se fundamenta en conceptos

abstractos y generales que pueden resultar difíciles de implementar.

Figura 22

Enfoque del desarrollo psicossocial



Estas teorías muestran la importancia del reconocimiento de la identidad para el bienestar psicológico y social del adolescente. El reconocimiento de la identidad implica un proceso de autoexploración, autodefinición y autoafirmación, que permite al individuo conocerse a sí mismo, expresarse de manera auténtica y relacionarse con los demás de forma satisfactoria (Baydhowi et al., 2025). El autorreconocimiento también supone una contienda y una oportunidad de crecimiento personal, ya que implica enfrentarse a situaciones de cambio, conflicto, incertidumbre y diversidad, que pueden generar dudas, crisis y transformaciones en la forma de ser y de sentir de cada adolescente. Por ello, el reconocimiento de la identidad requiere de un apoyo y una

orientación adecuados, que faciliten el desarrollo de una identidad resiliente, flexible y adaptativa.

Conciencia del “yo”

Es en esta etapa de crisis y consolidación del yo, experimentan una serie de confusiones debido a la falta de distinción en las diferencias entre el yo real, el yo ideal y el yo social. Las personas se enfrentan a un aumento en la presión social y a la necesidad de encontrar su identidad y lugar en el mundo. La crisis al que se hace referencia es a la lucha interna y las decisiones que se enfrenta el individuo al tratar de definir su identidad y entender quién es. Esta fase implica explorar diferentes roles, valores y creencias para llegar a una comprensión más profunda de uno mismo. Por otro lado, la consolidación del yo ocurre cuando el individuo logra integrar todas estas diferentes experiencias y aspectos de su personalidad en una identidad coherente (Ver figura 23).

Figura 23

Crisis y Consolidación del yo: el desafío de la identidad



Dicho hasta aquí supone que el yo real se refiere a la percepción y la comprensión individual de uno mismo basada en sus características y experiencias personales. En la visión más íntima de quién soy yo como persona, con todas mis fortalezas, debilidades, sueños y aspiraciones. De igual modo, el yo ideal se refiere a la imagen o el modelo de persona que cada individuo aspira ser. Es la versión idealizada de sí mismo, influenciada por normas sociales, expectativas culturales y presiones externas. Durante esta etapa de desarrollo, las personas pueden sentir la necesidad de ajustar su comportamiento, apariencia o metas para cumplir con los estándares establecidos por la sociedad. Esta lucha por alcanzar el yo ideal puede generar confusión e incluso conflicto interno en cuanto a quién soy realmente y quién debería ser (Bailey & Iyengar, 2023).

Existen una serie de teorías psicológicas que explican el desarrollo del yo y la toma de conciencia en los adolescentes. Por ejemplo, la teoría psicoanalítica de Freud sostiene que el yo es el resultado de la interacción entre el ello, el superyó y la realidad, y que la adolescencia es una etapa de conflicto entre los impulsos instintivos y las normas sociales. La teoría psicosocial de Erikson propone que el yo se forma a través de la resolución de ocho crisis evolutivas, siendo la principal en la adolescencia la de la identidad frente a la confusión de roles. La teoría cognitiva de Piaget afirma que el yo se construye mediante la adaptación y la organización de las estructuras mentales, y que la adolescencia es la etapa del pensamiento formal, que permite una mayor abstracción y reflexión sobre sí mismo. La teoría humanista de Rogers plantea que el yo es la expresión de la tendencia actualizante, que busca el crecimiento y la realización personal, y que la adolescencia es un momento de búsqueda de la identidad.

Por último, el yo social se refiere a la imagen que los demás tienen de un individuo basada en su comportamiento social y las interacciones con los demás. Es la forma en la que uno es percibido por su entorno social, incluyendo amigos, familia, compañeros de trabajo, entre otros. Durante la etapa de crisis y consolidación del yo, las personas pueden experimentar una presión adicional para adaptarse a las expectativas y demandas sociales, lo cual puede dificultar aún más el proceso de autoconocimiento y la diferenciación entre el yo real, el yo ideal y el yo social.

Activación de la moralidad

En la etapa de la adolescencia, se internalizan los parámetros de reglas y normas impuestas externamente, hasta que el desarrollo moral se unifica en la adopción de principios y valores morales basados en la propia conciencia. Este proceso implica la capacidad de razonamiento de lo bueno- de lo malo, que se va perfeccionando conforme el adolescente enfrenta dilemas éticos y toma decisiones basadas en principios (Miklyaeva & Samoilov, 2025). Pero la búsqueda de la identidad moral se experimentan conflictos entre lo que se le enseña y lo que considera éticamente correcto, cuestionando y explorando las normas sociales versus las propias creencias. Los ensayos entre el cambio en sus valores y creencias morales se van alejando de una visión egocéntrica del bien y el mal hacia una comprensión más amplia y abstracta de la moralidad. Este suceso se suma para contribuir en la actitud de la empatía y de ponerse en el lugar del otro, lo que contribuye a un mayor sentido de responsabilidad y justicia (Quintal et al., 2025).

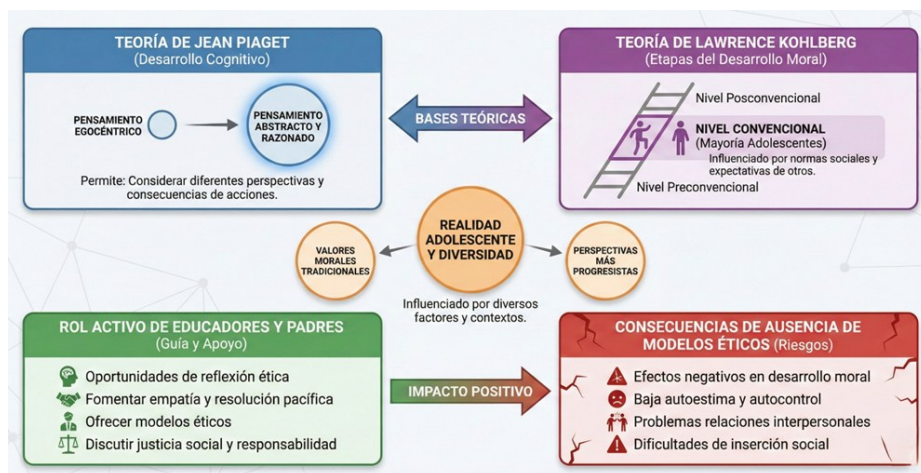
El desarrollo moral en la adolescencia generalmente se basa en las teorías propuestas por Jean Piaget y Lawrence Kohlberg.

Según Piaget, los adolescentes pasan de un pensamiento egocéntrico a un pensamiento más abstracto y razonado. Esto les permite considerar diferentes perspectivas y tener en cuenta las consecuencias de sus acciones. Por otro lado, Kohlberg sugirió una secuencia de etapas del desarrollo moral que se dividen en tres niveles: preconvencional, convencional y posconvencional. Durante la adolescencia, la mayoría de los individuos alcanzan el nivel convencional, en el cual su sentido moral está influenciado principalmente por normas sociales y expectativas de otros. Sin embargo, es importante tener en cuenta que el desarrollo moral puede verse influenciado por diversos factores; algunos pueden estar respaldados por valores morales tradicionales, mientras que otros pueden adoptar perspectivas más progresistas.

Es fundamental que los educadores y los padres jueguen un papel activo en el desarrollo moral de los adolescentes, brindándoles oportunidades para reflexionar sobre cuestiones éticas. Fomentando la empatía y la resolución pacífica de conflictos, ya que es importante ofrecer modelos de comportamiento ético y discutir activamente temas relevantes, como la justicia social y la responsabilidad individual. La ausencia de modelos de comportamientos éticos en los adolescentes puede tener efectos negativos en su desarrollo moral, su autoestima, su autocontrol, sus relaciones interpersonales y su inserción social (Peng & Hawk, 2025).

Figura 24

Desarrollo moral



Algunos de estos efectos son: falta de criterios morales propios y coherentes, que dificultan la resolución adecuada de dilemas éticos y la asunción de responsabilidades; vulnerabilidad a la influencia de grupos o individuos que promueven valores antisociales, violentos o delictivos, lo que puede conducir a conductas de riesgo, agresividad, transgresión o delincuencia; dificultad para establecer vínculos afectivos estables, respetuosos y solidarios con los demás, lo que puede generar aislamiento, rechazo, conflictos o violencia; baja autoestima, autoconfianza y autoeficacia, que pueden afectar al rendimiento académico, a la motivación, a la creatividad y a la iniciativa personal; desajuste emocional, que puede manifestarse en síntomas de ansiedad, depresión, estrés, irritabilidad o impulsividad (Martínez-Casanova et al., 2024).

Por estas razones, es vital que los educadores y los padres contribuyan al desarrollo moral de los adolescentes, ofreciéndoles

modelos de comportamiento ético, orientación, apoyo, diálogo y reconocimiento. De esta forma, se favorece el crecimiento personal, la madurez emocional, la autonomía, la identidad y la ciudadanía de los adolescentes.

De esta manera, la edificación de una autonomía ética y la consolidación de la identidad no pueden sostenerse únicamente en la abstracción de normas o en la frialdad del juicio cognitivo; requieren, inevitablemente, de un sustrato más profundo que dote de significado vital a la experiencia humana. La conciencia del "yo", que hemos analizado como una estructura capaz de juzgar y decidir, resultaría un mecanismo estéril si no estuviera irrigada por la capacidad de conmoverse, de vincularse y de resonar ante la realidad del otro (ToM). Es en este punto donde la arquitectura moral del adolescente deja de ser un esquema teórico para someterse a la prueba de fuego de la realidad latente, exigiendo una inmersión en el territorio de las pasiones y los vínculos. Así, la pregunta por el quién soy cede el paso a la exploración de cómo siento, revelando que la verdadera brújula de la conducta no reside solo en la razón, sino en la oscura y vibrante dimensión de la afectividad.

CAPÍTULO V

AFECTIVIDAD

La unificación de la conciencia, lejos de erigirse como un constructo estático o puramente intelectual, encuentra su verdadera validación ontológica en el terreno de la experiencia sensible, pues la conciencia no opera en el vacío, sino que debe navegar la tempestad neuroquímica donde la razón prefrontal intenta encauzar la urgencia dopaminérgica y la vinculación oxitocínica. Es en esta dialéctica entre el deber ser y el sentir donde la realidad sociocultural impone sus tensiones, revelando que la conciencia, sin el matiz de la afectividad, carecería de anclaje en el mundo vital; bajo esta óptica, la afectividad se desvela no como un mero epifenómeno de la cognición, sino como la encarnación fenomenológica del sujeto. Al adentrarnos en este dominio, observamos cómo la capacidad discriminativa del cerebro adolescente se ve obligada a procesar cargas emocionales intensas y moduladas por sustratos serotoninérgicos que, al entrar en fricción con las exigencias del entorno, determinan si el individuo transita hacia la resiliencia o sucumbe ante la vulnerabilidad de las distorsiones afectivas.

La afectividad es el conjunto de emociones, sentimientos y estados de ánimo que experimenta una persona en relación con su entorno, consigo misma y con los demás. Es una dimensión básica de la personalidad y del desarrollo humano, que influye en el bienestar psicológico, la salud mental, la autoestima, las relaciones sociales y el aprendizaje. Desde la perspectiva de la neurociencia, el desarrollo afectivo de los adolescentes se puede explicar a partir de los cambios que ocurren en el sistema nervioso central durante esta etapa de la vida.

El cerebro de los adolescentes se encuentra en un proceso de maduración y reorganización que afecta tanto a la estructura como a la función de sus componentes. Estos cambios no se producen de forma homogénea ni simultánea en todas las áreas del cerebro, sino que siguen un patrón secuencial que va desde las más primitivas y relacionadas con las funciones básicas, como el tronco encefálico o el cerebelo, hasta las más evolucionadas y relacionadas con las funciones complejas, como el córtex prefrontal o los lóbulos temporales (Pöpplau & Hanganu-Opatz, 2024).

En consecuencia, algunas partes del cerebro maduran antes que otras, lo que genera un desequilibrio entre las distintas funciones psicológicas y entre los distintos componentes del sistema afectivo. El sistema afectivo se compone de tres elementos: el sistema límbico, el sistema de activación reticular y el córtex prefrontal. El sistema límbico es el encargado de generar, regular y expresar las emociones, así como de integrarlas con la memoria y el aprendizaje. El sistema de activación reticular es el responsable de controlar los niveles de alerta, atención y motivación, así como de modular la respuesta al estrés y al peligro. El córtex prefrontal es el encargado de planificar, razonar, tomar decisiones y evaluar las consecuencias

de las acciones, así como de inhibir los impulsos y moderar los comportamientos sociales (Simonov, 2022).

En la edad de 13 a 18 años, el sistema límbico y el sistema de activación reticular se desarrollan antes que el córtex prefrontal, lo que hace que los adolescentes sean más sensibles a los estímulos emocionales, más propensos a buscar sensaciones y recompensas, más vulnerables al estrés y la ansiedad, y más reactivos a las frustraciones y conflictos (Meredith & Silvers, 2024). Al mismo tiempo, el córtex prefrontal aún no está lo suficientemente maduro como para regular de forma eficaz las emociones, los impulsos y los comportamientos, lo que dificulta el autocontrol, el juicio crítico, la reflexión y la anticipación de las consecuencias.

Estas características neuropsicológicas explican en gran medida las conductas y actitudes típicas de los adolescentes, como la impulsividad, la curiosidad, la rebeldía, la inestabilidad, la idealización, la intensidad, la contradicción, la influencia del grupo de iguales, etc. Sin embargo, también hay que tener en cuenta que el desarrollo afectivo de los adolescentes no depende solo de los factores biológicos, sino que está influido por los factores psicológicos, sociales y culturales que conforman su entorno y su historia personal. Por tanto, es necesario considerar al adolescente como un ser integral, que requiere de una atención holística y multidisciplinar para favorecer su bienestar y su crecimiento.

Discriminación de la sensopercepción

Uno de los aspectos más importantes del desarrollo de la afectividad en los adolescentes es la sensopercepción, es decir, la capacidad de percibir e interpretar los estímulos sensoriales que

proviene del propio cuerpo y del mundo exterior. La sensoripercepción permite a los adolescentes conocerse mejor a sí mismos, reconocer sus sensaciones, necesidades, deseos y límites, así como explorar y disfrutar de su sexualidad. También les permite captar y comprender los mensajes no verbales que transmiten los demás, como las expresiones faciales, los gestos, el tono de voz, el contacto físico, etc., que son claves para la comunicación y la empatía (Sydnor et al., 2023).

El adolescente se va adaptando a la versatilidad del cerebro en la recepción e integración de la información sensorial. Distinguiendo la profunda estructura y un elevado potencial de adaptación, lo que le permite regular y adquirir conocimientos de manera rápida y eficiente. Sin embargo, también presenta una serie de desequilibrios y vulnerabilidades, debido al desarrollo asincrónico de sus diferentes regiones y sistemas. Es decir, en el sistema límbico, vinculado con las emociones, motivaciones y recompensas, experimenta una evolución antes que el córtex prefrontal, que se encuentra vinculado con el control ejecutivo, el razonamiento y la toma de decisiones. Resultando en una mayor impulsividad, sensibilidad y capacidad para buscar estímulos novedosos y gratificantes, sin tener en cuenta las consecuencias de sus acciones.

Por otro lado, el cerebelo, que se encuentra vinculado con la coordinación motora, el equilibrio y el aprendizaje, experimenta un incremento significativo durante la infancia, lo cual posibilita el desarrollo de habilidades físicas y cognitivas (D'Andrea et al., 2023). Ayuda al adolescente a controlar sus movimientos, a efectuar actividades complejas que requieren precisión y destreza, y a adquirir nuevos conocimientos y capacidades. Asimismo, el tálamo

es el encargado de filtrar y regular la información sensorial que llega al cerebro desde los diferentes órganos sensoriales (vista, oído, olfato, gusto y tacto). Selecciona la información relevante y la envía al córtex cerebral, donde se procesa e interpreta. También participa en la atención, la memoria y el sueño, permitiendo al adolescente atender y recordar los estímulos sensoriales, así como integrarlos con sus experiencias previas y sus emociones (Benoit et al., 2022).

Se puede analizar la relación bidireccional entre el desarrollo afectivo de un individuo y su capacidad de percepción sensorial. Argumentando que un mayor desarrollo afectivo, caracterizado por una mayor autoconciencia y una regulación emocional más efectiva, puede influir en la sensopercepción de una persona. Por ejemplo, individuos con una mayor inteligencia emocional podrían ser más sensibles y receptivos a las señales sensoriales que les rodean, lo que a su vez podría influir en su interpretación y procesamiento de la información sensorial. Por otro lado, también se podría plantear que la sensopercepción de un individuo influye en su desarrollo afectivo.

Por ejemplo, la sensibilidad sensorial de una persona puede afectar cómo percibe y responde a estímulos emocionales, lo que a su vez podría influir en la forma en que se desarrollan y expresan sus emociones. La sensopercepción se convierte así en una fuente de aprendizaje y de construcción de la identidad y la afectividad de los adolescentes, que deben integrar la información sensorial con sus conocimientos previos, sus valores, sus creencias y sus expectativas. Para ello, es fundamental que cuenten con un entorno seguro, estimulante y afectivo, que les ofrezca oportunidades de exploración, de expresión y de interacción, y que respete y apoye su singularidad y su diversidad (Towner et al., 2023).

Efectos de los Sentimientos

En la detección de los sentimientos, facilita a los adolescentes la comprensión de sus propias reacciones, motivaciones y comportamientos, así como la de los demás. También les ayuda a regular sus emociones, expresándolas de forma adecuada y adaptativa, sin reprimirlas ni exagerarlas. Además, les permite desarrollar habilidades socioemocionales, como la asertividad, la cooperación, la resolución de conflictos, la tolerancia, el respeto, etc., que son esenciales para establecer vínculos afectivos sanos y duraderos. Esta identificación es un proceso cognitivo y afectivo que implica el reconocimiento, la etiquetación y la diferenciación de las emociones propias y ajenas. El sumario de cambios físicos, emocionales y sociales afecta a las nuevas demandas y desafíos para el desarrollo de la afectividad (Llamas-Díaz et al., 2022).

Los cambios físicos, como el crecimiento corporal, la maduración sexual y las alteraciones hormonales, provocan una mayor sensibilidad e intensidad emocional, así como una mayor conciencia y curiosidad por la propia sexualidad. Los cambios emocionales, como el aumento de la autoestima, la búsqueda de la identidad y la autonomía, y el desarrollo del pensamiento abstracto y crítico, implican una mayor complejidad y variabilidad de las emociones, así como una mayor capacidad de reflexión y autoconocimiento. Los cambios sociales, como el mayor protagonismo del grupo de pares, la redefinición de los roles familiares y la incorporación progresiva al mundo adulto, suponen una mayor exposición y adaptación a diferentes contextos y situaciones, así como una mayor influencia y presión de las normas y expectativas sociales.

La mudanza psicoafectiva dificulta la identificación de los sentimientos en los adolescentes, ya que pueden generar confusión, ambivalencia, inseguridad, ansiedad, estrés, frustración, culpa, vergüenza, ira, tristeza, etc. Causando muchas dificultades para nombrar y diferenciar sus emociones, así como para entender las causas y consecuencias de estas (Salguero et al., 2011; Said et al., 2020). También interfieren en la comunicación efectiva debido a los problemas para expresar sus emociones de forma adecuada, ya sea por falta de habilidades comunicativas, por temor al rechazo o al conflicto, o por desconocimiento de las normas sociales. Estos obstáculos afectan negativamente al bienestar psicológico de los adolescentes, así como a la calidad de sus relaciones interpersonales. Por ello, es importante que los adolescentes reciban apoyo y orientación de sus padres, educadores y profesionales de la salud, para favorecer el desarrollo de su competencia emocional y su afectividad.

Dominio de las emociones

La regulación emocional es el proceso por el cual las personas modulan la intensidad, la duración y la expresión de sus emociones, en función de sus objetivos, valores y normas sociales. Implica tanto el control de las emociones negativas, como el fomento de las emociones positivas. Esta nueva habilidad en los adolescentes se aprende y se perfecciona a lo largo de la vida, y nuevamente su variabilidad depende de factores biológicos, psicológicos, cognitivos, sociales y culturales. Existen diferentes teorías y modelos que explican cómo se regulan las emociones, desde perspectivas neurocientíficas, evolutivas, cognitivas, conductuales, motivacionales y relacionales (Roelofs et al., 2023).

De inicio se encuentra el modelo de proceso de Gross, que distingue entre estrategias de regulación antecedentes, que se aplican antes de que se genere la emoción, y estrategias de regulación de respuesta, que se aplican después de que se haya generado la emoción (Stanek, 2023). Según este modelo, el proceso de regulación emocional consta de cinco etapas principales:

- **Seleccionar la estrategia de regulación:** En esta etapa, las personas eligen conscientemente una estrategia para regular sus emociones. Estas estrategias pueden ser de diferentes tipos, como la supresión (intentar ocultar o inhibir la expresión de la emoción) o la reevaluación (reinterpretar la situación emocionalmente para cambiar la respuesta emocional).
- **Despliegue de la estrategia:** Una vez que se ha elegido una estrategia, se lleva a cabo mediante la implementación de procesos cognitivos y comportamentales específicos. Por ejemplo, en el caso de la supresión, una persona puede intentar controlar su expresión facial, mientras que, en el caso de la reevaluación, la persona puede intentar reinterpretar la situación para cambiar su estado emocional.
- **Monitoreo de la regulación:** Durante este paso, las personas evalúan constantemente si la estrategia de regulación elegida está funcionando y si es necesario llevar a cabo ajustes o cambios en ella. Esto implica una atención consciente a los cambios en la experiencia emocional y en los resultados de la estrategia utilizada.
- **Evaluación de los resultados:** Una vez finalizada la regulación emocional, las personas evalúan los resultados

obtenidos. Se puede evaluar si la estrategia fue efectiva para modificar la emoción y si se lograron los objetivos deseados. Esta evaluación puede influir en la elección de estrategias de regulación emocional en futuras situaciones similares.

- **Reevaluación de metas y de la situación:** En esta última etapa, las personas reflexionan sobre sus metas y la situación emocional en su conjunto, y deciden si es necesario realizar cambios en sus metas o estrategias de regulación emocional en el futuro.

El modelo de construcción de Barrett, sostiene que las emociones no son entidades fijas y predefinidas, sino que se construyen en cada momento y contexto, a partir de la integración de los datos sensoriales, las experiencias pasadas, los conceptos culturales y las predicciones cerebrales (Majeed, 2022). Según este modelo, la regulación emocional consiste en modificar cualquiera de estos elementos que intervienen en la construcción de las emociones, ya sea de forma consciente o inconsciente, voluntaria o involuntaria (Rojas-Saffie et al., 2025).

De acuerdo con este modelo, la regulación emocional en la adolescencia implica tres procesos principales:

- **Evaluación de la situación:** En esta etapa, los adolescentes evalúan la situación y los eventos que desencadenan sus emociones. Esta evaluación se basa en la interpretación y atribución que hacen sobre los estímulos ambientales y las demandas emocionales de la situación.

- **Generación de respuestas emocionales:** Una vez que los adolescentes han evaluado la situación, se genera una respuesta emocional. Esto implica la activación de procesos cognitivos y fisiológicos que contribuyen a la experiencia emocional. Estos procesos incluyen la interpretación de los estímulos, la activación de los sistemas biológicos relacionados con la emoción (por ejemplo, el sistema nervioso autónomo), y la aplicación de estrategias de regulación emocional.
- **Evaluación de las consecuencias:** Después de generar la respuesta emocional, los adolescentes evalúan las consecuencias de su experiencia y sus respuestas emocionales. Esto incluye la evaluación de las implicaciones de la emoción en su bienestar, la relación con los demás y el logro de sus metas. Esta evaluación afecta las estrategias de regulación emocional que los adolescentes pueden aplicar en situaciones futuras similares.

El modelo de sistemas dinámicos de Thelen y Smith, propone que las emociones son el resultado de la interacción entre múltiples componentes que forman un sistema complejo y autoorganizado, que cambia constantemente en función de las condiciones internas y externas (Kamangar et al., 2018). Según este modelo, la regulación emocional implica ajustar los parámetros que determinan el funcionamiento del sistema, como la activación, el umbral, la retroalimentación, la sincronización, la coherencia, etc. La regulación emocional en la adolescencia se basa en la idea de que los sistemas emocionales se desarrollan y regulan a través de la interacción entre diferentes elementos dentro del individuo y su entorno (Treur, 2021). La influencia de factores contextuales y

sociales como el entorno familiar, las relaciones con amigos y compañeros de clase, así como las experiencias escolares, pueden actuar como influencias significativas en el desarrollo y la regulación de las emociones.

Por último, El modelo de competencia emocional de Saarni, que define la regulación emocional como una habilidad que forma parte de un conjunto más amplio de competencias emocionales, que incluyen la conciencia emocional, la comprensión emocional, la expresión emocional adaptativa, la empatía, la capacidad de afrontar situaciones emocionales, etc. Según este modelo, la regulación emocional implica la capacidad de modular la intensidad, la duración y la calidad de las emociones, en función de las demandas del contexto y los objetivos personales. Este modelo se basa en una perspectiva socioconstructivista, que considera que las competencias emocionales se adquieren y se desarrollan a lo largo del tiempo a través de la interacción social y la experiencia directa (Martínez et al., 2020).

Según Saarni, existen cuatro componentes principales de la competencia emocional en la adolescencia:

- La conciencia emocional, se refiere a la capacidad de reconocer y comprender las propias emociones y las emociones de los demás. Esta competencia se vuelve especialmente relevante, ya que los adolescentes experimentan una mayor diversidad y complejidad emocional para identificar y comprender estas emociones propias y ajenas, es fundamental para una regulación emocional efectiva.

- La regulación emocional, implica la capacidad de manejar y regular las propias emociones de manera adaptativa. El adolescente se enfrenta a una serie de desafíos emocionales que requieren una respuesta adecuada y flexible. La competencia en la regulación emocional implica estrategias eficaces para manejar el estrés, controlar la impulsividad y regular las emociones negativas.
- La empatía, se refiere a la capacidad de comprender y compartir las emociones de los demás. En la adolescencia, la empatía juega un papel crucial en el desarrollo de relaciones saludables y en el establecimiento de vínculos sociales positivos.
- La competencia socioemocional implica la capacidad de utilizar las habilidades emocionales en contextos sociales y de relacionarse efectivamente con los demás. En la adolescencia, la competencia social emocional se vuelve relevante en el establecimiento y mantenimiento de amistades, relaciones amorosas y relaciones de grupo.

Distorsión de la afectividad

El desarrollo de la afectividad en los adolescentes también implica riesgos y dificultades, que pueden derivar en psicopatologías, es decir, alteraciones o trastornos que afectan al funcionamiento normal de la afectividad. Estas psicopatologías pueden manifestarse en distintos niveles, como la sensorpercepción, la identificación de los sentimientos, la regulación emocional, la expresión afectiva, la comunicación

interpersonal, la autoestima, la sexualidad, etc. (Megías-Robles et al., 2024).

Figura 25

Desarrollo Afectivo del adolescente



Algunas de las psicopatologías más comunes en la afectividad de los adolescentes son las siguientes:

- Los trastornos del estado de ánimo, que se caracterizan por cambios extremos y persistentes en el humor, que interfieren con el funcionamiento diario. Dentro de estos trastornos se encuentran la depresión, que implica un estado de tristeza, apatía, desesperanza, culpa, baja autoestima, aislamiento social, etc., y el trastorno bipolar, que implica oscilaciones entre episodios de euforia, irritabilidad, grandiosidad, impulsividad, etc., y episodios de depresión.
- Los trastornos de ansiedad, que se caracterizan por un estado de nerviosismo, preocupación, miedo, inseguridad, etc., que se

activa ante situaciones percibidas como amenazantes o estresantes, y que se acompaña de síntomas físicos, como taquicardia, sudoración, temblor, dificultad para respirar, etc. Dentro de estos trastornos se encuentran el trastorno de pánico, que implica ataques recurrentes de terror, el trastorno de ansiedad generalizada, que implica una ansiedad excesiva y crónica, el trastorno obsesivo-compulsivo, que implica pensamientos intrusivos y repetitivos, y conductas ritualizadas y compulsivas, el trastorno de estrés postraumático, que implica la reexperimentación de un evento traumático, y el trastorno de ansiedad social, que implica un miedo intenso y persistente a las situaciones sociales (Salavera & Usán, 2020).

CAPÍTULO VI

SEXUALIDAD CAUTIVA

La sexualidad se expresa a través de los pensamientos, las emociones, las fantasías, los deseos, las actitudes, los valores, las creencias, los comportamientos y las relaciones interpersonales. Se desarrolla a lo largo de toda la vida, desde la infancia hasta la vejez, y se modifica por factores internos y externos. En la adolescencia, la sexualidad adquiere una trascendencia singular, ya que se trata de una etapa de cambios físicos, psicológicos y sociales que influyen en la construcción de la identidad, la autoestima, el autoconcepto y la autonomía. Los adolescentes experimentan un aumento de las hormonas sexuales, que se traduce en el desarrollo de los caracteres sexuales primarios (órganos genitales) y secundarios (vello corporal, senos, voz, etc.), así como en la aparición de la capacidad reproductiva y el deseo sexual.

Los cambios anatómicos y fisiológicos que ocurren en la pubertad (que suele iniciarse entre los 10 y los 14 años) requieren de un proceso de adaptación y aceptación por parte de los adolescentes, que deben aprender a reconocer y valorar su nuevo cuerpo, así como a regular sus impulsos y emociones. El esquema corporal, que es la representación mental que cada persona tiene de su propio cuerpo, se modifica en esta etapa, lo que puede generar inseguridad, vergüenza, confusión o insatisfacción. Estos

sentimientos afectan la autoestima, el autorrespeto y el respeto hacia los demás, así como a la forma de relacionarse con el propio cuerpo y con el de las otras personas (Steinberg, 2019).

Los trastornos de la sexualidad son alteraciones que afectan el funcionamiento o el disfrute de la sexualidad, que pueden tener causas orgánicas, psicológicas o sociales. Los trastornos de la sexualidad pueden clasificarse en cuatro tipos:

- Trastornos del deseo sexual: Se caracterizan por una disminución o ausencia del interés o la motivación por la actividad sexual, que puede ser hipoactivo (bajo) o inhibido (nulo). Estos trastornos pueden deberse a factores hormonales, neurológicos, psiquiátricos, emocionales, relacionales, educativos o culturales.
- Trastornos de la excitación sexual: Se caracterizan por una dificultad o incapacidad para lograr o mantener la respuesta fisiológica de la excitación sexual, que se manifiesta en la lubricación vaginal en las mujeres y la erección del pene en los hombres. Estos trastornos pueden deberse a factores vasculares, neurológicos, endocrinos, farmacológicos, psicológicos o interpersonales.
- Trastornos del orgasmo: Se caracterizan por una dificultad o incapacidad para alcanzar o controlar el clímax de la respuesta sexual, que se expresa en la contracción muscular y la liberación de tensión. Estos trastornos pueden deberse a factores neurológicos, hormonales, farmacológicos, psicológicos, culturales o religiosos.

- Trastornos de la conducta sexual: Se caracterizan por una alteración en el comportamiento sexual, que puede ser compulsivo (excesivo), parafílico (desviado) o disfórico (insatisfecho). Estos trastornos pueden deberse a factores genéticos, biológicos, psicológicos, traumáticos, sociales o ambientales (Ghisileri, 2023).

Los trastornos de la sexualidad pueden afectar la calidad de vida, la salud y el bienestar de las personas, por lo que es importante buscar ayuda profesional cuando se presenten. El tratamiento de los trastornos de la sexualidad puede incluir terapias médicas, psicológicas, farmacológicas, educativas o de pareja, según el caso.

Educación de la Sexualidad

La salud sexual de las y los adolescentes en México constituye un asunto de relevancia que demanda atención e información adecuada, ya que ocupa los primeros lugares en embarazos adolescentes entre los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), con una tasa de fecundidad de 62 nacimientos por cada mil mujeres de 15 a 19 años. El 17% de los nacimientos registrados en el país corresponden a madres adolescentes. Los embarazos en adolescentes tienen consecuencias negativas para la salud, la educación, la economía y el bienestar social.

Según datos del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), la tasa de fecundidad adolescente en Tabasco fue de 64.8 nacimientos por cada mil mujeres de 15 a 19 años en el año 2019, lo

que la ubica como la quinta entidad con mayor incidencia en el país, solo superada por Coahuila, Nayarit, Zacatecas y Chihuahua. Esta cifra representa una disminución respecto al año 2015, cuando la tasa era de 87.2 nacimientos, lo que indica una tendencia a la baja en los últimos años. Sin embargo, el problema persiste y se agrava entre las adolescentes más jóvenes, ya que la tasa de fecundidad de las mujeres de 10 a 14 años en Tabasco fue de 11.6 nacimientos en el año 2019, la segunda más alta del país, después de Chihuahua (Villalobos et al., 2019; Hubert et al., 2019).

De acuerdo con las proyecciones de población del Consejo Nacional de Población (CONAPO), se espera que la tasa de fecundidad adolescente en Tabasco continúe disminuyendo hasta el año 2025, pero a un ritmo menor que el promedio nacional. Se estima que para el año 2024, la tasa de fecundidad de las mujeres de 15 a 19 años en Tabasco sea de 52.1 nacimientos, mientras que la tasa nacional sea de 46.5 nacimientos. Asimismo, se proyecta que la tasa de fecundidad de las mujeres de 10 a 14 años en Tabasco sea de 9.0 nacimientos, mientras que la tasa nacional sea de 7.3. Estas cifras muestran que Tabasco seguirá siendo uno de los estados con mayor prevalencia de embarazos en adolescentes, sobre todo en el grupo de edad más vulnerable (Garbett et al., 2023; Núñez-Naranjo et al., 2024).

La sexualidad es un proceso dinámico y cambiante que se inicia desde el nacimiento y se extiende a lo largo de la vida. No obstante, una etapa crucial es la adolescencia, que se delimita como el periodo comprendido entre los 12 y los 18 años, según la OMS, y que se caracteriza por cambios significativos tanto a nivel físico como psicosocial. Los adolescentes experimentan la pubertad, que es el conjunto de transformaciones corporales que

los preparan para la función reproductiva, y que implican el desarrollo de los caracteres sexuales, cambios que generan curiosidad, inseguridad, vergüenza u orgullo, dependiendo de cómo los perciban las y los propios adolescentes y cómo los valoren los demás. La sexualidad adolescente también implica el desarrollo de la identidad sexual y de género, que se refiere al sentido de pertenencia a uno u otro sexo, así como a la expresión de los roles y estereotipos asociados al mismo.

Los adolescentes exploran su orientación sexual, entendida como la atracción afectiva y erótica hacia personas del mismo sexo, del sexo opuesto o de ambos sexos, y definen su preferencia sexual, que es la elección voluntaria y consciente de la persona o personas con las que se desea mantener una relación íntima. Estos aspectos pueden variar a lo largo de la vida, y pueden generar dudas, conflictos o discriminación, tanto interna como externa, en función del contexto social y cultural en el que se desenvuelven las y los adolescentes (Zafra-Agea et al., 2024). La salud sexual de las y los adolescentes en México implica también el ejercicio responsable y satisfactorio de la sexualidad, lo que conlleva el respeto a los derechos sexuales y reproductivos, el cuidado de la propia salud y la prevención de riesgos, como las infecciones de transmisión sexual (ITS), el embarazo no deseado, la violencia o el abuso sexual.

Para ello, es fundamental que las y los adolescentes cuenten con información veraz, científica y oportuna sobre su sexualidad, así como con servicios de salud amigables, accesibles y confidenciales, que les brinden orientación, consejería, atención y apoyo. Asimismo, es importante que las y los adolescentes desarrollen habilidades para la vida, como la comunicación, autoestima, asertividad, negociación y toma de decisiones, que les

permitan vivir su sexualidad de manera libre, informada y placentera. La educación sexual es un derecho humano y una herramienta fundamental para promover la salud sexual de las y los adolescentes en México, por lo que se debe impartir desde la infancia, tanto en el ámbito familiar como escolar, y debe adaptarse a las necesidades, intereses y características de cada grupo de edad (López et al., 2023).

La educación sexual debe abordar no solo los aspectos biológicos de la sexualidad, sino también los afectivos, relacionales, éticos y culturales, con un enfoque de género, derechos humanos y diversidad. Se debe fomentar el desarrollo de actitudes y valores positivos hacia la sexualidad, así como el respeto a la propia identidad y a la de los demás, la igualdad entre hombres y mujeres, la no discriminación por orientación o preferencia sexual, y la responsabilidad individual y social (Hubert et al., 2021). También se debe contribuir a la prevención de problemas de salud sexual y reproductiva, como las ITS, el VIH/sida, el embarazo no planificado, el aborto inseguro, la violencia o el abuso sexual. Además, se debe promover conductas sexuales saludables, como el uso correcto y consistente del condón, la anticoncepción, el autoconocimiento, el autocuidado, el placer y el consentimiento.

Cambios neuroanatómicos en la sexualidad

Los cambios neuroanatómicos en regiones cerebrales implicadas en la regulación de la sexualidad, como el hipotálamo y la corteza prefrontal, se correlacionan significativamente con el desarrollo y manifestación de la sexualidad en adolescentes. Estos cambios influyen en la percepción, el comportamiento y las

preferencias sexuales de los jóvenes durante esta etapa crucial de la vida.

Entre las regiones cerebrales que se consideran relevantes para la sexualidad se encuentran el hipotálamo, la amígdala, el núcleo accumbens, la ínsula, el córtex orbitofrontal y el córtex prefrontal. Estas áreas forman parte del sistema límbico, que se dedica a procesar la información emocional, afectiva y motivacional, así como del sistema de recompensa, que se activa ante estímulos placenteros o gratificantes. El hipotálamo es el centro regulador de las funciones endocrinas y autonómicas, y tiene un papel clave en la activación de la respuesta sexual. La amígdala participa en la evaluación de la valencia y el significado de los estímulos sexuales, así como en la modulación de la excitación y el miedo. El núcleo accumbens es el principal componente del sistema de recompensa, y se relaciona con el deseo y el placer sexual (Bittoni & Kiesner, 2023).

La ínsula integra las sensaciones somáticas y viscerales, y se vincula con la conciencia corporal y la empatía. El córtex orbitofrontal interviene en la toma de decisiones y el juicio moral, y se conecta con la regulación de los impulsos y las normas sociales. El córtex prefrontal es la región más desarrollada del cerebro humano, y se encarga de las funciones ejecutivas, como la planificación, el razonamiento, la memoria de trabajo y el control inhibitorio. El córtex prefrontal también modula la expresión de la sexualidad, al integrar la información proveniente de otras regiones cerebrales y regular la conducta sexual de acuerdo con las metas, los valores y las expectativas personales y sociales (Rao et al., 2024).

La adolescencia es una etapa de cambios profundos y rápidos en el desarrollo cerebral, que se caracteriza por un desequilibrio entre las regiones límbicas y prefrontales, lo que puede generar una mayor sensibilidad al placer, al riesgo y a la influencia social, y una menor capacidad de autocontrol, reflexión y anticipación de las consecuencias. Estos cambios pueden afectar la forma en que los adolescentes perciben, experimentan y expresan su sexualidad, así como sus preferencias y orientaciones sexuales. La sexualidad adolescente también está influida por factores biológicos, como las hormonas, los genes y las feromonas, y por factores psicosociales, como la educación, la cultura, la familia, los pares, los medios de comunicación y el contexto histórico. Todos estos factores interactúan de manera compleja y dinámica con el cerebro adolescente, y pueden modular o alterar el desarrollo y la manifestación de la sexualidad.

Identidad sexual y de Género

La sexualidad adolescente también implica el desarrollo de la identidad sexual y de género, que se refiere al sentido de pertenencia a uno u otro sexo, así como a la expresión de los roles y estereotipos asociados al mismo. Los adolescentes exploran su orientación sexual, que es la atracción afectiva y erótica hacia personas del mismo sexo, del sexo opuesto o de ambos sexos, y definen su preferencia sexual, que es la elección voluntaria y consciente de la persona o personas con las que se desea mantener una relación íntima. Estos aspectos pueden variar a lo largo de la vida, y pueden generar dudas, conflictos o discriminación, tanto interna como externa, en función del contexto social y cultural en el que se desenvuelven los adolescentes (Giacolini et al., 2025).

Para comprender el desarrollo de la sexualidad en los adolescentes, es necesario tener claros algunos conceptos básicos que se relacionan con la sexualidad, tales como:

- **Sexo:** Se refiere a las características biológicas que diferencian a los seres humanos en hombres y mujeres, como los órganos genitales, las hormonas y los cromosomas. El sexo se asigna al nacer, basado en la observación de los genitales externos.
- **Identidad de género:** Se refiere a la vivencia interna y personal del género, que puede coincidir o no con el sexo asignado al nacer. La identidad de género se forma desde la infancia y se consolida en la adolescencia, a partir de la interacción con el entorno social y cultural (Kamdel, 2019).
- **Expresión de género:** Se refiere a la forma en que cada persona manifiesta su identidad de género, a través de su nombre, su vestimenta, su peinado, su voz, su gestualidad, su comportamiento y sus roles. La expresión de género puede variar según el contexto y el momento.
- **Orientación sexual:** Se refiere a la atracción afectiva, emocional y sexual que una persona siente hacia otras personas, independientemente de su sexo o género. La orientación sexual puede ser heterosexual, homosexual, bisexual, pansexual, asexual, entre otras. La orientación sexual se descubre y se define en la adolescencia, aunque puede cambiar a lo largo de la vida.

Estos conceptos no son fijos ni binarios, sino que pueden tener una gran diversidad y fluidez, según la experiencia de cada persona. Es importante respetar y valorar la diversidad sexual, y evitar la discriminación y la violencia basadas en el sexo, el género o la orientación sexual (Boland & Verduin, 2023, p. 1622).

Imagen corporal

El esquema corporal es la representación mental que cada persona tiene de su propio cuerpo, que incluye aspectos físicos, funcionales, emocionales y sociales. El esquema corporal se forma desde la infancia y se modifica a lo largo de la vida, en función de las experiencias y los aprendizajes. En la adolescencia, el esquema corporal sufre una transformación radical, debido a los cambios que se producen en la pubertad. La pubertad es el proceso de maduración sexual y reproductiva, que implica el desarrollo de los caracteres sexuales primarios (órganos genitales) y secundarios (senos, vello, voz, etc.), el inicio de la menstruación en las mujeres y la producción de espermatozoides en los hombres, y el aumento de la estatura y el peso (Campos, 2024).

Estos cambios generan una serie de reacciones en los adolescentes, que pueden ser de asombro, curiosidad, satisfacción, vergüenza, incomodidad, rechazo, ansiedad, entre otras. Los adolescentes deben adaptarse a su nuevo cuerpo, que les abre la posibilidad de vivir la sexualidad de una forma más plena, pero también les plantea nuevos retos y responsabilidades. El esquema corporal de los adolescentes se ve afectado por la influencia de los medios de comunicación, la familia, los amigos, la escuela y la cultura, que les transmiten modelos y expectativas sobre cómo debe ser el cuerpo ideal, el atractivo, la belleza, la salud, la higiene,

la moda, el cuidado, etc. Estos factores pueden generar una imagen positiva o negativa del propio cuerpo, que se refleja en la autoestima, la confianza, la seguridad, la expresión, la comunicación y la relación con los demás (Demaria et al., 2024).

La distorsión de la imagen corporal es la percepción errónea o insatisfactoria que una persona tiene de su propio cuerpo, que no coincide con la realidad objetiva. La imagen corporal puede tener efectos negativos en la salud mental y física de los adolescentes, ya que genera baja autoestima, insatisfacción, vergüenza, culpa, aislamiento, depresión, ansiedad, trastornos alimentarios, abuso de sustancias, automutilación y suicidio. La distorsión de la imagen corporal también puede afectar la sexualidad de los adolescentes, dificultando el conocimiento, la aceptación y el disfrute de su cuerpo, así como la comunicación, el respeto y el consentimiento con sus parejas.

La distorsión de la imagen corporal puede ser causada por diversos factores, como la presión social, los medios de comunicación, la familia, los amigos, la cultura, las experiencias traumáticas, las comparaciones, las críticas, los ideales de belleza, la pubertad, el peso, la talla, etc.

Tabla 6. Consecuencias en la distorsión corporal

Aspecto	Descripción
Dificultades emocionales y psicológicas	La distorsión del esquema corporal durante la adolescencia puede llevar a una gran sensación de vulnerabilidad, incrementando la inseguridad y la ansiedad.
Aumento del riesgo de trastornos alimentarios	La insatisfacción corporal puede desencadenar o agravar trastornos alimentarios como la anorexia nerviosa, desarrollando hábitos poco saludables y obsesivos.
Impacto en la identidad y autoestima	La percepción distorsionada del cuerpo puede interferir en la formación de la identidad personal, afectando la autoestima y la autoaceptación del adolescente.
Problemas en las relaciones interpersonales	Los adolescentes con percepción distorsionada de su cuerpo pueden experimentar dificultades en sus relaciones, ya que el cuerpo es clave en la interacción social.
Comportamientos autolesionadores	La búsqueda de respuestas a los conflictos internos puede manifestarse en el cuerpo a través de autoagresiones leves, tatuajes, piercings, etc.

Para prevenir y tratar la distorsión de la imagen corporal, es importante fomentar una actitud positiva hacia el propio cuerpo, reconociendo su valor, diversidad, funcionalidad y potencial, y evitando los juicios, los estereotipos, las burlas y las exigencias. También es importante promover hábitos saludables de alimentación, ejercicio, higiene, descanso y cuidado personal, que contribuyan al bienestar físico y emocional de los adolescentes.

El estudio de la madurez neuropsicológica del adolescente, abordado desde la perspectiva de los derechos humanos y el derecho a la salud mental, pone de manifiesto la importancia de entender esta etapa del ciclo vital como un periodo fundamental para el desarrollo cerebral, emocional y social. Los avances en neurociencia han revelado que la adolescencia no es solo una transición biológica, sino una fase dinámica en la que la plasticidad cerebral, la consolidación de funciones ejecutivas y la interacción con los entornos socioafectivos. Este capítulo enfatiza que garantizar el derecho a la salud mental en este grupo poblacional requiere superar enfoques reduccionistas y adoptar una visión integral que combine evidencia científica, marcos normativos internacionales y realidades culturales específicos.

La interseccionalidad entre el neurodesarrollo y los determinantes sociales, como la exposición a violencia, la desigualdad educativa y la falta de autonomía decisional, muestra que las políticas públicas deben priorizar intervenciones que no solo mitiguen los riesgos, sino que también fortalezcan las capacidades resilientes. Ejemplos de esto son los programas que integren educación emocional en los currículos escolares o que fomenten la participación de los adolescentes en el diseño de estrategias de salud mental, en concordancia con el principio de

autonomía progresiva que está reconocido en el derecho internacional. Este análisis resalta la urgencia de vincular la investigación científica con la acción institucional. Es necesario realizar estudios de campo para identificar brechas y generar propuestas basadas en evidencia científica.

La protección del derecho a la salud mental durante la adolescencia requiere un cambio de paradigma que reconozca la complejidad neurobiopsicosocial de esta etapa. México, con su diversidad demográfica y regulatoria, tiene una oportunidad mediante un compromiso ético y científico de construir sistemas de atención que no solo respondan a las crisis, sino que prevengan desigualdades y fomenten el potencial de las futuras generaciones. Este esfuerzo no solo es un imperativo moral, sino un pilar para el desarrollo sostenible y la justicia intergeneracional.

CAPÍTULO VII

DESAFÍOS Y PROBLEMÁTICAS DEL ADOLESCENTE ACTUAL EN MÉXICO

El adolescente vive hoy en un escenario con densos y continuos núcleos de desigualdad, provenientes de las disparidades existentes en el acceso a la educación, a la alimentación, salud, ocupación, etc. La actual situación implica que especialmente los jóvenes del sector medio-bajo estén al tanto de las formas de vida caras anunciadas a nivel de los medios de comunicación masiva y aspiren alcanzar un estilo de vida difícil de acceder, especialmente dada la limitación económica y social ya existente.

Hay que decir también que ellos mismos desconocen el abanico de posibilidades y estilos de vida que tienen para vivir en su propio contexto cultural. Descartando por completo la posibilidad de inventar su propio camino mediante salidas culturales colectivamente empedradas, con la consecuencia de vivir en un estado de aceleración conllevado a vivir en un alrededor de una imposibilidad casi constante, en el deseo intrínseco de tener de todo y hacerlo lo más aprisa y fácilmente posible, inmediatez que llega al límite de utilizar sustancias en la búsqueda de aquello negado.

La proyección surrealista, con su enfoque innovador y disruptivo, conlleva inevitablemente el abandono de la utopía de deseo a la que hacemos referencia. Esto se debe, en parte, a la influencia de la educación recibida, la cual ha condicionado a las personas a limitar sus horizontes culturales y a conformarse con lo establecido. Existe una tendencia a adquirir conocimientos intelectuales de manera superficial, como si fueran meros datos aislados que no requieren ser integrados o cuestionados. Esta actitud limita las posibilidades de explorar nuevas perspectivas y de ampliar nuestras fronteras mentales, lo cual resulta especialmente preocupante en el caso de los adolescentes en proceso de formación. Resultado con una profunda tensión ante los cambios, por más mínimos que estos sean, y con un temor latente hacia un futuro ideal que, supuestamente, se vislumbra lejano.

Medios de comunicación

Los medios de comunicación, junto con el avance tecnológico, han generado una serie de transformaciones significativas en los patrones tradicionales de espacio y tiempo que solían ser habituales para la sociedad. Estos cambios, que han sido modificados en la actualidad, han tenido un impacto considerable en la cotidianidad y en el proceso evolutivo normal de los adolescentes. El choque significativo de los medios de comunicación masivos en el desarrollo cognitivo de los adolescentes es sumamente complejo y abarca una amplia gama de aspectos, influyendo de manera notable en diversos aspectos de su crecimiento y maduración, incluyendo habilidades cognitivas, razonamiento moral, relaciones sociales e identidad cultural. Si bien es cierto que los medios pueden desempeñar un papel fundamental como una herramienta educativa de gran alcance,

también es importante tener en cuenta que presentan una serie de desafíos que necesitan ser abordados con una gestión cuidadosa y estratégica. Las siguientes secciones detallan minuciosamente y analizan a fondo estos impactos (Singh, 2024).

El análisis de la actualidad, la televisión y los medios de comunicación han experimentado una notable transformación gracias al progreso tecnológico, dando lugar a un universo novedoso y sin fronteras, repleto de impactantes imágenes de una belleza estética excepcional y con efectos emocionales sumamente intensos. Por otro lado, es importante resaltar la creciente invasión publicitaria que se ha apoderado de la programación televisiva. Son numerosos los anuncios de una amplia variedad de productos y servicios que buscan anticiparse a los imprevistos que suelen surgir en el transcurso de la vida cotidiana (Hayati & Razali, 2023).

Por si fuera poco, cabe destacar que existe una multitudinaria sociedad de espectadores y usuarios que día a día quedan envueltos en el marco virtual del televisor, posibilidad que se comparte con amigos, colegas y la familia. Según "Audiovisuales y Educación", los programas televisivos ahondan de manera monótona y rutinaria en las miserias y humanamente inexplicables situaciones escandalosas, generando un impacto significativo en la audiencia. Esta situación se refleja claramente en el comportamiento de los consumidores, quienes muestran una actitud pasiva y desinteresada ante los productos y servicios ofrecidos por las empresas.

Las palabras "jóvenes", "adolescentes" o "niños" responden a palabras culturales que nombran segmentos etarios diferenciados en cada sociedad, pero no es un dato generador de

diversidad, a pesar de la situación de "diferencia" y "problema" que han adjudicado, durante el siglo XVIII, a los y las muchachas. Así, el sentido individualizante de la adolescencia persiste, pero contribuyendo a asignar una anormalidad (en términos cuantitativos, coyunturales) provisoria que compete atender (colectivamente, en cuanto autoridades individuales), ya que supone una desviación del curso normal de una situación que, en la actualidad, concita la preocupación de los especialistas por el abandono de los padres y madres debido a sus ocupaciones laborales o sociales.

Superadas las prácticas de tortura a las que se veían sometidos los jóvenes en siglos pasados, la presencia de la diversidad cultural en la sociedad actual está influyendo en la configuración de entornos familiares que presentan marcadas diferencias sociales. Esta diversidad no constituye una causa directa, pero sí actúa como un factor condicionante en la justificación de las jerarquías profundamente establecidas. Justificada por la diversidad cultural, aludiendo a modos de pensar, de sentir, de actuar, como individuos que participan en una comunidad y la explican, en suma, sin necesidad de referirse para ello a los valores de otras realidades.

La tecnología en la frontera del proceso cultural

En términos simples, el concepto de cultura implica lo intrincado y el aspecto multifacético de los conocimientos y las prácticas colectivas obtenidos a través de la experiencia y el aprendizaje social. Esto capacita a un grupo para perdurar y adaptarse efectivamente a las circunstancias y condiciones ambientales en constante evolución. Es importante destacar que

no hay mecanismos o estrategias culturales disponibles para mitigar los desafíos y dificultades que surgen durante los períodos de crisis del adolescente o incrementar la efectividad de las respuestas del colectivo en circunstancias críticas.

La existencia de laxitudes o carencias dentro de un marco cultural implica un reconocimiento por parte del grupo cultural de su incapacidad para resolver con éxito un conflicto o reto específico, lo que afecta su competencia y resiliencia percibidas. Permitir estas situaciones socava la capacidad del grupo para enfrentar desafíos. El reconocimiento de estas implicaciones es de gran relevancia, ya que no solo evidencian las restricciones presentes en los constructos culturales, sino que también generan cuestionamientos significativos sobre la habilidad global del grupo para el autogobierno y la resolución de conflictos en situaciones adversas.

La relación de la cultura-ambiental, en específico de los aspectos higiénicos adecuados y educativos, propuestos de manera organizada, podría poner en riesgo la existencia del grupo de manera significativa. La importancia de no abusar del concepto de cultura, ya que esto puede llevar a atribuir la causa de todos los fenómenos al modo en que un conjunto de elementos se agrupa y se ordena conceptualmente. Este concepto actúa como un principio explicativo general, en el cual se interpretan aspectos culturales como respuestas a otros matices de la misma cultura. Sin embargo, este enfoque dificulta establecer relaciones concretas y significativas entre diferentes áreas y conjuntos culturales, lo que resulta fundamental para llevar a cabo intervenciones efectivas.

En consecuencia, una intervención educativa puede ser menos influenciada por la cultura (atender a intereses menos preconcebidos o estereotipados, considerar niveles de elección más individuales, promover la comprensión entre personas de distintos contextos socioeconómicos para el cuidado ambiental), pero resultar considerablemente más emancipadora al ofrecer alternativas distintas a las preexistentes. Si las intervenciones educativas buscan preservar y fomentar las creencias y valores inherentes a diversas culturas, podrían limitar la libertad y autonomía del individuo (Jensen & Dost-Gözkan, 2014; Dutra-Thomé et al., 2019).

Salud ambiental

El choque directo del cambio climático y la sostenibilidad no suelen aparecer explícitamente en los tratados o en los manuales internacionales. Menos aún sobre el impacto directo sobre aspectos hormonales, sobre la luz ultravioleta y exposición hormonal, así como ciertas recomendaciones para las supervisadas en el uso de la radiación solar ultravioleta para su impacto relevante en la generación de la vitamina D. Esta vitamina D juega un papel fundamental en el crecimiento y la salud óseos, como en la inmunidad. Evaluar en cada país, en qué estación y horario, con qué frecuencia y durante cuánto tiempo es conveniente exponer al rayo ultravioleta la piel, teniendo en cuenta la época del año, la latitud en la que se encuentre y su situación geográfica (altitud/nubosidad). En determinados países se dispensa la vitamina D a modo de polivitamínicos refiriendo en su etiquetado los términos "Complejo vitamínico + Calcio" o similar, mientras que se desprende alguna orientación sobre alimentación, ejercicio y riqueza ósea (Slominski et al., 2018; R. M. Slominski et al., 2024).

El comentario anterior nos lleva a la variable "presiones ambientales y consumo sostenible" (que parece poco a propósito relacionar una variable con otra, aunque no podía estar la una sin la otra). En muchos países se está potenciando la dosis de vitamina C, principalmente para mejorar las defensas frente a las presiones ambientales, especialmente la contaminación, aunque viene con adicional (Zn, Marta) 10, Inde olvidándose de mencionar los amos siempre juntos (Zn-Cu). Hay gran confusión sobre el efecto que diversas hormonas tienen sobre la salud humana. En este sentido, determinadas hormonas suprarrenales desempeñarán en situaciones de estrés, disposición clínica al trance de shock hasta consustancias críticas inmunológico-infecciosas (Skripchenko et al., 2022).

Además de estas dificultades, la adolescencia es un período de la vida humana marcado por la máxima frecuencia de alteraciones y problemas de salud. Las enfermedades más permanentes o crónicas que puede tener el adolescente son muy pocas; si bien alguna enfermedad como la diabetes requerirá no solo cuidados médicos, sino que además afectará a los hábitos vitales y provocará en el adolescente cambios no deseados en su apariencia. Puede haber otros problemas más profundos en su esfera psicológica.

Existen otras dolencias más comunes en la especie humana y en los primeros años de vida que suelen superarse sin mayores problemas si la adolescencia goza de buena salud, una alimentación correcta y ausencia de alérgenos. No obstante, en la adolescencia surge una serie de alteraciones tanto corporales como psicológicas o conductuales que no son aceptables ni deseables. La bipolaridad, la anorexia o la depresión peculiar de la adolescencia

pueden tener graves repercusiones en su bienestar, al igual que la violencia. Por último, es un periodo en el que surge la adicción a tóxicos, al alcohol y alguna forma extraña de adicción a las nuevas tecnologías y al medio del ciberespacio.

En términos generales, es frecuente notar que los jóvenes suelen convertirse en personas extremadamente curiosas de manera morbosa, mostrando una preocupación excesiva por su estado de salud física, llegando incluso a obsesionarse con la idea de proyectar una imagen que sea tanto saludable como atractiva a los ojos de los demás. En los diversos reconocimientos médicos y pruebas diagnósticas realizadas de forma periódica, es fundamental comunicar de manera clara y concisa la relevancia de mantener un estado óptimo de salud, tanto a nivel físico como mental, con el objetivo primordial de prevenir posibles enfermedades y asegurar un bienestar integral a lo largo de toda la vida.

Es de suma importancia para el bienestar emocional y el crecimiento personal, brindar apoyo incondicional y asistencia oportuna cuando surgen desafíos y obstáculos en nuestro camino. Así como explorar y potenciar la fortaleza interna, la energía vital que nos impulsa a evolucionar y expandirnos como individuos. Logrando el fortalecimiento y cultivando el sentimiento de bienestar psicológico mediante las habilidades resilientes para ser capaces de afrontar de manera positiva la presencia de trastornos emocionales, acompañados de sensaciones negativas y una disminución del disfrute de la vida cotidiana. Al contrario, ser conscientes de los estados de ánimo positivo y entusiasta, con una marcada presencia de emociones equilibradas y una capacidad

para experimentar la vida de forma plena, significativa y satisfactoria.

Desigualdad Social

La desigualdad social representa un problema sistémico que influye significativamente en las trayectorias de bienestar y desarrollo de los adolescentes. Este fenómeno, conceptualizado como la inequidad en el acceso a los recursos y oportunidades dentro de un marco social, produce ramificaciones psicológicas y sociales que afectan directamente a la salud mental de los jóvenes. La insuficiencia del acceso a los servicios fundamentales, como la educación, la atención médica y los entornos seguros, afecta negativamente a la maduración emocional y a las perspectivas de futuro de los adolescentes criados en condiciones de pobreza o marginación. La aplicación de la hermenéutica a las realidades prácticas facilita la interpretación de estas experiencias dentro de un marco sociocultural, aclarando cómo las disparidades económicas dictan el acceso a los derechos esenciales y fomentan la vulnerabilidad entre los jóvenes, perpetuando así los ciclos de pobreza y exclusión social que afectan negativamente a su bienestar mental.

Desde un punto de vista hermenéutico, la desigualdad social influye no solo en las circunstancias materiales, sino también en la percepción de los adolescentes sobre su valor intrínseco y su posición social. El examen de la realidad revela que la exclusión económica y social se correlaciona con sentimientos de disminución de la autoestima, frustración y ansiedad, exacerbados por las barreras que impiden la mejora de sus circunstancias. La interpretación de estos impactos en el contexto de las experiencias

de los adolescentes subraya el imperativo de políticas públicas inclusivas que garanticen oportunidades equitativas y fomenten el desarrollo holístico de las personas jóvenes. Este enfoque integral abarca el apoyo psicológico, la educación de alta calidad y el establecimiento de entornos seguros donde los adolescentes puedan cultivar una autoestima saludable y una perspectiva optimista de su futuro.

En el ámbito de la educación, la desigualdad social se manifiesta a través del acceso inadecuado a instituciones educativas de calidad. Los adolescentes que provienen de comunidades marginadas, que están matriculados en escuelas con recursos limitados, encuentran disparidades en las oportunidades en comparación con sus homólogos de entornos más privilegiados. Esta inequidad no solo socava sus logros académicos, sino que también limita sus perspectivas de obtener un empleo remunerado en el futuro, lo que perpetúa el ciclo de la pobreza. Empleando un marco hermenéutico, discernimos cómo esta falta de acceso a una educación equitativa influye profundamente en la formación de la identidad de los adolescentes, afectando su autoestima y su capacidad de imaginar un futuro más favorable.

La violencia social y la criminalidad son fenómenos intrínsecamente relacionados con la desigualdad social. Los adolescentes criados en contextos empobrecidos o socialmente excluidos están expuestos de manera desproporcionada a entornos violentos y son susceptibles de ser reclutados por organizaciones delictivas. La falta de oportunidades económicas y sociales, junto con la inestabilidad familiar y la ausencia de redes de apoyo, obliga a numerosos jóvenes a adoptar conductas delictivas como medio desesperado de mejorar sus condiciones de vida. A través de un

análisis hermenéutico de la realidad, se hace evidente que estos adolescentes no solo intentan escapar de la pobreza, sino que también buscan el reconocimiento y la pertenencia, necesidades que siguen sin satisfacerse en su entorno socioeconómico.

La desigualdad en el acceso a servicios de salud mental es un problema crítico y preocupante que impacta de manera significativa a los adolescentes que se encuentran en una situación de vulnerabilidad. Es fundamental abordar esta problemática de forma urgente y efectiva para garantizar el bienestar emocional y psicológico de este grupo de la población. En numerosas comunidades marginadas y desatendidas, los jóvenes lamentablemente carecen de la posibilidad de recibir la atención psicológica necesaria y oportuna, lo cual obstaculiza la posibilidad de acceder a tratamientos tempranos para trastornos mentales como la depresión o la ansiedad.

El detallado análisis hermenéutico de la realidad demuestra de manera contundente que, en ausencia de acceso a estos indispensables servicios, los jóvenes adolescentes presentan una mayor probabilidad de experimentar y desarrollar complicaciones emocionales de considerable magnitud que inciden de forma negativa en su salud y felicidad a lo largo de su vida. Este enfoque resalta la relevancia de implementar estrategias y medidas de acción a nivel gubernamental que aseguren el acceso equitativo y generalizado a servicios de atención en salud mental, especialmente dirigidos a individuos que se encuentran en situaciones de desventaja socioeconómica.

Problemas de identidad y presión social

La desigualdad social es un problema significativo que impacta de manera considerable en la vida de los adolescentes, incidiendo de forma negativa en su crecimiento emocional, psicológico y social. La disparidad de oportunidades y recursos afecta directamente la manera en que los jóvenes perciben el mundo que les rodea y cómo se relacionan con él (Knowles et al., 2025). Los impactos de esta desigualdad se hacen evidentes en una amplia variedad de áreas que inciden directamente en el bienestar y las posibilidades de desarrollo de los jóvenes. Una de las principales fuentes de presión social proviene de la imperiosa necesidad de encajar y ser aceptado en diversos grupos sociales, lo cual puede generar conflictos internos y externos en la persona que busca integrarse (Perkins & Bell, 2024).

En la etapa de la adolescencia, es común observar cómo los jóvenes experimentan una fuerte urgencia por ser validados y reconocidos por sus pares, lo cual puede desencadenar conductas de adaptación social que no resultan ser beneficiosas en todos los casos. Esta presión social puede desencadenar una serie de dificultades relacionadas con la autovaloración, dado que los individuos en edad juvenil podrían experimentar sensaciones de insuficiencia o incertidumbre en caso de no lograr satisfacer las demandas impuestas por el colectivo.

Un factor clave para tener en cuenta que la obsesión por la apariencia física y la globalización en el concepto de belleza que promueve la sociedad contemporánea, especialmente a través de las diversas plataformas de redes sociales, contribuyen significativamente a intensificar esta presión. Los jóvenes en la

etapa de la adolescencia se encuentran de manera frecuente con una multitud de imágenes altamente retocadas y estilizadas que promueven estándares de belleza poco alcanzables en la vida real. Esto puede llevar a trastornos alimentarios, como la anorexia y la bulimia nerviosas, ya que algunos jóvenes pueden creer erróneamente que la delgadez extrema o una apariencia física específica son sinónimos de aceptación social y logro personal (Johnston & Foster, 2025).

La influencia de las redes sociales también contribuye a la creación de un entorno en el que la comparación social se vuelve omnipresente y constante. Los jóvenes, debido a la presión social, pueden sentirse obligados a proyectar una imagen idealizada de su persona en las redes sociales, lo cual puede incrementar significativamente los niveles de estrés y ansiedad que experimentan en su día a día. Este constante ciclo de comparación, alimentado por la búsqueda de validación a través de *likes* y comentarios en redes sociales, puede tener un impacto significativo en su bienestar emocional y en la percepción de su identidad y autoestima (Jaruga-Sękowska et al., 2025).

Las dificultades financieras en el hogar no solo limitan el acceso a recursos básicos como la educación, la alimentación y la atención médica, sino que también generan preocupaciones constantes sobre la seguridad, la estabilidad económica y el bienestar a largo plazo de la familia. En estas circunstancias, es común observar que los jóvenes se ven obligados a lidiar con una carga emocional adicional, al presenciar cómo sus progenitores se esfuerzan por cubrir las necesidades fundamentales de la familia.

Esta situación incide de manera significativa en su equilibrio emocional, incrementando la probabilidad de que puedan experimentar dificultades psicológicas y, en consecuencia, desarrollar trastornos mentales. Cuando está presente la ansiedad debido a las causas financieras, se caracteriza por sentimientos de preocupación y nerviosismo constantes. La depresión, se manifiesta a través de una profunda tristeza y falta de interés en actividades cotidianas, son dos de las condiciones de salud mental más comunes y extendidas entre los jóvenes que viven en comunidades con recursos económicos limitados.

El estrés crónico es otro factor significativo que afecta de manera considerable a los adolescentes que se encuentran en situaciones de desigualdad socioeconómica. La presión constante a la que se ven sometidos puede desencadenar una serie de problemas de salud mental y física, impactando negativamente en su bienestar general (Carlson et al., 2025). Las constantes preocupaciones financieras y la presión para contribuir económicamente al hogar pueden generar un alto nivel de estrés y ansiedad, lo cual a su vez puede manifestarse en una amplia gama de síntomas físicos y emocionales que afectan significativamente la calidad de vida de la persona. Esta psicopatología se caracteriza por una prolongada y constante presión emocional y mental, puede tener un impacto negativo en el desempeño académico y en la calidad de las interacciones sociales. Esto puede agravar la percepción de soledad y desesperanza, dificultando aún más la capacidad de afrontar los desafíos diarios (Samsonov & Urlacher, 2025).

Para llevar a cabo de manera efectiva y eficiente programas especializados de intervención temprana con el propósito de

atender de forma integral las diversas necesidades emocionales y mentales que presentan los jóvenes en situaciones de vulnerabilidad y desventaja socioeconómica. Es importante brindar acceso oportuno a una variedad de servicios de salud mental especializados, así como la creación de entornos seguros y acogedores donde los individuos puedan sentirse cómodos compartiendo abiertamente sus inquietudes y pensamientos. Además de ofrecer un sólido respaldo tanto en el ámbito académico como en el emocional, con el fin de promover un desarrollo integral y equilibrado en cada persona. La implementación de programas de intervención temprana puede tener un impacto sumamente positivo en el desarrollo y bienestar de estos adolescentes, proporcionándoles el apoyo y la orientación adecuados para afrontar con éxito los obstáculos y lograr un crecimiento integral en todas las áreas de sus vidas.

Los jóvenes en edad adolescente que residen en entornos comunitarios caracterizados por una escasez de recursos suelen frecuentar centros educativos con una carencia notable de instalaciones, un déficit de docentes altamente cualificados y una limitada disponibilidad de tecnologías o actividades complementarias que fomenten un crecimiento holístico. Esta significativa brecha educativa no solo impacta de manera negativa en el desempeño académico de los estudiantes, sino que también limita severamente las posibilidades de desarrollo y crecimiento a futuro, lo que contribuye a la perpetuación de un ciclo intergeneracional de pobreza. La carencia de equidad en las oportunidades disponibles puede desencadenar sentimientos de desilusión en los jóvenes en plena etapa de la adolescencia, lo cual podría tener un impacto negativo en su nivel de motivación y en su

grado de implicación con el proceso de adquisición de conocimientos.

Los jóvenes en etapa de adolescencia que provienen de hogares afectados por la pobreza o la exclusión social se encuentran con obstáculos significativos para poder acceder a una atención adecuada en el ámbito de la salud mental y en general. En numerosas ocasiones, las personas no tienen la posibilidad de contar con un seguro médico que les proporcione cobertura en caso de necesitar atención de profesionales altamente especializados en la detección y tratamiento de trastornos psicológicos en sus fases iniciales. Esto agrava significativamente problemas de salud, no solo a nivel mental, sino también a nivel físico, que lamentablemente no son abordados de manera oportuna debido a la escasez de recursos disponibles en el sistema de salud (Mastromatteo et al., 2025).

La discriminación basada en la clase social, la raza o el origen étnico representa un problema generalizado que enfrentan los adolescentes que se encuentran en contextos de desigualdad social. Esta discriminación puede constituir un enorme impedimento para el progreso social y académico, ya que los adolescentes que provienen de grupos demográficos marginados suelen sufrir actos de acoso o exclusión en las instituciones educativas y en diversos entornos sociales (Piazuelo-Rodríguez y Iñiguez-Berrozpe, 2025).

Este fenómeno engendra sentimientos de alienación y puede precipitar la aparición de trastornos psicológicos, como la ansiedad social o el rechazo a la escuela. La interacción entre la desigualdad social y la escasez de oportunidades puede llevar a

algunos adolescentes a adoptar conductas delictivas o desadaptativas como mecanismos para hacer frente a las restricciones económicas o como medio de aliviar la frustración acumulada. Los casos de abandono escolar, abuso de sustancias y participación en actividades delictivas son desproporcionadamente prevalentes entre los adolescentes que provienen de comunidades socioeconómicamente desfavorecidas (Bermudez et al., 2025).

Y la relevancia de la formación de la identidad personal y social durante la adolescencia, particularmente para aquellas personas que viven en contextos de desigualdad social, ya que pueden encontrar desafíos importantes en sus esfuerzos por cultivar un autoconcepto positivo debido a las experiencias de estigmatización y sentimientos de inferioridad en relación con sus compañeros. Estas circunstancias pueden culminar en una disminución de la autoestima y obstaculizar considerablemente la capacidad de establecer y mantener relaciones sociales saludables, tanto durante la adolescencia como en la edad adulta, lo que puede afectar negativamente a numerosas dimensiones de la vida.

Tabla 2. Problemas de identidad y presión social

Problema relacionado con la desigualdad social	Descripción
Impacto en la salud mental	Mayor prevalencia de ansiedad, depresión y estrés en adolescentes de entornos desfavorecidos.
Acceso desigual a la educación	Limitaciones en el acceso a educación de calidad, afectando el rendimiento académico y las oportunidades futuras.
Desigualdad en el acceso a la salud	Dificultad para acceder a servicios de salud, especialmente de salud mental, agravando problemas no tratados.
Exclusión social y discriminación	Discriminación por clase social o etnia, lo que incrementa el <i>bullying</i> y el aislamiento social.
Conductas delictivas y desadaptativas	Riesgo aumentado de participar en conductas delictivas o de abandono escolar debido a la falta de oportunidades.
Impacto en la identidad	Dificultad para desarrollar una identidad positiva, llevando a baja autoestima y problemas en la socialización.

La desigualdad social, indudablemente, se presenta como un factor determinante que impacta de manera significativa en diversos aspectos del proceso de crecimiento y maduración de los jóvenes. Para abordar de manera efectiva esta cuestión, es fundamental implementar medidas y estrategias a largo plazo que fomenten la equidad y la inclusión en todos los ámbitos de la sociedad. Esto implica no solo la adopción de políticas públicas integrales, sino también la sensibilización y la participación de la ciudadanía en la construcción de una sociedad más justa y solidaria.

En este capítulo se ha argumentado que la salud mental no es un concepto aislado, sino un derecho fundamental que depende de otros derechos, como la educación, la no discriminación, la seguridad social y el acceso a servicios de calidad. A medida que avanzamos en las distintas etapas del desarrollo humano—infancia, adolescencia, adultez y vejez—se identifican vulnerabilidades particulares que requieren respuestas normativas y políticas públicas adaptadas a los contextos culturales, socioeconómicos y de género.

La transversalidad del derecho humano juega un papel cardinal para comprender cómo factores como el género, la etnia, la discapacidad y la clase social influyen en las experiencias de exclusión en el ámbito de la salud mental. Por ejemplo, las mujeres y niñas enfrentan tasas más altas de violencia y trastornos relacionados con el estrés, mientras que las personas adultas mayores sufren la falta de políticas integrales que vinculen la salud física y mental. En este contexto, el enfoque de derechos humanos exige una transformación de fondo: dejar de ver la salud mental como un problema individual y abordarlo como un tema de justicia

social, que requiere intervenciones multisectoriales y la participación de todos los involucrados en un estado de vulnerabilidad.

El capítulo también resalta la necesidad urgente de fortalecer los sistemas de monitoreo y evaluación, tanto en México como a nivel internacional, para garantizar la rendición de cuentas en la implementación de los derechos relacionados con la salud mental. La investigación científica debe centrarse en estudios longitudinales que evalúen la efectividad de las intervenciones comunitarias, la integración de saberes tradicionales y la adaptación cultural de modelos psicosociales.

El derecho a la salud mental a lo largo del ciclo vital requiere un compromiso ético y político para pasar de los discursos normativos a prácticas transformadoras. Solo mediante el envió de la sociedad civil y los organismos internacionales será posible construir sistemas de salud mental inclusivos, equitativos y resilientes, que respeten el principio de no dejar a nadie atrás. México, con su rica diversidad cultural y su tradición en la defensa de los derechos humanos, tiene la oportunidad histórica de liderar este cambio en América Latina, siempre que invierta en investigación, educación intercultural y garantice los derechos en todas las etapas de la vida.

BIBLIOGRAFÍA

- Abadías Selma, A. (2022). *Violencia filio-parental: entre la patología del amor y la pandemia*. J.M Bosch Editorial.
- Abels, H. (2020). Wissen und Wirklichkeit, Typisierungen, Interaktionen face-to-face (Peter L. Berger und Thomas Luckmann). En *Springer eBooks* (pp. 183-201). https://doi.org/10.1007/978-3-658-26429-1_11
- Abels, H., & König, A. (2016). Berger und Luckmann: Sozialisation als gesellschaftliche und subjektive Konstruktion der Wirklichkeit. En *Springer eBooks* (pp. 151-165). https://doi.org/10.1007/978-3-658-13229-3_16
- Afifi, A. K., & Bergman, R. A. (2020). *Neuroanatomía funcional* (J. S. Orizaga, Ed.; 3ª Edición). McGraw Hill.
- Afzali, M. H., Sunderland, M., Carragher, N., & Conrod, P. (2017). The Structure of Psychopathology in Early Adolescence: Study of a Canadian Sample. *The Canadian Journal of Psychiatry*, 63(4), 223-230. <https://doi.org/10.1177/0706743717737032>
- Aguilar, B. S., Serrano, R. M., De los Ángeles Olivares García, M., & Alfaya, E. G. (2016). Procesos de socialización con redes sociales en la adolescencia / Socialization processes with

social networks in adolescence. *RELATEC Revista Latinoamericana de Tecnología Educativa*, 15(3), 155-167. <https://doi.org/10.17398/1695-288x.15.3.155>

Aguilar, I. L. P., Constante, L. A. R., Chisaguano, L. A. C., Peralta, G. E. V., & Benavides, J. R. M. (2025). Enfoque interdisciplinar en las actividades físico-recreativas para el fortalecimiento de las relaciones familiares con adolescentes en Milagro, Ecuador. *Retos*, 68, 1262-1271. <https://doi.org/10.47197/retos.v68.115183>

Ahmed, S. F. (2023). Executive functioning. In *Encyclopedia of Adolescence* (Second Edition, pp. 149–161). Academic Press-Elsevier. <https://doi.org/10.1016/B978-0-323-96023-6.00057-9>

Albornoz, P. H., Cáceres, C. C., Rodríguez, K. M., Rubilar, Á. B., Hartung, M. V., & González, I. G. (2024). Socio-emotional and academic impact of confinement on first-year students of careers of the Faculty of Sciences of the Universidad de Valparaíso. *Cogent Education*, 11(1). <https://doi.org/10.1080/2331186x.2024.2355388>

Albuquerque, J. P. C. S., & Disability, E. S. o. M. H. I. I. (2025). Transition of psychiatric care from childhood to adulthood: An opportunity for adult psychiatry. *European Psychiatry*, 68(S1), S28. <https://doi.org/10.1192/j.eurpsy.2025.111>

Alpini, L. (2019). *Tecniche di memoria, strategie ed esercizi di memoria per ricordare ogni cosa*. Luca Alpini.

- Álvarez López, J. A. (2025). Psicopatología y psicopatía. *Revista Mexicana De Ciencias Penales*, 9(27), 45–58. <https://doi.org/10.57042/rmcp.v9i27.939>
- American, P. A. (2014). *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales (DSM-5)* (5ª Edición). Editorial Médica Panamericana.
- Andrade, E. D., Bolaños, R. R., Carmona, A. R., Palacios, P. R., Santillán, E. A., Gutiérrez, I. B., Pérez, D. V., & Thrasher, J. F. (2024). Factors Associated with Interpersonal Violence and Depression Symptoms in Adolescent Students from Jalisco during the COVID-19 Pandemic. *Salud Mental*, 47(5), 249-257. <https://doi.org/10.17711/sm.0185-3325.2024.029>
- Annual Meeting Session to Offer Overview of DSM-5-TR. (2022). *Psychiatric News*, 57(4). <https://doi.org/10.1176/appi.pn.2022.04.4.23>
- Arafa, A., Yasui, Y., Kokubo, Y., Kato, Y., Matsumoto, C., Teramoto, M., Nosaka, S., & Kogirima, M. (2024). Lifestyle Behaviors of Childhood and Adolescence: Contributing Factors, Health Consequences, and Potential Interventions. *American Journal of Lifestyle Medicine*. <https://doi.org/10.1177/15598276241245941>
- Asieieva, Y., Kovalska, N., Voznyi, D., & Korzhenko, V. (2024). Social and psychological factors of deviant behavior of adolescents. *EcoSoEn*, 3-4, 83-94. <https://doi.org/10.54481/ecosoen.2023.3.08>

- Assecondi, S., Hu, R., Eskes, G., Read, M., Griffiths, C., & Shapiro, K. (2021). Publisher Correction to: BRAINSTORMING: A study protocol for a randomised double-blind clinical trial to assess the impact of concurrent brain stimulation (tDCS) and working memory training on cognitive performance in Acquired Brain Injury (ABI). *BMC Psychology*, 9(1). <https://doi.org/10.1186/s40359-021-00516-7>
- Augsburger, A. C. (2004). La inclusión del sufrimiento psíquico: un desafío para la epidemiología. *Psicología & Sociedade*, 16(2), 71-80. <https://doi.org/10.1590/s0102-71822004000200009>
- Avivar-Cáceres, S., Parra-Camacho, D., y Prado-Gascó, V. J. (2021). Confianza de los docentes en la capacidad resolutoria del adolescente frente al conflicto en las aulas. *Multidisciplinary Journal of Educational Research*, 11(2), 178. <https://doi.org/10.17583/remie.2021.7950>
- Aziz, M., Chemnad, K., Al-Harashsheh, S., Abdelmoneium, A. O., Baghdady, A., & Ali, R. (2024). Depression, stress, and anxiety versus internet addiction in early and middle adolescent groups: the mediating roles of family and school environments. *BMC Psychology*, 12(1). <https://doi.org/10.1186/s40359-024-01659-z>
- Bailey, E. R., & Iyengar, S. S. (2023). Positive—More than unbiased—Self-perceptions increase subjective authenticity. *Journal Of Personality and Social Psychology*, 125(6), 1351-1372. <https://doi.org/10.1037/pspa0000359>
- Baldoncini, M. (2019). *Surcos y giros cerebrales* (Á. Campero & P. Ajler, Eds.). Ediciones Journal.

- Balsters, J. H., Laird, A. R., Fox, P. T., & Eickhoff, S. B. (2013). Bridging the gap between functional and anatomical features of cortico-cerebellar circuits using meta-analytic connectivity modeling. *Human Brain Mapping*, 35(7), 3152-3169. <https://doi.org/10.1002/hbm.22392>
- Bando, H. (2018). Use of Egogram for Psychological Development of the Adolescence. *Psychology And Behavioral Science International Journal*, 9(4). <https://doi.org/10.19080/pbsij.2018.09.555770>
- Baquedano Jer, S. (2025). El ethos femenino para contrarrestar el avasallamiento de la naturaleza por la razón moderna. *Enclaves del Pensamiento*, 37, 143-165. <https://doi.org/10.46530/ecdp.v0i37.697>
- Barnes, M. A. (2023). Executive Functions: What are they Good for? A Perspective from Intervention Research. *Mind Brain and Education*, 17(4), 238-245. <https://doi.org/10.1111/mbe.12371>
- Bassett, W. W., & Brundage, J. A. (1988). Law, Sex, and Christian Society in Medieval Europe. *Journal of Law and Religion*, 6(2), 491. <https://doi.org/10.2307/1051161>
- Bastidas Acevedo, M., Posada Díaz, Á., & Ramírez Gómez, H. (2016). Crecimiento y desarrollo del adolescente. In Á. Posada Díaz, J. F. Gómez Ramírez, & H. Ramírez Gómez (Eds.), *El niño sano. Una mirada integral* (4ª Edición, p. 158). Editorial Médica Panamericana.

- Basuki, M. K. S., Saputri, M. D., & Iswinarti, I. (2024). Peer Influence on Adolescent Development: A Systematic Review. *International Journal of Research Publication and Reviews*, 5(5), 8692-8696. <https://doi.org/10.55248/gengpi.5.0524.1341>
- Baumel, W. T., & Constantino, J. N. (2020). Implementing Logotherapy in Its Second Half-Century: Incorporating Existential Considerations Into Personalized Treatment of Adolescent Depression. *Journal of The American Academy of Child & Adolescent Psychiatry*, 59(9), 1012-1015. <https://doi.org/10.1016/j.jaac.2020.06.006>
- Baydhowi, B., Preston, M., Syahputra, V., Cahyani, A., & Rabitha, D. (2025). Building National Identity from Within: The Role of Self-Competence in Strengthening National Identity. *Social Psychology and Society*, 15(4), 140-153. <https://doi.org/10.17759/sps.2024150410>
- Beaumont, M. (2020). *Lev Shestov: Philosopher of the Sleepless Night*. Bloomsbury Academic.
- Benda, M. S., Stewart, A. V., Rueppel, M., Gülgöz, S., & Roy, A. K. (2024). Cognitive development. En *Elsevier eBooks* (pp. 71-84). <https://doi.org/10.1016/b978-0-323-96023-6.00104-4>
- Benjet, C., Borges, G., Medina-Mora, M. E., Zambrano, J., & Aguilar-Gaxiola, S. (2008). Youth mental health in a populous city of the developing world: results from the Mexican Adolescent Mental Health Survey. *Journal Of Child Psychology And Psychiatry*, 50(4), 386-395. <https://doi.org/10.1111/j.1469-7610.2008.01962.x>

- Benoit, L. J., Canetta, S., & Kellendonk, C. (2022). Thalamocortical Development: A Neurodevelopmental Framework for Schizophrenia. *Biological Psychiatry*, 92(6), 491-500. <https://doi.org/10.1016/j.biopsych.2022.03.004>
- Bermudez, D. L., Garcia, M. E., Iturriaga, V. F., Rodriguez, R. E., & Gonzales-Backen, M. (2025). Latinx Youth in Rural Settings: Understanding the Links Between Ethnic-Racial Identity, Neighborhood Risks, Perceived Discrimination, and Depressive Symptoms. *Journal Of Adolescence*. <https://doi.org/10.1002/jad.12464>
- Bhugra, D. (2023). Psychiatrists on Psychiatry: Conversations with leaders. In *Psychiatrists on Psychiatry: Conversations with leaders* (pp. 169-C18P78). Oxford University Press eBooks. <https://doi.org/10.1093/med/9780198853954.003.0019>
- Biatecka-Pikul, M., Stępień-Nycz, M., Szpak, M., Grygiel, P., Bosacki, S., Devine, R. T., & Hughes, C. (2021). Theory of Mind and Peer Attachment in Adolescence. *Journal of Research on Adolescence*, 31(4), 1202-1217. <https://doi.org/10.1111/jora.12630>
- Bidaki, R., Saghafic, F., Majoumard, M. M., Nadershabbaz, M., Hadavi, M., Sajadi, M. A., Sepehrig, F., Ghazalbash, H., & Sahebnasagh, A. (2022). The Moral Development Based on Kohlberg's Theory among Medical Students. *Journal of Social Behavior and Community Health*. <https://doi.org/10.18502/jsbch.v6i1.9519>
- Bilbao, F. S. (2014). modelo de organización política de la monarquía universal: la Corona de Aragón y su proyección

en las Indias. *Revista Mexicana de Historia del Derecho*.
<https://doi.org/10.22201/ijj.24487880e.2014.30.10184>

Bittoni, C., & Kiesner, J. (2023). When the brain turns on with sexual desire: fMRI findings, issues, and future directions. *Sexual Medicine Reviews*, 11(4), 296-311.
<https://doi.org/10.1093/sxmrev/qead029>

Blanco, L. Á., y Martínez-González, R. (2016). Cooperación entre las Familias y los Centros Escolares como Medida Preventiva del Fracaso y del Riesgo de Abandono Escolar en Adolescentes. *Revista Latinoamericana de Educación Inclusiva*, 10(1), 175-192. <https://doi.org/10.4067/s0718-73782016000100009>

Blankenstein, N. E., Huettel, S. A., & Li, R. (2021). Resolving ambiguity: Broadening the consideration of risky decision making over adolescent development. *Developmental Review*, 62, 100987.
<https://doi.org/10.1016/j.dr.2021.100987>

Boland, R. J., & Verduin, M. L. (2023). *Kaplan & Sadock's Concise Textbook of Clinical Psychiatry*. Wolters Kluwer.

Boller, F., & Caputi, N. (2018). History of the frontal lobes: Language and language disorders. *Revue Neurologique*, 174(10), 739.
<https://doi.org/10.1016/j.neurol.2018.09.006>

Braams, B. R., & Krabbendam, L. (2022). Adolescent development: From neurobiology to psychopathology. *Current Opinion in Psychology*, 48, 101490.
<https://doi.org/10.1016/j.copsyc.2022.101490>

- Brand, V. A. G., & Gelvez-García, L. E. (2023). La nomofobia en los adolescentes y el impacto en su salud mental: una revisión sistemática. *Revista Argentina de Ciencias del Comportamiento*, 15(3), 12-23. <https://doi.org/10.32348/1852.4206.v15.n3.36788>
- Bravo-Andrade, H. R. (2021). Intrafamily relations and resilience as protectors against depressive symptoms in Mexican high school students. *Salud Mental*, 44(3), 127-134. <https://doi.org/10.17711/sm.0185-3325.2021.017>
- Bredikyte, M., & Hakkarainen, P. (2023). Reconstructing the Vygotskian vision of play, learning and development in early childhood. In A.-C. Faldet, T.-A. Skrefsrudand, & H. M. Somby (Eds.), *Læring i et Vygotsky-perspektiv: Muligheter og konsekvenser for opplæringen* (pp. 61–83). Cappelen Damm Akademisk. <https://doi.org/10.23865/noasp.191>
- Brown, R. (2019). The social identity approach: Appraising the Tajfellian legacy. *British Journal of Social Psychology*, 59(1), 5-25. <https://doi.org/10.1111/bjso.12349>
- Bush, K. R., Supple, A. J., & Lash, S. B. (2004). Mexican Adolescents' Perceptions of Parental Behaviors and Authority as Predictors of Their Self-Esteem and Sense of Familism. *Marriage & Family Review*, 36(1-2), 35-65. https://doi.org/10.1300/j002v36n01_03
- Cakir, G., Isik, U., Ustun, U. D., Su, N., & Gumusgul, O. (2024). Resilience among Turkish adolescents: A multi-level approach. *PLoS ONE*, 19(7), e0300165. <https://doi.org/10.1371/journal.pone.0300165>

- Campero, Á., & Ajler, P. (2019). *Neuroanatomía quirúrgica*. Ediciones Journal.
- Campione-Barr, N., Skinner, A., Moeller, K., Cui, L., Kealy, C., & Cookston, J. (2024). The role of family relationships on adolescents' development and adjustment during the COVID-19 pandemic: A systematic review. *Journal of Research on Adolescence*.
<https://doi.org/10.1111/jora.12969>
- Campos, M. F. (2024). O CORPO DO ADOLESCENTE e SUA INSCRIÇÃO NO SOCIAL. En *Editora Científica Digital eBooks* (pp. 153-171).
<https://doi.org/10.37885/240215735>
- Carapeto, M. J. (2019). Reorganização do autocomhecimento e adaptação psicológica na adolescência. *International Journal of Developmental and Educational Psychology Revista INFAD de Psicología*, 1(2), 137-146.
<https://doi.org/10.17060/ijodaep.2019.n2.v1.1682>
- Carlson, A. S., Schwager, L. E., Hart, T. W., Diesel, S. J., Harris, J. L., Flores, M., West, K., Thomas, E. B., & Jenkins, N. D. (2025). Interactions of Chronic Stress Exposure and Stress Appraisal on Vascular Endothelial Function Among Young Adults. *Journal Of Applied Physiology*.
<https://doi.org/10.1152/jappphysiol.00457.2024>
- Carrascoza Venegas, C. A. (2022). El consumo de drogas en México durante la pandemia del covid-19: tratamiento y políticas de salud pública. *Revista Electrónica De Psicología Iztacala*, 25(1). Recuperado a partir de

<https://www.revistas.unam.mx/index.php/repi/article/view/82178>

Carrizo, A. Á. (2022). El nacimiento de la psiquiatría en el siglo XIX. *Eikasía Revista de Filosofía*, 107, 177-196. <https://doi.org/10.57027/eikasiasia.107.303>

Carter, K. (2022). Overview of Psychopathology and Psychological Disorders. In *Psychopathology, Understanding Psychological Disorders* (pp. 1-29). Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/9781108525985.002>

Carvalho, V. F. A. (2022). O impacto epistemológico da teoria de gilligan para uma reavaliação da moralidade humana. *Schème - Revista Eletrônica de Psicologia E Epistemologia Genéticas*, 14, 9-51. <https://doi.org/10.36311/1984-1655.2022.v14.esp.p9-51>

Casas-Muñoz, A., Velasco-Rojano, Á. E., Rodríguez-Caballero, A., Prado-Solé, E., & Álvarez, M. G. (2023). ACEs and mental health problems as suicidality predictors in Mexican adolescents. *Child Abuse & Neglect*, 150, 106440. <https://doi.org/10.1016/j.chiabu.2023.106440>

Casey, B. J., Cohen, A. O., & Galvan, A. (2025). The beautiful adolescent brain: An evolutionary developmental perspective. *Annals Of The New York Academy Of Sciences*, 1546(1), 58-74. <https://doi.org/10.1111/nyas.15314>

Casey, P., & Kelly, B. (2024). What Is Psychopathology? Controversies in Classifying Psychiatric Disorder. In Patricia Casey y Brendan Kelly, *Fish's Clinical Psychopathology: Signs*

and Symptoms in Psychiatry (5th ed., pp. 11–23). Cambridge University Press.
<https://doi.org/10.1017/9781009372688.003>

Caspers, S., Zilles, K., Laird, A. R., & Eickhoff, S. B. (2010). ALE meta-analysis of action observation and imitation in the human brain. *NeuroImage*, 50(3), 1148-1167.
<https://doi.org/10.1016/j.neuroimage.2009.12.112>

Cinti, S., & Giordano, A. (2020). *Neuroanatomía*. Edi. Ermes.

Ciranka, S., & Van Den Bos, W. (2021). Adolescent risk-taking in the context of exploration and social influence. *Developmental Review*, 61, 100979.
<https://doi.org/10.1016/j.dr.2021.100979>

Cisneros, J. (2019). Génesis del deseo y su objeto: consideraciones a partir de la clínica y la literatura. *Boletín Científico de la Escuela Superior Atotonilco de Tula*, 6(12), 21-26.
<https://doi.org/10.29057/esat.v6i12.4543>

Cohen, RJ, Swerdlik, ME y Sturman, ED (2018). *Pruebas y evaluación psicológica: Introducción a las pruebas y la medición* (9.ª ed.). McGraw-Hill Education.

Corradi, R. B. (2024). Psychoanalytic Contributions to Psychodynamic Psychiatry and Psychotherapy: Erik Erikson's Psychosocial Developmental Theory. *Psychodynamic Psychiatry*, 52(1), 18-24.
<https://doi.org/10.1521/pdps.2024.52.1.18>

Cortés Macías, O., UNICEF, CEAPAL, & Cámara de Diputados. (2021). Violencia intrafamiliar en el contexto del Covid-19. En

Violencia Intrafamiliar En el Contexto del Covid-19 [Journal-article].

<https://portalhcd.diputados.gob.mx/PortalWeb/Micrositios/289a9fa3-0106-4129-b725-170d7d5f9ae9.pdf>

Crocetti, E., Pagano, M., De Lise, F., Maratia, F., Bobba, B., Meeus, W., & Bacaro, V. (2024). Promoting Adolescents' Personal and Social Identities: A Meta-Analysis of Psychosocial Interventions. *Identity*, 25(2), 167-196. <https://doi.org/10.1080/15283488.2024.2394888>

Crockett, M. A., Núñez, D., Martínez, P., Borghero, F., Campos, S., Langer, Á. I., Carrasco, J., & Martínez, V. (2025). Interventions to Reduce Mental Health Stigma in Young People. *JAMA Network Open*, 8(1), e2454730. <https://doi.org/10.1001/jamanetworkopen.2024.54730>

Crossman, A. R., & Neary, D. (2019). *Neuroanatomía, Texto y Atlas de color* (6ª Edición). Elsevier.

Cruz-Linares, B. L., & Mendoza-González, B. (2023). Empatía en niños, niñas y adolescentes, descripción en función de sexo y nivel educativo. *Revista RedCA*, 6(17), 134. <https://doi.org/10.36677/redca.v6i17.22387>

Cruz-Linares, B. L., & Mendoza-González, B. (2023). Empatía en niños, niñas y adolescentes, descripción en función de sexo y nivel educativo. *Revista RedCA*, 6(17), 134. <https://doi.org/10.36677/redca.v6i17.22387>

D'Andrea, C. B., Marek, S., Van, A. N., Miller, R. L., Earl, E. A., Stewart, S. B., Dosenbach, N. U. F., Schlaggar, B. L., Laumann, T. O.,

- Fair, D. A., Gordon, E. M., & Greene, D. J. (2023). Thalamo-cortical and cerebello-cortical functional connectivity in development. *Cerebral Cortex*, 33(15), 9250-9262. <https://doi.org/10.1093/cercor/bhad198>
- Davidow, J. Y., Insel, C., & Somerville, L. H. (2018). Adolescent Development of Value-Guided Goal Pursuit. *Trends In Cognitive Sciences*, 22(8), 725-736. <https://doi.org/10.1016/j.tics.2018.05.003>
- De Castro Lamela, G., & Conde, L. B. (2022). Adolescents' Expectations and Wellbeing Perceptions in Mumbai's Hinterland and Its Slums: What Means 'to Become Someone' in Early XXI Century in Maharastra? En *Evidence-Based Approaches to Peace and Conflict Studies* (pp. 133-156). https://doi.org/10.1007/978-981-19-5045-2_8
- De Dios Benítez-Sillero, J., Crespo, J. M. A., Morente-Montero, Á., & Moreno, E. M. (2022). Relación entre la empatía en la adolescencia con los diferentes tipos de actividad física practicada. *PUBLICACIONES*, 52(2), 245-279. <https://doi.org/10.30827/publicaciones.v52i2.22231>
- De Dios, M. M. (2022). Avances de la Lingüística y su aplicación didáctica. *Journal Of Spanish Language Teaching*, 9(2), 209-211. <https://doi.org/10.1080/23247797.2022.2157092>
- De la Cruz Hernández, R., Morales Cruz, A. del C., González Argote, J., & Roman-Acosta, D. (2025). Evolution of the concept of mental health in the 21st century. In (Ed.), & V. E. Varas Violante, *Philosophical and social perspectives on mental*

health (pp. 22-59). Editorial
PLAGCIS. <https://doi.org/10.69821/PLAGCIS.6.c21>

De la Hoz, J. P. (2017). Ventajas y desventajas del uso adolescente de las TIC: visión de los estudiantes. *Revista Complutense de Educación*, 29(2), 491-508.
<https://doi.org/10.5209/rced.53428>

De la Torre-Luque, A., Borges, G., Benjet, C., Orozco, R., Medina-Mora, M. E., & Ayuso-Mateos, J. L. (2022). Diagnostic profiles in adolescence and emerging adulthood: Transition patterns and risk factors. *Spanish Journal of Psychiatry and Mental Health*, 16(1), 42-50.
<https://doi.org/10.1016/j.rpsm.2022.01.002>

De Vega, M. (2021). Revisitando la corporeidad del lenguaje narrativo. *Revista Signos*, 54(107), 985-1003.
<https://doi.org/10.4067/s0718-09342021000300985>

Defoe, I. N., Dubas, J. S., & Romer, D. (2019). Heightened Adolescent Risk-Taking? Insights From Lab Studies on Age Differences in Decision-Making. *Policy Insights from the Behavioral and Brain Sciences*, 6(1), 56-63.
<https://doi.org/10.1177/2372732218801037>

Del Giudice, M., & Haltigan, J. D. (2021). An integrative evolutionary framework for psychopathology. *Development And Psychopathology*, 35(1), 1-11.
<https://doi.org/10.1017/s0954579421000870>

- Del Moral, S. S. S., & Villavicencio, G. T. (2022). reforma educativa inclusiva en México. *Perfiles Educativos*, 44(176). <https://doi.org/10.22201/iisue.24486167e.2022.176.60534>
- Delgado, R. H. (2024). El problema del trabajo en el pensamiento de Freud. *Revista Affectio Societatis/Affectio Societatis*, 21(40). <https://doi.org/10.17533/udea.affs.v21n40a09>
- Demaria, F., Pontillo, M., Di Vincenzo, C., Bellantoni, D., Pretelli, I., & Vicari, S. (2024). Body, image, and digital technology in adolescence and contemporary youth culture. *Frontiers In Psychology*, 15. <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2024.1445098>
- Diachenko-Bohun, M., Rybalko, L., Grygus, I., & Zukow, W. (2019). Health Preserving Educational Environment in the Condition for Information Technologies. *Journal of History Culture and Art Research*, 8(2), 93. <https://doi.org/10.7596/taksad.v8i2.2075>
- Díaz, C. E. R., Salazar, A. B. C., Texaj, A. M. J., & Palencia, K. J. G. (2022). Neurociencia social, marco del adolescente y la ansiedad. *Revista Académica Sociedad del Conocimiento Cunzac*, 2(2), 115-122. <https://doi.org/10.46780/sociedadcunzac.v2i2.35>
- Dominguez, J., Pino, I. P., & Rodríguez, V. D. (2024). Ansiedad estado-rasgo: una aproximación desde la percepción de los adolescentes (State-trait anxiety: an approach from the perception of adolescents). *Retos*, 60, 585-595. <https://doi.org/10.47197/retos.v60.106903>

- Dreibelbis, M. A. P., Flores, E. U., Chacon, C. M. A., Concepción, M. S. G., & Podestá, M. F. L. (2025). Exploración y compromiso en contextos de precariedad. Construcción de identidad psicosocial en adolescentes de cuatro escuelas de la ciudad de Lima. *Desde el Sur Revista de Ciencias Humanas y Sociales de la Universidad Científica del Sur*, 17(1), e0011. <https://doi.org/10.21142/des-1701-2025-0011>
- Dumard, K. (2016). *Neuropsicología*. CENGAGE Learning.
- Dutra-Thomé, L., Marques, L. F., Seidl-De-Moura, M. L., De Oliveira Ramos, D., & Koller, S. (2019). Autonomy Development: Gender and Age Differences from Adolescence to Emerging Adulthood. *Acta de Investigación Psicológica*, 9(2). <https://doi.org/10.22201/fpsi.20074719e.2019.2.259>
- Dziedzic, T. A., Bala, A., Balasa, A., Olejnik, A., & Marchel, A. (2022). Cortical and white matter anatomy relevant for the lateral and superior approaches to resect intraaxial lesions within the frontal lobe. *Scientific Reports*, 12(1). <https://doi.org/10.1038/s41598-022-25375-z>
- Elgarresta, L. (2017). *Desarrollo biológico y cognitivo en el ciclo vital*. Editorial Pirámide.
- Elizalde-Resano, C., Reparaz, C., & Ochoa-Linacero, B. (2025). Mental health stigma in adolescents: a scoping review. *Psychology Society & Education*, 17(2), 76-85. <https://doi.org/10.21071/pse.v17i2.17748>
- Enríquez Álvarez, J. M. (2024). *Análisis cualitativo de la precisión de la craneotomía en las lesiones tumorales intra axiales*

supratentoriales [Universidad Autónoma de Nuevo León-
Facultad de Medicina].
<http://eprints.uanl.mx/id/eprint/26940>

Espinoza, L. K. B., Calle, M. A. L., Rodríguez, P. E. R., & Faican, R. G. E. (2022). Desarrollo psicológico del adolescente: una revisión sistemática. *Pro Sciences Revista de Producción Ciencias E Investigación*, 6(42), 389-398.
<https://doi.org/10.29018/issn.2588-1000vol6iss42.2022pp389-398>

Estévez, M. G. (2022). *Teoría psicogenética de Jean Piaget: aportes para comprender al niño de hoy que será el adulto del mañana: Vol. núm. 7* [SERIE. Cuadernos de psicología y psicopedagogía]. Pontificia Universidad Católica Argentina: Facultad “Teresa de Ávila”. Centro de Investigación Interdisciplinar en Valores, Integración y Desarrollo Social.
<https://repositorio.uca.edu.ar/handle/123456789/13496>

Fancher, R. E. (2020). Freud and Psychoanalysis. En *Routledge eBooks* (pp. 425-441).
<https://doi.org/10.4324/9781003070818-33>

Farooqi, S. (2024). Neuropeptides. In M.-E. Lynall, P. B. Jones, & S. M. Stahl (Eds.), *Cambridge textbook of Neuroscience for Psychiatrists* (pp. 34–39). Cambridge University Press & Assessment.

Fernandes, A., & Gomes, M. (2024). Mental disorders: exploring normality models to distinguish what is normal from what is illness. *European Psychiatry*, 67(S1), S660.
<https://doi.org/10.1192/j.eurpsy.2024.1370>

- Fernandes, A., & Gomes, M. (2024). Mental disorders: exploring normality models to distinguish what is normal from what is illness. *European Psychiatry*, 67(S1), S660. <https://doi.org/10.1192/j.eurpsy.2024.1370>
- Flores Lázaro, J. C., & Ostrosky, F. (2012). *Desarrollo neuropsicológico del lóbulos frontales y funciones ejecutivas*. Manual Moderno.
- Fragoso, A. A. (2023). *Niñez trans. Interés superior de la niñez y adolescencia con contenido científico*. Tirant humanidades.
- Franco, R. M., & Sánchez, D. (2023). Análisis estadístico del contacto entre lenguas: El caso de las grafías ⟨b⟩ y ⟨v⟩ en la documentación en castellano de Mallorca (siglo XVIII). *Spanish In Context*, 20(1), 1-25. <https://doi.org/10.1075/sic.21005.mig>
- Fraza, C., Zabihi, M., Beckmann, C. F., & Marquand, A. F. (2025). Using Extreme Value Statistics to Reconceptualize Psychopathology as Extreme Deviations From a Normative Reference Model. *Human Brain Mapping*, 46(11), e70281. <https://doi.org/10.1002/hbm.70281>
- Gabriel, E. T., Oberger, R., Schmoeger, M., Deckert, M., Vockh, S., Auff, E., & Willinger, U. (2019). Cognitive and affective Theory of Mind in adolescence: developmental aspects and associated neuropsychological variables. *Psychological Research*, 85(2), 533-553. <https://doi.org/10.1007/s00426-019-01263-6>

- Gaete, V. (2015). Desarrollo psicosocial del adolescente. *Revista Chilena de Pediatría*, 86(6), 436-443. <https://doi.org/10.1016/j.rchipe.2015.07.005>
- Galán-Arroyo, C., Mayordomo-Pinilla, N., Olivares, P. R., & Rojo-Ramos, J. (2024). Condición física y autoconcepto en estudiantes de diferentes edades en Extremadura (España). *Sportis Scientific Journal of School Sport Physical Education and Psychomotricity*, 10(2), 377-400. <https://doi.org/10.17979/sportis.2024.10.2.10548>
- Gao, S. (2022). Effects of Gender Differences on Adolescent Students' Subject Preferences. *Advances In Social Science, Education and Humanities Research/Advances In Social Science, Education and Humanities Research*. <https://doi.org/10.2991/assehr.k.220704.003>
- Garai-Olaun, A. A., y Zufiaurre, L. S. (2005). Aportaciones al conocimiento de las técnicas constructivas altomedievales en Álava, Gupúzcoa y Vizcaya. *Arqueología de la Arquitectura*, 4, 193-213. <https://doi.org/10.3989/arq.arqt.2005.83>
- Garbett, A., Neal, S., Hernandez, A. L., & Tzavidis, N. (2023). Adolescence in flux: Unmasking 30 years of change in subnational parity-specific adolescent fertility in Mexico. *Demographic Research*, 49, 385-422. <https://doi.org/10.4054/demres.2023.49.15>
- García Molina, A. (2018). *Evaluación de las funciones ejecutivas*. Editorial Síntesis.

- García Villegas, J. E., & Díaz, R. (2022). *Introducción al sistema integral de justicia penal para adolescentes*. Tirant lo Blanch.
- Ghisileri, M. (2023). *Criar con salud mental. Lo que tus hijos necesitan y solo tú le puedes dar*. Paidós.
- Ghosh, D., & Kumar, A. (2024). Anxiety and Depression-Related Problems Associated with Adolescents. En *BENTHAM SCIENCE PUBLISHERS eBooks* (pp. 158-178). <https://doi.org/10.2174/9789815274400124010013>
- Giacolini, T., Alcaro, A., Conversi, D., & Tarsitani, L. (2025). Depression in adolescence and young adulthood: the difficulty to integrate motivational/emotional systems. *Frontiers in Psychology*, 15. <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2024.1391664>
- Giret, N. E. (2020). Desarrollo de la empatía de los estudiantes, de un colegio de gestión privada, que participan del programa de inserción social educación. *Revista Científica Estudios E Investigaciones*, 8, 89. <https://doi.org/10.26885/rcei.foro.2019.89>
- Golombok, S. (2022). Michael Rutter (1933–2021). *American Psychologist*, 77(8), 970. <https://doi.org/10.1037/amp0001049>
- Gómez-Arias, R. D. (2018). ¿Qué se ha entendido por salud y enfermedad? *Rev. Fac. Nac. Salud Pública*, 36(1), 64–102. <https://centrohumanista.edu.mx/biblioteca/files/original/0c196c6c82387dbedbc3e6a1176fe325.pdf6fe325.pdf>

- González-Rubio, M., Delgadillo-Ramos, G., Valles-Medina, A. M., Caloca-Leon, H., & De-La-Mora, S. (2023). Internalizing and externalizing behaviors in high school adolescents in a northern border city of Mexico and their type of family. *Atención Primaria*, 55(12), 102743. <https://doi.org/10.1016/j.aprim.2023.102743>
- Goodpaster, C. M., Christensen, C. R., Alturki, M., & DeNardo, L. A. (2025). Prefrontal cortex development and its implications in mental illness. *Neuropsychopharmacology*, 51(1), 114-128. <https://doi.org/10.1038/s41386-025-02154-8>
- Goossens, J. T., Knoef, M., & Ponds, E. (2022). Can Estimated Risk and Time Preferences Explain Real-Life Financial Choices? *SSRN Electronic Journal*. <https://doi.org/10.2139/ssrn.4109217>
- Gowland, R., & Newman, S. L. (2019). Children of the Revolution: Childhood Health Inequalities and the Life Course during Industrialization of the 18th and 19th Centuries in England. In P. Beauchesne & S. C. Agarwal (Eds.), *Children and Childhood in Bioarchaeology* (pp. 293–329). University Press of Florida eBooks. <https://doi.org/10.5744/florida/9780813056807.003.0010>
- Grunin, J. (2021). Escribir en la adolescencia: Centros y márgenes del ensayo identitario. *Traslaciones Revista Latinoamericana de Lectura y Escritura*, 8(16), 114-128. <https://doi.org/10.48162/rev.5.054>
- Guerrero-Barona, E., Sánchez-Herrera, S., Moreno-Manso, J. M., Sosa-Baltasar, D. & Durán-Vinagr, M. A. (2019). El

autoconcepto y su relación con la inteligencia emocional y la ansiedad. En *Behavioral Psychology / Psicología Conductual: Vol. Vol. 27* (Número N° 3, pp. 455-476). <https://www.behavioralpsycho.com/wp-content/uploads/2019/12/06.Guerrero-Barona-27-3-3.pdf>

Guida, S. L. A. G., Ribeiro, S. L. S., De Souza, M. T. S., & Monteiro, P. O. (2024). Construção de identidade na adolescência. *Saberes Revista Interdisciplinar de Filosofia E Educação*, 24(1), AR14. <https://doi.org/10.21680/1984-3879.2024v24n1id35507>

Habibzadeh, F. (2024). Data Distribution: Normal or Abnormal? *Journal Of Korean Medical Science*, 39(3), e35. <https://doi.org/10.3346/jkms.2024.39.e35>

Harding, A. (2002). *Medieval Law and the Foundations of the State*. Oxford University Press

Hayati, N., & Razali, G. (2023). The Effect of Mass Communication and Social Media on Teenagers. *Indonesian Journal of Economic & Management Sciences*, 1(4), 609-618. <https://doi.org/10.55927/ijems.v1i4.5406>

Hermosillo-De-La-Torre, A. E., Arteaga-De-Luna, S. M., Acevedo-Rojas, D. L., Juárez-Loya, A., Jiménez-Tapia, J. A., Pedroza-Cabrera, F. J., González-Forteza, C., Cano, M., & Wagner, F. A. (2021). Psychosocial Correlates of Suicidal Behavior among Adolescents under Confinement Due to the COVID-19 Pandemic in Aguascalientes, Mexico: A Cross-Sectional Population Survey. *International Journal of Environmental*

Research and Public Health, 18(9), 4977.
<https://doi.org/10.3390/ijerph18094977>

Hernández, E. S., Gómez-Calcerrada, S. G., & Villén, J. C. (2025). Análisis de las consecuencias psicológicas en la población española por el confinamiento debido a la COVID-19. *Universitas Psychologica*, 22, 1-11.
<https://doi.org/10.11144/javeriana.upsy22.acpp>

Heshmati, S., Westhoff, M., & Hofmann, S. G. (2024). Novel approaches toward studying change. *Psychiatric Clinics of North America*, 47(2), 287-300.
<https://doi.org/10.1016/j.psc.2024.02.001>

Hill, P. L., & Edmonds, G. W. (2017). Personality development in adolescence. En *Elsevier eBooks* (pp. 25-38).
<https://doi.org/10.1016/b978-0-12-804674-6.00003-x>

Hollenstein, T., & Faulkner, K. (2024). Adolescent digital emotion regulation. *Journal of Research on Adolescence*, 34(4), 1341-1351. <https://doi.org/10.1111/jora.13009>

Hubert, C., Estrada, F., Campero, L., Heredia-Pi, I. B., Villalobos, A., Suárez-López, L., Ibañez-Cuevas, M., & Barrientos, T. (2021). Designing Digital Tools Capable of Reaching Disadvantaged Adolescents and Improving their Sexual Health: A Mexican Experience. *Journal Of Health Care for The Poor and Underserved*, 32(2S), 62-84.
<https://doi.org/10.1353/hpu.2021.0051>

Hubert, C., Villalobos, A., Abreu, A. B., Suárez-López, L., & De Castro, F. (2019). Factors associated with pregnancy and

motherhood among Mexican women aged 15-24. *Cadernos de Saúde Pública*, 35(6). <https://doi.org/10.1590/0102-311x00142318>

Ibañez, A. N. I. (2020). Neoliberalismo y subjetividad. El nuevo malestar. *Revista de Psicología*, 074. <https://doi.org/10.24215/2422572xe074>

Jacob, L., & Reddy, K. J. (2024). Role of cognitive and emotional empathy in the development of social cognition among adolescents. *Indian Journal of Anatomy and Surgery of Head Neck and Brain*, 10(1), 4-9. <https://doi.org/10.18231/j.ijashnb.2024.002>

Jaruga-Sękowska, S., Staśkiewicz-Bartecka, W., & Woźniak-Holecka, J. (2025). The Impact of Social Media on Eating Disorder Risk and Self-Esteem Among Adolescents and Young Adults: A Psychosocial Analysis in Individuals Aged 16–25. *Nutrients*, 17(2), 219. <https://doi.org/10.3390/nu17020219>

Jensen, L. A., & Dost-Gözkan, A. (2014). Adolescent–Parent Relations in Asian Indian and Salvadoran Immigrant Families: A Cultural–Developmental Analysis of Autonomy, Authority, Conflict, and Cohesion. *Journal of Research on Adolescence*, 25(2), 340-351. <https://doi.org/10.1111/jora.12116>

Ji, X. (2023). How Family Environment Influence the Social Role of Female Adolescents. *Journal of Education Humanities and Social Sciences*, 12, 247-253. <https://doi.org/10.54097/ehss.v12i.7648>

- Johnston, J., & Foster, J. (2025). Navigating the Beauty Bind: Young People's Intersectional Perspectives on Appearance, Privilege and Inequality. *Cultural Sociology*. <https://doi.org/10.1177/17499755241307054>
- Jones, D. T., & Graff-Radford, J. (2021). Executive Dysfunction and the Prefrontal Cortex. *CONTINUUM Lifelong Learning in Neurology*, 27(6), 1586-1601. <https://doi.org/10.1212/con.0000000000001009>
- Jones, E., & Waite-Stupiansky, S. (2022). The Eriksons Psychosocial Developmental Theory. In L. E. Cohen & S. Waite-Stupiansky (Eds.), *Theories of Early Childhood Education: Developmental, Behaviorist, and Critical* (2nd ed., pp. 34–49). Routledge eBooks. <https://doi.org/10.4324/9781003288077-4>
- Journet, N. (2018). Carol Gilligan. *Sciences Humaines, Les Essentiels*(HS3), 145. <https://doi.org/10.3917/sh.hs3.0145>
- Kamangar, S. S. H., Moradimanesh, Z., Mokhtari, S., & Bakouie, F. (2018). A dynamical system approach explaining the process of development by introducing different time-scales. *International Journal of Neuroscience*, 128(12), 1211-1212. <https://doi.org/10.1080/00207454.2018.1486831>
- Kamdel, E. R. (2019). *La nueva biología de la mente. Qué nos dicen los trastornos mentales sobre nosotros mismos*. Paidós.
- Kanske, P. (2018). The social mind: disentangling affective and cognitive routes to understanding others. *Interdisciplinary Science Reviews*, 43(2), 115-124. <https://doi.org/10.1080/03080188.2018.1453243>

- Kaushik, D., Garg, M., & Mishra, A. (2023). Exploring Developmental Pathways: An In-depth Analysis of Bronfenbrenner's Bioecological Model. *International Journal for Multidisciplinary Research*, 5(6).
<https://doi.org/10.36948/ijfmr.2023.v05i06.9154>
- Kaygorodova, N. Z., Volkova, T. G., & Yatsenko, M. V. (2023). Peculiarities of Adolescent Subjectivity with Different Expressions of Behavioral Addiction. En *Lecture notes in networks and systems* (pp. 935-942).
https://doi.org/10.1007/978-3-031-23856-7_81
- Kazda, L., Bell, K., Thomas, R., McGeechan, K., Sims, R., & Barratt, A. (2021). Overdiagnosis of Attention-Deficit/Hyperactivity Disorder in Children and Adolescents. *JAMA Network Open*, 4(4), e215335.
<https://doi.org/10.1001/jamanetworkopen.2021.5335>
- Kazi, S., & Galanaki, E. (2020). Piagetian Theory of Cognitive Development. *The Encyclopedia of Child and Adolescent Development*, 1-11.
<https://doi.org/10.1002/9781119171492.wecad364>
- Kent, J. S., Markon, K., & MacDonald, A. W. (2023). Theories of psychopathology: Introduction to a special section. *Journal of Psychopathology and Clinical Science*, 132(3), 223-227.
<https://doi.org/10.1037/abn0000824>
- Khakwani, F., Khurram, F., & Fahd, S. (2022). Exploring the impact of shared cognitive and emotional factors in career decision-making among adolescents through qualitative inquiry.

Journal Of Management Practices Humanities and Social Sciences, 6(5). <https://doi.org/10.33152/jmphss-6.5.6>

Khanal, G. P., & Timilsena, N. P. (2024). Theoretical Perspectives on Psychosocial Behavior of Adolescents in Education: A Systematic Review. *International Journal of Religion*, 5(12), 2000-2006. <https://doi.org/10.61707/vtxf5h46>

Kim, K. Y., & Shin, H. Y. (2022). Factors associated with adolescents' sexual experience based on the biopsychosocial model: a cross-sectional study using the Korea Youth Risk Behavior Web-based Survey (KYRBS). *BMJ Open*, 12(11), e066307. <https://doi.org/10.1136/bmjopen-2022-066307>

Knowles, G., Gayer-Anderson, C., Davis, S., Stanyon, D., Ofori, A., Blakey, R., Richards, T., Hashi, A., Clement-Gbede, K. S., Kitisu, J., Tettey, N., Lowis, K., Turner, A., Dorn, L., Putzgruber, E., Pinfold, V., Harding, S., Bhui, K., & Morgan, C. (2025). The emergence and persistence of inequalities in adolescent mental health: the Resilience, Ethnicity and AdolesCent Mental Health (REACH) cohorts. *medRxiv (Cold Spring Harbor Laboratory)*. <https://doi.org/10.1101/2025.01.07.25320111>

Kohlberg, L., & Mayer, R. (1972). Development as the Aim of Education. *Harvard Educational Review*, 42(4), 449-496. <https://doi.org/10.17763/haer.42.4.kj6q8743r3j00j60>

Kufferath-Lin, T., Prout, T. A., Midgley, N., Hepworth, M., & Fonagy, P. (2020). Psychodynamic Therapy in Children and Adolescents. En *Elsevier eBooks* (pp. 148-174). <https://doi.org/10.1016/b978-0-12-818697-8.00039-x>

- Laith A. (2024). Neuroanatomy. In M.-E. Lynall, P. B. Jones, & S. M. Stahl (Eds.), *Cambridge textbook of Neuroscience for Psychiatrists* (p. 80). Cambridge University Press & Assessment.
- Lam, B. Y. H., & Hsu, S. S. W. (2024). Psychological Disorders. Chow, J. T., & Sun, C. T. (2024). *Psychology in Asia*. (2^a ed., pp. 57). Routledge. <https://doi.org/10.4324/9781032622903-11>
- Laurent, V., & Chaine, F. (2017). introducción a la psiquiatría infantil. In V. Kapsamelis (Ed.), *Manual de psiquiatría clínica y psicopatología del adulto* (p. 639). Fondo de Cultura Económica.
- Laurent, V., & Chaine, F. (2017). introducción a la psiquiatría infantil. In V. Kapsamelis (Ed.), *Manual de psiquiatría clínica y psicopatología del adulto* (p. 639). Fondo de Cultura Económica.
- Lebedeva, E. (2023). Social Competence in Adolescents with Different Level of Theory of Mind. *Psikhologicheskii Zhurnal*, 44(1), 43. <https://doi.org/10.31857/s020595920024342-2>
- Lippi, M., Mariani, S., Martinelli, M., & Zambonelli, F. (2024). Autonomous Mental Development at the Individual and Collective Levels: Concept and Challenges. *IEEE Access*, 1. <https://doi.org/10.1109/access.2024.3522362>
- Liu, D. Y., Strube, M. J., & Thompson, R. J. (2021). Interpersonal Emotion Regulation: an Experience Sampling Study. *Affective Science*, 2(3), 273-288. <https://doi.org/10.1007/s42761-021-00044-y>

- Liu, L., Song, X., & Li, Y. (2022). The Emotional Mechanisms of Interpersonal Preemptive Behavior. *Frontiers In Psychology*, 13. <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2022.841960>
- Liu, Y. (2024). Inspiration of Eriksons Psychosocial Development Theory on Elderly Education in China. *Lecture Notes in Education Psychology and Public Media*, 33(1), 88-94. <https://doi.org/10.54254/2753-7048/33/20231498>
- Llamas-Díaz, D., Cabello, R., Megías-Robles, A., & Fernández-Berrocal, P. (2022). Systematic review and meta-analysis: The association between emotional intelligence and subjective well-being in adolescents. *Journal Of Adolescence*, 94(7), 925-938. <https://doi.org/10.1002/jad.12075>
- Loeb, E. L., Tan, J. S., Hessel, E. T., & Allen, J. P. (2016). Getting What You Expect: Negative Social Expectations in Early Adolescence Predict Hostile Romantic Partnerships and Friendships Into Adulthood. *The Journal of Early Adolescence*, 38(4), 475-496. <https://doi.org/10.1177/0272431616675971>
- López, C. F. M., Céspedes, L. I. A., Tobar, F. R. L., Morocho, J. E. M., & Morocho, V. E. M. (2024). Bases biológicas y psicofisiológicas: córtex cerebral y su relación con el aprendizaje en la infancia y la adolescencia. *Arandu-UTIC.*, 11(2), 1628-1650. <https://doi.org/10.69639/arandu.v11i2.361>
- López, C. H., Suárez-López, L., De la Vara-Salazar, E., & Villalobos, A. (2023). Salud sexual y reproductiva en población

adolescente y adulta en México, 2022. *Salud Pública de México*, 65, s84-s95. <https://doi.org/10.21149/14795>

López-Pérez, B., Patel, H., & Zuffianò, A. (2021). Theory of Mind and children's comforting behaviour (La Teoría de la Mente y el comportamiento infantil de consuelo). *Journal For The Study of Education and Development Infancia y Aprendizaje*, 45(1), 116-139. <https://doi.org/10.1080/02103702.2021.1952774>

López-Ruiz, D., & Bernal-Caballero, M. (2023). Percepciones del autoconcepto en estudiantes de Educación Secundaria Obligatoria a través de la mediación artística. *Revista Electrónica Interuniversitaria de Formación del Profesorado*, 26(3), 195-209. <https://doi.org/10.6018/reifop.560861>

Maehler, D. B., & Hernández-Torrano, D. (2025). Identity development research: a systematic review of reviews. *Self And Identity*, 24(8), 907-942. <https://doi.org/10.1080/15298868.2025.2549770>

Majeed, R. (2022). Does the Problem of Variability Justify Barrett's Emotion Revolution? *Review of Philosophy and Psychology*, 14(4), 1421-1441. <https://doi.org/10.1007/s13164-022-00650-0>

Malti, T., Galarneau, E., & Peplak, J. (2021). Moral Development in Adolescence. *Journal Of Research on Adolescence*, 31(4), 1097-1113. <https://doi.org/10.1111/jora.12639>

Manriquez, A. A. B. (2020). La teoría vygotskyana de los afectos ante al capitalismo emocional en la escuela. *Interdisciplinaria*

Revista de Psicología y Ciencias Afines, 38(1), 85-100.
<https://doi.org/10.16888/interd.2021.38.1.6>

Martí, J. A., y Morte, C. V. (2021). Jóvenes huérfanos en el Maestrazgo medieval. Aproximación a su vida a través de los documentos de tutela. *Revista de Humanidades*, 42, 107.
<https://doi.org/10.5944/rdh.42.2021.25930>

Martínez, J. B., De la Caba Collado, M. Á., & Escoda, N. P. (2020). Evaluación del programa “familias emocionadas”. *Aula Abierta*, 49(4), 421-428.
<https://doi.org/10.17811/rifie.49.4.2020.421-428>

Martínez-Casanova, E., Del Mar Molero-Jurado, M., & Del Carmen Pérez-Fuentes, M. (2024). Self-Esteem and Risk Behaviours in Adolescents: A Systematic Review. *Behavioral Sciences*, 14(6), 432. <https://doi.org/10.3390/bs14060432>

Mastromatteo, L. Y., Helm, J. L., & Miller, J. G. (2025). Resilience factors counteract intergenerational risk for adolescent maladjustment related to family mental health history and childhood adversity. *Developmental Psychology*.
<https://doi.org/10.1037/dev0001889>

Mathes, E. W. (2019). An evolutionary perspective on Kohlberg's theory of moral development. *Current Psychology*, 40(8), 3908-3921. <https://doi.org/10.1007/s12144-019-00348-0>

Mazariegos, H. R. L. (2022). Apuntes en torno al pensamiento sociológico de Peter Berger y Thomas Luckmann. *Revista de Investigación Proyección Científica*, 4(1), 223-233.
<https://doi.org/10.56785/ripc.v4i1.19>

- Megías-Robles, A., Gutiérrez-Cobo, M. J., Fernández-Berrocal, P., Gómez-Leal, R., & Cabello, R. (2024). The development of ability emotional intelligence during adolescence. *Personality and Individual Differences*, 224, 112642. <https://doi.org/10.1016/j.paid.2024.112642>
- Meneveau, M., & Tandonnet, L. (2022). Intérêt du concept d'émergences psychotiques à l'adolescence: autour de deux situations cliniques. *Annales Médico-psychologiques Revue Psychiatrique*, 180(9), 932-936. <https://doi.org/10.1016/j.amp.2022.08.006>
- Meredith, W. J., & Silvers, J. A. (2024). Experience-dependent neurodevelopment of self-regulation in adolescence. *Developmental Cognitive Neuroscience*, 66, 101356. <https://doi.org/10.1016/j.dcn.2024.101356>
- Messina, I., Calvo, V., Masaro, C., Ghedin, S., & Marogna, C. (2021). Interpersonal Emotion Regulation: From Research to Group Therapy. *Frontiers In Psychology*, 12. <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2021.636919>
- Michaelson, H. (2021). Sigmund Freud The Basics. *Psychodynamic Practice*, 27(3), 338-342. <https://doi.org/10.1080/14753634.2021.1930116>
- Michaud, P., Takeuchi, Y., Mazur, A., Hadjipanayis, A. A., & Ambresin, A. (2023). How to approach and take care of minor adolescents whose situations raise ethical dilemmas? a position paper of the European academy of pediatrics. *Frontiers In Pediatrics*, 11. <https://doi.org/10.3389/fped.2023.1120324>

- Mier, C. H., & Marcos, E. I. (2021). El derecho a la salud es un derecho humano. *Revista CONAMED*, 26(2), 89-94. <https://doi.org/10.35366/100351>
- Miklyaeva, A., & Samoilov, O. (2025). Social Beliefs and Foundations for Moral Choice as Predictors of Civic Identity in Adolescence. *Social Psychology and Society*, 15(4), 154-171. <https://doi.org/10.17759/sps.2024150411>
- Miskin, B., & Fox, L. A. (2017). The Future of TBI: Hyperbaric Oxygen as a Primary Therapeutic Approach. In K. A. Heidenreich (Ed.), *New Therapeutics for Traumatic Brain Injury. Prevention of Secondary Brain Damage and Enhancement of Repair and Regeneration* (pp. 31–50). Elsevier Inc.
- Moheghi, M., Ghorbanzadeh, M., & Abedi, J. (2020). The Investigation and Criticism Moral Development Ideas of Kohlberg, Piaget and Gilligan. *International Journal of Multicultural and Multireligious Understanding*, 7(2), 362. <https://doi.org/10.18415/ijmmu.v7i2.1516>
- Monge Juárez, M. (2021). Orígenes de la industrialización en Vizcaya. Aproximación al marco jurídico liberal, 1868-1900. *PURIQ*, 3(4), 635-644. <https://doi.org/10.37073/puriq.3.4.238>
- Moreno, P. M., Gea, S. F., Del Mar Molero Jurado, M., Del Carmen Pérez-Fuentes, M., & Linares, J. J. G. (2024). The Role of Family Functionality and Its Relationship with Psychological Well-Being and Emotional Intelligence in High School Students. *Education Sciences*, 14(6), 566. <https://doi.org/10.3390/educsci14060566>

- Moss, L., Land, C., & Tuttle, M. (2017). Counseling Adolescents in School and Clinical Mental Health Settings. En *Routledge eBooks* (pp. 53-74). <https://doi.org/10.4324/9781315466736-5>
- Mrs, S. G. N., Mr, V. M., & Mr, S. M. (2025). CHILD AND ADOLESCENT PSYCHIATRY: SPECIAL CONSIDERATIONS. En *Royal Book Publishing* (pp. 270-299). <https://doi.org/10.26524/240.11>
- Muñoz, A. C., Rojano, Á. E. V., Caballero, A. R., Solé, E. P., & Álvarez, M. G. (2023). Associations between mental health problems and Adverse Childhood Experiences ACEs in indigenous and non-indigenous Mexican adolescents. *Child Abuse & Neglect*, 147, 106595. <https://doi.org/10.1016/j.chiabu.2023.106595>
- Norris, S. A., Frongillo, E. A., Black, M. M., Dong, Y., Fall, C., Lampl, M., Liese, A. D., Naguib, M., Prentice, A., Rochat, T., Stephensen, C. B., Tinago, C. B., Ward, K. A., Wrottesley, S. V., & Patton, G. C. (2021). Nutrition in adolescent growth and development. *The Lancet*, 399(10320), 172-184. [https://doi.org/10.1016/s0140-6736\(21\)01590-7](https://doi.org/10.1016/s0140-6736(21)01590-7)
- Nuccitelli, C., Valentini, A., Caletti, M. T., Caselli, C., Mazzella, N., Forlani, G., & Marchesini, G. (2017). Sense of coherence, self-esteem, and health locus of control in subjects with type 1 diabetes mellitus with/without satisfactory metabolic control. *Journal Of Endocrinological Investigation*, 41(3), 307-314. <https://doi.org/10.1007/s40618-017-0741-8>
- Núñez-Naranjo, A. F., Morales-Urrutia, X., & Palacios, H. (2024). Multidimensional Analysis of Adolescent Fertility in Latin America: Trends and Determinants. *Academic Journal of*

Interdisciplinary Studies, 13(3), 159.
<https://doi.org/10.36941/ajis-2024-0072>

Okunev, R. (2022b). Erikson's Life and Psychosocial Developmental Stages. En *Apress eBooks* (pp. 49-56).
https://doi.org/10.1007/978-1-4842-8686-9_7

Ornelas, J. R. B., Fierro, R. A. H., Contreras, M. O., y Vásquez, S. I. A. (2025). Comparación del Autoconcepto entre Adolescentes Mexicanos: Diferencias entre Hombres y Mujeres. *Revista de Ciencias del Ejercicio FOD*, 20(1), 1-11.
<https://doi.org/10.29105/rce-fod.v20i1.124>

Osimo, E. F., & Stahl, S. M. (2024). Neurotransmitters and Receptors. In M.-E. Lynall, P. B. Jones, & S. M. Stahl (Eds.), *Cambridge textbook of Neuroscience for Psychiatrists* (pp. 17-21). Cambridge University Press & Assessment.

Osintseva, T. V. (2019). Ways of emotions verbalization and emotive potential of a language sign. *RESEARCH RESULT Theoretical and Applied Linguistics*, 5(2), 59-66.
<https://doi.org/10.18413/2313-8912-2019-5-2-0-6>

Osuna Suárez, E. (2017). *Neuroanatomía, Fundamentos de neuroanatomía estructural, funcional y clínica*. Universidad Nacional de Colombia- Facultad de medicina.

Palacios, X. (2019). Adolescencia: ¿una etapa problemática del desarrollo humano? *Revista Ciencias de la Salud*, 17(1), 5-7.
<https://doi.org/10.12804/revistas.urosario.edu.co/revsalud/a.7587>

- Paradis, A., Fortin, A., Van Camp, T., Hébert, M., & Fernet, M. (2024). A latent class analysis of adolescent dating violence: Associations with daily conflict management. *Child Abuse & Neglect*, 149, 106619. <https://doi.org/10.1016/j.chiabu.2023.106619>
- Pendlebury, G., Anderson, J., Hales, H., Harding, D., & Lewis, A. (2023). Violent behaviour in adolescents: assessment and formulation using a structured risk assessment tool. *BJPsych Advances*, 30(3), 147-155. <https://doi.org/10.1192/bja.2023.13>
- Peng, S., & Hawk, S. T. (2025). Longitudinal Associations Between Youth Information Management With Mothers and Self-Esteem: The Role of a Sense of Control. *Journal Of Adolescence*. <https://doi.org/10.1002/jad.12457>
- Peña, J. R. U. (2024). Superando el Tabú: Un análisis Reflexivo sobre El Placer Sexual como Fuente de Alegría y Bienestar en Parejas Adultas. *Revista Científica de Salud y Desarrollo Humano*, 5(4), 1881-1921. <https://doi.org/10.61368/r.s.d.h.v5i4.435>
- Pereira-Perdomo, P., & Zúñiga-Iturra, B. (2022). El estatus ontológico de la psicopatología. *PhilPapers (PhilPapers Foundation)*. <https://doi.org/10.35588/cc.v3i2.5809>
- Pérez-Zapata, D., Cuadra-Martínez, D., Valenzuela-Barrios, C., & Salgado-García, P. (2019). Theory of mind and its relationship with behavioural inhibition in Chilean preschools / Teoría de la mente y su relación con inhibición conductual en pre-escolares chilenos. *Studies In Psychology*

Estudios de Psicología, 40(2), 443-463.
<https://doi.org/10.1080/02109395.2019.1589084>

Perkins, K., & Bell, M. (2024). Social Inequality and Social Justice. En *Routledge eBooks* (pp. 7-18).
<https://doi.org/10.4324/9781032716190-3>

Peters, K. Z., & Naneix, F. (2022). The role of dopamine and endocannabinoid systems in prefrontal cortex development: Adolescence as a critical period. *Frontiers In Neural Circuits*, 16.
<https://doi.org/10.3389/fncir.2022.939235>

Peters, S., Van Duijvenvoorde, A. C., Koolschijn, P. C. M., & Crone, E. A. (2016). Longitudinal development of frontoparietal activity during feedback learning: Contributions of age, performance, working memory and cortical thickness. *Developmental Cognitive Neuroscience*, 19, 211-222.
<https://doi.org/10.1016/j.dcn.2016.04.004>

Piaget, J., & Inhelder, B. (2015). *Psicología del niño* (J. Delval & P. Lomelí, Eds.; 19th ed.). Ediciones Morata.

Piazuelo-Rodríguez, I., y Iñiguez-Berrozpe, T. (2025). School connectedness como factor diferenciador en la convivencia escolar en un entorno intercultural. un estudio de caso. *International Journal of Sociology of Education*, 2-15.
<https://doi.org/10.17583/rise.15528>

Pleguezuelos, A. J. M. (2021). Traducción y medios de comunicación al trasluz de la homonormatividad. *Hikma*, 20(2), 255-277.
<https://doi.org/10.21071/hikma.v20i2.13387>

- Pöpplau, J. A., & Hanganu-Opatz, I. L. (2024). Development of Prefrontal Circuits and Cognitive Abilities. *Cold Spring Harbor Perspectives in Biology*, 16(10), a041502. <https://doi.org/10.1101/cshperspect.a041502>
- Presta, A. M. (2021). Gobierno colonial y gobierno conventual, jerarquías y redes sociales. una mirada a la sociedad charqueña y al monasterio de nuestra señora de los remedios de Santa Mónica de la ciudad de la plata, 1574-1600. *Diálogo Andino*, 65, 13-22. <https://doi.org/10.4067/s0719-26812021000200013>
- Priego Álvarez, H. R., Perez, M. A., Ávalos García, M. I., Hernández Rivera, B. O., Mir, J. P., Toledo Guianze, S., Toledo Ivaldo, A., Ripoll García, L. D., Durán-Rojas, E., Amador-Ahumada, C. E., Luquis, R. R., Ugarte Llantén, J., Parra Rizo, M. A., Cigarroa Cuevas, I., Salgado, Jr., J., Córdova Hernández, J. A., & Ovando Arias, M. (2025). *Mercadotecnia Social y Promoción de la Salud*. Universidad Juárez Autónoma de Tabasco. <https://doi.org/10.19136/ujat.301>
- Quezada, C. A., Navarrete, Z. C. & Sánchez, Y. L. (2023). El autoconcepto e inteligencia emocional como predictores del apoyo social percibido en adolescentes. *ESPACIOS*, 44(05), 78-91. <https://doi.org/10.48082/espacios-a23v44n05p06>
- Quintal, A., Hotte, É., & Racine, E. (2025). Morality as experienced: A scoping review of moral matters encountered by adults living with rare diseases. *Clinical Ethics*. <https://doi.org/10.1177/14777509241305236>

- Quiñones-Beltrán, S. L., Kemp, N. M., Rivera-Urbina, G. N., & Llamas-Alonso, L. Á. (2025). El cerebro adolescente y sus dificultades asociadas a las conductas violentas. En *Deconstrucción de la violencia: un análisis en la adolescencia para su erradicación* (Cap. 8). Astra Ediciones. <https://doi.org/10.61728/AE24004060>
- Raitman, M. R., & Danielson, K. (2022). Living with Multiple Cultural Identities and its Effects on Self- Esteem. *Journal of Interpersonal Relations Intergroup Relations and Identity*, 15. <https://doi.org/10.33921/opqr5682>
- Rajapakse, R. (2024, agosto 5). *Redefining abnormality through a critical examination of societal influences and biases in psychological diagnoses* (Versión 1). OSF Preprints. <https://doi.org/10.31219/osf.io/cdmx3>
- Ramírez Jasso, O. (2024). *Desarrollo psicológico en la adolescencia*. <https://doi.org/10.33064/uaa/978-607-8909-84-1>
- Ramírez, L., Palacios-Espinosa, X., Ferroni, P., & Beltrán, C. A. (2023). Social Representations of Gender: A Contextual Construction in Schools. *Revista Colombiana de Psicología*, 32(2), 65-84. <https://doi.org/10.15446/rcp.v32n2.102351>
- Rao, T. S. S., Tripathi, A., Manohar, S., & Tandon, A. (2024). Promoting sexual well-being. *Indian Journal of Psychiatry*, 66(Suppl 2), S262-S271. https://doi.org/10.4103/indianjpsychiatry.indianjpsychiatry_612_23

- Ravindranath, O., Perica, M. I., Parr, A. C., Ojha, A., McKeon, S. D., Montano, G., Ullendorff, N., Luna, B., & Edmiston, E. K. (2024). Adolescent neurocognitive development and decision-making abilities regarding gender-affirming care. *Developmental Cognitive Neuroscience*, 67, 101351. <https://doi.org/10.1016/j.dcn.2024.101351>
- Renn, K. A., & Smith, B. R. G. (2023). Ecological models in higher education research: Overview and synthesis. *New Directions for Higher Education*, 2023(204), 11-22. <https://doi.org/10.1002/he.20491>
- Reynales-Shigematsu, L. M., Rivera-Rivera, L., Séris-Martínez, M., & Saenz-De-Miera, B. (2024). A Cross-Sectional Analysis of Parental Behavior and Adolescent Mental Health in Mexico: Insights into Excessive Alcohol Intake, Tobacco Use, Suicidal Behavior, and Depressive Symptomatology. *Healthcare*, 12(6), 641. <https://doi.org/10.3390/healthcare12060641>
- Rinupriya, K., & C., P. (2024). Unravelling the Moral Development Stages of Sonya Kantor in Veronica Roth's Poster Girl through Kohlberg's Moral Development Theory. *Deleted Journal*, 31-39. <https://doi.org/10.59136/lv.2024.2.1.4>
- Rivera-Ochoa, M., Arroyo-Bello, M., Mañas, A., Quesada-González, C., Vizmanos-Lamotte, B., González-Gross, M., & Guadalupe-Grau, A. (2021). Body Dissatisfaction and Its Association with Health-Related Factors in Rural and Urban Mexican Adolescents from the State of Jalisco. *International Journal of Environmental Research and Public Health*, 18(22), 12215. <https://doi.org/10.3390/ijerph182212215>

- Rivera-Rivera, L., Fonseca-Pedrero, E., Séris-Martínez, M., Vázquez-Salas, A., & Reynales-Shigematsu, L. M. (2020). Prevalencia y factores psicológicos asociados con conducta suicida en adolescentes. *Ensanut 2018-19. Salud Pública de México*, 62(6, Nov-Dic), 672-681. <https://doi.org/10.21149/11555>
- Rivero-Contreras, M. (2023). An Introduction to theory of mind: fundamental concepts and Issues. In E. Lopez-Soto (Ed.), *The Theory of Mind Under Scrutiny, Logic, Argumentation & Reasoning, Psychopathology, Neuroscience, Philosophy of Mind and Artificial Intelligence, Series Logic, Argumentation & Reasoning* (Vol. 34, pp. 16–19). Springer Nature Switzerland. <https://doi.org/10.1007/978-3-031-46742-4>
- Rodermel, T. A., & Nemtsev, A. V. (2023). Psychological aspects of working with adolescents having abnormal behavior. *Severny Region Nauka Obrazovanie Cultura*, 1 (53), 48-52. <https://doi.org/10.35266/2312-377x-2023-1-48-52>
- Roelofs, K., Bramson, B., & Toni, I. (2023). A neurocognitive theory of flexible emotion control: The role of the lateral frontal pole in emotion regulation. *Annals of The New York Academy of Sciences*, 1525(1), 28-40. <https://doi.org/10.1111/nyas.15003>
- Rojas-Saffie, J. P., Álamos-Vial, N., & Pinzón-Merchán, M. (2025). Is PTSD symptomatology a mechanism of emotional regulation? Insights from an interdisciplinary point of view. *Frontiers in Psychology*, 15. <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2024.1454900>
- Roman, N. V., Balogun, T. V., Butler-Kruger, L., Danga, S. D., De Lange, J. T., Human-Hendricks, A., Khaile, F. T., October, K.

R., & Olabiyi, O. J. (2025). Strengthening Family Bonds: A Systematic Review of Factors and Interventions That Enhance Family Cohesion. *Social Sciences*, 14(6), 371. <https://doi.org/10.3390/socsci14060371>

Ropper, Allan H., Samuels, Martin A., Klein, Joshua P. & Prasad Sashank (2021). *Adams y Victor. Principios de Neurología, 12e.* AccessMedicina. McGraw Hill Medical. <https://accessmedicina.mhmedical.com/book.aspx?bookID=3353>

Rosa, C. C. Y. (2024, 6 marzo). *La objetividad de la violencia intrafamiliar y su visión durante el SARS-CoV-2 en lima centro 2020-2021.* <https://repositorio.autonoma.edu.pe/handle/20.500.13067/3016>

Rouse, M. H. (2020). *Neuroanatomy, for speech-language pathology and audiology* (2a ed.). Jones & Bartlett Learning.

Rudolph, K. D., Troop-Gordon, W., & Ye, Z. (2023). Adolescence, Physiological Adaptation, and the Development of Stress Responses. En *Cambridge University Press eBooks* (pp. 276-302). <https://doi.org/10.1017/9781108917230.015>

Rutter, M. (1996). Transitions and Turning Points in Developmental Psychopathology: As applied to the Age Span between Childhood and Mid-adulthood. *International Journal of Behavioral Development*, 19(3), 603-626. <https://doi.org/10.1080/016502596385712>

- Said, W., Atmodiwirjo, E. T., & Soetikno, N. (2020). Dynamics of Emotion in Adolescence with Depression and Anxiety: The Role of Emotional Attachment, Emotional Awareness, and Emotional Regulation. *Proceedings of The Tarumanagara International Conference on The Applications of Social Sciences and Humanities (TICASH 2019)*. <https://doi.org/10.2991/assehr.k.200515.047>
- Salavera, C., & Usán, P. (2020). The relationship between eudaimonic wellbeing, emotional intelligence and affect in early adolescents. *Current Psychology*, 41(10), 6945-6953. <https://doi.org/10.1007/s12144-020-01208-y>
- Salguero, J. M., Fernández-Berrocal, P., Ruiz-Aranda, D., Castillo, R., & Palomera, R. (2011). Inteligencia emocional y ajuste psicosocial en la adolescencia: El papel de la percepción emocional. *European Journal of Education and Psychology*, 4(2), 143. <https://doi.org/10.30552/ejep.v4i2.71>
- Salinas, L. (1994). La construcción social del cuerpo. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 68, 85. <https://doi.org/10.2307/40183758>
- Samsonov, A., & Urlacher, S. S. (2025). Oxidative Stress in Children and Adolescents: Insights Into Human Biology. *American Journal of Human Biology*, 37(1). <https://doi.org/10.1002/ajhb.24200>
- Sánchez Teoyotl, P. (2023). *Análisis neuromorfológico de la corteza prefrontal en un modelo de depresión en ratas Wistar (macho intacto y hembra ovariectomizada)* [Universidad Autónoma de Tlaxcala].

http://repositorio.uatx.mx:8443/jspui/handle/DSyTI_UATx/692

Sandín, B. (2020). El estrés. In Belloch, Amparo, Sandín Bonifacio y Ramos Francisco (Ed.), *Manual de psicopatología: Vol. I* (3ª, p. 390). McGraw Hill.

Santander, O. A. E., & Flórez, J. F. M. (2025). Estrategia pedagógica – ecológica para el mejoramiento del rendimiento ejecutivo, con transferencia a la intelectualidad y personalidad, en la niñez vulnerable. *Praxis Educativa*, 20(2025), 1-19. <https://doi.org/10.5212/praxeduc.v.20.22676.006>

Sarmiento, A. (2018). Aspectos éticos de la Gift. *Scripta Theologica*, 22(3), 907-915. <https://doi.org/10.15581/006.22.16297>

Sawatsky, A. P., & Monrouxe, L. V. (2023). When I say . . . Identity. *Medical Education*, 57(4), 303-304. <https://doi.org/10.1111/medu.15027>

Schäfer, S. K., Becker, N., King, L., Horsch, A., & Michael, T. (2019). The relationship between sense of coherence and post-traumatic stress: a meta-analysis. *European Journal Of Psychotraumatology*, 10(1). <https://doi.org/10.1080/20008198.2018.1562839>

Schurz, M., Radua, J., Tholen, M. G., Maliske, L., Margulies, D. S., Mars, R. B., Sallet, J., & Kanske, P. (2020). Toward a hierarchical model of social cognition: A neuroimaging meta-analysis and integrative review of empathy and theory of mind. *Psychological Bulletin*, 147(3), 293-327. <https://doi.org/10.1037/bul0000303>

- Secundino-Guadarrama, G., Veytia-López, M., Guadarrama-Guadarrama, R., & Míguez, M. C. (2021). Depressive symptoms and automatic negative thoughts as predictors of suicidal ideation in Mexican adolescents. *Salud Mental*, 44(1), 3-10. <https://doi.org/10.17711/sm.0185-3325.2021.002>
- Seok, J., & Cheong, C. (2020). Correction to: Functional dissociation of hippocampal subregions corresponding to memory types and stages. *Journal of PHYSIOLOGICAL ANTHROPOLOGY*, 39(1). <https://doi.org/10.1186/s40101-020-00243-9>
- Serulnikov, A., & Suárez, R. (1999). *Jean Piaget para principiantes*. Era Naciente SRL.
- Shapovalov, V. A., Shapovalova, S. P., Istomina, I. V., Perepelisin, A. V., & Moshkin, A. N. (2019). The world of childhood and youth in Russian noble families of the first half of the nineteenth century in the context of stratification approach. *Humanities & Social Sciences Reviews*, 7(5), 827-829. <https://doi.org/10.18510/hssr.2019.75106>
- Silva, J., Vieira, Á., Costa, L., & Caixeta, M. (2025). Diagnostic and Differential Challenges of Psychoses in Adolescence: A Cognitive Perspective. *International Neuropsychiatric Disease Journal*, 22(5), 57-66. <https://doi.org/10.9734/indj/2025/v22i5514>
- Simonov, P. V. (2022). Limbic Mechanisms of Emotional Stress. In *Routledge eBooks* (pp. 17-28). <https://doi.org/10.4324/9781315075488-3>

- Singh, J., Arun, P., & Bajaj, M. K. (2021). Theory of Mind and Executive Functions in Children With Attention Deficit Hyperactivity Disorder and Specific Learning Disorder. *Indian Journal of Psychological Medicine*, 43(5), 392-398. <https://doi.org/10.1177/0253717621999807>
- Singh, R. (2024). Effect of Mass Media on the Psychological Development of Adolescents. In A. Singh & A. Nandy (Eds.), *Lifestyle Diseases in Adolescents: Addressing Physical, Emotional, and Behavioral Issues* (pp. 37–51). Bentham Science Publishers eBooks. <https://doi.org/10.2174/9789815274400124010005>
- Skoe, E. E. A. (2022). WHEN I READ CAROL GILLIGAN'S IN a DIFFERENT VOICE. *Schème - Revista Eletrônica de Psicologia E Epistemologia Genéticas*, 14, 257-351. <https://doi.org/10.36311/1984-1655.2022.v14.esp.p257-351>
- Skipchenko, N., Zheleznikova, G., Alekseeva, L., Makarenkova, E., & Bessonova, T. (2022). Hormones and cytokines as biomarkers of severe infections in children. *Infekcionnye Bolezni*, 20(1), 107-119. <https://doi.org/10.20953/1729-9225-2022-1-107-119>
- Slominski, A. T., Zmijewski, M. A., Plonka, P. M., Szaflarski, J. P., & Paus, R. (2018). How UV Light Touches the Brain and Endocrine System Through Skin, and Why. *Endocrinology*, 159(5), 1992-2007. <https://doi.org/10.1210/en.2017-03230>
- Slominski, R. M., Chen, J. Y., Raman, C., & Slominski, A. T. (2024). Photo-neuro-immuno-endocrinology: How the ultraviolet radiation regulates the body, brain, and immune system.

Proceedings of the National Academy of Sciences, 121(14).
<https://doi.org/10.1073/pnas.2308374121>

Smith Ewan St., J., & Lingford-Hughes, A. (2024). Opioids and common recreational drugs. In M.-E. Lynall, P. B. Jones, & S. M. Stahl (Eds.), *Cambridge textbook of neuroscience for psychiatrists* (pp. 46–48). Cambridge University Press & Assessment.

Sodian, B., Kristen-Antonow, S., & Kloo, D. (2020). How Does Children’s Theory of Mind Become Explicit? A Review of Longitudinal Findings. *Child Development Perspectives*, 14(3), 171-177. <https://doi.org/10.1111/cdep.12381>

Stanek, J. (2023). Emoción, motivación y derecho. Nuevas perspectivas sobre la teoría psicológica del derecho. *Ratio Juris*, 18(37), 95-130.
<https://doi.org/10.24142/raju.v18n37a4>

Steinberg, L. (2019). *Adolescence* (12ª Edición). McGraw-Hill Education.

Suarez Monsalve, S., y Cruz Pérez, J. C. (2023). “The man who mistook his women for a hat” - Neuroanatomical analysis. *Archivos De Neurociencias*, 28(4).
<https://doi.org/10.31157/an.v28i4.470>

Sullivan, E. V., Thompson, W. K., Brumback, T., Prouty, D., Tapert, S. F., Brown, S. A., De Bellis, M. D., Nooner, K. B., Baker, F. C., Colrain, I. M., Clark, D. B., Nagel, B. J., Pohl, K. M., & Pfefferbaum, A. (2022). Prior test experience confounds longitudinal tracking of adolescent cognitive and motor

development. *BMC Medical Research Methodology*, 22(1).
<https://doi.org/10.1186/s12874-022-01606-9>

Syakarofath, N. A., Widyasari, D. C., & Shaliha, I. P. (2024). Profiles of Mental Health Problems Among Adolescents. *KnE Social Sciences*. <https://doi.org/10.18502/kss.v9i5.15166>

Sydnor, V. J., Larsen, B., Seidlitz, J., Adebimpe, A., Alexander-Bloch, A. F., Bassett, D. S., Bertolero, M. A., Cieslak, M., Covitz, S., Fan, Y., Gur, R. E., Gur, R. C., Mackey, A. P., Moore, T. M., Roalf, D. R., Shinohara, R. T., & Satterthwaite, T. D. (2023). Intrinsic activity development unfolds along a sensorimotor-association cortical axis in youth. *Nature Neuroscience*, 26(4), 638-649. <https://doi.org/10.1038/s41593-023-01282-y>

Telhalia, T. (2023). Refleksi Teologis atas Prosperity Theologies: Studi Analisis-Naratif di Resort GKE Kapuas Kalimantan Tengah. *Danum Pabelum Jurnal Teologi Dan Musik Gereja*, 3(1), 15-32. <https://doi.org/10.54170/dp.v3i1.180>

Tervo-Clemmens, B., Calabro, F. J., Parr, A. C., Fedor, J., Foran, W., & Luna, B. (2023). A canonical trajectory of executive function maturation from adolescence to adulthood. *Nature Communications*, 14(1). <https://doi.org/10.1038/s41467-023-42540-8>

Tkacz, J., & Brady, B. L. (2021). Increasing rate of diagnosed childhood mental illness in the United States: Incidence, prevalence and costs. *Public Health In Practice*, 2, 100204. <https://doi.org/10.1016/j.puhip.2021.100204>

- Towner, E., Chierchia, G., & Blakemore, S. (2023). Sensitivity and specificity in affective and social learning in adolescence. *Trends In Cognitive Sciences*, 27(7), 642-655. <https://doi.org/10.1016/j.tics.2023.04.002>
- Treur, J. (2021). On the dynamics and adaptivity of mental processes: Relating adaptive dynamical systems and self-modeling network models by mathematical analysis. *Cognitive Systems Research*, 70, 93-100. <https://doi.org/10.1016/j.cogsys.2021.07.003>
- Troncoso, C., y Verde-Diego, C. (2022). Transición a la vida adulta de jóvenes tutelados en el sistema de protección. Una revisión sistemática (2015-2021). *Trabajo Social Global-Global Social Work*, 12, 26-61. <https://doi.org/10.30827/tsg-gsw.v12.24511>
- Tse, P. U. (2025). The disencapsulated mind: A premotor theory of human imagination. *Psychological Review*. <https://doi.org/10.1037/rev0000535>
- Uka, F., Gashi, S., Gashi, A., Gllogu, D., Musliu, A., Krasniqi, A., Statovci, A., Sopjani, V., Perçuku, V., Sadikovic, I., & Wiium, N. (2022). The effectiveness of internal cohesion psychotherapy in treating young clients with depression and anxiety disorders: The role of developmental assets in Kosovo context. *Frontiers In Psychology*, 13. <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2022.1005709>
- Urquijo, M. F., Zapata, L. F., Lewis, S., Pineda-Alhucema, W., Falquez, L. D., & Lopera-Pérez, D. C. (2017). Influencia del riesgo social en la teoría de la mente y funciones ejecutivas de

adolescentes colombianos. *Universitas Psychologica*, 16(2).
<https://doi.org/10.11144/javeriana.upsy16-2.irst>

Vacca, M., Mura, A., Pietro Carrogu, G., Gaviano, L., Atzori, R., & Petretto, D. R. (2025). Definitions of “Mental Disorder” from DSM-III to DSM-5. *Behavioral Sciences*, 15(6), 830.
<https://doi.org/10.3390/bs15060830>

Vallejo-Correa, V., Oyanedel, J. C., & Cortés, F. P. (2025). Subjective Well-being, Parental Figures, and Quality of Family Relations: A Study of the International Questionnaire on Child Welfare among Chilean 12-year-olds. *Child Indicators Research*, 18(3), 937-953. <https://doi.org/10.1007/s12187-025-10222-0>

Vasquez-Salgado, Y., & Greenfield, P. M. (2022). Sociocultural Developmental Neuroscience: Introduction, Implications, and Guiding Principles. In J. Y. Chiao (Ed.), *Oxford Handbook of Cultural Neuroscience and Global Mental Health* (pp. 156–178). Oxford Library of Psychology.
<https://doi.org/10.1093/oxfordhb/9780190057695.013.20>

Vignale, S. (2025). La vida y la incertidumbre. Ensayo sobre perspectivismo y ontología relacional. *En-claves del Pensamiento*, 37, 1-25.
<https://doi.org/10.46530/ecdp.v0i37.726>

Vigotski, L. (2022). *El significado histórico de la crisis de la psicología*. Ediciones IPS.

Villalobos, A., Hubert, C., Hernández-Serrato, M. I., De la Vara-Salazar, E., Suárez-López, L., Romero-Martínez, M., Ávila-

- Burgos, L., & Barrientos, T. (2019). Maternidad en la adolescencia en localidades menores de 100 000 habitantes en las primeras décadas del milenio. *Salud Pública de México*, 61(6, nov-dic), 742. <https://doi.org/10.21149/10553>
- Villuendas González, E. R., & Gudayol Ferré, E. (2017). Estudios de neuroimagen y de neurofisiología en la práctica clínica neuropsicológica. In M. Á. Villa Rodríguez, M. E. Navarro Calvillo, & T. de J. Villaseñor Cabrera (Eds.), *Neuropsicología clínica hospitalaria* (pp. 76–78). Manual Moderno.
- Voicu, Ș. (2024). The Impact of Anticipated Factors in Childhood and Adolescence on the Development of Sexuality. *International Journal of Advanced Studies in Sexology*, 6(1). <https://doi.org/10.46388/ijass.2024.6.1.1>
- Voss, M. (2019). Resilience from the Perspective of the Theory of Symbolic Forms. En *Springer eBooks* (pp. 77-102). https://doi.org/10.1007/978-3-658-15329-8_5
- Vygotsky, L. (1995). *Pensamiento y lenguaje* (J. P. Tosaus Abadía, Ed.). Paidós.
- Vygotsky, L. (2004). *Teoría de las emociones. Estudio histórico-psicológico*. Akal / Universitaria.
- Wade, M., Prime, H., Jenkins, J. M., Yeates, K. O., Williams, T., & Lee, K. (2018). On the relation between theory of mind and executive functioning: A developmental cognitive neuroscience perspective. *Psychonomic Bulletin & Review*, 25(6), 2119-2140. <https://doi.org/10.3758/s13423-018-1459-0>

Wadende, P. (2024). Theories of adolescence from a global perspective. In W. Troop-Gordon & E. W. Neblett, Jr. (Eds.), *Encyclopedia of Adolescence* (2a ed., pp. 519–529). Elsevier eBooks. <https://doi.org/10.1016/b978-0-323-96023-6.00140-8>

Waxman, S. G. (2020). *Clinical Neuroanatomy* (29th Edition). McGraw-Hill Education.

Yera-Rodríguez, K., Padrós-Blázquez, F., González-Ramírez, V., & Sierra-Murguía, A. (2023). Impacto de la COVID-19 en el estrés, ansiedad, depresión y calidad de vida en pacientes con cáncer. *Psicooncología*, 20(2), 329-344. <https://doi.org/10.5209/psic.91528>

Yerdenova, M. (2023). Emotional intelligence and preference in emotion regulation strategy in adolescents. *The Journal of Psychology and Sociology*, 87(4). <https://doi.org/10.26577/jpss.2023.v87.i4.02>

Zachar, P., Banicki, K., & Aftab, A. (2023). Historical and Philosophical Considerations in Studying Psychopathology. En *Oxford University Press eBooks* (pp. 33-53). [https://doi.org/10.1093/med-
psych/9780197542521.003.0002](https://doi.org/10.1093/med-psych/9780197542521.003.0002)

Zafar, M. (2024). 'Henri Tajfel: Explorer of Identity and Difference'. *CASTE / A Global Journal on Social Exclusion*, 5(2), 335-341. <https://doi.org/10.26812/caste.v5i2.1741>

Zafra-Agea, J. A., Ramírez-Baraldes, E., García-Salido, C., García-Gutiérrez, D., & Vilafranca-Cartagena, M. (2024). Affective–

Sexual Behaviors in Youth: Analysis of a Public Health Survey in the School Setting. *Healthcare*, 12(17), 1762. <https://doi.org/10.3390/healthcare12171762>

Zambrano, V., Gemignani, M., Fernández-Pacheco, G., & Anwandter, L. E. (2024). Resiliencia en adolescentes infractores con trayectorias en los sistemas chilenos de bienestar infantil y de justicia adolescente. *Revista de Estudios Sociales*, 88, 59-78. <https://doi.org/10.7440/res88.2024.04>

Zarytska, V., & Kozachenko, D. (2024). Developmental features of self-esteem in adolescence. *International Interdisciplinary Scientific Journal Expert*, 1(2), 17-26. <https://doi.org/10.62034/2815-5300/2024-v1-i2-002>

Zeine, F., Jafari, N., Nami, M., & Blum, K. (2024). Awareness integration theory A Psychological and genetic path to self-directed Neuroplasticity. *Health Sciences Review*, 11, 100169. <https://doi.org/10.1016/j.hsr.2024.100169>

Zhu, H. (2023). Three Factors Affecting the Moral Development of Adolescents. *Journal of Education Humanities and Social Sciences*, 8, 1153-1157. <https://doi.org/10.54097/ehss.v8i.4442>

Zhu, J., Garin, C. M., Qi, X., Machado, A., Wang, Z., Hamed, S. B., Stanford, T. R., Salinas, E., Whitlow, C. T., Anderson, A. W., Zhou, X. M., Calabro, F. J., Luna, B., & Constantinidis, C. (2024). Brain structure and activity predicting cognitive maturation in adolescence. *bioRxiv (Cold Spring Harbor Laboratory)*. <https://doi.org/10.1101/2024.08.23.608315>

- Zietz, S., Cheng, E., Lansford, J. E., Deater-Deckard, K., Di Giunta, L., Dodge, K. A., Gurdal, S., Liu, Q., Long, Q., Oburu, P., Pastorelli, C., Skinner, A. T., Sorbring, E., Steinberg, L., Tapanya, S., Tirado, L. M. U., Yotanyamaneewong, S., Alampay, L. P., Al-Hassan, S. M., . . . Bornstein, M. H. (2022). Positive parenting, adolescent adjustment, and quality of adolescent diet in nine countries. *Journal of Adolescence*, 94(8), 1130-1141. <https://doi.org/10.1002/jad.12089>
- Zittoun, T. (2022). A Sociocultural Psychology of the Life Course to Study Human Development. *Human Development*, 66(4-5), 310-328. <https://doi.org/10.1159/000526435>
- Zizek, B. (2024). Culture, Development and Adolescence – towards a Theory and History of Adolescence. *ETHICS IN PROGRESS*, 15(1), 111-129. <https://doi.org/10.14746/eip.2024.1.6>
- Zomeño, A. (2004). Within the Confines of Youth. Childhood, Puberty and Adulthood in Medieval Islamic Law. *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 34-1, 85-98. <https://doi.org/10.4000/mcv.1171>

Salud Mental y Neurodesarrollo del Adolescente. Una crítica a los desafíos socioculturales en México ofrece un análisis crítico e interdisciplinario de la adolescencia como una etapa de profunda transformación biológica, emocional y social, marcada tanto por su enorme potencial como por su vulnerabilidad.

La obra examina cómo factores como la familia, la escuela, los medios de comunicación, la desigualdad, la violencia y el impacto de la pandemia de COVID-19 influyen en el neurodesarrollo y la salud mental de las y los adolescentes en el contexto mexicano. Integrando perspectivas históricas, psicológicas y neurobiológicas, el autor cuestiona la tendencia a patologizar esta etapa y propone comprenderla desde su entramado sociocultural, promoviendo estrategias preventivas, educativas y comunitarias que fortalezcan la resiliencia y el desarrollo integral de las nuevas generaciones.



**FONDO
EDITORIAL
UNF**

ISBN: 978-612-49570-3-1



9786124957031